

ceda ese horror: á más de eso, tenemos cogido á Uceda; guardad mucho aquel papel.

—Le llevo siempre conmigo temeroso de que me le roben, ¿pero quién es quien me ha acusado?

—La viuda de Agustín de Avila.

—No hay prueba ninguna.

—¿Estais seguro de ello?

—Segurísimo: el que mató á Agustín de Avila, esto es, mi ayuda de cámara Francisco de Juara, ha muerto ayer sin declarar.

—Ved que no se sabe por donde asoma una prueba.

—Os aseguro que ninguna prueba se encontrará acerca de esto.

—Pero siempre hay que lamentar un nuevo escándalo: ¿no habéis reparado que hoy estaba el rey disgustado, sério, ceñudo?

—El príncipe de Asturias ha estado hablando largo rato esta mañana con su magestad en su misma cámara: creedme, ha llegado la hora de obrar: si os parais en respetos, cuando acordemos estaremos cogidos: tenemos una prueba terrible contra el duque de Uceda.

—Sí, en ese papel que le hemos obligado á firmar. ¿Pero sabéis, don Rodrigo, que en ese papel está la cabeza de mi hijo y de vuestro hermano?

—¿Y qué, creéis que vuestro hijo, que mi hermano, respetará nuestras cabezas?

—Esperemos, esperemos aun.

—Tanto podemos esperar, que cuando queramos poner remedio no haya remedio.

—Unos días; la cosa no es tan grave como parece, puesto que como decís, no hay pruebas contra vos por la muerte de Agustín de Avila.

—¿Y qué os ha mandado su magestad?

—Que averigüe lo que haya en esto.

—¿Y no os ha mandado que me mandeis quedar preso, por lo menos en mi casa?

—No; pero mientras esto no se aclara, no vayais por el alcázar, ni os dejéis ver mucho.

—¿Es esta una orden?

—No tengo orden ninguna que comunicaros; es un consejo. Decidme ahora de qué medios puedo valerme para hacer pronto esas averiguaciones.

—Llamad al alcalde de casa y corte don Bernabé Cienfuegos, que

fué el que recogió el cadáver de Agustín de Avila, y estuvo conmigo en el registro y embargo de sus papeles.

—Nada me habeis dicho acerca de este registro.

—No dió resultado; los papeles que vos conoceis y que estaban en poder de Agustín de Avila, no han parecido.

—¿Quereis tomar un consejo mio? dijo Lerma.

—¿Y cuál, padre y señor?

—Enviad todo lo que tengais de más valor á un lugar seguro; despues, en saliendo de esta pequeña tormenta, yo haré que se os nombre embajador en Francia ó en Inglaterra: no volvais; la suerte se nos cambia decididamente; os habeis hecho tantos enemigos con vuestra soberbia, que nos habeis perdido á todos.

—Esperaba esa reprension, y extrañaba que ya no hubiese venido. ¡Mi soberbia! ¿y qué decis de la vuestra? sobre todo, lo que nos pierde, si es que estamos perdidos, es la ambicion del duque de Uceda, del conde de Olivares, de Zúñiga, de todos los cortesanos en fin, del príncipe de Asturias, á quien Uceda ha enloquecido con magnificas promesas: lo que nos pierde sobre todo es la debilidad del rey, y que para sostenernos nos hemos visto obligados á pagar con usura los servicios de tanto y tanto palaciego interesado. Ricos somos, es cierto; pero dos tantos más de lo que tenemos nos ha costado el sostenernos, pagando á peso de oro á hombres que valen bien poco: si su magestad fuera más rey, yo solo hubiera bastado para nuestro engrandecimiento: no hubiera tenido que cometer tanto y tanto delito que ahora nos compromete: el rey sería verdaderamente grande, España respetada, nosotros bendecidos y admirados; pero su magestad es pobre de espíritu y de inteligencia, le dominaba la reina, y ya sabeis lo que fué necesario hacer para contrarrestar la influencia de la reina: esto no puede hacerse de una manera tan secreta y tan segura que no se trasluzca, y á falta de pruebas, han hervido las murmuraciones contra nosotros: el rey está muy trabajado en daño nuestro por nuestros enemigos: nuestras inteligencias necesarias con Inglaterra, con Francia y con Holanda se traslucen tambien, y gracias á mi habilidad no pueden aducir pruebas contra nosotros; pero estamos rodeados de miserables reptiles: todo el que se vende es despreciable y no puede confiarse en él; es nuestro mientras le paguemos; sin afecto, sin lealtad, y muchas veces sucede que mientras toma nuestro dinero con la mano derecha, vuelve atrás la mano izquierda para tomar el dinero que le dá nuestro enemigo: ya veis lo que nos ha acontecido con el mar-

qués de la Fávara; le creíamos uno de nuestros más leales servidores, y de repente nos le encontramos vendido en cuerpo y alma á Uceda.

—No debia haber salido de Montanches, sino para ir á Toledo ó á Segovia, en cualquiera de cuyos alcázares hubiera estado más seguro.

—Eso era lo conveniente; pero la aparición inesperada de vuestra hija Inés, de mi hermana, de sus extraños amores con ese don Guillen, por el cual está gravemente empeñada la mujer más intricante de la córte, la marquesa de la Fávara, me obligaron á poner en libertad al marqués, á fin de que vuestra hija estuviese más segura, por la libertad que quitan los celos del marqués de la Fávara á su esposa: los sucesos se han complicado, todo nos sale mal, no parece sino que un espíritu enemigo revuelve nuestros asuntos volviendo los sucesos y las circunstancias en contra nuestra; el príncipe de Astúrias ha pasado la noche en casa la marquesa de la Fávara, y esto es muy grave: puede servirnos de mucho, pero tambien puede sernos muy contrario: hablando ingénuamente, yo me voy aturdiendo, empiezo á tener miedo y á no saber donde estoy de pié; os conjuro á que seais dócil; deshagamos esa acusacion de la viuda de Agustin de Ávila por todos los medios posibles, y obremos al par enérgicamente contra el duque de Uceda.

—Eso seria levantar para él el cadalso; ¡y qué diria de mí la historia! el duque de Uceda es mi hijo.

—Lo que no impedirá que él os ponga, si puede, en las manos del verdugo.

—No me pondrá, yo os lo aseguro.

—Mucho confiais en los reparos del duque de Uceda.

—Confio más en mí mismo: por último; os prohibo que useis por ahora, y mientras yo no os lo mande, del arma que tenemos contra el duque de Uceda.

—Mirad que no podemos perder un momento: considerad que podemos dar un golpe seguro que aterre á todo el mundo, que podemos arrojar el delito de alta traicion y de lesa magestad sobre Uceda, y una vez hecho esto, una vez aterrado todo el mundo y reconquistada la confianza del rey, medio tenemos sobrado y poder bastante para procurar una evasion á nuestro hijo, á mi hermano. Si alguien ha de perder su poder, si alguien ha de huir, si alguien ha de ser deshonorado y vendido, séalo él, no nosotros.

—Esperemos, esperemos algun tiempo aun, pocos dias.

—Adivino en vos, padre y señor, dijo don Rodrigo, una traicion contra mi.

—¡Una traicion! pues os equivocais: ¿cómo puedo yo ser traidor contra vos sin serlo contra mí mismo?

—No sé, no sé; pero oponeros á que obremos enérgicamente, esperar cuando ya no hay espera posible...

—Meditad lo horroroso de entregar á un proceso, que necesariamente ha de ser funesto al duque de Uceda: y luego ¿quién nos asegura que por una circunstancia imprevista, no seamos nosotros tambien envueltos en ese proceso, ó cuando no, si tendremos poder bastante para salvar á Uceda?

—De modo, que la firma que le arrancamos no nos sirve de nada.

—Nos ha servido para sujetarle, para aterrarle, y esto es bastante.

—Bien, como querais, señor; pero plegue á Dios no os arrepintais tarde de que no hayamos usado á tiempo de nuestras ventajas: dejo mi suerte en vuestras manos: la acusacion de la viuda de Agustin de Avila, aunque falta de pruebas, no deja de ser terrible. Arreglad inmediatamente y de buena manera ese negocio: id á ver á la viuda y procurad que la madre pueda más que la esposa.

—Descuidad, don Rodrigo, id tranquilo: aun no es desesperada nuestra situacion: recordad que hemos salido más fuertes que lo que lo estábamos en situaciones mas difíciles. Adios.

Don Rodrigo salió.

El duque de Lerma mandó llamar al alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos.

---

## CAPITULO XLIX.

---

En que se cruza la intriga de todos nuestros personajes.

Apenas habia salido don Rodrigo, el duque de Lerma escribió una carta al legado de su santidad.

«Urge, le decia, que el Santísimo Padre interponga su influencia para con el rey de España, en favor mio: estoy acometido por traiciones oscuras que no puedo contrarrestar, y ya sabe la Santa Sede por una constante experiencia, cuánto le conviene que yo continúe en el Despacho Universal del rey de España. Espero, pues, de vuestra eminencia, persuada al Santo Padre, á fin de que me otorgue su poderosa proteccion.»

Cerró y selló la carta el duque, y la sobreescribió.

—Esta carta, dijo, no pasará de algunas leguas fuera de Madrid, si es que de Madrid sale. Don Rodrigo sospecha de mí, y quiere saber lo que yo escribo á Roma: pues bien, no sabrá más que lo que yo quiero que sepa: el peligro arrecia, y si yo me empeñara en salvarlos á todos, me perderia con ellos. Escribamos la carta que ha de leer el cardenal legado.

El duque se puso á escribir de nuevo.

«Es de todo punto necesario que venga cuanto antes el capelo que he pedido á Su Santidad. No repareis en exigencias, y contad si

es necesario con cien mil ducados para la cámara apostólica; pero que venga el capelo por la posta, con la misma persona que os entregará esta. Es posible que con pocas horas de diferencia os entregue otra carta mia el coronel don Juan de Mazarredo. Contestadla como si no hubiérais recibido esta. Guárdeos Dios.—Vuestro leal amigo, el duque de Lerma.»

Cerró el duque y selló esta segunda carta y la sobreescribió.

—Santos, dijo.

Se presentó al momento su secretario particular, su secretario de confianza.

—¿Crees tú, le dijo, que mi caballerizo Ledesma puede aguantar todavía una carrera á caballo, sin detenerse hasta Barcelona?

—¡Oh! si señor: si lleva bastante dinero para mudar caballos, llegará en dos dias: es de hierro; parece que ha nacido á caballo.

—Pues bien, dále dinero sobrado para la ida y para la vuelta: que cuando llegue á Barcelona flete un barco sin perder un minuto, cueste lo que cueste: es necesario que esta carta llegue cuanto antes á manos del cardenal ad látere del Papa.

—Llegará antes de ocho dias, salvos contratiempos de la mar.

—Pues vete, y que marche cuanto antes y con gran secreto Ledesma: importa que nadie sepa que vá á cumplir esta comision.

—Descuide vuestra excelencia, nadie lo sabrá.

—Pues vete; que si es posible, dentro de una hora esté en camino Ledesma.

Santos salió.

Entretanto, don Rodrigo se habia dirigido al alcázar.

El duque de Lerma le habia adivinado.

—Necesito saber, pensaba don Rodrigo, qué es lo que mi padre escribe al cardenal ad látere: no he debido preguntarle; me hubiera engañado, y no hubiera conseguido más que avisarle: muy graves deben de ser las circunstancias, cuando el duque me hace traicion envolviendo en el misterio uno de sus actos. ¡Ah! por fortuna soy yo mucho más avisado que su excelencia. Escriba lo que escriba á Roma, yo lo sabré.

Y se entró en el alcázar, y luego en el despacho de su secretario, á donde hizo llamar á don Juan de Mazarredo.

—¿Aun no os han relevado todavía?

—Sí, si señor, contestó Mazarredo: y á fé á fé que he tenido un disgusto; porque aunque gano con ir á Italia á gobernar un tercio, quisiera que me hubiera reemplazado aquí otra persona mejor.

—¿Qué, no os parece bien don Cristóbal de Mendavia?

—Sin ser más soldado que el último tudesco, es demasiado soldadote para la guardia alemana, y el más feo de ella: es lástima: es una berruga que le ha salido á la compañía; permitidme que os lo diga; porque tengo yo mucho cariño á la guardia tudesca.

—Nombramiento ha sido este del señor duque de Lerma, en que yo no he tenido parte.

—Ya se vé, como su excelencia no es militar, no entiende de estas cosas: pero perdonad, estoy hablando demasiado.

—Disgustado estoy yo tambien con estas y otras cosas del duque: por ejemplo, ahora vais á ir á su casa: os entregará una carta que debéis llevar en posta á Roma para entregarla al cardenal ad látere de su Santidad. Necesito, de órden del rey, y porque conviene á su servicio, leed esa carta.

—Bien, señor marqués: pues siendo de órden del rey, yo no tengo inconveniente en entregaros la carta que me confie el señor duque de Lerma.

—Pues bien, al oscurecer estaré esperándoos cerca de Canillejas, en una casita aislada que está á la derecha del camino: aunque salgais temprano de Madrid, haced tiempo para llegar al oscurecer á esa casita: yo mismo estaré á la puerta. Id á presentaros al duque de Lerma.

—Pues hasta la casita de Canillejas, señor marqués.

Mazarredo se presentó á seguida al duque de Lerma.

—Sois un gran ginete segun me han dicho, le dijo el duque, y por otra parte un bizarro soldado y un buen caballero.

—Gracias á quien haya dado á vucencia tales noticias de mí.

—Vuestro capitan el marqués de Siete Iglesias.

—Me estima mucho el señor marqués, y le estoy muy obligado: á él debo el salir de la guardia alemana para mandar un tercio.

—¿Y á donde vais, caballero?

—Al ejército de Nápoles.

—¿Y no quereis deberme nada?

—Me basta con servir á vucencia.

—Sin embargo, no os pesaría encontraros á vuestra llegada á Nápoles con que su magestad os habia nombrado cuartel-maestre general.

—¡Oh! me contentaría mucho, señor duque.

—Pues contad con ello, señor coronel: para un servicio extraordinario, por el rey se os ha elegido para que lleveis con urgencia

sin detenerse un solo momento en el camino, esta carta que es importantísima á Roma.

Y entregó la primera carta que habia escrito á Mazarredo.

—¿Y cuándo he de marchar?

—Dentro de dos horas: mi mayordomo irá á llevaros el dinero suficiente para los gastos del viaje.

—Siento mucho tener que aceptar ese dinero; porque francamente, señor duque, el dinero y yo andamos reñidos, y no podemos vivir juntos.

—¿Y qué teneis vos que ver con el exorbitante gasto de caballos que habeis de hacer para cumplir cuanto antes vuestro cometido, ni con lo que os costará el flete de un barco, aunque sea para vos solo, que habeis de tomar en Barcelona?

—En efecto, señor duque; demasiado peso sería ese para mis espaldas.

—¿Dónde vivís, caballero?

—En la hosteria del Aguila de Oro.

—Pues allá irá á buscaros dentro de un momento mi secretario Santos. Adios, y buena salud y buen viaje. Si se os ocurre algo, no tengais empacho en escribirme directamente, que yo tendré mucho contento en complaceros.

Y á pesar de su presuntuosa hinchazon, Lerma dió amistosamente la mano á Mazarredo.

Es verdad que se trataba de un coronel con hábito de Santiago. Mazarredo salió murmurando:

—Muy importante debe ser la comunicación que llevo, cuando el duque de Lerma me ha tratado con tanta afabilidad y tanta llaneza. ¡Cuartel-maestre general al llegar á Nápoles! ¡Y don Rodrigo quiere que yo le entregue esta carta!.. despacio, despacio, no sea que hagamos una tontería.

Mazarredo se cruzó en el zaguan de la casa del duque con un hombre envainado en una larga loba negra, con birrete de terciopelo, gola de encaje rizada, y larga vara de justicia en la mano.

Era el alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos, que acudia al llamamiento del duque de Lerma.

Al cruzarse se saludaron mutuamente.

Mazarredo por respeto á la justicia: el alcalde por respeto á la cruz de Santiago que el coronel llevaba sobre la coraza.

Los alguaciles de la ronda del alcalde que habian venido acompañándole, se quedaron en el zaguan.

El alcalde enderezó por las escaleras, y Mazarredo montó á caballo y se alejó.

Algunos minutos despues el alcalde se inclinaba reverentísimamente ante Lerma.

—De órden del rey, dijo Lerma, tengo que haceros una pregunta acerca de cierto asesinato acontecido anteanoche.

—¡Ah, sí! el deplorable asesinato del pobre Agustin de Avila, dijo el alcalde.

—¿Y en qué estado está ese proceso? dijo el duque.

—Empezado y concluido al propio tiempo: nada se sabe, nada han oido los vecinos: el muerto estaba solo, no hay antecedente alguno; únicamente hubo una acusacion de la viuda de que yo no he hecho mérito ni consta en el proceso; porque la acusacion se referia á tal persona, que se tornaba de todo punto impertinente é increíble.

—La viuda de Agustin de Avila ha sido recibida hoy en audiencia por su magestad, y ha acusado del asesinato de su marido al señor marqués de Siete Iglesias: el rey la ha prometido hacerla justicia si probaba su acusacion, y me ha mandado averigüe lo que haya de cierto en ella.

—En efecto, señor duque; al señor marqués de Siete Iglesias era á quien acusaba no sé con qué fundamento la viuda, que cuando yo desestimé su acusacion, me amenazó con ir á pedir justicia á su magestad: yo la eché indignado á la calle, y no sé, no sé cómo no la he puesto presa.

—El rey ha tomado gravemente esta acusacion, por el empeño que tiene en que se desvanezca, á causa de la grande estima en que tiene al señor marqués de Siete Iglesias, y por otra parte, por el gran respeto que como rey siente por la justicia.

—Pues no sé, no sé qué hacer, señor duque, dijo todo aturdido el alcalde: verdad es que el señor marqués de Siete Iglesias fué á buscarme á mi propia casa poco despues de haber dejado yo depositado el cadáver de Agustin de Avila en la iglesia de san Justo y san Miguel: y juntamente con el señor marqués fui á reconocer los papeles del difunto á su casa habitacion, donde la viuda tuvo algunas fuertes contestaciones con el señor marqués de Siete Iglesias.

—Haced caso omiso de eso, alcalde: podrian despertarse sospechas, y francamente, la muerte de Agustin de Avila ha sido una ejecucion de justicia hecha de este modo á causa de traiciones del muerto, que convenian tanto quedasen secretas, que no podian pasar las fojas de un proceso.

—La viuda aducirá como prueba, como única prueba á lo que yo creo, que el señor marqués de Siete Iglesias estuvo en su casa conmigo examinando los papeles de su marido poco despues de la muerte de este.

—Cosa ha sido que ha importado al servicio de su majestad y que debe quedar muy secreta: negad, si la viuda lo dice, que habeis estado en su casa, que don Rodrigo ha estado en la vuestra; todo en fin, lo que pueda hacer que el marqués de Siete Iglesias aparezca complicado ni aun remotamente en este suceso. Y para contentaros del disgusto que esto os pueda producir, ved si os basta ir de oidor á la chancillería de Granada.

—¡Ah, excelentísimo señor! mi sueño, mi gran sueño dorado.

—Además de esto, vuestros adelantamientos corren de mi cargo: sillas tiene el Consejo de Castilla y el de Indias, que se honrarian con que vos las ocupáseis.

El infame cohecho de un alto ministro de justicia por medio de un secretario de Estado y del Despacho estaba consumado.

El alcalde de Casa y Córte salió de casa del duque de Lerma resuelto á despedazar la justicia, con tal de sentarse en un sillón de la real Chancillería de Granada para oír pleitos, y más tarde en el Consejo de Estado.

Los hombres siempre han sido los mismos, salva la diferencia de carácter de sus épocas respectivas.

El duque de Lerma, llenándose los bolsillos de oro y de pedrería, se hizo llevar á casa de la viuda.

Esta bajó á su puerta en el momento en que sintió que delante de ella paraba una carroza.

Al ver al duque de Lerma le dijo:

—Entrad, os esperaba.

El duque entró.

La viuda cerró la puerta.

—¿Que me esperábais? dijo con extrañeza Lerma.

—¿Pues qué, no habíais vos de acudir al socorro de vuestro hijo? dicen que le amais mucho: y haceis mal; porque don Rodrigo es un infame.

Subian á esto por las escaleras.

—¿Quién os ha dicho, exclamó el duque entrando con la viuda en una sala poco más que modestamente amueblada, que el marqués de Siete Iglesias sea mi hijo?

—Mi pobre marido lo sabia todo; y me queria tanto, tenia tal

confianza en mí, que no me ocultaba nada: si hubiera seguido mis consejos, no le hubieran matado, no estarían huérfanos y desvalidos mis pobres hijos.

—Vuestros hijos tienen padres y hacienda: su padre lo será el rey que los recibe como pajes á su servicio; su hacienda se la traigo yo.

Y el duque se levantó y empezó á soltar sobre una mesa pedrería y oro.

—Es decir, exclamó pálida como un cadáver la viuda, que venís á traerme el precio de la sangre de mi marido? pues bien, le acepto para mis hijos.

—Haceis bien, doña María, haceis bien: evitemos escándalos y contestaciones desagradables: os seria muy difícil probar que el marqués de Siete Iglesias ha tenido parte en la muerte de vuestro marido, exponiéndoo, si no lo probábais á ser tenida por calumniadora, y como tal castigada.

—Pues mejor es así, señor, mejor es así, dijo sombriamente la viuda.

—Quedamos, pues, convenidos, dijo Lerma levantándose.

—Convenidos, señor, desde el momento en que mi silencio es el pan y la fortuna de mis hijos; yo no sé nada; pero si perdono acá en la tierra y por amor á mis hijos al asesino de mi esposo, no le perdono ante Dios.

—Dios es sumamente misericordioso y vé el corazón de sus criaturas, dijo Lerma. Adios, señora: gracias por lo que habeis hecho, y contad siempre con mi agradecimiento y con el del marqués de Siete Iglesias, y conque ambos os ampararemos cuanto esté en nuestro poder.

El duque salió muy contento, porque segun él, estaba ya satisfactoriamente terminado aquel negocio.

Pero aun no habia pasado media hora desde que salió Lerma de casa de la viuda de Agustin de Avila hasta que llamaron á su puerta.

Abrió la viuda, y se encontró frente á frente de un caballero. No le conocia.

—¿Quién sois? le dijo.

—Soy, le contestó el caballero, el duque de Uceda.

—¡Ah! pase, pase vucencia, dijo doña María, que así se llamaba la viuda. Si vucencia no hubiera venido á mi casa, yo hubiera ido á suplicar á la suya una audiencia.

—Donde quiera que vá mi señor padre, doña María, voy yo

como hijo amantísimo: sobre todo, á los lugares á donde mi excelente padre vá á practicar alguna obra benéfica: hé aquí, hé aquí las señales de la inagotable caridad del señor duque de Lerma: ha sabido que vuestros hijos habian quedado huérfanos y pobres, y ha venido á ampararos.

—Sí, ha venido á comprarme la sangre de mi marido.

—¡Bah! vos no sabeis sin duda lo que os decís, doña María, dijo sonriendo de una manera sesgada Uceda; ¿por qué habia de pagaros mi buen padre la sangre de vuestro marido?

—Porque esta sangre no cayese sobre la cabeza de su queridísimo hijo don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¡con que vos sabeis que don Rodrigo Calderon es hijo bastardo de mi padre!

—Mi marido conocia todos los secretos del marqués de Siete Iglesias, y no tenia secretos para mí mi marido.

—¿No? ¿estais segura de que vuestro marido no tenia para vos secretos?

—Os lo puedo probar.

—¿Y cómo?

—Con abrir un secreto de esta mesa.

—¿Y qué hay en ese secreto?

—En ese secreto está la cabeza de don Rodrigo Calderon.

—¿Cuánto quereis por la cabeza de ese hombre? dijo vivamente el duque.

—Quiero... diez veces más de lo que ha dejado sobre esa mesa el duque de Lerma: quiero que mis hijos sean ricos.

—¿Y por qué me habeis de vender á mí más caro que á mi padre?

—Porque á vuestro padre he vendido sangre, y á vos os voy á vender honra.

—¡Honra! exclamó el duque de Uceda.

—Honra, sí; la honra de mi marido, que es la honra de mis hijos.

—Explicaos, doña María, explicaos.

—Mi marido, á despecho mio, anduvo en el envenenamiento de la reina, del padre Aliaga y del padre Suarez.

—¡Ah! ¿y teneis vos las pruebas de todo eso?

—Sí.

—Pues bien: os doy por ellas lo que querais.

—Cien mil ducados, exclamó la viuda.

—Los tendreis.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pues bien, señor duque, esta noche habrá aquí parientes míos, parientes que no se dejarán robar.

—¡Cómo! exclamó el duque de Uceda.

—Sí, dijo doña María; cuando os he dicho que esas pruebas estaban aquí en un secreto de esa mesa, habeis arrojado sobre ella una mirada codiciosa: no, señor duque, los papeles no estan ahí: cuando traigais los cien mil ducados, sabreis dónde están.

—Pues bien, dijo el duque; yo traeré tambien gente para no ser robado, ya que veo que de tal manera se desconfía de mí.

—Despues de lo que me ha sucedido, dijo doña Maria, yo no puedo confiar en nadie.

—Haceis bien. Adios, señora.

—¿A qué hora vendreis?

—A la hora que querais.

—Venid á las ánimas.

—A las ánimas vendré.

El duque salió.

—Sí, dijo doña María; ya que han robado un padre á mis hijos, ya que yo tengo que llorar la pérdida de mi esposo, que á lo menos mis hijos sean ricos.

Y doña Maria tomó una luz, subió á lo alto de la casa, entró en un desvan, y en uno de sus tabiques, buscó un ladrillo señalado con una cruz.

Le encontró.

—Sí, dijo con una terrible alegría, aquí está aun la cabeza de don Rodrigo.

Y bajó, asió á sus hijos, se sentó en un sillón, puso á los pequeños sobre sus rodillas, y los abrazó y los besó llorando.

Aquella noche al oscurecer, algunos parientes de doña Maria, que esta habia llamado, entraron en la casa.

Iban armados hasta los dientes, porque todo habia que temerlo del prepotente señor duque de Uceda.

Dos eran hermanos del difunto, otro tío de doña Maria, los otros dos en fin, primos de ella.

A las ánimas llamaron á la puerta y entró el duque de Uceda.

Le acompañaban dos hombres, de los cuales no quiso separarse.

Doña Maria le llevó á la sala donde estaban los otros, y le dijo:

—En presencia de mis parientes voy á dar á vucencia los papeles que le he prometido; pero antes es necesario que vucencia presente los cien mil ducados que me ha ofrecido por esos papeles.

Entonces el duque hizo que los dos hombres que le acompañaban dejasen sobre la mesa dos talegos, cuyo peso les tenia agobiados, que traian al hombro ocultos bajo las capas.

Aquellos dos talegos estaban llenos de oro: en cada uno iban mil seiscientos doblones de á ocho.

Los parientes contaron aquel dinero, y hallaron que habia cien mil ducados con exceso.

Entonces doña Maria, haciendo que la acompañase uno de sus parientes, salió con Uceda al desvan, y señalando el ladrillo marcado con una cruz, dijo:

—Romped este tabique como podais, Pedro de Aguila.

Este, que era un moceton fornido, se hizo atrás, y de una sola patada abrió un agujero en el tabique.

Quedó descubierto una especie de hueco de alacena con tres tablas.

En una de ellas habia una caja de hoja de lata.

—Tome vucencia, dijo la viuda; vea vucencia si esas cartas merecen bien los cien mil ducados que ha traído.

El duque abrió con una mano trémula de impaciencia la caja, y encontró tres cartas.

Las leyó y lanzó un grito de alegría que reprimió instantáneamente, por temor de que se aumentaran las exigencias de la viuda.

—Estas cartas, son pues, mias, dijo Uceda.

—Sí, pero aun falta á vucencia algo que hacer.

Miró con recelo el duque á la viuda.

—¿Y qué hay que hacer, señora? dijo.

—Escribir una carta de donacion de cien mil ducados, hecha por vucencia á mis hijos.

—Sois muy hermosa, señora, y podrian interpretar...

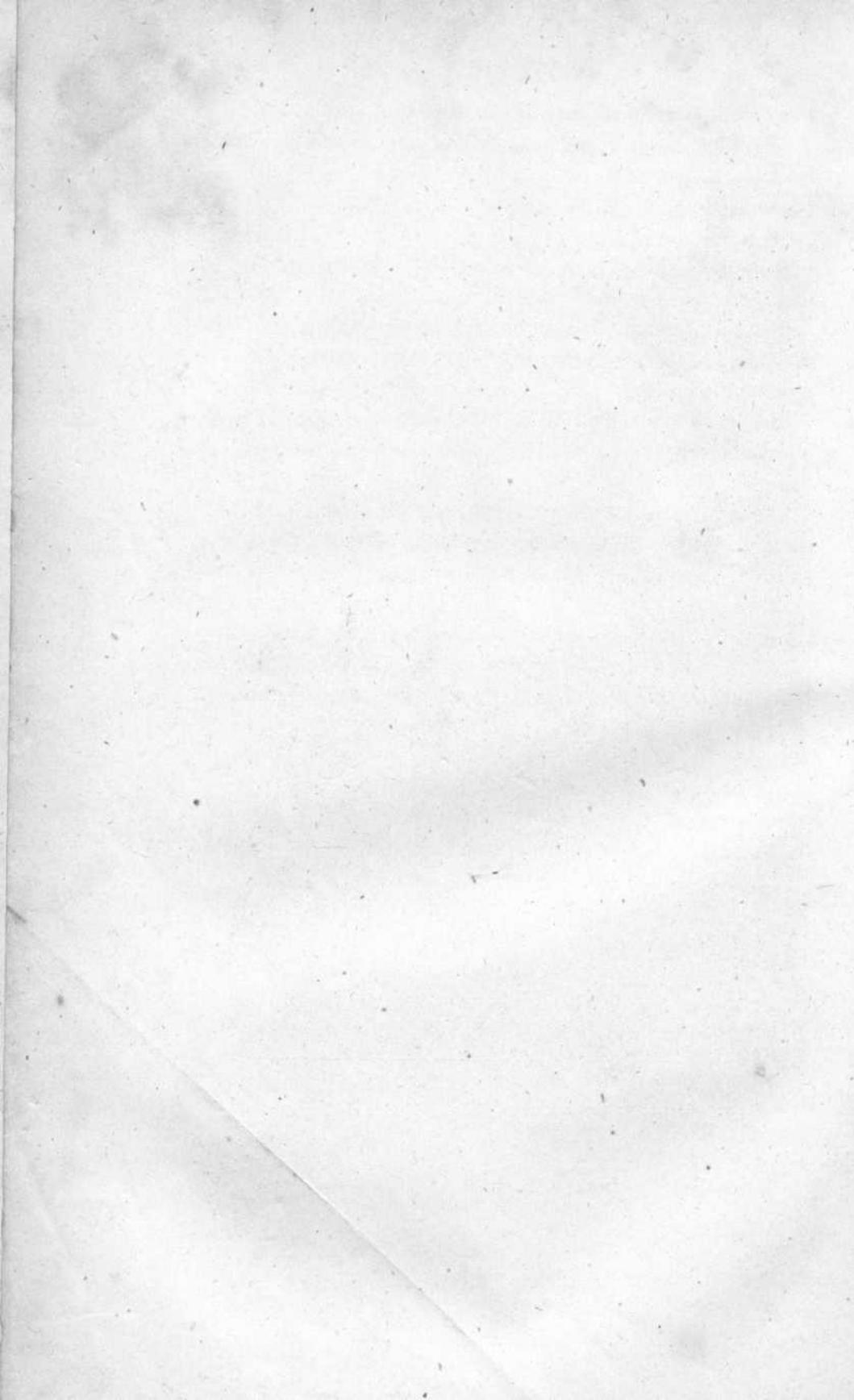
—No, porque mañana mismo salgo de Madrid con mis hijos para irme á la montaña de Santander, dondē tengo mis parientes.

—¿Por qué no dejais que yo me encargue de la suerte de vuestros hijos en la córte?

—¡Ah, no, no señor! dijo doña Maria; la córte es infame, y no quiero permanecer en ella, estoy segura de que me aconteceria una nueva desgracia. Vamos.



Romped este tabique como podais, Pedro de Águila.



Y doña María tomó la salida del desvan.

El duque escribió una carta de donacion de cien mil ducados á los hijos de Agustin de Avila.

Doña María un recibo de aquella cantidad.

Cangeáronse aquellos papeles, y poco despues el duque de Uceda salió de la casa, llevándose las cartas que de tal manera compromettian á don Rodrigo.

Al día siguiente, doña María salió de Madrid con sus hijos, llevando en libranzas contra ricos mercaderes de la montaña ciento veinte mil ducados.

Los papeles que doña María habia dado al duque de Uceda, explicaban perfectamente las cartas que Juara habia entregado al duque de Uceda.

Eran instrucciones acerca del envenenamiento de una alta persona, que se veia claro que era la reina, y otros referentes al asesinato de los religiosos Aliaga y Suarez, dominico el uno y jesuita el otro.

Aquellos tres papeles citaban fechas muy próximas.

Uceda metió aquellos papeles en las mismas lomerías de los libros, donde habia escondido las cartas que le vendió Juara.

## CAPITULO L.

Continuacion del anterior.

Don Juan de Mazarredo llegó al oscurecer cerca de Canillejas.

A la derecha del camino, y no lejos de él, vió una casita aislada, rodeada por la parte posterior de gigantescos olmos deshojados.

Hacia mucho frio; á pesar de él se veia en la puerta de la casita un hombre.

Mazarredo reconoció al marqués de Siete Iglesias.

Tomó por la vereda que conducia á la casa, desde el camino, y el hombre que esperaba á la puerta, adelantó hácia Mazarredo, que echó pié á tierra.

—Buenas tardes, mi capitán, dijo; he tenido que hacer tiempo para no llegar hasta esta hora; he atrasado mi llegada á Barcelona hora y media á lo menos.

—¿Y qué os importa, dijo don Rodrigo, si así habeis servido á su majestad? Seguidme.

Mazarredo se fué trás don Rodrigo, llevando su caballo de la mano.

Cuando llegaron á la casa, le ató á una reja y entró con Siete Iglesias.

No vió á nadie; si alguien habia, no parecia por la casa.

Don Rodrigo se encerró con Mazarredo.

—¿Qué os ha dado el duque de Lerma? dijo.

—Una carta que debo entregar en Roma al cardenal ad látere de su santidad.

—Dadme esa carta, dijo don Rodrigo.

—Para ello, contestó seriamente Mazarredo, necesito una orden del rey.

—¿Os ha dicho el duque de Lerma que de orden de su majestad no entregéis esa carta más que al cardenal ad látere?

—Sí señor.

—Lo habia previsto; y como importa al buen servicio de su majestad que yo vea esa carta, he cuidado de traer conmigo una real orden, que voy á hacer os leer.

Don Rodrigo sacó su cartera y buscó entre ella, apartando un papel doblado, poniéndole en otra parte de la cartera, y tomando un pliego cerrado y sellado con las armas reales, en cuyo sobreescrito se leia:

«Al coronel don Juan de Mazarredo.—El rey.»

El papel que habia apartado don Rodrigo era la carta escrita al duque de Buckingham, firmada por Lerma, por Siete Iglesias y por Uceda; carta que como sabemos tenia completamente sugeto á su último firmante.

En el momento en que habia arreciado el peligro, y en vista del disgusto que no habia sabido ocultar el rey á Lerma y á Siete Iglesias, este habia buscado todos los papeles importantes, y los habia metido en su cartera, y esta en el bolsillo interior de su ropilla, temeroso de un golpe de mano sobre su casa, practicado audazmente por el duque de Uceda; porque don Rodrigo se habia dicho:

—Si me prenden haré que consten en el inventario los papeles que llevo sobre mí, y Uceda se verá perdido al querer perderme.

Aquella era ya una lucha á puñaladas; se habian estrechado las distancias, y los golpes debian ser de muerte: era, pues, necesario estar muy sobre aviso para poder parar el golpe á tiempo.

Mazarredo tomó con sumo respeto el pliego, le abrió, y vió que decia:

«El rey: El coronel don Juan de Mazarredo entregará á la persona que le presente esta orden, el pliego ó los pliegos de que sea portador, sea cualquiera la persona que se los haya entregado, y las órdenes que le hayan dado. De orden de su majestad, su secretario de Estado y del Despacho, Marqués de Siete Iglesias.»

—Nada tengo que replicar, dijo Mazarredo; pero os advierto,

señor marqués, que al entregaros el pliego que de orden del rey me ha dado el señor duque de Lerma, conservo esta real orden y monto á caballo, y me voy á poner en conocimiento del duque de Lerma lo que me ha acontecido.

—Hareis muy bien, señor Mazarredo, dijo don Rodrigo; y ningún inconveniente tengo en que lo hagais. Guardad esa real orden, y dadme ese pliego.

Mazarredo metió el un pliego en un bolsillo, sacó el otro, y lo dió á don Rodrigo.

—Siempre torpe, y siempre pensando en remedios inútiles, murmuró don Rodrigo; que interponga su santidad sus buenos oficios para con el rey en nuestro favor. ¡Bah, bah! el duque ha sido siempre para mí un obstáculo: esto importa muy poco.

Don Rodrigo volvió á meter el pliego en el sobre, sacó de un bolsillo la cre y un sello, cerró de nuevo el sobre y le aplicó el sello.

Era un sello de armas del duque de Lerma.

—Dadme esa real orden, dijo don Rodrigo.

—Eso quiere decir que me devolveis el pliego.

—Si, salid, montad á caballo y seguid vuestro camino á Barcelona.

Y le dió el pliego.

—Que Dios os guarde, señor marqués, dijo Mazarredo.

—Id con Dios, amigo mio, y buen viaje, contestó don Rodrigo.

Mazarredo salió, montó á caballo y se alejó al galope.

—Es extraño, dijo don Rodrigo; ¿por qué me ha guardado secreto acerca de ese pliego mi padre? Tanto valdria el no enviarle: cuando pienso que no me ha servido más que para ponerme en la secretaria de su magestad, y que despues ha sido mi eterno obstáculo con su cortedad de alcances... si yo hubiera sido solo... siempre indeciso, siempre cobarde: ¡oh! él me ha levantado; pero si caigo, á él tambien se lo deberé; son muchas torpezas las suyas; mi buen hermano el duque de Uceda dice bien: un hombre no tiene, no debe tener ni padre, ni esposa, ni hijos, ni hermanos, ni amigos. Cesar prescindió de todo: le mataron es cierto; pero constituyó el imperio; esto no cabe en la cabeza de mi padre, y mucho será que por su incapacidad no estemos perdidos: se ha rodeado de demasiadas personas que le han vendido demasiado caros sus servicios, que cada dia exigen más, y que cuando no se satisface su insaciable codicia, se vuelven contra el amo que ya no les sirve. Yo no

me he servido más que de instrumentos bajos que se han contentado con poco, y de los cuales me ha sido fácil deshacerme: Agustín de Avila, Francisco de Juara, Alonso del Camino... yo no sé por qué no puedo olvidarme de esos tres muertos, y les tengo miedo: ¡bah!... aprensiones: es que me repugna matar, que me veo obligado á ello por las complicaciones en que me meten las torpezas de mi señor padre. Y bien ¿no tengo en mi mano la cabeza de nuestro más ir-reconciliable, de nuestro más poderoso enemigo? ¿no puedo prender esta misma noche á Uceda, presentando al rey esta carta? y una vez preso Uceda, decapitado, porque aparecerá reo del crimen de alta traicion, ¿quién se opondrá á mí? es mi hermano... y bien, ¿qué amor, qué amistad, qué respeto le debo? Los hombres de Estado no tienen familia; á más de eso, nuestro parentesco no es público, no hay pruebas de él, se murmura, y tanto se ha murmurado ya, y tanto se ha supuesto, y tanto se ha calumniado, que aunque todos usan de la murmuracion, ninguno cree lo que la murmuracion dice: por último, ó ser, ó no ser; para ser es necesario remover de la manera que nos sea posible los obstáculos que se cruzan á nuestro paso; sí, es cierto, un hombre de Estado no tiene parientes, no tiene más que amigos ó enemigos, instrumentos ú obstáculos; los instrumentos se rompen cuando no sirven; los obstáculos se apartan de la manera que se puede: ¡oh, sí, sí! despues de dominarlo todo, se puede pensar en ser generoso; pero es una tontería mientras se lucha perdonar enemigos á quienes enemistaría más con nosotros la humillante generosidad de nuestro perdon; sí, es necesario no vacilar, no consultar más que con mi padre, que cuando se trata del duque de Uceda, no encuentra más que dificultades. Vamos á ver al rey. ¡Hola, Fortuñez! los caballos.

Cuando un momento despues de haber dado esta orden don Rodrigo salia de la casa, encontró á su puerta dos caballos, que un criado tenia de la mano.

Montó; montó el criado, y ambos tomaron al galope el camino de Madrid.

Dejémosles correr, y vengamos á ver lo que acontecia en aquellos momentos en la casa de doña Ana de Contreras.

Para ello es necesario que nos vayamos á buscar al duque de Uceda.

Sabia este, porque estaba muy bien servido, que aquella tarde habian salido con una hora de diferencia dos correos de casa del duque de Lerma, y que habian tomado el camino de Francia.

Supo tambien que aquella misma tarde don Rodrigo con un criado habia tomado el mismo camino.

El duque de Uceda tomó el de la casa del marqués de la Fávara, y se hizo anunciar á la marquesa, que le recibió al momento.

—Vamos claros, señora, la dijo; ¿quereis servirme?

—Sí, con toda mi alma, dijo la marquesa.

—Lo comprendo, contestó el duque; don Rodrigo os ha jugado una malísima pasada casando á vuestro estudiante con una jóven misteriosa; porque esta es la verdad; vos no veis más que un misterio en esa jóven.

—Y misterio tal y tan extraño que no me he metido en procurar aclararle: ¿me lo podeis aclarar vos? os lo agradecería.

—Yo estoy tan á oscuras como vos, mi bella marquesa, y no sé lo que esto significa. Su magestad, que es muy circunspecto, se ha prestado á ser padrino de ese casamiento por representacion comeditada á don Rodrigo Calderon: mi hermana, que es altiva hasta donde puede llegar la altivez, no ha tenido inconveniente en ser madrina: se ha hecho alférez de la guardia alemana al novio, y se le ha concedido el hábito de Santiago: al padre se le ha dado una tenencia de la misma compañía, y se le ha hecho tambien merced de hábito de la misma orden: ¿qué significa esto? ¿qué interés se tiene en el casamiento de esa doña Inés con vuestro estudiante, y por qué se ha dado esa posicion tan alta, si se considera lo que son, al marido y al padre de doña Inés? y estad segura de que don Rodrigo no hace nada á humo de pajas.

—Y lo que es más extraño aun; ese alférez Mendavia, convertido en don Cristóbal por el hábito de Santiago, y en teniente de la guardia alemana, solicita casarse en mi casa: ¿con quién direis?

—¿Con vuestra hermosísima prima la marquesa de Fuendorada?

—¡Bah! eso no tendría nada de extraño; eso seria pretender crecer, pero no, no señor, don Cristóbal de Mendavia pretende descender.

—Pues entonces no solicita la mano de ninguna de vuestras parientas.

—No, ciertamente; se ha enamorado de una de mis doncellas, y en este momento está encerrado con el marqués, mi carísimo esposo, tratando de la boda.

—Pues dígoos, señora, que cada vez me encuentro más á oscuras.

—Vos teneis la culpa, vos que sacásteis de donde yo la te-

nia bien ócultá, á esa mujer, y la entregásteis á don Rodrigo.

—Enredos de enredos, marquesa; no me tengais ódio, porque hace tres dias me traen de acá para allá, y no sé donde estoy. Pero sé bien cuánto odiais á don Rodrigo por el mal que os ha hecho en el corazon, y vengo á ampararme de vos, ofreciéndoo en pago de la proteccion que me dispenseis, vuestra venganza en contra de don Rodrigo.

—¿Y qué hay que hacer? se apresuró á decir la marquesa.

—El rey, á causa de un enredo del príncipe de Astúrias, que ha abusado de su padre para hacer frente á los celos de la princesa, que ha sabido que salió anoche de palacio, y fué á esperarle á su cuarto sin saber que el príncipe pasó muy gratamente la noche en cierta casa...

—¡Cómo! ¿sabeis?..

—Sí, su alteza me lo cuenta todo, y porque todo me lo cuenta he venido yo á vos. Pero dejadme continuar, que despues hablaremos de esto: el príncipe necesitó hacer creer á su celosa y enamorada mujer que habia pasado la noche en el cuarto del rey, ocupado en graves asuntos de Estado; y hé aquí que el bueno de Felipe III se vió despertado dos horas antes que de costumbre, y llevado al cuarto de la princesa: y como era necesario decir algo á su magestad, han pagado el pato don Rodrigo y mi ilustre padre: y tales calumnias han levantado á los dos sus altezas, que el rey fuertemente impresionado, se ha mostrado contra su costumbre, muy sério con Calderon y con Lerma: resultado: mi padre ha expedido dos correos, que han tomado el camino de Francia, y don Rodrigo ha tomado tambien el mismo camino, sin duda para que los correos le digan lo que mi padre tal vez no le ha dicho; porque cuando arrecia el peligro, cada cual piensa en salvarse á sí propio sin acordarse de los demás. Tiene mucho miedo, y estoy seguro que á causa de este miedo don Rodrigo Calderon lleva sobre sí una firma mia, que me ha arrancado á la fuerza, puesta al pié de un escrito que si se presentara al rey, me haria aparecer á los ojos de su magestad como reo de alta traicion: estoy atado de pies y manos, y no encuentro medio de soltarme, como vos, marquesa, no me solteis: soltadme, y mato á don Rodrigo Calderon, á la luz del sol, sobre el patíbulo.

—¿Y puedo yo hacer eso?

—¿Que si podeis? el príncipe os visitará de seguro: como que se ha enamorado de vos, y os cree enamorada de él: habeis sabido engañarle, y hay que tener envidia al príncipe.

—¿Y qué tiene que ver esto con el marqués de Siete Iglesias? ¿quién tiene más influencia que vos sobre su alteza? ¿para qué me necesitais á mí?

—Esperad; el príncipe nunca está enamorado de una sola mujer: por más que vos seais hermosísima y que el príncipe esté muy satisfecho de lo que cree vuestro amor, está loco por doña Ana de Contreras.

—Y bien, ¿y qué?

—¿Qué? que es necesario aproximar al príncipe y á doña Ana.

—¿No los aproximásteis vos antes? aproximadlos ahora.

—Hay al lado de la princesa una señora de la Nestosa lo más impertinente del mundo: sé, porque esta señora ha venido á decirme, que estoy vigilado para que la princesa pueda saber si entro ó salgo casa de doña Ana, si acompaño de noche, ó no acompaño al príncipe; no puedo moverme: pero vos no estais vigilada y podeis entrar y salir casa de doña Ana.

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué? todo el enredo en que nos encontramos consiste en que Calderon está ciegamente enamorado de doña Ana; que supo que esta cedía á la solicitud del príncipe; que para que la princesa pudiese sorprender á su real esposo, me hizo prender por el Santo Oficio, etc., porque esto es muy largo: resulta que don Rodrigo, suplantando al príncipe, se ha hecho amante de doña Ana de Contreras; que no fué anoche, porque se entretuvo en otro galanteo, y que irá esta noche; que está fuera de Madrid, y por poco que se haya alejado, no volverá hasta muy entrada la noche. Id, vos, antes casa de doña Ana, y habladla.

—¿Y para qué?

—Doña Ana, por más que yo crea que la agrada don Rodrigo, estoy seguro de que ansía ser amante del príncipe: la princesa la ha tratado con un altivo desprecio, puesto que cuando doña Ana presentó la dejacion de su cargo de camarista, su alteza la ha mandado continúe en él, como diciéndola:—¿Qué me importa á mí de vos? ¿quién sois vos? ¿creeis que tengo miedo de que permanezcais en el alcázar al tope del príncipe? pues no, quedaos aquí; ¿qué se me dá?—Esto ha debido irritar de tal manera á la orgullosa doña Ana, que estoy seguro de que por poder hacer conocer á la princesa, que era querida del príncipe, daría su alma al diablo.

—Y bien, veamos á donde vamos á ir á parar.

—Don Rodrigo es hombre dado á excesos con sus queridas, y

donde nadie le ve, se entrega á la embriaguez; ¿no comprendéis?

—Empiezo á comprender.

—Hombre embriagado, y sobre todo si ha sido embriagado con un vino compuesto, no es hombre: es durante algunas horas un leño, que á nada puede oponer resistencia: doña Ana puede apoderarse de ese papel que me compromete gravísimamente, y entregároslo. Una vez ese papel en mi poder, estoy libre y puedo acusar á Calderon con pruebas bastantes de siete asesinatos y aún de más, contándose entre ellos el de la reina.

—¡Ah! pues entonces Siete Iglesias está perdido; no podrá proteger á quien ahora protege; yo tambien estoy irritada, celosa, sedienta de venganza: nos conocemos demasiado para que yo pretenda ocultaros mis pensamientos: para llevar al patíbulo á don Rodrigo Calderon os ayudo con toda mi alma. ¿Pero consentirá doña Ana en lo que quereis que yo la pida? creo que ama á don Rodrigo.

—Ponedla por cebo los amores del principe, que solo vos podeis procurarla.

—Lo procuraré; iré.

—Pues id, id al momento, porque empieza á oscurecer; y para que no perdais tiempo empiezo por irme yo.

Y sin esperar más, el duque salió.

Doña Ana llamó á Calixta, esto es, á su doncella de confianza y la dijo:

—Ponte el manto, vete y alquila una silla de manos, que esta silla espere en la calle de Bordadores; está tú dentro de ella, pero que la silla no tarde en estar donde te he dicho más de un cuarto de hora.

Calixta salió.

La marquesa hizo que otra doncella la vistiese un traje oscuro, se puso un gran manto de terciopelo que la encubria toda, bajó al jardín, abrió el postigo con llave, salió y cerró.

El pasadizo de San Ginés estaba completamente desierto.

La marquesa se encaminó de prisa á la calle de Bordadores; pero no estaba allí la silla de manos.

Se metió en la iglesia de San Ginés, donde habia ejercicios, esperó algunos minutos y volvió á salir.

La silla de manos estaba ya junto á la esquina de la iglesia.

Llegóse á ella la marquesa, y la mandó abrir.

Salió de ella Calixta.

—Espérame, la dijo la marquesa, ahí en la iglesia, junto á la

pila de agua bendita: los ejercicios durarán hasta las ánimas, y para entonces ya habré yo vuelto.

Calixta se encaminó á la iglesia.

—Llevadme á la Bajada de los Angeles, á la primera casa á la izquierda, entrando por los Caños del Peral.

Cerró un mozo la portezuela, y un momento despues echó á andar la silla, parando á poco rato delante de la casa de don Francisco de Contreras, cuyo zaguan estaba abierto.

—Esperadme en los Caños del Peral, dijo la marquesa á los mozos de la silla, entrando en la casa.

El portero la detuvo.

—¿A dónde vá la tapada? la dijo.

—Decid á vuestra señora, contestó la marquesa, que la busca una dama de honor de su alteza la princesa de Astúrias.

Dijo de tal manera la marquesa estas palabras y con tal altivez, con tal dominio, que el portero se aniquiló, y para corregir la groseria de sus primeras palabras, se apresuró á decir:

—¡Ah! eso es distinto, perdone usia; ya se vé, no se sabe, y sin quererlo se cometen grandes torpezas; ruego de nuevo á usia que me perdone: sigame usia; yo mismo voy á anunciarla.

Y emprendió por las escaleras y llevó á la marquesa hasta el re-trete de doña Ana, donde fué recibida apenas se anunció.

Guardaba doña Ana muy mal recuerdo de otra visita de la marquesa, y la dijo frunciendo el ceño:

—¿Quién os envia, señora?

—Si anoche vine á daros un mal rato, contestó la marquesa, vengo á compensaros esta noche; me envia su alteza.

—¡La princesa! se apresuró á decir doña Ana.

—No, no por cierto, contestó la marquesa; me envia su alteza el principe.

Doña Ana se puso pálida de emocion.

—¿El principe don Felipe os envia? exclamó.

—Sí, su alteza no tiene de quien valerse, porque su gran favorito el duque de Uceda está muy vigilado, y se ha valido de mi: yo he tenido lástima de su alteza; está ciegamente enamorado de vos; tan enamorado que se puede asegurar que casi desesperado y á punto de cometer una locura que podria producir funestas consecuencias. Yo afortunadamente gozo de la confianza de la princesa, y puedo evitar sucesos muy graves: de otro modo os aseguro que yo no me entrometeria en estos asuntos. ¿Qué he de decir á su alteza?

Su alteza es dueño de mi vida, contestó turbada doña Ana; decidle que soy su esclava.

—Pero el príncipe está muy enojado contra vos, por lo mismo que tanto os ama.

—¿Y qué he hecho yo para causar el enojo de su alteza? dijo doña Ana.

—¿Qué habeis hecho? aceptar los amores de don Rodrigo Calderon.

—Para vengarme, dijo no sabiendo qué otra cosa decir doña Ana.

—Pero el príncipe lo sabe y está irritado, furioso, no contra vos, porque os ama demasiado, sino contra don Rodrigo, que se ha atrevido á poseer lo que el príncipe ama tanto como á su vida.

—Y bien, dijo doña Ana; ¿qué puedo yo hacer? Estamos solas, señora, y puedo deciroslo todo. Despues de haber sido sorprendida por la princesa, creí imposibles mis amores con el príncipe: yo amaba á don Rodrigo.

—Sí, y no habiendo podido tener al rey futuro, que promete largos años de dominacion, os decidisteis por ese otro rey que se llama marqués de Siete Iglesias, y que está próximo á desaparecer por la muerte probable del enfermo don Felipe III.

—Os juro que el amor, y solo el amor, me ha hecho amante del marqués de Siete Iglesias: hoy es distinto; le aborrezco con toda mi alma, y si encontrara un medio para vengarme de él, no vacalaria.

—¿Aunque vuestra venganza le llevase á un cadalso?

—Con mucho más placer entonces.

—¡Ah! es verdad; abandonaros anoche por una perdida, á quien tanto ama que la ha comprado un marido y ha obligado al rey á apadrinar la boda: ¿qué más podeis esperar para desengañaros? Don Rodrigo os ha tomado por juguete, y os ha enamorado por vanidad: sois la dama más hermosa de la corte, y por lo tanto la más pretendida; habeis desdeñado á muchos hombres ilustres que verdaderamente os aman, y habeis favorecido á quien os desprecia.

—¡Ah! he cometido una locura, dijo doña Ana; pero esa locura puede ser corregida y la corregiré; no me faltarán medios para vencer á su alteza de que más que culpable he sido victima: vea yo á su alteza, y si me ama, como decís, me perdonará.

—Su alteza no consentirá en veros, si no haceis antes lo que vá á mandaros por mi boca.

—¿Y qué quiere su alteza? dijo excluyendo la palabra mandar doña Ana.

—Quiere la cartera de don Rodrigo.

—¿Y tanto importa esa cartera?

—Al proponeros esto, lo aventuramos todo: si amais á don Rodrigo, á pesar de todo lo que decís, si nos haceis traicion, don Rodrigo sabrá que le hemos buscado la cabeza, y se lanzará á todo: pero os advierto, que yo estaré aquí, oculta en vuestra habitacion cuando llegue don Rodrigo; que estará cercada vuestra casa por gente brava y resuelta á todo; que si revelais á don Rodrigo el secreto que os dejamos conocer, don Rodrigo será muerto al salir; porque si no muere, nos mata.

—¿Quién os ha dicho que yo amo á don Rodrigo? Empecé por aficionarme á él, creció luego mi aficion, pero no tanto que olvidase la aficion que su alteza me tenia, y lo pospusiese todo á don Rodrigo: voy á acabar de ser completamente franca con vos: yo no soy esa mujer impura y miserable que podeis creer; yo no he nacido para ser manceba de nadie, y mucho menos de hombres casados; pero hay en mi algo que no puedo vencer, que no puedo dominar, aunque conozco que es un gran pecado, un pecado mortal; la soberbia: dicen que soy hermosa, y casi lo creo; porque tanto en el convento, como en la córte, me han envidiado y me han hecho sufrir continuamente mortificaciones, como si con ellas hubieran querido imponerme una pena por el delito de ser hermosa: me han hecho dura á fuerza de ser injustas conmigo las mujeres; me han irritado y he sentido la necesidad de una venganza: no he visto amor, sino deseo, en los hombres, y esto ha acabado de irritarme: ¿y cómo se puede vengar una mujer si no adquiere un poder que no está en ella, ni cómo puede adquirir ese poder si no llegando á ser reina, una de esas reinas sin corona que han sido tantas veces la perdicion ó la salvacion de un rey y de un reino? Hé aquí todo el misterio de mi conducta, que vos comprendereis: he entrado en el mundo llena de esperanzas de que el mundo me hiciese olvidar las injusticias y el ódio del convento, y he encontrado más ódio y más injusticia en el mundo: en el convento á lo menos no existia la impureza, no podia existir, y el mundo me ha rodeado de impurezas, y me ha hecho conocer ó adivinar infamias: he ansiado, pues, un dia de triunfo y de venganza, y solo por eso he escuchado al príncipe de Astúrias. El único hombre que me ha tratado hasta que ha llegado un momento de prueba, el único hombre en quien creí encontrar amor hácia mí y amor del alma, ha sido don Rodrigo Calderon, y fuerza es que lo confiese; engañada por las apariencias, me engañé á mí

misma creyendo que amaba á don Rodrigo: pero no le amaba mucho cuando pospuse á mi ambicion y deseo de venganza y de dominio la aficion que por don Rodrigo sentia, y la sujeté á un cálculo: necesitaba impresionar fuertemente al príncipe para poderle engañar despues: yo decia: mi fuerza, mi poder, mi grandeza están en el príncipe; mi amor, mi felicidad en don Rodrigo, de quien me creia enamorada: llegó el momento de decidirme y me decidí: el príncipe entró secretamente en mi casa; pero don Rodrigo que todo lo sabe, porque todo el mundo le sirve, don Rodrigo, que es por lo menos tan soberbio como yo, arrostró por todo, y sin medir las consecuencias trajo á mi casa á la princesa de Astúrias, y me hizo sufrir una humillacion, que yo creí no podia perdonar, y para vengarme de ella, empecé por engañar á don Rodrigo: pero es un hombre funesto, yo no le conocia: habia recibido cartas y versos suyos y riquísimos regalos, y me habia dado músicas, habia hecho cuanto puede hacer un hombre rico para halagar á una mujer: sin embargo, nunca le habia hablado: cuando me habló trémulo, delirante, inflamado de una pasion que yo creí un amor infinito, lo olvidé todo, mi ambicion, mi cólera contra todo el mundo, soñé una felicidad inmensa y acepté á don Rodrigo con toda la alegria de mi alma, con toda la lealtad de mi corazon, satisfecha, feliz, enamorada: pero no tardé en saber que don Rodrigo amaba á otra mujer, que me habia engañado, que lo que yo habia creído una pasion, no era otra cosa que la exageracion del deseo; que habiendo yo dejado de ser una dificultad y una novedad para don Rodrigo, todo habia terminado, y que yo no era más que una mujer deshonorada y abandonada por él, como tantas otras: anoche, un nuevo empeño le apartó de mí; y creedme, esto es demasiado para que yo lo olvide, para que yo no ansie una venganza formidable: mi amor se ha convertido en ódio, y en un ódio de muerte. Decidme, decidme, ¿por qué quereis la cartera de don Rodrigo?

—Porque en el momento en que me entregueis esa cartera, don Rodrigo cae desde todo lo alto de su poder, es preso y júzgado, y no saldrá de su prision sino para ir al patibulo.

—¿Vos tambien le aborreceis? dijo doña Ana; ¿le amais vos tambien?

—No, dijo la marquesa; nunca le he amado por más que él me haya pretendido; le conocia demasiado para amarle: pero para honrar á esa manceba suya á quien adora, á esa hija del alférez Mendavia, me ha robado el hombre á quien yo amaba, y por el cual me

he visto humillada, despreciada, tratada de una manera indigna: yo aborrezco á don Rodrigo más, mucho más que vos podeis aborrecerle, ó por lo menos tanto como vos.

—¿Y decis que en esa cartera está el cadalso para don Rodrigo?

—Sí.

—¿Y de qué modo puedo yo apoderarme de esa cartera?

—Don Rodrigo la lleva sobre sí.

—Bien; pero ¿y cómo?

—¿Cómo? Empezad por escribir una amorosísima carta á don Rodrigo; quejaos amargamente de su ausencia de anoche; decidle que os estais muriendo y que esperais que venga esta noche. Enviad esa carta á su casa con orden de entregarla en mano propia á don Rodrigo, si no está en su casa donde se encuentre, que si no está en ella estará en el alcázar, si no casa del duque de Lerma, y si en esas tres partes no estuviere se le encontrará de seguro casa don Guillen de Vargas Machuca, marido de doña Inés de Mendavia, en la calle Mayor, á la tercera puerta contando desde la esquina de la calle de Coloreros. Si está, lo indicará su carroza que se encontrará delante de la puerta de esa casa: que vuestro enviado no pregunte por él, sino que le espere, y cuando salga le dé vuestra carta. Es posible además, que don Rodrigo haya determinado venir á veros esta noche: sea como fuere, yo vendré á acompañaros para entreteneros la espera; para ayudaros en vuestra vacilaciones; para impedirlos que seais débil: cuando se espera en la situacion en que vos esperareis, la soledad es terrible, el tiempo se hace impiamente largo. Si don Rodrigo no recibe vuestra carta, si no viene; será que ha pasado la noche con su manceba: ya se vé, el marido está herido, no puede abandonar el lecho, el insensato la ama demasiado para permitirle que vele junto á él, y don Rodrigo gusta mucho de burlar maridos, porque es un infame; si no viene, tendreis un desprecio más que añadir á los desprecios que ya le debeis. Adios, doña Ana; os dejo para buscar algo que necesitamos, y en cuanto lo tenga, voiveré. Escribid entre tanto esa carta y enviadla.

La marquesa salió, buscó la silla de manos, que encontró cerca de la casa de doña Ana, y se hizo llevar junto á la iglesia de San Ginés, gratificó bien á los mozos de la silla, y les mandó que esperasen.

Entró en la iglesia, encontró á Calixta junto á la pila del agua bendita, y se volvió con ella á su casa entrando por el postigo del jardin.

Subió á su cuarto, y encontró en él al marqués, que se paseaba impaciente é irritado.

—¿De dónde venis, señora? la dijo.

—¿Y qué os importa? contestó la marquesa; ¿cuándo os curareis de vuestros ridículos celos?

—Cuando deje de amaros, que será cuando muera.

—¿Me amais mucho?

—¿Y me lo preguntais á los doce años de tormentos y de sacrificios sufridos y hechos por vos?

—¿Y qué, acaso yo no os amo? dijo sonriendo la marquesa; pues si no os amara ¿cómo habia de sufriros?

El marqués tembló de los pies á la cabeza como siempre que su mujer le miraba con amor.

—Sí, yo os amo mucho, dijo la marquesa; porque conozco cuanto me amais.

—Sin embargo, señora...

—No hay sin embargo que valga, dijo interrumpiéndole vivamente la marquesa; no nos metamos en recriminaciones inútiles: de todo lo que haya sucedido que haya podido desagradaros, vos teneis la culpa; vos, y nadie más que vos.

—Sí, en efecto, yo tengo la culpa, porque estoy loco.

—Pues, amigo mio, el loco por la pena es cuerdo: vamos, estoy de buen humor, y quiero pedirros un servicio.

—¿Vos? ¿qué teneis vos que pedirme algo? exclamó temblando el marqués; ¿y qué quereis vos, señora, que yo no os dé, siendo como son vuestras mi vida y mi alma? ¡Oh, cuánto os amo, adorada mia! ¡cuán desgraciado me haceis!

—Dejémonos, dejémonos de eso, dijo la marquesa, y vamos á lo que importa: necesito unos polvos ó un líquido.

—¿Y para qué? señora.

—Para componer un vino que ha de beber un hombre.

—¿Y qué hombre es ese?

—Poco á poco; eso no os importa á vos.

—Bien, sí, bueno, dijo el marqués; como querais. ¿Y qué se pretende produzcan esos polvos ó ese líquido? ¿matar á ese hombre?

—Vamos, y si fuera eso, ¿qué?

—Iria á mi cuarto, me llenaria los bolsillos de oro, me iria casa de un boticario muy conocido mio, y os traeria un veneno.

—Pues no se trata de eso.

—¡Ah! no se trata de eso...

—No señor, se trata de algo que cause una soñolencia dulce y profunda.

—¿Pero no me direis?..

—No señor, ¿dónde estaría vuestro sacrificio si supiérais para qué se quiere lo que se os pide?

—¡Ah! ¿conque es decir que nada tengo yo que temer por parte vuestra a propósito de ese adormecimiento?

—Sí que teneis que temer, porque podrá costaros la vida.

—Eso me importa á mí muy poco, señora, si sé que esos polvos no van á servir para algun enredo particular vuestro.

—¡Qué cosas decís, amigo mío! estais verdaderamente loco.

—Vos teneis la culpa; pero en fin, ¿qué objeto tiene ese amodorramiento?

—No debeis saberlo: me gusta poner vuestro amor á prueba; pero estamos perdiendo el tiempo: id, y haced que yo tenga lo que os he pedido cuanto antes.

—Voy, voy, pero quiero que sepais que me estais matando, señora; que esto se va haciendo insoportable; que estoy furioso.

—Así me amareis más; y sobre todo, tendreis en qué pensar. Pero id, que espero impaciente.

El marqués salió.

Volvió media hora despues, y entregó un pequenísimo botecillo á la marquesa.

—Tomad, la dijo; poned en el agua que haya de beber esa persona doce gotas, y únicamente doce gotas por cada cuartillo de liquido: al cuarto de hora, quien haya bebido ese liquido dormirá muy bien.

—¿Y qué es esto?

—Esto es ópio: si quereis que la persona muera, no teneis más que echar todo este ópio en una botella de vino.

—Bien, os agradezco el aviso; ahora, adios.

—¿Os vais?

—Necesariamente, porque no ha de venir á nuestra casa la persona que se necesita que se duerma.

—Pues no sé, no sé, me meteis en un laberinto de confusiones; este es un acertijo del diablo.

—Pues bien, entreteneos en ver si podeis dar con él; sobre todo no seais celoso; vuestra mujer os ama con toda su alma, y á cada sacrificio que haceis por ella, mucho más.

—Pues entonces, señora, debeis estar loca por mí.

—¿Y quién lo duda? soy terriblemente feliz siendo vuestra esposa.

—¿Y cuándo volveréis?

—No lo sé: y casi, casi estoy por dejaros encerrado.

—¡Señora! exclamó el marqués entre irritado y cobarde.

—Sí, porque sois capaz de iros detrás de mí para averiguar á donde voy.

—Os prometo que no.

—Dadme vuestro sombrero y vuestra capa, dadme tambien vuestra espada.

—Pero, ¿y para qué?

—Para encerrarlos.

—¿Y á qué propósito?

—¿A qué propósito? porque para tomar otra capa, otro sombrero y otra espada, tenéis que ir á vuestro cuarto que está distante del mio, y cuando queráis seguirme ya habré yo desaparecido.

—Tomad, señora, tomad, dijo el marqués, que se prestaba á todo lo que queria su mujer.

Doña Teresa tomó aquellas prendas, las metió en un armario y las guardó.

—Ahora, marqués, dijo doña Teresa, tomad una bujía.

—¿Y para qué?

—Para alumbrarme.

—Vamos, señora, ya está, dijo el marqués tomando de sobre la mesa un candelero.

—Pues bien, echad á andar hácia el postigo del jardín.

El marqués en silencio salió de la cámara delante de su mujer.

—¿Y os vais cuando yo tenia que deciros algo? dijo el marqués recorriendo un pasadizo.

—¿Y qué teniais que decirme?

—Que la boda entre vuestra doncella y don Cristóbal de Mendavia, es cosa concluida: de ello hemos estado hablando más de una hora ese hombre y yo: la boda se hará dentro de tres dias; pero secretamente; nosotros seremos los padrinos y Calixta se quedará en casa.

—Exigencia, sin duda, de don Rodrigo Calderon.

—¿Y por qué ha de ser exigencia de don Rodrigo?

—No veis dos dedos más allá de vuestras narices, dijo doña Teresa; en fin, veremos si la boda se hace ó no; es decir, dentro de tres dias quiere el señor Mendavia casarse con Calixta.

—¿Otro misterio?

—Mejor para vos, porque tendreis más en que pensar. Vamos, adios, amigo mio; hasta luego ó hasta mañana.

Y doña Teresa abrió el postigo.

—Pero esto es terrible, señora, ¿os vais á poner sola en la calle?

—No seais celoso ni cobarde; confiad en vuestra esposa. Adios.

Y cerró la puerta por fuera.

El marqués quedó inmóvil, pálido, terrible.

—Esto es demasiado, demasiado, exclamó; cada dia pierdo más terreno: ¡qué mujer la mia! se ha soltado; me ha perdido hasta el último resto de respeto; y bien; sabe que soy su esclavo, y hay que agradecerla que no abuse más: y no hay medio de hacerse firme con ella, saldria con aquello de separémonos, no puedo vivir con vos, no puedo sufriros: y separarme de ella, no verla á lo menos... esto es imposible, imposible de todo punto: que haga lo que quiera, si, que haga lo que quiera, yo no puedo, no puedo; esa mujer me ha dado algun hechizo, no está en mí el sufrir esto, y lo sufro sin embargo; ¿y quién será ese otro? ¿ese otro que se necesita que se duerma? pues doy cualquier cosa á quien acierte. ¡Oh, las mujeres! una sola mujer que sale de buena ley es capaz de revolver el mundo entero: el diablo debe ser mi mujer: ¿y quién la sigue? mientras yo subo y me pongo en disposicion de salir á la calle, averiguad donde estará ya. ¡Ah! esto es insoportable, insufrible, yo voy á hacer algo, si, si, voy á esperarla desesperándome.

Y el marqués atravesó lentamente el jardin, y se metió en la casa por una puertecilla.

## CAPITULO LI.

En que continúa el asunto del anterior.

En el mismo punto en que la marquesa de la Fávara salía, desesperando al marqués, don Rodrigo que habia vuelto á Madrid, y á su casa, salía de ella en carroza, y convenientemente vestido para hablar con el rey.

Don Rodrigo habia comprendido por instinto que no habia un momento que perder, é iba al alcazar resuelto á dar al traste con el duque de Uceda.

Llegó, subió á la cámara real, y dijo á un gentil-hombre, con toda la soberbia de que se armaba cuando estaba entre los palacios, es decir, con toda la exageracion de su soberbia natural,

—Anunciad á su magestad, que el señor marqués de Siete Iglesias necesita ser recibido en audiencia, y al momento, para un asunto importantísimo.

—No puedo anunciar á usía, contestó el gentil-hombre: su magestad está con su alteza el principe de Asturias, y ha prohibido expresamente que se anuncie á nadie.

—Bien, dijo contrariado don Rodrigo; me voy á mi secretaria, que se me avise cuando su alteza haya dejado la cámara de su magestad.

—Muy bien, señor marqués; se avisará á usía en que su magestad se quede solo.

Don Rodrigo bajó á su despacho por una escalera de servicio

que le ponía en comunicacion con el cuarto del rey, y contrariado, irritado, esperó una hora larga, que fué un siglo para su impaciencia, para su vanidad y para su soberbia.

Se sentía aquejado por un malestar denso, si se nos permite la frase, pesado, insoportable, no podía apartar de su memoria, sin poderse explicar la causa á Alonso del Camino, á Agustín de Avila, á Francisco de Juara.

Al fin sintió abrirse la mampara de su despacho, luego una voz respetuosa, fria, sin afecto, que dijo:

—Me dá usía licencia, señor marqués.

—Adelante, dijo Siete Iglesias.

Se le presentó el mismo gentil-hombre con quien habia hablado en la antecámara del rey.

—¿Se ha ido ya su alteza? dijo don Rodrigo.

—Sí, señor, contestó el gentil-hombre; y he pasado la peticion de usía á su magestad.

—¿Y qué ha dicho?

—Su magestad se ha recogido.

—¿Cómo que se ha recogido? exclamó poniéndose de pié don Rodrigo, y pálido de cólera: no le habreis dicho que yo necesitaba hablarle de un asunto importantísimo.

—Sí, señor; pero su magestad me ha contestado:

—Decid al marqués de Siete Iglesias que me dé cuenta de ello mañana en el despacho.

—Bien, retiraos, dijo don Rodrigo.

El gentil-hombre salió.

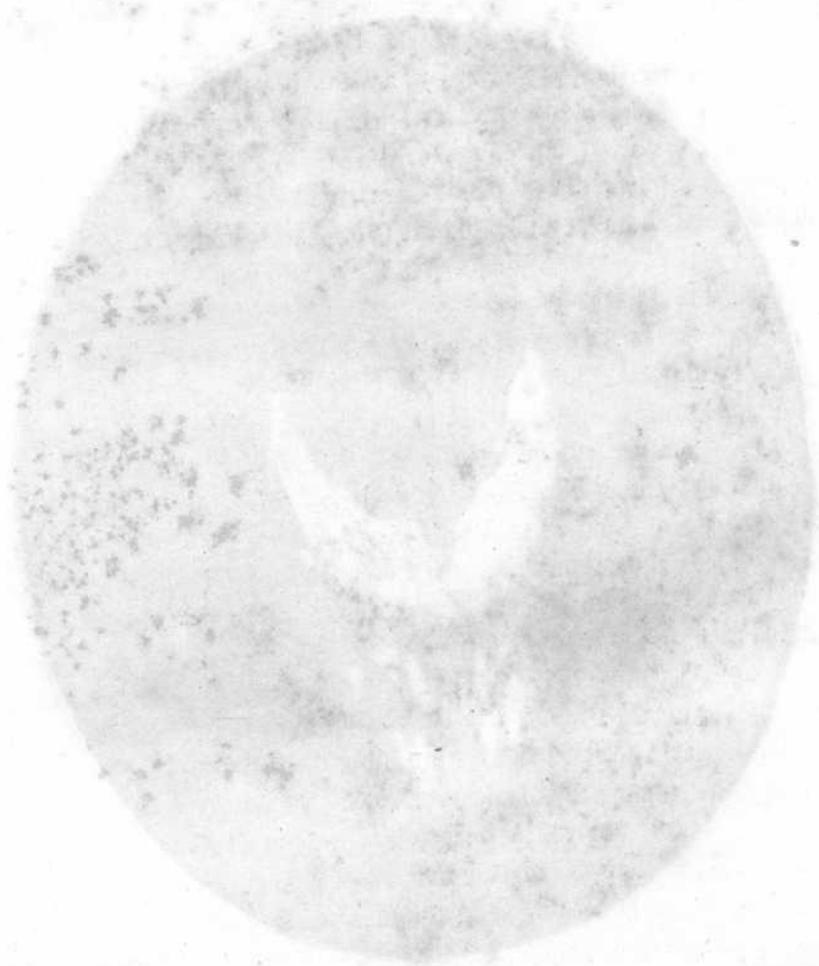
—¡Perdido! ¡perdido! exclamó don Rodrigo, ¿qué demonio se ha vuelto contra mí?

Todo consistía en que el rey tenia mucho sueño, y en que además estaba algo desazonado con Lerma y con don Rodrigo, y se habia propuesto darse una poca de importancia. Pero don Rodrigo, que tenia demasiados motivos para temer, se atrevió.

—Indudablemente, dijo, el príncipe tiene más influencia que lo que yo creía con el rey; se ha irritado porque le he quitado la dama, y se venga. He sido demasiado imprudente; he confiado demasiado en mi poder; es necesario corregir esta imprudencia; es necesario facilitar á su alteza lo que antes le he dificultado. Pero es que la amo, que la amo con toda mi alma, que es la única mujer á quien he amado, que el solo pensamiento de entregarla al príncipe, me hace enloquecer de celos: ¿y cómo desarmar al príncipe? Sí, sí, es



EL MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS.



necesario, de todo punto necesario, me vá en ello la cabeza, ó por lo menos la caída de mi privanza: ¿quién sabe si mañana despacharé con el rey? ¿quién sabe si mañana recibiré una real orden en que se me mande dejar la secretaría de Estado? ¡Ah, hermano Uceda, hermano Uceda! estamos en el momento más decisivo; no podemos esperar ni generosidad, ni perdon el uno del otro; pero aun me quedan armas contra tí, y voy á usar de ellas. Es necesario que yo vea á doña Ana; me ama, me adora, se prestará á servirme.

En aquel momento la voz servil de un portero que asomaba la cabeza á la mampara entreabierta, dijo:

—Señor: un criado de buena casa acaba de llegar y se ha empeñado de parte de su amo, que dice ser grande amigo de usía, en que pase recado á usía.

—¿Y qué quiere?

—Dice que trae orden de entregar á usía en propia mano una carta muy importante.

—Que entre, dijo don Rodrigo, cuyas circunstancias del momento le hacian ver una grande importancia en aquel incidente.

Entró un hombre en quien don Rodrigo vió al mayordomo de don Francisco de Contreras.

—Y bien. ¿qué traeis? dijo con impaciencia don Rodrigo.

—Una carta de mi señora, con expreso encargo de que la entregue á usía en propia mano.

—Dadme.

El mayordomo entregó á don Rodrigo una carta perfumada.

Aquella carta decia lo siguiente:

«Os estuve esperando anoche, impaciente, enamorada: creo que no merecis lo que por vos he hecho, lo que por vos he olvidado: no creia yo agradeciéseis tan mal un amor que me ha vuelto loca hasta el punto de hacerme olvidar de lo que á mí misma me debo. ¿Dónde habeis estado anoche, señor mio? ¿Existe acaso una mujer más dichosa que yo? No quiero pensarlo, porque el solo pensamiento de esto me mata: yo os amo con toda mi alma, y no necesito asegurarlo, porque debeis presumir que si yo no os amara tanto, no hubiera venido al punto á que he llegado. Ved si soy toda vuestra y nada mia, cuando temerosa de que no vengais, humillando mi altivez, os busco: no me hagais esperar en vano: aguardándoos estaré toda la noche.—Vuestra con alma y vida, doña Ana.»

—Decid á vuestra señora que voy al momento; y por porte de la carta, tomad.

Y dió una sortija al criado. Este se inclinó servilmente como aquel que ha recibido más de lo que esperaba, y se fué.

—Sí, sí, dijo don Rodrigo; es necesario que doña Ana me ayude, y si me ama, me ayudará: ¿qué importa? lo verdadero es lo verdadero; lo demás son sueños: se ama con el alma, no con el cuerpo; pero este es un horrendo sacrificio: yo amo á esa diosa; ¡oh! sí, porque ella para mí es una diosa: me veo amado por ella como ninguna mujer me ha amado: ¡y tolerar yo que el príncipe!... procurar lo yo... ¡oh! los que nos envidian porque nos ven en la cumbre del poder, porque podemos dar y quitar, no saben lo que envidian; no saben cuánto nos hemos ensangrentado los piés y el corazón para llegar á esa cumbre; no saben cuán desengañados, cuán muertos hemos llegado á ella; no saben cuánta es la soledad y el frío de esa infame cumbre: ¡ah, sí! ¡los poderosos! los poderosos que para no dejar de serlo, se ven obligados á hacer lo que no haría el último de los menestrales, el último de los hombres; desgarrarse el corazón, enlodar sus afectos: ¡ah, sí! mancillar todo lo grande, todo lo noble, todo lo sagrado á que puede rendir culto en la tierra un corazón: y todo por no dar un día de triunfo á nuestros enemigos; todo porque la estúpida muchedumbre no nos desprecie; todo por miseria, todo por vanidad.

Don Rodrigo filosofaba largamente, porque los hombres de imaginación, cuando se sienten afectados, apelan á la filosofía y se pierden en largos raciocinios metafísicos sin conseguir otra cosa que contraer una especie de embriaguez de idea.

Don Rodrigo se hallaba en esa situación que pudiera decirse la situación de los largos monólogos.

Si hubiéramos de escribir todo lo que don Rodrigo habló consigo mismo antes de salir de su despacho leyendo y relejendo la carta de doña Ana, y besándola más de una vez, necesitaríamos muchas páginas; pero no escribimos á tanto por línea, y pasamos por alto los razonamientos de don Rodrigo, que no eran otra cosa que la repetición de una misma idea; esto es, una idea que encarnaba su amor á doña Ana, sus celos y la necesidad que tenia por su situación de crearse asimismo aquellos celos, porque don Rodrigo amaba al fin: doña Ana le enloquecía; habia encontrado en ella en lo físico una maravillosa hermosura superior al sér creado de una manera fantástica en su imaginación á impulsos de su voluptuosidad: en lo moral una alma inteligente, apasionada, volcánica, tierna,

expansiva, embriagadora, delicada, llena, si se nos permite la frase, de deliciosos perfumes; la mujer en fin más á propósito para realizar las aspiraciones de don Rodrigo, ya en lo físico, ya en lo moral.

La Providencia castigaba á don Rodrigo de la manera más terrible que podia castigarle; obligándole á hacerse imposible para él, y por sí mismo á la mujer que le habia dejado entrever la felicidad.

Pero tal era la situacion de don Rodrigo, tal su soberbia, tal su encariñamiento al favor del rey, con el dominio que le procuraba su alta posicion, que no vaciló un solo momento: le era necesario sacrificar su amor: no importaba: aquello era doloroso, terriblemente doloroso; pero todo antes que sucumbir: era poco doña Ana: su alma hubiera vendido al diablo don Rodrigo por no dar un dia de triunfo al duque de Uceda.

Calenturiento, ébrio, aterrado, lleno de vacilaciones y de temores, don Rodrigo salió de su despacho.

Atravesó el patio del alcázar, llegó á la puerta de las meninas, entró en su carroza, y dijo á un criado:

—A casa de don Francisco de Contreras.

Poco despues doña Ana y la marquesa de la Fávara oian el siguiente anuncio:

—El señor marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah! pues os dejo, exclamó la marquesa de la Fávara: ved lo que haceis; recordad que aunque oculta yo os acompaño.

Y se metió por la puertecilla de servicio que ponía en comunicacion el camarín de doña Ana con su dormitorio.

En el centro del camarín habia una mesa ricamente servida, con vagilla de plata, y en ella viandas fiambres.

Dos riquísimos candelabros con seis bujías cada uno alumbraban la mesa.

Doña Ana estaba vestida con un traje azul de cielo, con ligeras bordaduras de plata, que armonizaba de una manera admirable con la nitida blancura de su tez.

Habia sufrido, habia llorado, estaba excitada, y todo esto aumentaba su hermosura, la prestaba una especie de languidez irresistible.

Al entrar don Rodrigo, al verla, se puso pálido de emocion, y hubo un momento en que venciendo su corazón á su cabeza se resolvió á arrostrarlo todo y á perecer antes que á permitir que otro hombre obtuviese ni la más pequeña parte de aquel tesoro que le enloquecía.

Pero esto duró solo un instante: el ambicioso hombre de Estado volvió á dominar al hombre enamorado, y la mirada de don Rodrigo no fué la mirada fascinadora de la pasión, sino la palabra fría y resonadora del hombre de cálculo.

—Ella hará, dijo para sí, de ese estúpido príncipe lo que quiera, y querrá lo que quiera yo.

Esto era repugnante, y sin embargo lógico, dado el carácter de don Rodrigo y la situación en que se encontraba.

El ambicioso quiso acallar al amante.

—¡Ah, señora! dijo acercándose vivamente á doña Ana, y asiéndola las manos; ¿por qué sois tan injusta conmigo?

Este introito de don Rodrigo ofendió fuertemente á doña Ana, y acabó de predisponerla contra aquel hombre que de tal manera se equivocaba.

Un sombrío disgusto apareció en el semblante de la jóven; disgusto que don Rodrigo engañándose otra vez, atribuyó á celos.

—Sentaos, dijo doña Ana con acento acre; sentaos y ved cómo os disculpais de vuestros crímenes.

—¿Crímenes, decís, señora? contestó don Rodrigo sentándose sin abandonar su sombrero, como si se hubiera encontrado haciendo una visita de cumplido con arreglo á la más estricta etiqueta.

—Crímenes, sí, dijo doña Ana, y crímenes imperdonables.

—¿Y á quién perjudican esos crímenes, señora?

—¿A quién han de perjudicar sino á mí? dijo doña Ana.

—Pues entonces, señora, no conozco.

—Es verdad, dijo doña Ana; teneis la conciencia tan encallecida, que es muy posible que ella no os haga cargo por los terribles crímenes que cometéis.

—Y decidme, señora, ya que segun decís mi conciencia está mu-  
da, ¿qué crímenes he cometido?

—Decidme, don Rodrigo: ¿qué era yo antes de anoche, es decir, antes de que me envolviéseis en una gran intriga?

—A la verdad no os entiendo, señora, contestó don Rodrigo.

—Antes de anoche, continuó doña Ana, era yo... voy á decíroslo, puesto que no lo comprendéis. Una mujer que pisaba ya el primer escalon de una gran fortuna: vivimos en unos tiempos en que todo se sacrifica al engrandecimiento, y en nada se estiman los sacrificios de la honra; hoy no se comprenden á las mujeres honradas, y si alguna lo es de una manera notoria, se dice como si se dijera un artículo de fé, que es honrada porque no ha habido nadie que la

pague el precio que á su honra ha puesto: hoy todo se compra y se vende en un infame mercado, y si se conoce á alguno á quien en el mercado no se ha visto, nadie cree otra cosa sino que no ha ido á él porque no tiene mercancía que poner á la venta; hoy el sacrificio del virtuoso es inútil; porque nadie cree en la virtud: yo lo sabia demasiado, lo aprendí muy pronto en la córte, donde todos hacen gala de la impudencia, y donde es más estimado el más audaz, el que ménos conoce el pudor y la lealtad; el que tiene reverencias más ó ménos expresivas para usarlas, segun que puede darle más ó ménos la persona á quien las hace: comprendí que mentira era la apariencia de los cortesanos, que la caída mia era necesaria, y la infamia una cosa obligada: aprendí que la lealtad y el honor eran palabras acomodaticias que se usaban segun convenia, y que se aplicaban á cosas bien repugnantes: ví que se estimaba á las gentes, no por lo que en sí mismas valian, sino por lo que habian mal adquirido, y que se respetaba servilmente á reptiles nausebundos, porque halagando su vanidad, se podia sacar algun provecho; los ví á todos aquejados por la infame sed del oro, embrutecidos, insensibles á todo lo que no podia producir, un acrecentamiento de riqueza y de vanidad, una satisfaccion de vicios hediondos: es necesario ser un santo, un mártir predestinado, para no contaminarse una vez dentro de la inmunda atmósfera de la córte. Yo salia de un convento, y todo lo que ví, apenas entré la córte, me asombró, me aturdió, me contaminó. Estoy segura, marqués, de que estais diciendo dentro de vos mismo: no le faltan á doña Ana más que las barbas, el hábito y el púlpito para convertirse en un predicador. Teneis razon, don Rodrigo, os estoy soltando un sermon; pero tened en cuenta que en ciertos casos el discurso toma necesariamente el estilo del sermon.

—Me estais asombrando, doña Ana, contestó don Rodrigo: yo sabia que valiais mucho; pero me estais demostrando que valeis mucho más de lo que yo habia creido.

—Os engañais, don Rodrigo, dijo doña Ana: si yo hubiera valido algo, antes de acabar de conocer la córte, me hubiera vuelto á mi convento, y me hubiera amparado contra las ignominias del mundo con un sayal penitente: pero valgo muy poco: ví que los ojos de un príncipe próximo á ser rey, me miraban con embriaguez, con la embriaguez repugnante del deseo, y me embriagué de soberbia; comprendí que podia ser reina; no esa reina con corona en la cabeza, esa pobre doncella real, á quien casan por razon de estado con

un hombre que generalmente la repugna y la hace una régia esclava, una madre de reyes, una cosa necesaria para que no se extinga una dinastía: no, eso no; pero sí una reina oculta, una verdadera reina, una reina de hecho, porque dispone de todo; porque es su esclavo el señor de todo. El enamoramiento del príncipe por mí halagó mi soberbia, pero dejó mi corazón vacío: había al lado del príncipe un hombre de semblante melancólico, de mirada triste, inquieta, sedienta: yo comprendí que aquel hombre padecía sed de amor; que había soñado una mujer y no la había encontrado; que había obtenido todas las grandezas humanas que están bajo el trono, incluso la de sobreponerse al trono siendo un vasallo; pero que no había obtenido la grandeza del amor; yo veía que todas las bocas de las mujeres más hermosas de la corte, sonreían á aquel hombre; que hermosísimos ojos le miraban de una manera demasiado elocuente, y que todas aquellas miradas, todas aquellas sonrisas no bastaban á disipar la sombría nube de tristeza que oscurecía la frente de aquel hombre. Yo tuve lástima de su desventura, y cuando una mujer siente compasión por un hombre, pasa muy pronto de la compasión al amor: yo os amé, porque aquel hombre érais vos; os amé con toda la virginidad, con toda la vehemencia de mi alma apasionada. Notaren que me mirábais y que yo os miraba, comprendieron que nos amábamos, y como uno de los grandes placeres de la gente de corte es hacer daño, y tanto mayor el placer cuanto más terrible el daño que se hace, me dijeron de vos cosas horribles; que érais un asesino, un homicida, un traidor, un corazón podrido lleno solo de una soberbia insostenible; un miserable crecido á la sombra del poderosísimo duque de Lerma, y levantado en premio de infames servicios: y tanto peor me hablaban de vos, cuanto más allegadas para vos eran, y más os debían, y más servilmente se prostaban á vos las personas que de vos me hablaban. Pero cuando amamos, todo el mal que nos dicen de la persona amada, en vez de disminuirle, aumenta nuestro amor: tanto mal me dijeron de vos, que llegué á adoraros: y cuando me sorprendisteis, cuando hicisteis imposibles mis amores con el príncipe, mi adoración llegó al frenesí; vi en vos un amor inmenso, comprendí que podía ser más feliz, más grande con vos que con el príncipe; pero no, no, miento; fué que lo sacrifiqué todo por vos; que troqué por el amor la ambición; esto y no más que esto, don Rodrigo; he sido vuestra, he despreciado al príncipe, ¿y qué habeis hecho vos en pago de este sacrificio? ¿qué hicisteis anoche? Os estuve esperando: ha sido necesario que os es-

criba yo, la soberbia doña Ana. Creo que anoche anduvisteis en cierta boda...

—Sí, es verdad, Ana, dijo don Rodrigo; anduve en una boda en que tenia gran interés su magestad; como que la apadrinaba: boda que duró toda la noche. Estuve tambien á caza de traiciones.

—Ved ahí que no se puede amar á un ambicioso; ¿por qué no renegais de vuestra ambicion como yo he renegado de la mia, don Rodrigo? ¿por qué no lo sacrificais todo á mi amor como yo lo he sacrificado todo al vuestro?

—Yo sacrificaria por vos el universo; pero no puedo sacrificaros ni mi honra, ni mi vida, porque vos no querreis que yo muera sobre un cadalso.

—¡Oh, Dios mio! exclamó doña Ana con una expresion tal que hizo estremecer de cólera á la marquesa de la Fávara, que escuchaba tras de la puerta de escape. ¿Vos ir á dar en el cadalso?

—Si no venzo á mis enemigos, muero de una manera infame.

—Pues no, no morireis si en mí consiste, contestó con una vehemencia infinita la jóven: porque yo, os lo confieso, don Rodrigo; no sé lo que me sucede; os amo y os aborrezco á un tiempo; hay momentos en que os mataria; pero cuando os oigo, cuando veo vuestra mirada fija en mi mirada, ¡ah! entonces, don Rodrigo, os adoro, lo olvido todo, hasta mis celos.

—¿Celos? ¿que teneis vos celos, arcángel de mi vida? ¿pues creeis que yo he amado hasta que os he amado á vos? ¿creeis que yo sabia lo que era adorar á una criatura hasta que os he adorado? ¿sabeis que si yo no tuviera tan empeñada mi cabeza, mi honra, mi soberbia, todo cuanto un hombre puede tener empeñado, no lo abandonaria todo por vos? ¿por qué, de qué teneis celos?

—De esa mujer á quien habeis casado, dijo doña Ana con toda su alma.

—Esa miserable está loca, dijo desesperada la marquesa en su acechadero.

—¡Ah! ¿habeis creido, dijo don Rodrigo, que yo he casado á una querida mia por honrarla? Os engañais, doña Ana; si yo amara á esa mujer con un solo átomo del amor que os tengo, no podria resistir ni el solo pensamiento de verla, ni aun con el nombre de otro; de dar á otro derecho sobre ella; no, os voy á decir una sola palabra suplicándoos que no me preguntéis nada, que me creais: esa jóven es hermana mia.

—¡Ah! exclamaron á un tiempo doña Ana y la marquesa.

—¿Hermana vuestra? dijo doña Ana fijando una candente mirada en don Rodrigo, ¿debo entender esa palabra tal como me la decis?

—Sí, hermana mia, hija de mi padre, dijo don Rodrigo: os lo juro por mi alma, por vuestro amor, por la vida y por la salvacion de mis hijos; pero no me preguntéis más, no puedo deciros más, creedme.

—Os creo, sí, os creo, dijo doña Ana; vuestras palabras tienen el acento de la verdad; ¿pero por qué no vinisteis despues?

—Os repito que anduve á caza de traiciones.

—Os creo, os creo tambien. Pues bien, don Rodrigo, creedme á vuestra vez: yo os amo, os amo sobre todo.

—¡Oh, y cuán doloroso es para mí vuestro amor!

—¿Y qué le hemos de hacer? contestó doña Ana, comprendiendo mal á don Rodrigo; nos hemos conocido tarde, demasiado tarde.

—Teneis razon, nos hemos conocido cuando yo no tengo libertad alguna, cuando estoy sujeto con lazos que no puedo romper.

—Ni yo quiero que los rompais, dijo doña Ana; yo no tengo celos de esos lazos que os aprisionan.

—No, no debeis tenerlos, porque mi única ambicion sois vos; pero ha llegado el momento de que entramos nos pongamos á prueba; de que nos destrocemos el alma; de que apuremos un martirio infinito.

—¿Y por qué hemos de ser mártires, don Rodrigo?

—Si me amais, si no quereis que yo muera sobre un cadalso, es necesario que me ayudeis contra mis enemigos, que os sacrifiqueis como yo me sacrificio pidiéndoos el sacrificio que voy á pedir.

—¿Y qué sacrificio es ese? dijo doña Ana disimulando admirablemente la terrible impresion que la habian causado las últimas palabras de don Rodrigo.

—Si vos os apoderais del ánimo del príncipe de Astúrias, Uceda no podrá vencerme, yo os lo aseguro; será vencido, porque vos sois muy inteligente, y el príncipe os adora.

Doña Ana cayó de todo lo alto de sus ilusiones.

Don Rodrigo la habia fascinado, la habia enloquecido, se habia olvidado de su honra: al dejar de tener celos habia vuelto á amar á don Rodrigo y habia arrojado por todo á despecho de la marquesa de la Fávara que la escuchaba, y con quien habia convenido en hartamente distinta cosa; pero cuando vió que don Rodrigo arrojaba la indignidad de valerse de ella como de un instrumento infame, se

desencantó, volvieron sus celos, se sintió herida en el corazón y en la vanidad, y experimentó contra don Rodrigo una aversión mortal.

La marquesa sonrió entre la oscuridad de su escondite como Mefistófeles al ver definitivamente perdido á Fausto.

No hay nada semejante al disimulo, á la falsía de una mujer cuando se ve empeñada en una venganza por vanidad y por celos.

Doña Ana continuó mirando de una manera enloquecedora á don Rodrigo.

—¿Y consiste en el príncipe de Asturias, dijo, el que vos os perdáis ó no?

—De todo punto.

—¿Y creéis que yo pueda poner de vuestra parte á su alteza?

—Su alteza os adora.

—Pero dicen que el príncipe es muy voluble.

—El príncipe vé en vos una felicidad soñada; el príncipe os ama de veras, sois su primer amor, y ¿cómo no ha de amaros si habeis nacido para enloquecer á los que tienen la desgracia de veros y de no ser amados por vos? Recordad lo que por vos he hecho yo; yo, el hombre más altivo de la tierra; yo acostumbrado á llegar, ver y vencer como César; yo á quien vos habeis despreciado tanto tiempo, y que sin embargo, no he podido despreciaros, sin enamorarme más y más á mi despecho. Miento, no; aunque vos hubiérais seguido despreciándome, el amaros, aunque sin premio y sin esperanza, hubiera sido para mí mucho más grato que el amor correspondido de cien mujeres codiciadas por todos. Teneis un poder maravilloso; enloqueceis; matais; hareis todo lo que querais del príncipe don Felipe; y si es cierto, doña Ana, que me amais como yo os amo, engañad al príncipe, apoderaos de él, salvadme, que despues tiempo tendremos para deshacernos de su alteza.

Doña Ana se echó á llorar; pero no de sentimiento, sino de cólera, de vergüenza,

Dios habia dejado de su mano á don Rodrigo; le cegaba.

Don Rodrigo creyó llanto de dolor y de amor el de doña Ana, no de desesperacion, de rábía, de despecho.

—¡Oh, cuánto me amais y cuánto me hace sufrir mi desgracial pero vos me salvaréis ¿no es cierto?

—Sí, os salvaré, dijo doña Ana; os salvaré de tal modo, que dentro de poco nada tendreis que temer, yo os lo aseguro. ¿Pero por qué afligirse por esto? dijo enjugándose las lágrimas; cuando ama-

mos como yo os amo, todo sacrificio que se hace por nuestro amor es grato. Traed, traed cuando querais á su alteza; esta misma noche, si quereis, le somreiré, le engañaré, me creerá enamorada de él, y os salvaré.

—¡Cuánto sufrís, señora mia! dijo don Rodrigo.

—Sí, sufro mucho, mucho, dijo doña Ana; no sé por qué, porque á la verdad ¿qué importa? ¿no es vuestra mi alma? ¿no es vuestro mi corazón? ¿qué tendrá en mí el príncipe? una traicion, un engaño, un ódio á muerte. Sin embargo, os amo tanto, que la resolucion que he tomado me llena de tristeza: ¡ah! pero es necesario luchar; quiero estar contenta, alegre, olvidarlo todo: esperad, voy á que nos sirvan de cenar; beberemos, nos embriagaremos: dicen que los que se embriagan olvidan durante la embriaguez sus penas.

—Sí, sí, doña Ana; teneis razon, dijo don Rodrigo; esto es terrible, y yo tambien necesito embriagarme.

Doña Ana llamó, se presentó una doncella, y la dijo:

—Traednos viandas y vino de Jerez y de Peralta: pronto.

La doncella salió.

—¡Oh! dijo don Rodrigo; es verdaderamente terrible lo que nos sucede; pero esto no pasará de ser una prueba dolorosa que terminará pronto: venza yo á Uceda, y todo habrá terminado: lo venceremos, si, lo venceremos; no necesito más que una audiencia del rey para vencerle, y vos, por medio del príncipe me procurareis esa audiencia.

—Pues cómo, dijo doña Ana; ¿á tal punto habeis llegado que necesitais se os ayude para tener una audiencia del rey?

—Estoy de todo punto perdido; el rey por la primera vez, desde que soy su secretario, se ha negado á recibirme; lo que quiere decir que estoy depuesto; que mis enemigos me han dado un golpe de gracia, y que la ventaja es suya por el momento.

—Callad, se acerca mi doncella: hablemos de cosas indiferentes.

La doncella abrió, entró, y cubrió la mesa con algunos fiambres en vagilla de plata, algunas conservas y dos botellas de vino.

Luego salió.

Doña Ana cerró la puerta, se acercó á la mesa y llenó dos anchas copas con vino de Jerez, y presentó una de ellas á don Rodrigo.

—Yo prefiero el Peralta, dijo doña Ana; pero vos probablemente preferireis el Jerez.

—Beberemos de ambos, dijo don Rodrigo tomando la copa.

— ¡A nuestro amor! ¡a vuestro triunfo sobre vuestros enemigos! dijo doña Ana chocando su copa con la de don Rodrigo.

— ¡Por vuestra alma y por mi amor! dijo este.

Los dos bebieron á la par hasta apurar las copas.

La marquesa miraba estremecida de alegría por un resquicio casi imperceptible de la puerta.

— ¡Oh! decia para sí; ese insensato se ha perdido á sí mismo; su mayor enemigo no podia haberle inspirado palabras más á propósito para que ella le matase: ¡oh! y es terrible esa mujer, bebe á par de Siete Iglesias, y bebe del vino preparado, ¡ah! ¡magnífico!

— Veremos si es cierta la virtud que se atribuye al vino, dijo doña Ana volviendo á llenar las copas. Teneis razon, don Rodrigo; el Jerez es preferible al Peralta; puede llamársele el néctar de los dioses; bebamos, bebamos, estoy impaciente por probar la alegría, la felicidad que procura el vino. ¡Por nuestro próximo engrandecimiento, amado mio!

— ¡A nuestra fortuna! exclamó don Rodrigo.

Y bebió.

Bebió tambien doña Ana.

— Tomad, dijo esta presentando un plato con unas pastas á don Rodrigo; esta pastaflora es de las monjas del Sacramento, donde yo he estado desde que tengo uso de razon hasta hace seis meses: me la ha regalado la madre abadesa que me quiere mucho; es exquisita.

— Perdonad, amor mio, dijo don Rodrigo; pero prefiero cenar formalmente: la pastaflora en su lugar. Me parece que en aquella fuente hay solomillo de jabali; no sé por qué, pero despues de haber bebido vuestro vino, he sentido de repente un gran apetito.

— Pues bien, don Rodrigo, cenemos.

Don Rodrigo se sentó, hizo del jabali plato á doña Ana, y se le hizo á sí propio.

— ¿Sabeis, dijo empezando á comer de muy buena gana, que empiezo á sentir los efectos de la embriaguez? ya se vé, ese vino es muy generoso, y hemos bebido dos enormes copas; es una embriaguez muy alegre.

Y don Rodrigo se echó á reir.

Habia algo de insensato en su risa.

— Sí, sí, es cierto, dijo doña Ana; yo estoy tambien muy contenta: y es el caso, que no me acuerdo de nada, de nada más que de vos, de nuestro amor; yo os amo, adorado mio, ¿por qué hemos de ser desgraciados habiendo vino y ópio en el mundo?

—¡Cómo! exclamó don Rodrigo riendo; pues si el ópio dá esta alegría, bendito sea el ópio: os estoy viendo cada vez más hermosa, me pareceis resplandeciente; os convertís en una divinidad: ¡ah! ¿qué habeis dicho de ópio? los dioses debian usarle, esto es delicioso.

—Sí, esta es la felicidad, dijo doña Ana.

Los ojos de entrambos empezaban á cargarse.

La marquesa de la Fávara abrió la puerta y se dejó ver; pero no adelantó.

Don Rodrigo seguía hablando, y su palabra era tarda, torpe.

Doña Ana le miraba con pasion, con una pasion intensa.

Llegó un momento en que aquellos dos seres hicieron un movimiento para levantarse; pero no pudieron.

La marquesa adelantó; estaba impaciente; veía claro que don Rodrigo no podía ya oponerle resistencia.

—¡Ah, señor marqués de Siete Iglesias! exclamó asiéndole con furor de un brazo y sacudiéndole; ¿con que arrebatáis á las pobres mujeres su amor, las depedazais el corazon, y no temeis una venganza terrible?

—¡Ah, doña Ana, doña Ana, cuanto os amo! contestó don Rodrigo, mirando de una manera adormecida á la marquesa.

Esta miró á doña Ana.

Más nerviosa que don Rodrigo habia sucumbido ya á la influencia del narcótico; estaba abandonada sobre el sillón, caídos los brazos y doblada la cabeza é inclinada sobre el hombro derecho.

La marquesa abrió apresuradamente la ropilla de brocado de don Rodrigo, soltando los herretes de diamantes.

Don Rodrigo no se habia dormido aun; pero no la oponia resistencia; y barbotaba palabras ininteligibles.

Debajo de la ropilla, en un bolsillo de una almilla interior, encontró la marquesa una cartera de seda bordada de lentejuelas de oro y aljofar.

La marquesa abrió precipitadamente aquella cartera, y entre otros papeles, que no dejaban de ser importantes, porque eran cartas que probaban cohechos y malos negocios, encontró la infame carta al duque de Bakingan, firmada por Lerma, Siete Iglesias y Uceda.

La marquesa soltó una carcajada horrible, una carcajada de demonio; guardó los papeles en la cartera, la cartera en su seno, y salió envuelta en su manto.

Mandó que la abriesen la puerta al llegar al zaguan, salió,

llegó á los Caños del Peral, encontró la silla de manos, y se hizo conducir á la calle de don Pedro, casa del duque de Uceda.

Tan ébria de alegría iba la marquesa, tan segura de su triunfo, tan sobrepuesta á todo miramiento, y sobre todo tan impaciente, que para abreviar dilaciones, dijo al portero:

—Decid á su excelencia que le busca la marquesa de la Fávara, y necesita verle al momento.

Doña Teresa fué conducida hasta la habitacion donde se encontraba el duque.

—Tomad, le dijo la marquesa, dándole la cartera, y ved si encontráis ahí la cadena que os aprisionaba.

El duque abrió la cartera, examinó los papeles, los puso en la cartera, la guardó, y dijo:

—¿Qué queréis, señora, por el gran favor que acabais de hacerme?

—Nada, absolutamente nada, dijo la marquesa, porque lo que yo quiero es lo que vos queréis tambien, esto es, que presenteis esos papeles á su magestad.

—¿Y nada más queréis?

—Nada más.

—¿Ni la oferta de ser camarera mayor de la reina doña Isabel?

—Aún vive su magestad, dijo la marquesa; veremos si para cuando su magestad muera somos amigos ó enemigos.

—¿Pues qué hemos de ser más que grandes amigos, señora? dijo Uceda.

—Allá lo veremos; pero adios, no quiero estar más tiempo fuera de mi casa.

—Un momento, marquesa; satisfaced mi curiosidad: ¿cómo os habeis apoderado de estos papeles?

—¡Ah! permitidme que os lo oculte; no quiero daros lecciones, Uceda; básteos saber que don Rodrigo no sabe quién se los ha quitado, y que mañana no se acordará de lo que le ha sucedido. Pero adios otra vez, no me detengo más.

—Voy á acompañaros, señora.

—No ciertamente; urge que vayais cuanto antes á ver al rey. Adios.

Doña Teresa salió.

El duque la acompañó hasta la silla de manos.

Quando esta hubo partido, Uceda, que al salir acompañando á la marquesa, habia tomado su capa y un sombrero, se encaminó al

alcázar bajando por las vistillas de San Francisco, y por la cuesta de los Ciegos al barranco de Segovia, subiendo al otro lado, y entrando en el alcázar por el lado de las caballerizas reales.

El rey se había realmente recogido; pero como quienes iban á su cámara eran el duque de Uceda y el príncipe de Astúrias, no le valió al rey el haber huido de los negocios recogiendo; hubo de dejar el lecho, de vestirse y de recibir á su augusto heredero y al favorito de este.

—Ha llegado la hora, señor, de que se haga justicia, dijo el príncipe.

—¿Pues cuándo no es hora de hacer justicia? contestó el rey.

—Cuando los traidores ocultan al rey la verdad, y le hacen creer dichoso, fuerte y próspero un reino desangrado, robado por ellos.

—¡Eh, eh! ¿qué decís, príncipe? exclamó alarmado el rey.

—Digo, señor, que la traicion ha rodeado hasta ahora á vuestra magestad.

—¿Y para decirme eso venis acompañado de Uceda?

—Porque al duque debemos el conocimiento de inauditas traiciones.

—¡Eh, eh! ¿qué decís? exclamó el rey.

—Ved esos papeles, señor, contestó el príncipe, que estaba impaciente por dar el golpe.

El rey tomó con recelo y con su indolencia habitual los papeles que le presentaba el príncipe, y cuando los tomó los mantuvo en la mano sin leerlos.

—Importa, dijo el príncipe, que vuestra magestad conozca el contenido de esos papeles; importa demasiado.

El rey los dió á Uceda.

—Leedlos, duque, dijo:

Uceda tomó á la ventura uno de aquellos papeles.

Éra una carta.

El duque leyó:

«Señor marqués de Siete Iglesias, decia: en el pleito que se sigue en la real chancillería de Valladolid por el mejor derecho á la vinculacion y título del marqués de Dalías que entre este y su sobrino el conde de Serra, urge si el marqués ha de ganarle, que usia interese á aquellos oidores, por lo cual el marqués está dispuesto á dar cien mil ducados. Yo lo aviso á usia para que vea lo que de esto le parece, y si favorece al marqués, lo haga por la posta; porque el pleito vá á verse en definitiva, y podria llegarse tarde. Los cien

mil ducados están depositados casa del genovés misser Herman, que vive en la calle de Jacometrezo. Escriba usía á estos oidores, y hágame la merced de contestarme con lo que hubiere, que aunque sea en cifra yo lo entenderé. Dios guarde á usía: de esta su casa de Valladolid á treinta de Enero de mil seiscientos diez y nueve.—ROQUE GIRADO.»

—¡Bien anda la justicia en mis reinos! dijo friamente Felipe III: ¡buenos son mis oidores! pues bien, que se averigüe lo que en esto hubiere, y si se probare el cohecho, que se castigue con mano firme á esos jueces.

Uceda vió con despecho que el rey no citaba para nada á don Rodrigo Calderon.

—¿Hay algo más? dijo Felipe III.

—Sí, señor, contestó Uceda; hay cinco cartas.

—Seguid leyendo, duque.

Uceda abrió otra de las cartas, y leyó:

«Señor don Rodrigo: Por más que he hecho por engañar y ablandar al alcalde de Casa y Corte don Gerónimo del Prado, y aunque este caballero andaba y anda enamorado de mí, no he podido conseguir sino que me trate muy severo, y me diga: que en lo tocante á la justicia, él no conoce más que á Dios, á la ley y al rey nuestro señor. Lo digo, pues, á usía con mucho sentimiento de no poder servirle, y para que sepa que no he recogido los dineros que para este efecto habia mandado me se diesen. Pero si usía puede hacer que el proceso pase á otro alcalde, será distinto, porque hay pocos alcaldes como este necio de don Gerónimo del Prado. Dios guarde á usía. De esta su casa en Granada, su humilde servidora.—BEATRIZ DEL PUENTE.»

—¡Ah, esto es otra cosa! dijo el rey. Tomad apuntacion, duque: que se haga oidor á ese alcalde, y que se abra proceso á esa mujer.

El duque tomó nota con la mano trémula de alegría: se encontraba despachando con el rey como su secretario.

—Ya está, señor, dijo Uceda, despues de haber puesto la nota.

—Pues seguid leyendo, duque.

«Señor marqués de Siete Iglesias: Los contrabandistas de salidas de tabaco están disgustados, porque dicen que con lo que se les exige por no perseguirlos, no hacen ganancia que merezca la pena, y que es menester que usía mire que son unos pobres con poca hacienda, y que usía es tan poderoso que bien puede hacerles gracia. Me consta que en lo que dicen tienen razon, y aunque usía bajara

la tercera parte de lo que ahora dan, no sería mucho. Determine usía y contésteme con lo que hubiere. Dios guarde á usía. De Sevilla á 40 de febrero de 1619.—JUAN MELGAREJO.»

—Que se forme proceso á ese, dijo el rey; y seguid leyendo duque.

Uceda tomó otra nota, abrió otra carta y leyó:

«Señor marqués de Siete Iglesias: Escribo á usía loca de alegría y con el alma tan llena de agradecimiento que rebosa. Las alcabalas que usía ha dado á mi marido nos sacan de lacéria, y aunque yo no esperaba menos de una persona á quien tanto he querido y de quien he sido, no puedo menos de encontrarme más y más obligada. Allá estaremos dentro de un mes. Mi marido os besa las manos, y la niña que cumplió antes de ayer quince años, y que es la más garrida doncella del mundo, me encarga para usía grandes recados. Dios guarde á usía y le prospere como lo desea su servidora y criada que besa su mano. De Cuenca á 15 de febrero de 1619.—AGUSTINA ROBLES.»

—Esas dos mujeres á un convento, exclamó el rey; y el marido á galeras, donde reme diez años.

Tomó nota el duque, y leyó la carta á Bukingan firmada por Lerma, Uceda y Siete Iglesias.

—¡Ah! exclamó el rey, ¿con que ya no solo se vende mi justicia, no solo se roban mis rentas reales, sino que se vende mi corona? Eso es imposible, dadme, dadme acá, Uceda.

El duque entregó la carta al rey.

—¡Por san Lorenzo mi patron, por Santiago y por Nuestra Señora de Atocha, que esto es más de lo que cabe en pensamiento de perversa criatura! ¡La cabeza, la cabeza de estos hombres, y la vuestra tambien, duque!

—Vuestra magestad puede disponer de mi vida, dijo Uceda; pero entregaria al verdugo á dos de sus más leales servidores, á mi padre y á mí.

—¿No firmáis vosotros esta carta?

—La hemos firmado para que la firmase don Rodrigo; no teniamos medio de que vuestra majestad le castigase librándose á si mismo y á sus reinos de un enemigo muy peligroso, sino fingiéndonos traidores á vuestra majestad.

—En efecto, dijo el principe; yo tenia conocimiento de todo esto: ya hacia mucho tiempo, señor, que yo no cesaba de inclinar el ánimo de vuestra majestad á que depusiese y castigase al marqués

de Siete Iglesias; pero veia á vuestra majestad tan de su parte, que no he insistido en mis respetuosas observaciones á vuestra majestad acerca de la traicion de ese hombre, esperando tener pronto una prueba indudable de su deslealtad: de esta intriga me han dado oportuno conocimiento los duques de Uceda y Lerma, y yo les he dado seguridad de que nada arriesgaban firmando esa carta.

—Intrigas son estas que avergüenzan, no ya al alma de un rey y de un caballero, sino á la de un hombre honrado, dijo Felipe III que era todo honra y buena intencion.

—Permitame vuestra majestad le diga, contestó Uceda, que el acero no se labra sino con el acero, y que á hombres como don Rodrigo Calderon ó se les coje en sus propias redes, ó no se les coje nunca.

—¿Y quereis que yo, un rey cristiano y caballero, borre de debajo de esta vil carta vuestro nombre y el de vuestro padre, ó que diga á los jueces: haced caso omiso de los duques, porque si aparecen aquí sus firmas, á sabiendas y con autoridad mia aparecen? ó los tres á un proceso ó ninguno.

—Esta carta, señor, dijo el príncipe, y segun mi humilde opinion, no debe aparecer en ningun proceso: para que vuestra magestad se convenciera de la traicion del marqués de Siete Iglesias, se necesitaba; y conseguido ya este objeto, de nada sirve esta carta, y segun mi parecer, que someto al de vuestra magestad, debe ser quemada.

—Y decidme, don Felipe, ¿cómo quemando esta carta puede castigarse á don Rodrigo? ¿Creeis que me basta con deponerle? No; necesito su cabeza para escarmiento de desleales: ¿y cómo entregar su cabeza al cuchillo de la ley, sin pruebas y por mi sola voluntad, sin que yo me convierta en un tirano? No, príncipe don Felipe; yo no he incurrido, no incurriré en tiranía: procurad vos, imitando á vuestro padre, no incurrir en ella jamás.

—Sin incurrir en tiranía, puede vuestra magestad castigar á sangre á don Rodrigo, si no por delito de traicion, por asesinato, dijo el príncipe.

—¡Por asesinato! exclamó el rey.

—Sí, por asesinato, por regicidio, y puedo presentar á vuestra magestad las pruebas.

—¡Las pruebas! ¡asesinato! ¡regicidio! ¿pues qué, ese traidor ha atentado tambien contra mi vida?

—Ese hombre hizo dar tósigo á la señora reina, mi madre, y el

tósigo alcanzó en sus entrañas á mi infortunado hermano don Alonso.

—¡Las pruebas! ¡las pruebas! exclamó el rey.

El príncipe sacó de su bolsillo unas cartas de don Rodrigo y las presentó al rey, que las examinó por sí mismo.

Eran las que la viuda de Agustin de Avila habia vendido al duque de Uceda.

—Duque, mi secretario de Estado y del Despacho, dijo el rey; oid:

—¿Vuestra magestad me nombra su secretario de Estado? dijo Uceda inclinándose profundamente.

—Si, contestó Felipe III; estended el decreto para que yo le firme, y llevadle á que le refrende mi secretario de Estado y del Despacho universal el duque de Lerma vuestro padre; y como la fecha puede ser la misma, refrendad vos el decreto que vais á oír.

El duque se puso en actitud de escribir.

El rey dictó lo siguiente:

—«El rey.—Por cuanto han llegado á nuestra noticia enormes crímenes cometidos en desacato y desprecio de la ley de Dios y de nuestra justicia por don Rodrigo Calderon y Sandelin, marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, nuestro secretario de Estado y del Despacho; mandamos á todos nuestros ministros altos y bajos de justicia, y á todas las personas que tengan jurisdiccion bastante, prendan si le hallan á la mano al dicho marqués de Siete Iglesias, poniéndole en lugar seguro donde por nadie pueda ser hablado ó comunicado. Tendréislo entendido y lo comunicareis á quien corresda para su ejecucion. De nuestro alcázar de Madrid á 20 de Marzo de 1619.—El rey.—A nuestro secretario de Estado y del Despacho duque de Uceda.»

El rey rubricó estos dos decretos, uno de los cuales, el de la prision de Calderon, fué refrendado por Uceda.

—Id, y haced lo que corresponde, duque, dijo el rey. Vos, don Felipe, retiraos; estoy agitado, me siento mal, voy á recojermé: idos.

El príncipe y Uceda salieron.

—¡Ah! por fin, dijo el príncipe á Uceda, hemos triunfado.

—No cante tan pronto victoria vuestra alteza, señor, dijo Uceda; que yo creo que don Rodrigo tiene hechizado al rey, y mucho será que no escape de esta como ha escapado de otras situaciones muy graves.

—Entonces... dijo el príncipe.

—Entonces... ya sabemos cómo se arregla don Rodrigo para deshacerse de sus contrarios: nos ha dado muy buenas lecciones y las aprovecharemos si es preciso. Pero adios, señor; urge que mi padre refrende mi nombramiento de secretario de Estado, y que se prenda á don Rodrigo.

—Vuestro padre le avisará de seguro de que vos sois secretario del rey, y esto hará que don Rodrigo se oculte, y tambien que nó pueda encontrársele.

—Cuando el señor duque de Lerma refrende el decreto de mi nombramiento, ya habrá sido preso don Rodrigo. Adios, señor, muy buenas noches.

—Muy buenas noches, señor secretario de Estado del rey nuestro señor, dijo jovialmente el príncipe que estaba contentísimo porque se habia vengado del favorito que se habia atrevido á suplantarle en el corazon de doña Ana de Contreras.

El duque de Uceda se fué á su casa, y despues de haber escrito dos cartas, copia la una de la otra, llamó á dos de sus criados de más confianza.

—Tomad, dijo dando á cada uno de ellos una carta: id á colocaros el uno en la puerta principal de la casa de doña Ana de Contreras, y el otro en el postigo de su jardin: esperad aunque amanezca y salga el sol hasta que salga el marqués de Siete Iglesias, que estará allí indudablemente, porque no puede estar en otra parte. Si saliere de noche y rebozado, llamadle por su nombre, y decidle que os envía con una carta el duque de Uceda; ó si saliere de dia, ya podreis reconocerle por encubierto que vaya: id.

Los dos criados salieron.

El duque de Uceda escribió á seguida esta orden:

«El señor alcalde de Casa y Córte, don Bernabé Cienfuegos, se presentará sin pérdida de momento en mi casa con su ronda de justicia, y esperará en ella hasta que me vea. De orden del rey nuestro señor. Guárdeos Dios muchos años. Madrid 21 de Marzo de 1619. —El secretario de Estado y del Despacho, duque de Uceda.»

Llamó á otro criado, le envió á casa del alcalde, y tomando una fuerte espada de ronda, porque era muy tarde, y una linterna, se fué á casa del duque de Lerma, al que encontró recogido, á pesar de lo que se hizo anunciar de orden del rey.

El duque recibió á su hijo en el lecho.

—¿Qué es esto? dijo con desabrimiento Lerma: ¿por qué venís á buscarme á estas horas? ¿qué grave cosa sucede?

—Teneis razon, padre y señor: suceden cosas muy graves: el rey sabe que vuestro querido don Rodrigo ha caido en el lazo que le hemos tendido, haciéndole firmar una carta á milord duque de Bukingan, vendiendo á los ingleses la rada de San Sebastian.

—¿Cómo? ¿qué? ¿qué habeis dicho? exclamó el duque saltando sobre el lecho, incorporándose en él, y mirando con un espanto mortal á Uceda.

—Digo, padre y señor, que el arma de que don Rodrigo habia usado para matarme, se ha vuelto contra su pecho. Dios castiga á los traidores.

—¿Y su magestad ha visto esa carta? dijo con un espanto creciente Lerma.

—La ha leído por si mismo; pero nada temais: su alteza el principe don Felipe ha asegurado á su magestad que si vos y yo habiamos firmado aquella carta, habia sido porque confiase en nosotros y firmase tambien don Rodrigo, con el solo objeto de que el rey se convenciese de que le hacia traicion.

—¿Y esa carta?

—El rey se ha quedado con ella.

—¡Oh! entonces estamos perdidos, dijo Lerma.

—No tal, padre y señor, contestó Uceda; el rey no usará de esa carta, porque para convencer á don Rodrigo de asesinato y traicion hay pruebas bastantes, sin que sea necesario que jueces y secretarios lean vuestra carta á milord duque de Bukingan.

—¿Y eso habeis hecho con vuestro hermano?

—Habialo hecho él antes contra mí, y lo habiais hecho vos: recordad lo que me dijisteis cuando yo me quejaba como vos os quejais:—«Los hombres de Estado no tienen hermanos, ni padres, ni hijos.»

—¡Ah! exclamó el duque; mi amor á vosotros me ha perdido.

—Si estuviérais perdido, lo deberiais al amor que teneis á ese otro hijo vuestro; amor insensato, pero de que hay muchos ejemplos: los padres aman mucho más que á sus hijos legítimos á estos hijos á trasmano, por lo más que amaron á la manceba que á la esposa: no os culpo, y cuando por la misericordia de Dios veo mi garganta libre del dogal que en ella habiais puesto, os perdono con todo mi corazon.

—¿Y á darme ese perdon humillante habeis venido solamente? dijo con un profundo é infinito despecho el duque de Lerma.

—No, no he venido á eso, contestó Uceda; ya os he dicho que

han acaecido grandes cosas, y no os he dado cuenta más que de una: oid las otras: el rey ha mandado prender por decreto al señor marqués de Siete Iglesias, y como su prision es su deposicion, para llenar su vacante me ha nombrado su secretario de Estado y del Despacho; y os traigo el real decreto firmado ya por su majestad para que lo refrendéis como su secretario del Despacho Universal.

—Traedme pluma y luz, dijo de una manera indefinible, Lerma.

Uceda encendió una bujía en la lámpara de noche, que ardía sobre una mesa, fué á la de despacho de Lerma, tomó una pluma y se acercó al lecho.

El duque, que habia conservado el decreto, le leyó y le refrendó con la mano trémula, pero de cólera.

Uceda dejó sobre la mesa la bujía, y en el tintero la pluma: volvió y tomó el decreto.

—Id con Dios, dijo Lerma; porque creo que ya habeis concluido.

—Aun no, dijo Uceda; debo manifestaros que por más que conmigo se haya mostrado enemigo á muerte y traidor y miserable Calderon, yo no puedo olvidarme de que es mi hermano. A prenderle irán, pero no será preso, porque no está en su casa, y he puesto ya quien le avise cuando salga de la en que se encuentra; yo le procuraré su fuga á país extranjero, donde no le alcance la justicia del rey nuestro señor.

—Dios os lo pague si así lo haceis, hijo mio, contestó Lerma; pero creo que aun teneis algo más que decirme.

—Sí por cierto, padre y señor; ¿no creéis que un duque hace muy mala figura de simple secretario de Estado y del Despacho, y mucho más un duque hijo vuestro?

—¡Ah, sí! dijo Lerma de una manera indefinible: ¿quereis ser secretario del Despacho Universal?

—Por honor vuestro.

—Estoy desempeñando ese cargo desde la proclamacion de Felipe III.

—Por lo mismo, en los diez y siete años que le habeis servido, ese cargo se ha ido haciendo tan pesado para vos, que ya no podeis soportarlo: ponedle sobre mis hombros, que no están cansados aún y se sienten muy fuertes: además, nadie extrañará que yo os herede en vida; esto se considerará como una abdicacion vuestra que os engrandecerá, porque habreis imitado al preclaro emperador Cárlos V.

—Lo que hará de vos una especie de pequeño Felipe II, dijo con acritud Lerma: él mató por celos, por temor, á su hermano bas-

tardo don Juan de Austria. Vos, por temor, por celos, por codicia, matais á vuestro hermano bastardo don Rodrigo Calderon: Felipe II mató á su hijo el príncipe bastardo; yo no sé si un día matareis vos á un hijo vuestro: lo que sí sé es que matais á vuestro padre.

—Sí; el rey está acostumbrado á vos como á su rosario, del que se desprendería con mucha pena; pero si le dijiesen que su rosario estaba envenenado, y podría matarse al pasar sus cuentas, se apresuraria á desprenderse de su rosario.

—El rey no puede ver en mí un peligro.

—Os obstinaís en vuestros errores, dijo Uceda: que huya á tiempo don Rodrigo y se refugie en país extranjero amparándose de uno de los soberanos enemigos del rey, como Antonio Perez perseguido por Felipe II se amparó de Enrique V de Francia, ó que mal aconsejado por su soberbia, confiando demasiado en sus fuerzas, no huya á tiempo y sea preso, don Rodrigo será procesado en rebeldía ó en persona, pero procesado siempre: ¿y creéis que en nada podrá comprometeros un proceso instruido contra don Rodrigo? ¿pues qué, no os ha hecho cargar ese vuestro queridísimo hijo con todos los ódios, con toda las enemistades, con todas las rivalidades que le han producido su avaricia, su soberbia y su licencia? Habeis nacido para equivocaros, y no sé cómo habeis podido gobernar diez y siete años sin dar ciego en un abismo: decís que os mato cuando os salvo.

—¡Que me salváis! no; el rey me ama; el rey me verá con dolor apartarme de su lado. Si yo continuo siendo secretario Universal del rey, no se procesará á don Rodrigo: pues qué, ¿no le he libertado ya años antes de un gravísimo proceso? ¿no obtuve para él una cédula real de liberacion de todos los delitos de que pudiera acusársele? lo mismo puedo hacer ahora.

—Continuáis engañándoos: vuestros enemigos de entonces, no eran ni con mucho tan terribles como los de ahora. El príncipe don Felipe, todavía niño, no se impacientaba ni galanteaba, ni asistía al Consejo de Estado, ni habia consumado su matrimonio con doña Isabel de Borbon.

—¡Con que el príncipe de Astúrias es contrario á don Rodrigo!

—Y no solo el príncipe, sino tambien la princesa; de sus altezas ha venido la tormenta que no podríais conjurar aunque contárais con toda mi generosidad: don Rodrigo se ha ensoberbecido demasiado, se ha creído poderoso para todo, y se ha puesto frente á frente de su alteza, á causa de los amores de una mujer. El príncipe se ha visto obligado á huir de su esposa en la misma casa de don

Francisco de Contreras, y á dejar el puesto franco á don Rodrigo: esto no puede perdonarlo, no lo perdonará jamás su alteza: á más de esto, me habeis acometido de una manera terrible, olvidándoos vos de que sois mi padre; él, de que aunque bastardo y secreto, es hermano mio: he tenido miedo por mi vida, por mi honra, por la honra de mis hijos, y he sido implacable, pero en defensa propia, natural y legítima: he tendido una red á don Rodrigo, le he cogido en ella; me he apoderado de la cartera que siempre llevaba consigo, y donde guarda sus papeles más importantes, y estos papeles han sido presentados á su magestad. ¿Qué queriais que hubiera hecho? ¿que me dejara asesinar sin defenderme? don Rodrigo ha empeñado conmigo un duelo á muerte; me ha favorecido la fortuna, y don Rodrigo ha caído ante mí arrastrándoos á vos como era preciso que sucediese; porque hace mucho tiempo don Rodrigo y vos sois una sola persona: por lo tanto, habeis caído de una manera decisiva, porque el duelo era á todo trance: pero aun puede aminorarse el golpe, aun puede evitarse que acabeis en un patíbulo.

— ¡En un patíbulo! exclamó el duque de Lerma con una exasperacion indescribible: ¿en un patíbulo habeis dicho? ¿estais loco? pues qué, ¿he servido yo desde mi juventud al rey don Felipe, he sido durante diez y siete años su prepotente ministro, para ir á acabar como un malhechor miserable á manos del verdugo? ¿en qué sueños os mete vuestra soberbia? ¿venís acaso á decirme sin respeto alguno á lo divino ni á lo humano: Puedo mataros, he afilado el cuchillo, le he puesto á vuestra garganta, y no os mato porque quiero ser buen hijo?— ¡Ah, cuán generoso os mostrais conmigo, señor duque de Uceda! ¡cuánto debe complacerme y enorgullecerme el haberos dado el sér! Es verdad, me pagais bien; porque si yo fui la causa de que vos viniérais al mundo, vos, segun creéis, sois tambien la causa de que yo no salga del mundo antes de tiempo, y de una manera espantosa.

— No es mia la culpa de lo que sucede: vosotros habeis provocado la guerra en que todos nos hemos ensagrentado: y si entramos en recriminaciones, ninguna generosidad os debo.

— Hemos podido usar de los medios que teniamos contra vos.

— Pero qué no eran tan buenos que no os hubiérais herido, y acaso gravísimamente al usar de ellos.

— ¿Y quereis que yo tenga por generosidad el que me digais: idos, encerraos en vuestra villa de Lerma, desapareced de la córte,

necesito el alto puesto que en ella teneis, y agradecédmelo, porque pudiendo mataros no os mato? pero no añadís: no os mato, porque no quiero sufrir la vergüenza, la ignominia de que mi padre muera á manos del verdugo.

—No quereis comprenderme, dijo creciendo en impaciencia Uceda, y estamos perdiendo un tiempo precioso para la salvacion de don Rodrigo, para la vuestra. Creéis que respecto á vos todo se reduce á que hagais dejacion de vuestro cargo de ministro universal, y os vayais tranquilamente á vuestra villa de Lerma. Os engañais: lo que se necesita de todo punto, es que al momento os pongais en salvo con don Rodrigo Calderon: de no, sereis envuelto en su proceso; y si por desgracia os prenden, será mucho más difícil salvaros; y tal pudiera ser, que por salvaros, yo me perdiera.

—¿Ha mandado el rey que se me prenda? no, puesto que me deja en mi cargo.

—Bien... sí... dijo Uceda: el rey ha cerrado los ojos, y yo no he querido ni debido abrirselos: ni aun se ha hablado de vos: se ha considerado á don Rodrigo como á una persona aparte.

—Pues bien, dijo Lerma: salvad al que está perdido, que es vuestro hermano, y Dios os lo premiará y os ayudará: en cuanto á mí, dejadme, que nõ me he perdido aun; y si me pierdo, no sereis vos ciertamente quien me salve.

—Es la vuestra una ceguedad terrible, dijo Uceda, y dareis con ella ocasion á que nos perdamos todos.

—Por criminal que sea un padre, exclamó Lerma, tiene derecho á ser respetado por su hijo: ¡salid: no me habléis más, no me digais más que quereis salvarme, que quereis que os deba la vida! ¡salid, duque de Uceda, porque vos no sois ni la ley ni el rey, ni más que hijo mio, que me debéis la grandeza que teneis y vuestro favor en la córte, de que abusais volviéndoos contra vuestro padre: salid, repito, y no me obligueis á que llame á mis criados para que os arrojen!

—¿Con qué medios contais para empeñar esta nueva lucha conmigo? dijo aturrido, dominado por la energia de Lerma, Uceda.

—¡Ah, miserable! exclamó Lerma; ¡tienes miedo! ¡no son tan fuertes como dices las ligaduras con que nos atas! ¡si nos tuvieras completamente sujetos, no tendrias ni un asomo de compasion para uosotros! pues mira, guárdate, porque si te venzo, no seré yo quien mire en tí mi hijo, sino un villano infame, indigno de todo amor, de toda piedad.

—Os perdereis, dijo con despecho Uceda, y me dareis un mal día, un día terrible.

—No lo temais; porque Dios no puede consentir este horrible triunfo de un hijo contra su padre: idos.

El duque de Uceda salió murmurando:

—¿En qué confía, qué espera que así me resiste?

Si hubiera oído lo que en aquel momento murmuraba el duque de Lerma, hubiera tenido la contestación.

Hé aquí lo que el duque de Lerma murmuraba:

—El capelo que he pedido á su santidad no puede tardar más que diez días, puedo ponérmelo de antemano contando con mi tío el arzobispo de Toledo, que por mí se prestará á la falsificación de un breve de su santidad: los cardenales solo pueden ser juzgados por el papa, y el papa no condenará al duque de Lerma.

Y tras estas palabras, llamó á sus ayudas de cámara, mandó disponer una silla de manos, se vistió, y se hizo llevar casa de don Bernardo de Sandoval y Rojas su tío, arzobispo de Toledo, canciller de Castilla é inquisidor mayor.

Dos horas despues, cuando salió, tanto los criados del arzobispo como los que habian acompañado al duque de Lerma, se asombraron.

Don Francisco de Sandoval y Rojas, aparecia investido con la púrpura cardenalicia.

Al día siguiente se presentó al despacho con el mismo traje, y Uceda al verle exclamó:

—¡Ah! cuando mi padre se me mantenía tan firme, tenía tras sí el poder de Roma.

---

## CAPITULO LII.

---

De cómo don Rodrigo se vió obligado á esconder la cabeza, por temor de que se la quitasen.

Don Rodrigo volvió en sí, ó mejor dicho, despertó del letargo en que le habia sumergido el vino preparado con ópio, ya muy de dia; pero despertó trastornado, con la cabeza muy pesada, y afectado por una gran debilidad.

Doña Ana no habia despertado aun: estaba sobre su sillón en el mismo abandono en que habia quedado al aletargarse.

Don Rodrigo pretendió despertarla, pero no pudo.

Sin embargo, no habia que temer ningun peligro.

Doña Ana respiraba bien y tenia buen color.

Don Rodrigo reparó en que tenia abierta su ropilla, y echó de menos su cartera.

Esto le aterró, y sin detenerse cogió su espada y su daga, su capa y su sombrero, y escapó por el postigo del jardín.

Al salir, uno de los criados del duque de Uceda, que le esperaba, le dijo:

—¡Señor marqués de Siete Iglesias!

Volvióse don Rodrigo, y al ver á un solo hombre que tenia una carta en la mano, perdiendo el recelo de ser preso en el acto, dijo:

—¿Qué quereis?

—Dar á usía esta carta de mi amo el señor duque de Uceda.

Calderon abrió con ansia la carta.

Decía así:

«Estais depuesto y mandado prender por el rey. No vayais á vuestra casa, porque la justicia está en ella y sereis preso. Venid á la mia, que quiero salvaros; pero procurad que nadie os vea venir. —El duque de Uceda.»

Don Rodrigo se puso densamente pálido, miró al criado que tenía delante, y vió que en efecto llevaba la librea de la casa de Uceda. Comprendió además por el aspecto del criado que aquello no era un lazo.

—Decid á vuestro amo, dijo don Rodrigo, que he recibido su carta, y que en este momento voy á buscarle. Adios.

Y se alejó rápidamente.

Torció por la Bajada de Santo Domingo, y poco despues entraba en la calle de la Inquisicion y casa de Anastasia Picazo.

Esta buena moza dormia aun; pero su criada que conocia demasiado á don Rodrigo, le dió entrada, y fué á llamar á su señora.

—No, no, dijo don Rodrigo; yo la despertaré; tú vas á ir á mi casa secretamente, porque importa; pero no, no vayas á mi casa, vete á una tienda de comestibles que está enfrente, y como si fuera cosa tuya, dices al de la tienda que llame al señor Ruy Sarmiento, que te importa mucho, y en señal que le presente esta sortija; y no vayas á no volver por quedarte con ella que yo te daré mucho más de lo que la sortija vale.

—¡Jesus, señor! dijo la doméstica; ¡y qué cosas tiene usía!

—Anda, anda que urge, y cuando el señor Ruy Sarmiento vaya á la tienda y tú le hables, le dices que se venga contigo, y le traes; conque vé, vé.

La criada salió.

Don Rodrigo se entró en la sala, entreabrió un balcon, llegó á la alcoba y miró al lecho.

Anastasia Picazo dormia profundamente, pero de una manera fatigosa.

Don Rodrigo la observó con la inteligente mirada del hombre de mundo.

Cuando el sueño domina á una persona, los rasgos determinantes de su carácter aparecen en su rostro sin que nada los encubra: porque en el que duerme no hay voluntad.

Don Rodrigo se espantó al ver el semblante de Anastasia.

Adivinó por él lo que pasaba en el alma de aquella mujer.

Sufria de una manera horrible, y en su semblante se trasparentaba la expresion de una venganza ansiosa.

Aquel semblante dormido fué una esplicacion completa para don Rodrigo.

Aquella mujer amaba á Francisco de Juara, no tenía duda de ello; le amaba con toda su alma, á pesar de lo que, le habia matado por sus hijos, por hacerlos ricos, y porque sabia que si ella se negaba á matarle, no dejaria de encontrar don Rodrigo quien le mataste: pero la venganza ardia en el corazon de aquella mujer.

Don Rodrigo recordaba que habia sabido engañarle de tal manera que le habia hecho creer que aborrecia á Juara, que era víctima de sus brutales tratamientos, que habia deseado siempre librarse de él, que si no le habia matado habia sido por falta de un apoyo poderoso que la sacase del compromiso, que al encontrar aquel apoyo en don Rodrigo, se habia decidido y se habia vengado.

Habia hecho además creer á Siete Iglesias, que á causa de tanto haber oido hablar de él á Francisco de Juara y habiéndole visto algunas veces, de él se habia enamorado con toda su alma.

Y tan buena cómica era la Anastasia Picazo, que no solo habia engañado á don Rodrigo, lo cual no era difícil, porque nada es más fácil que engañar á los soberbios cuando se halaga su vanidad, y no solo habia logrado esto, sino que como era muy gentil moza y muy maestra, le habia aficionado á ella de una manera grave, aunque no pudiera decirse que don Rodrigo la amase.

Siete Iglesias se sintió humillado al ver deshecho su engaño; porque el semblante dormido de Anastasia, esplicaba claramente como hemos dicho, toda la situacion de su alma.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo saliendo de la alcoba de puntillas y cerrando el balcon para que no despertase Anastasia: mi buena fortuna no me ha abandonado aun; pero he abusado de ella, y esta es una leccion que me da mi buena fortuna ofendida. El duque de Uceda ha cometido una torpeza, quizá para asegurarme mejor, atrayéndome á su casa, poniéndome por cebo una generosidad traidora: ha temido tal vez que yo me defendiese: todo el mundo sabe que mi brava compañía alemana y mis criados me adoran: he estado oportuno no cayendo en el lazo que me tendia mi buen hermano. Pero he incurrido en una torpeza viniendo á esconderme casa de esta mujer á quien yo creia ciegamente enamorada de mi, y mi buena fortuna ha hecho que la sorpresa dormida y que vea en su semblante su alma. Esta mujer me aborrece, me ha engañado; ama con

toda su alma al alevé Francisco de Juara: ¿pero por qué le ha matado entonces?... ¡Misterios!... ¿Quién puede decir que conoce el corazón de la mujer, de esa mitad querida del hombre, que no se ejercita en otra cosa que en la ficción, para dominar por medio del engaño á quien la adora? ¡Oh!... ¡la mujer!.. ¡la mujer!.. ¡doña Ana!... ¡y yo que la creía loca de amor por mí!... ¡yo que he enloquecido por ella y que á pesar de haberme hecho traición la adoro aun!... ¡traición!... sí, en su casa he sido aletargado; en su casa se me han robado los funestos papeles que yo llevaba sobre mí. Recuerdo vagamente como en un sueño, que una mujer hermosísima se acercaba á mí, me abría la ropilla y me quitaba la cartera. yo no podía evitarlo, no tenía fuerzas, ni aun voluntad para ello. ¿Pero quién es aquella mujer? ¿quién era? doña Ana nó, de ningún modo: tal vez la calumnian; cuando he vuelto en mí ella permanecía aletargada aun; ella ha bebido como yo el líquido que me aletargó: de seguro ella no estaba prevenida, ella no sabía nada; porque conociendo cuán terribles son mis enemigos, debió extremecerse al beber, por el temor de apurar en vez de un narcótico un veneno. No, doña Ana es inocente, de todo punto inocente: esto debe ser obra de su padre: yo había previsto que don Francisco de Contreras podía hacerme traición: nunca he debido yo llevar esos papeles á su casa: pero los tenía sobre mí; me había trastornado la negativa del rey á recibirme; necesitaba hacerme un nuevo poder en la corte; este poder lo era y lo es el príncipe de Asturias que está ciegamente enamorado de doña Ana. Hemos sido envueltos los dos: ese miserable don Francisco de Contreras... ¿pero cómo, cómo este hombre ha tenido más fé en el favor de Uceda que en el mio?... le habrá ofrecido montes de oro, valimientos, honores... ¡ah! los que para mantenerse en el favor de un rey se valen de miserables, no deben extrañar que estos miserables se vuelvan contra ellos, vendiéndose á quien les pague más. Pero no está todo perdido: doña Ana me ama, me adora, no tengo duda de ello, me lo dice el corazón. La adora el príncipe, y su alteza es más poderoso que Uceda; aun hay esperanza. ¡Pero cuánto tarda ese infame Ruy Sarmiento! es verdad, mi casa está lejos; aun no ha tenido tiempo esa mujer para llegar. Y si me han seguido... si me han visto entrar aquí... ¡oh, Dios mio, Dios mio! El rey ha visto sin duda los papeles que yo tenía en la cartera: ¡traición!.. ¡cohecho!.. ¡oh! sí, sí, los ha visto: de otra manera no me hubiera depuesto, no hubiera decretado mi prisión. ¡Ah, mi buen hermano, mi buen hermano! me habeis dado un golpe terrible, me habeis desconcertado, pero

tal vez este nõ es un golpe de muerte: guardaos entonces de mí, señor duque, porque si me rehago y os venzo, no tendré compasion de vos: no sentireis mi mano hasta que esteis hecho pedazos. ¿Y qué será de mi padre? al caer yo, ha debido caer conmigo; porque yo era su fuerza y su poder: sin mí, hace mucho tiempo que sus enemigos le hubieran destruido: debe haber sido tambien depuesto: él y yo somos una misma persona: si no hubiera sido depuesto, él hubiera evitado mi prision. ¿Y quién sabe? tal vez cometo un desacierto en ocultarme, en no arrostrar faz á faz un peligro que acaso no es tan grave como supongo: sin embargo, esos papeles que tenia en su poder Agustin de Avila... otra imprudencia mia: he confiado demasiado en los hombres; yo no debí escribirle aquellas cartas; no las he encontrado entre sus papeles: ¿quién sabe si Juara las encontró y las vendió á Uceda? ¿quién sabe si las posee la viuda y ha usado de ellas para vengarse de mí? No, no debo presentarme: acaso y sin acaso, mi situacion es gravisima. ¡Y esas tres muertes tan imprudentemente hechas!... Alonso del Camino... Agustin de Avila... Francisco de Juara... El envenenamiento de la reina, el del padre Aliaga y el del padre Suarez no pueden probarse: hay cuando más indicios: pero los otros tres... ¡quién sabe! ¡Oh! ¡si acabará mi grandeza en un patibulo como la del Condestable don Alvaro de Luna!

Don Rodrigo estaba aterrado, enfermo, loco.

Se ahogaba en aquella habitacion oscura; porque siendo ya bien entrado el dia, la lámpara de noche se habia apagado.

Solo se veía una escasa luz á través de la abertura de la puerta.

En medio de aquella oscuridad se oía la fuerte, la agitada respiracion de Anastasia que dormia, y que de tiempo en tiempo exhalaba un profundo, un dolorisimo gemido que abarcaba todo el dolor de su alma.

Se comprendia que sus penas la habian desvelado, que cansada al fin, se habia dormido por la mañana, y que estaba en lo más profundo de su sueño.

Don Rodrigo necesitó respirar un poco de aire.

Se salió silenciosamente de la sala, atravesó la antesala, y se encontró en los corredores al aire libre.

El dia era hermosísimo; el cielo radiante, el ambiente puro, el sol dorado.

Y sin embargo, todo aparecia triste, funesto, casi fantástico para don Rodrigo.

Desde donde estaba se veía en el fondo del patio la puerta de la casa.

Don Rodrigo fijaba en ella una mirada ansiosa.

Por allí debía llegarle alguna noticia que esclareciese su situación; tal vez un peligro que la decidiese.

Pasó tiempo bastante para que la criada pudiese haber vuelto, y el terror de don Rodrigo acreció de una manera imponderable.

¿Qué había acontecido á la criada?

¿Había cometido alguna torpeza? ¿había sido presa? ¿habían descubierto su paradero?

A tal punto llegó el terror de don Rodrigo, que creyó que aquella casa era su ratonera.

Se decidió á escapar á la ventura; bajó al patio y abrió la puerta.

Al abrirla retrocedió desconcertado.

Vió dos personas que en su turbacion no pudo reconocer en el primer momento.

Sin embargo, eran su mayordomo Ruy Sarmiento y la criada.

Cerró esta la puerta.

El viejo mayordomo, como si hubiera perdido á su amo y milagrosamente le hubiera encontrado, se arrojó á él, le abrazó y le besó llorando.

Podía decirse que le había visto nacer, lo que es lo mismo que decir que conocía su origen.

—Cuando tú te entregas á tales extremos, dijo don Rodrigo, gravísimo debe ser lo que me sucede.

—¡Que si es grave, señor! ¡que si es grave! dijo Ruy Sarmiento; tan grave que os va en ello la cabeza; pero no hay que perder tiempo: yo tengo para usía un escondrijo seguro: he tardado algo, porque he necesitado preparar una silla de manos que está ahí; traigo además un antifaz para evitar que pueda reconocer á usía alguien que le conozca al pasar de esta casa á la silla: tú, muchacha, dame la llave de la puerta; te he pagado bien, pero no me fio de tí; podrias dar voces cuando saliere de aquí mi señor, y perderle.

—Descuidad; porque ni mi señora sabrá que ha estado aquí ese caballero: no me conviene; porque aunque yo soy una lugareña zafia, bien entiendo yo que si hablo me meterán en danza, y sabe Dios lo que podria sucederme: porque los grandes señores se arreglan, y los pobres que han andado entre ellos son los que pagan.

—Tiene razon, dijo don Rodrigo; dejémosla en paz; y para que calles mejor, toma.

Y se quitó uno de los riquísimos broches de diamantes de su ropilla, y le dió á la muchacha, que se apresuró á guardárselo en el pecho.

A seguida se puso don Rodrigo un antifaz que le dió Ruy Sarmiento, salió de la casa, y entró en una silla de manos que estaba delante de ella.

Los mozos que conducian la silla eran dos ganapanes.

Ruy Sarmiento por prudencia no habia querido emplear á ningun lacayo de la casa.

Atravesaron á Madrid hasta llegar á la calle de la Arganzuela en el barrio de Toledo, donde delante de una casa de humilde apariencia se detuvo la silla.

Llamó Ruy Sarmiento y abrió una anciana.

—¿Qué es esto, hijo mio? le dijo; ya hacia tiempo que no venias.

—Callad, madre Cecilia, dijo Ruy Sarmiento; que os necesito para mucho.

Y abrió la silla de manos é introdujo en la casa á don Rodrigo, despues de lo cual despidió á los mozos con la silla, pagándoles más de lo convenido.

Luego cerró la puerta.

La anciana llevó á don Rodrigo á un cuartito pequeño y pobre, pero muy limpio, que recibia la luz por una ventana que daba á un pequeño y alegre huertecillo.

—Nada teneis que temer aquí, señor, dijo á don Rodrigo Ruy Sarmiento: esta viejecita ha sido mi nodriza: tenia quince años cuando me crió con su sangre: mi madre habia muerto al darme á luz; pero habia recogido á esta pobre y la habia amparado en un trabajo, y ella agradecida me crió, yo he mirado por ella, y nos queremos como hijo y madre.

—Eso es mucha verdad, contestó la vieja; y si no hubiera sido por la bendita de tu madre que está en el cielo, tirada me hubiera visto yo enmedio de la calle, y no hubiera podido criar á mi hijo.

—Que tiene como yo, cincuenta y cinco largos, señor, y nietos y biznietos, y está bien acomodado; porque como era hermano de leche mio, yo le ayudé, y es espadero, y sus hijos lo son, y tiene muy buen haber: conque por Cecilio vengo, madre; él vive solo, porque no quiere que sus hijos se metan en si gasta poco ó mucho, en si hace esto ó lo otro, y puede tener allí oculto á mi amo sin que nadie lo entienda. Id, pues, por él, y que se traiga ropas suyas para que mi amo se disfrace; y esto cuanto antes.

—Pues para no tardar, ahora; contestó la buena Cecilia.

Y poniéndose una mantellina, salió.

—Bueno es, dijo Ruy Sarmiento, que hagamos perder la pista por si nos han seguido: por fortuna, esta casa tiene un pasadizo que sale á otra calle: con el disfraz que usía lleve y como yo le pondré la cara, y con que usía ande á lo villano, desafío á cualquiera que conozca al altivo marqués de Siete Iglesias.

—Con que tan grave es el asunto, dijo don Rodrigo.

—Ha entrado de recio y muy de recio, señor; pero han sucedido cosas muy extrañas, y que yo no comprendo bien anden juntas: ha habido disfavor y favor, y me parece á mí que el duque de Uceda no se ha olvidado de que usía es su hermano.

—Silencio, dijo don Rodrigo.

—No puede oírnos nadie, señor; mi madre Cecilia vive sola; y con dos reales que yo la doy y otros dos que la dá mi hermano de leche, y los regalillos de los nietos, lo pasa muy bien.

—Pero en fin, ¿qué ha sucedido?

—A eso voy, señor; pero primero es que usía se tranquilice acerca del peligro de ser preso; porque ya no le prenderán, á lo menos por ahora.

—¿Han ido á prenderme á mi casa?

—Sí señor; á las once de la noche, el alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos llegó con una turba de alguaciles, con los que cercó la casa. A los fuertes golpes que daban á la puerta, y á los gritos repetidos de «¡abrid á la justicia del rey nuestro señor!» me presenté, y me encontré con el alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos que me preguntó por usía. Contestéle que usía no estaba en casa: me respondió que con verlo bastaba, escusándose de mil maneras de lo que se le obligaba á hacer, y registró la casa desde los sótanos á los desvanes, sin dejar cama bajo la cual no mirase, ni armario ó cofre grande que no abriese.

—Habrà visto las vajillas, el dinero y las joyas, dijo don Rodrigo.

—Sí señor, todo lo ha visto con asombro.

—¡Y habrá embargado! dijo palideciendo don Rodrigo.

—No señor: por eso he dicho á usía que ha habido entre tanto disfavor mucho de favor, y que el duque de Uceda no se ha olvidado de que usía es su hermano.

—¿Y cómo sabes tú que el duque de Uceda anda en este negocio?

—Porque la real orden de prision contra usía que me mostró el alcalde para que yo le permitiese registrar la casa, estaba firmada

por el duque de Uceda, como secretario de Estado y del Despacho.

—¿Y qué causa aparecía en la real orden para mi prision?

—Como reo de alta traicion, lesa majestad, y otros crímenes.

—¡Oh, Dios mío! exclamó don Rodrigo estremeciéndose todo: ¡estoy perdido!

—¡Quién sabe, señor, quién sabe! acaso el duque de Uceda no se haya propuesto otra cosa que intimidar á usía, obligarle á huir y ganarle por la mano.

—Tal vez tienes razon, Ruy Sarmiento, dijo don Rodrigo: Uceda sabia donde yo estaba, donde podria prenderme con más seguridad que en mi casa, y en vez de prenderme allí, me ha avisado: pero esto puede ser tan favorable como adverso; estoy en un mar de confusiones: continúa.

—Cuando el alcalde se convenció de que usía no estaba en casa, envió á su secretario á avisar de ello al duque de Uceda.

—¿Y qué resultó?

—Que el duque de Uceda envió orden al alcalde para que se retirase.

—¿Y no dejó alguaciles de guardia?

—No señor.

—¿Ni embargó?

—Tampoco.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué? cargué en cuatro carrozas toda la vagilla, todas las alhajas, todo el dinero, y con una escolta de gente brava y de confianza, muchos de los cuales son criados de usía, he enviado todo el haber de la casa á Valladolid con una carta para mi señora doña Inés de Vargas, avisándola de lo que sucede; y si hubiera podido enviar tambien los cuadros y las tapicerías, lo hubiera hecho; pero ya que esto no ha podido ser, todo lo que era oro y plata y alhajas, y las cuatro carrozas y los tiros de diez mulas en cada una, han ido.

—¿Y mi caballo Pompeyo? dijo con cuidado don Rodrigo.

—Debajo lo lleva Diego Alderete, que va con su buena coraza y su lanza á la gineta, y los otros veinte y cuatro caballos van montados por criados de usía y por gente brava, que no se dejarán robar lo que se les ha entregado para que lo lleven á Valladolid.

—Has hecho bien, muy bien, Ruy Sarmiento, y de mi cargo queda recompensarte.

—Con haber ayudado á usía estoy yo más que ricamente re-

compensado: ahora deje usía que yo le disfrace el semblante; que tal olfato tienen los ministros de justicia, que todo lo que se haga para engañarlos es poco.

Y Ruy Sarmiento buscó unas tijeras, y echó abajo sin compasión la magnífica cabellera de don Rodrigo y su rizada y negra barba.

Después con la tizne de una sarten, le ensució y le tizó de modo que era imposible reconocerle, cara y manos.

Don Rodrigo rugía de cólera, lloraba, se desesperaba al verse reducido á tal situación.

Por último, sobrevino la madre Cecilia, con Cecilio su hijo, que era un viejo alegre.

Traía debajo del brazo un bulto con ropa.

—Yo conozco á este, dijo don Rodrigo al ver á Cecilio.

—¡Vaya si usía me conoce! como que le he montado en ricas empuñaduras más de cuatro buenas hojas de Toledo.

—Es verdad, dijo Ruy Sarmiento; con la turbación no me he acordado de que usía conocía á Cecilio.

—¿Y por qué esa turbación? dijo el espadero.

—Porque el rey, por malos oficios y calumnias de traidores me ha mandado prender, dijo don Rodrigo; y para repararme del primer golpe me veo obligado á ocultarme.

—Pues repárese usía con mi casa, donde no le encontrarán á tres tirones, dijo Cecilio; y ya que usía es tan buen esgrimidor, suelte un revés, uñas abajo, á quien tal tajo le ha amagado, y llévele la mitad de la cabeza, que no le alcance ni el Santo Oleo.

—Fuerza será hacerlo, dijo don Rodrigo, y mal año para mí si no lo hago.

—Pues empiece usía á vestirse este pobre traje que para ahora es el más rico que usía pudiera ponerse.

Y sacó unas calzas de lana azules descoloridas, unos gregüescos pardos, una ropilla raída, una media capa, una gorra de fieltro y unos zapatos usados, á los que fué necesario meterles trapos para que se detuviesen en los piés de don Rodrigo.

Inmediatamente salieron Cecilio y don Rodrigo por el huerto y por un pasadizo á la calle.

A las diez del día, don Rodrigo estaba tan oculto, que era imposible dar con él.

## CAPITULO LIII.

Lo que pasó por doña Ana de Contreras.

Pasó algun tiempo despues de la salida de don Rodrigo de la casa de doña Ana, hasta que esta empezó á volver en sí.

El sol penetraba por la vidrieras del balcon arrojando un rayo siniestro sobre aquella mesa cubierta aun de manjares, entre los que habia dos grandes copas en que quedaba algun vino.

Doña Ana se sentia con la cabeza pesada, tarda la memoria, embrollados los recuerdos.

Lentamente la niebla, que por decirlo así, oscurecia su imaginacion, se fué esclareciendo, hasta que recordó perfectamente lo que le habia acontecido.

—¡Oh, sí! dijo, es un infame, he hecho bien.

Y á pesar de este pensamiento, miró con ansiedad al sillón vacío que habia ocupado don Rodrigo.

—¿Dónde estará? dijo, ¿qué habrá sido de él? ¿dónde está la marquesa de la Fávara?

Doña Ana recorrió todas las habitaciones de su cuarto.

Nada encontró: estaban desiertas.

Una profunda tristeza cubria el semblante de la jóven.

Respiraba con dificultad.

De tiempo en tiempo se llevaba la mano al pecho, sobre el corazón, como si hubiera querido contener sus violentas palpitaciones.

La vacilacion, la duda, la lucha, aparecian en su semblante.

—¿Por qué amo yo á ese hombre? dijo al fin, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es un miserable, continuó: yo no debia amarle; él no me ama; si me amara, no me hubiera hecho la infame proposicion de pertenecer al príncipe, no: si él me amara como yo le amo, preferiria la muerte al horrible tormento de los celos: y esa mujer... dice que es su hermana: ¡oh! mentira, él ama á esa mujer; yo soy su entretenimiento, su medio: ¡ah! ¿y por qué he de amarle yo? porque lo quiere el infierno.

Doña Ana estaba desesperada; odiaba y amaba á un tiempo á don Rodrigo.

Ansiaba venganza, y el solo pensamiento de que se lograra su venganza la estremecia, y continuaba mirando con terror el sillón abandonado por don Rodrigo.

—¿Qué habrá sido de él? dijo: la marquesa de la Fávara, esa maldita mujer que en mal hora ha venido á escitarme, le habrá arrancado sus papeles: debian ser pruebas terribles contra don Rodrigo, puesto que la marquesa decia que en aquellos papeles estaba su cabeza: esos papeles habrán sido presentados al rey: tal vez en este momento está sepultado en un calabozo cargado de cadenas, maldiciéndome: y él ¿por qué me ha hecho traicion?

Doña Ana se detuvo; respiraba mal; necesitaba tomar aliento; agonizaba.

—¡Ah! y bien, dijo; él sabia que yo pretendia el vergonzoso puesto de amante del príncipe: es verdad, antes de amarle, amaba yo mi ambicion; llegar un dia á ser reina, más que reina; poseerlo todo, llegar á las grandes riquezas, ser envidiada por todas esas mujeres, estrellas de ese impuro cielo que se llama córte: ¡oh! ¡los funestos consejos de mi padre! ¡su ambicion! don Rodrigo no podia creer en mi dignidad: me habia arrancado casi de los brazos del príncipe; debia creer que yo no extrañaria me dijera: tú quisiste los amores del príncipe por tu ambicion, por la ambicion de tu padre: acéptalos ahora para salvarme; porque el verdugo ase ya mi cabeza.

Doña Ana se detuvo vacilante.

—Pero no, no, continuó; cuando se ama á una mujer con todo el corazón, con toda el alma, como yo deseo ser amada, se prefiere

la muerte por horrible, por infamante que sea, á ver de otro á la mujer adorada. Si eso hubiera salido solo de mí, si yo no hubiera visto en esta peticion suya un desprecio irritante y la vanidad insolente del hombre que cree tener en una mujer una esclava resignada á todo, yo me hubiera sacrificado, le hubiera salvado, y despues de salvarle le hubiera dicho: mátame, porque he hecho traicion á tu amor.

Doña Ana rompió á llorar, y se sentó abatida, desolada, inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó abismada en su sufrimiento infinito.

Pasó algun tiempo.

Se oyó al fin el leve ruido de la puerta del camarín que se abria, y apareció una jóven doncella, que al ver á su señora exclamó:

—No se ha acostado; ¿y el señor? ¿dónde se habrá ido el señor?

Y permaneció indecisa dudando de si debia arrancar de su abstraccion á su señora.

—¿Por qué no avisarla? dijo; parece que ha pasado un mal rato, pero hoy entra de servicio: es necesario ataviarla. Señora.

Doña Ana levantó la cabeza.

—¡Ah! ¿eres tú, Juana? dijo.

—Sí señora, yo soy.

—Y bien, ¿qué quieres?

—A las diez entráis de servicio en el cuarto de su alteza, contestó la doncella.

—¡Ah, sí! dijo doña Ana; me habia olvidado. Vísteme, ponme el traje de brocado blanco que me trajeron ayer, saca mi prendido de diamantes, el que me regaló mi padre el dia de mi santo.

Aquel prendido le habia dado don Rodrigo Calderon á don Francisco de Contreras, y doña Ana no lo ignoraba. Su dolor, su desesperacion habian elegido aquella joya: queria tener sobre sí algo que hubiera pertenecido á don Rodrigo.

La doncella atavió muy pronto á doña Ana.

Aun no era hora de ir á palacio cuando doña Ana estaba ya dispuesta.

Con aquel ancho y magnifico traje de damasco blanco y plata, con aquellos riquísimos diamantes que constituian un aderezo completo, con el vivo color de su escitacion y con el fulgor febril de sus ojos, estaba hermosísima.

Los cortesanos debian desesperarse aquel dia, porque doña Ana continuaba siendo para ellos la hermosura insensible.

A las nueve y media, doña Ana, sin ir á despedirse de su padre, bajó al zaguan y entró en la carroza, que ya la esperaba.

Poco despues entraba en el cuarto de la princesa.

Habia ido muy temprano.

Aun no habian acudido las otras damas de la servidumbre.

A poco oyó doña Ana el crujido de un traje de seda al andar de una dama.

Se abrió la puerta y apareció la marquesa de la Fávara.

—¡Ah! dijo: ¿estais ya aquí, doña Ana? pues en verdad no esperaba pudiéseis hacer servicio por hoy: os dejé profundamente dormida.

—¿Qué ha sido de él? dijo doña Ana con un vivísimo interés.

—Tranquilizaos, señora, dijo la marquesa: no se ha encontrado á don Rodrigo Calderon en su casa, ni se sabe dónde está.

—¡Ah! no le han preso, dijo sin poder disimular su alegría doña Ana.

—Nos hemos engañado mucho al servirnos de vos, dijo la marquesa de la Fávara: yo os creia con un alma más fuerte, con un alma capaz de sentir la venganza y de arrostrar todo lo que fuese necesario para alcanzarla. Si anoche no hubiera cometido don Rodrigo la torpeza de haceros una proposicion infame, nos hubiérais vendido: afortunadamente vuestro arrepentimiento es ya inútil: el rey sabe más de lo que es necesario para arrojar á don Rodrigo desde toda la altura de su privanza sobre el patíbulo. Si se esconde bien y lograr huir, mi venganza será mayor; porque la muerte es un solo momento, y la pérdida del favor de un rey, el alejamiento de la patria, la mortificacion de la vanidad, es un tormento insoportable para un hombre como don Rodrigo: creedme, doña Ana; despreciad á ese hombre, que es un miserable, y dadme las gracias porque os he libertado de él.

—Sí, es verdad, dijo doña Ana; ese hombre es un infame y no debe pensar en él.

—Sobre todo, mediando su alteza, que os adora.

—Es verdad; su alteza me ama cuando rebaja hasta mi su dignidad real, dijo con acento irónico doña Ana, en tanto que don Rodrigo me despreciaba.

—Pero os aconsejo, que si oís á su alteza, si le favoreceis, no procureis abogar por don Rodrigo, porque esto le perderia más, el príncipe tendria celos; pero esperad: se abre la puerta de la cámara: ¡ah! su alteza el príncipe: perfectamente: sus altezas están en muy

buena armonía, la princesa está contenta porque se siente al fin con poder.

—Buenos días, mi querida señora, dijo el príncipe don Felipe mirando de una manera avara á doña Ana, que le miraba sonriendo. ¿Qué se dice por la córte?

—Aún es muy temprano, señor, contestó la marquesa de la Fávara, y sería raro que hubiésemos tenido ocasion de hablar con ningun noticiero; estos señores vienen á descargar á medio día.

—¿De suerte, que nada sabeis acerca de la prision del marqués de Siete Iglesias? dijo el príncipe.

—¡Cómo! exclamó doña Ana afectando ignorancia y con la misma serenidad que si se hubiera hablado de una persona con la que nada le uniese; ¿preso ha sido el marques de Siete Iglesias?

—Me he explicado mal, dijo el príncipe; he debido añadir que aunque se ha ido á prender á don Rodrigo, no se le ha encontrado en su casa, y no ha podido ser preso. ¿Dónde habrá pasado la noche don Rodrigo?

Y el príncipe dejaba ver una expresion de cólera concentrada á través de su mirada entumecida.

—Dicen que ese caballero tiene muy mala vida, dijo doña Ana; que se pasa la noche en galanteos.

—Lo cual no aconteceria si no hubiera damas que se dejasen galantear.

Y la mirada intencionada del príncipe, fija en doña Ana, esclarecía la intencion de sus palabras.

—Tan corrompida está la corte, señor, dijo doña Ana, y tan perseguidas de malas apariencias las damas que á ella vienen, que yo, á pesar del honor que gozo en ser camarista de su alteza, estoy resuelta á pedir á mi padre que me vuelva al convento.

El príncipe palideció.

—¿Cómo? ¡al convento! ¿pues qué, quereis ocultarentre las cuatro paredes de una celda el hermoso sol de mi córte?

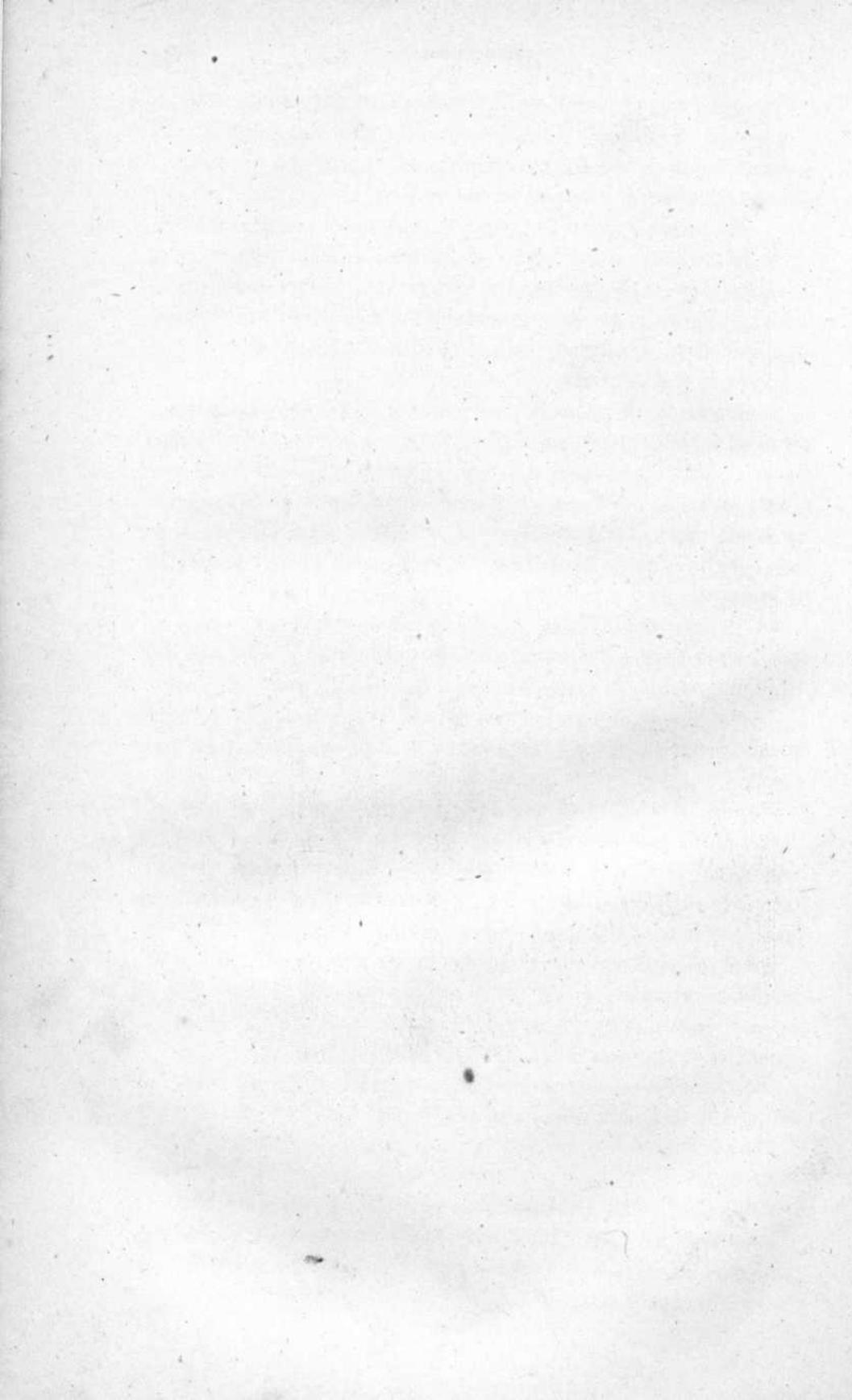
—Luna me contentara con ser, dijo doña Ana; el sol de la córte, el resplandeciente y purísimo sol es la señora princesa.

Apareció una expresion de disgusto y de contrariedad en los ojos del príncipe.

—¿Sabeis, dijo con acento de enojo, que es contra la etiqueta, contra el respeto, el contrariarnos, el negar las proposiciones que asentamos? Sol os he declarado, y por sol debeis teneros, so pena de desacato, que podria acarrearos un castigo.



Buenos días, mis queridas señoras,—dijo el príncipe don Felipe.



Y el príncipe se sonrió como creyendo encubrir su disgusto.

—Pues si castigada he de verme, dijo doña Ana infiltrando el ardiente fluido de una traidora mirada en el príncipe, quédese el convento á oscuras, y resplandezca el sol en la córte.

—Me parece haber oído decir á la princesa que se proponía casaros, y tan bien casada, que vuestro marido fuese virrey en las Américas. Yo no he querido contradecir esta determinacion de la princesa; pero á la verdad, no encuentro á nadie que sea digno de poseeros, doña Ana, á no ser que no fuese ni casado ni traidor el marqués de Siete Iglesias.

—Nunca podría yo amar á ese hombre, dijo doña Ana; es demasiada su soberbia para que se pueda creer en su amor. Don Rodrigo no ama á nadie más que á sí mismo; se cree tan levantado sobre los demás, que solo desciende á la tierra como el águila, para apoderarse de una presa y levantarse con ella, dejándola caer despues destrozada: ¡ah! no, no; á hombres así no puede amarlos una mujer que se estima en algo, y yo, señor, me estimo en mucho.

—¿Sabeis, doña Teresa, dijo el príncipe dirigiéndose á la marquesa de la Fávara que estaba respetuosamente á un lado, que hoy viene muy cambiada y más hermosa que nunca, doña Ana?

—Es que estamos en tiempos de cambio, señor, dijo la marquesa; y me temo que cambiemos tanto, que el cambio nos asuste.

—¡Eh! si sucede algo que asuste, será porque lo haya querido Dios. Pero buenos dias, señoras, buenos dias: he dejado en el lecho á su alteza; pero sea dicho en confianza; su alteza es muy celosa, y sabe Dios cuáles podrian ser las consecuencias si me viese hablando mano á mano con dos tan hermosas damas.

Y el príncipe cogiendo rápidamente una mano á doña Ana y besándosela, escapó: y escapó á tiempo; porque poco despues entró el corre-vé-y-dile de confianza de la princesa, esto es, la antipática señora de la Nestosa.

—Buenos dias, dijo pretendiendo suavizar con una sonrisa su avinagrada catadura. ¿Sabeis lo que se dice?

—¿Y qué se dice, señora? dijo como quien contesta á la fuerza doña Ana.

—Anda la córte alborotada; se teme alguna cosa grave.

—Pero, doña María, por Díos, dijo la marquesa de la Fávara; ¿qué cosa amenaza caer sobre nosotros para tódó ese miedo?

—Pues qué ¿no sabeis?....

—Pero, ¿qué hemos de saber? Acabad, dijo doña Ana: nos teneis con el alma en un hilo.

—Que su majestad ha depuesto al marqués de Siete Iglesias, y ha mandado que le prendan.

La marquesa y doña Ana, como obedeciendo á una inspiracion semejante, se echaron á reir.

—¡Ah! ¿os reis? dijo, picada, la señora de la Nestosa; pues yo creía que esto os pondria en cuidado.

—¿Y por qué nos habia de poner en cuidado el que prendiesen al marqués de Siete Iglesias? dijo doña Ana.

—Cierto que sí, afirmó la marquesa: el rey que hace los ministros, los deshace; y si don Rodrigo ha cometido traicion y le envuelven en ese crudo proceso, ¿qué importa?

—Lo malo es que no se ha podido prender á don Rodrigo.

—Don Rodrigo debió estar anoche muy bien oculto.

Y la señora de la Nestosa lanzó una mirada de vívora que reventaba de envidia, á doña Ana.

—Necesario es confesar, dijo con una admirable imperturbabilidad la jóven, que si don Rodrigo tuvo indicio de que iban á prenderle, hizo bien en ocultarse.

—Lo que no impide, dijo la señora de la Nestosa, que quien le ha ocultado haya cometido traicion contra el rey.

—Cuenta será suya, dijo doña Ana.

—Suceden cosas muy singulares, dijo creciendo en intencion doña María.

—Sí, en efecto, dijo doña Ana; es cosa muy singular que vos os tomeis tanta pena por lo que nada debe importaros.

—Seria necesario para eso que yo no fuese una leal servidora de su majestad.

—¡Oh, Dios mio! ¿pues qué va á suceder, señora? dijo doña Teresa afectando un gran miedo.

—¿Pues qué no sabeis lo que se dice? exclamó contrariada doña María.

—¡Se dirán tantas cosas! que se va á abrir la tierra; que se va á caer el cielo... como que todos creían una omnipotencia á don Rodrigo.

—Y lo era por desgracia; pero ha habido grandes intrigas y afortunadamente ha dejado de serlo; pero como es muy rico y capitán de la guardia alemana...

—Se teme que la guardia alemana se rebele contra su majestad

en favor de don Rodrigo. ¡Válgame Dios y qué cosas tan raras se dicen, y lo que es más raro aun, se creen!

—Se ha averiguado que don Rodrigo pretendia envenenar á toda la familia real.

—¡Jesucristo! exclamó la marquesa afectando un gran terror: ¿y no se ha dicho tambien que pretendia envenenar á la servidumbre?

—¡Ah, señora! exclamó doña María; me parece que os burlais de mis noticias.

—No me burlo, señora; me divierto, y esto contando con vuestra complacencia y con que no lo tomareis á mal: sois muy buena, doña María, mi buena amiga, y os harán creer lo que quieran.

—La verdad es, dijo doña María, que lo que sucede es muy grave, y más grave aun el que don Rodrigo no parezca á pesar de lo bien que se le busca.

—No niego la gravedad del suceso, dijo la marquesa; siempre es grave ver caer desde lo alto de su soberbia á un ambicioso que todo lo dominaba, y que alentado por la impunidad á todo se atrevia: pero no es el primer ejemplo de estas espantosas caidas, ni será el último: tales andan los tiempos, que será necesario extremar el rigor para poner á raya á los favoritos: pero no os acongojeis porque no haya parecido don Rodrigo, aunque se le busque mucho; porque todo consiste en que se le busca donde no está: y creedme, lo que se quiere es que se vaya por evitar el tener que cortarle la cabeza.

La marquesa miró á la deshecha á doña Ana, esperando sorprender una expresion involuntaria; pero doña Ana se mantuvo inalterable.

—Ó le ama con toda su alma, dijo para sí la marquesa, ó me he engañado, y no le ha amado nunca.

—¡Qué desgracias, que desgracias tan aterradoras! dijo la señora de La Nestosa; ¿y creéis que en efecto el marqués de Siete Iglesias haya incurrido en traicion?

—Creo á ese hombre capaz de todo por su soberbia, contestó la marquesa; pero envenenar á la familia real...

—¿Y qué os espanta? los ambiciosos son capaces de envenenar á su padre, á sus hijos, á la mujer que aman, por llegar al colmo de su ambicion, que es su único amor. ¡Desgraciado del que crea en la lealtad y en el amor de don Rodrigo!

Doña Ana permaneció impassible, á pesar de la intencion con que habia pronunciado sus palabras la marquesa.

—Por lo demás, continuó esta, nada hay que temer; porque sería horroroso que su magestad no pudiese decir á un vasallo: no me servis, idos: y que la justicia del rey no pudiera decir á un ministro asesino: venid acá para que os encierre y os corte la cabeza.

—Pero en fin, ello es espantoso, repitió la azafata mayor.

—Sobre todo para don Rodrigo.

—¿Y Lerma? dijo doña María.

—Lerma y Calderon son una misma cosa.

—De suerte que puede decirse que el duque está en tierra.

—En tierra, para estar un poco más alto dentro de poco, contestó la marquesa: y bien merecido lo tiene; porque si no hubiera ensoberbecido á Calderon ni le hubiera dado alas para tanto, y tanto le hubiera ayudado á cohechos y á infamias, no se vería comprometido.

—Pero ya vereis cómo la sogá rompe por lo más delgado, señoras, dijo terciando en la conversacion el conde de Olivares que acababa de entrar: ya vereis cómo el señor duque de Lerma cae de piés y en blando.

—Pues mirad, don Gaspar, dijo la marquesa de la Fávara; tales cosas pueden salir del proceso de don Rodrigo, que por más que su magestad quiera favorecer al duque, no pueda.

—Se habrá favorecido antes él mismo, no lo dudeis; no se es veinte y un años ministro del rey de España, y de un rey como nuestro señor don Felipe III, para acabar en tragedia: yo no sé deciros cómo escapará, porque la tempestad arrecia, pero él escapará.

—¿Y quién debe suceder al duque de Lerma?

—Su heredero.

—Naturalmente, dijo con impaciencia la marquesa; el que le suceda le heredará.

—Quiero yo decir su heredero legítimo; esto es el señor duque de Uceda con toda su gente, que se repartirán las secretarías.

—¿Y vos no pensais en nada, conde?

—No, contestó Olivares: sirvo á su alteza por afecto, y me basta, y aun me sobra con ser su caballero mayor: además, Uceda y yo no andamos muy bien; á Uceda se le ha puesto en la cabeza que yo soy ambicioso no se por qué, porque nunca me entrometo en nada.

—Pues, conde, apostaria ciento contra uno á que habeis venido aquí para algo.

—Ciertamente, señora; he venido para estar entre ángeles.

—Lo cual no debe importaros mucho; porque pasais la portería de damas muy rara vez.

—Mi mujer es muy celosa, marquesa, dijo en voz baja á doña Teresa don Gaspar.

—Y vos sois un mal hombre, contestó en voz baja tambien la marquesa: sed franco, Olivares: ¿por quién os envia su alteza, por ella ó por mí?

—Por las dos; y envíome yo por todas: afortunadamente no está hoy de servicio mi mujer; pero de seguro tendremos celos; porque sabrá que he estado aquí.

—No hablémos tanto en voz baja: mirad, la Nestosa se ha ido al brasero y hace como que nada le importa lo que hablamos: doña Ana se ha ido á tocar el tambor á las vidrieras, y todo porque así puede estar de espaldas á nosotros y ocultarnos el semblante: ¿por qué no vais á dar conversacion á doña Catalina de Sandoval y Rojas que acaba de entrar?

—Teneis razon; idos al brasero con esa insoportable doña María, que yo voy á la bellissima condesa de Lemus.

Esta venia ardiente, magnífica; como si nada pasara, aunque podia decirse que aquel era un dia de revolucion.

—Bésoos los pies, mi señora doña Catalina de Sandoval y Rojas.

—Condesa de Lemus y de Sarriá, camarera mayor *in partibus*, porque puede decirse que hasta que su alteza sea reina yo no entro en mayoría, y no sé qué cosas más; señor conde, ¿cómo os va?

—Ando confusa y sin saber qué hacerme ni á donde ir, ni de donde venir: á mi izquierda y á mi derecha, por delante y por detrás, siento que todo se derrumba, y háme entrado miedo: en cuanto á vos, no sé si daros el pésame ó pedirros las albricias.

—Pues pedidme albricias, porque yo me quedo como me estaba, y probablemente enviarán de embajador á Francia ó á Inglaterra, á mi marido, ó le harán virey de Nápoles; porque dicen que el rey anda disgustado con el duque de Osuna, conde de Ureña.

—No parece sino que no conoceis á don Pedro más que por la firma.

—Conózcole demasiado por lo mucho que él ha querido conocerme.

—Y más aun, por un su secretario que conoceis mucho.

—¿Por quién lo decís?

—¿Por quién he de decirlo sino por el sabio y festivo don Francisco de Quevedo?

—Guárdele Dios por allá muchos años, dijo la condesa pretendiendo en vano ocultar su turbacion.

—¿Os dura todavía, doña Catalina? dijo don Gaspar.

—¿Y qué ha de durarme?

—Vuestra afición á don Francisco.

—Téngosela cada dia más grande; porque cada dia me admiran más sus obras.

—¿Aun cuando está ausente?

—Aqui se han quedado sus libros, y basta con ellos para admirarle: yo le leo todos los dias.

—De modo que viene á ser don Francisco vuestro libro de horas.

--Casi, casi.

—¿Y qué leéis ahora?

—*El sueño de las calaveras*.

—Se os ha pegado algo del ingenio de don Francisco y mucho de su malicia: ¿habeis dicho por mí lo del sueño?

—¿Y quién no sueña, don Gaspar? yo he soñado tanto, que estoy á punto de que me suceda lo que dijo el bueno de Cervantes de su don Quijote; que del mucho leer y del poco dormir vino á secársele el *celebro*: mirad no os suceda á vos lo mismo; porque leéis mucho en cierto libro, del cual están provistos todos en la córte.

—¿Y qué libro es ese, condesa?

—Pues qué, ¿habeis ya olvidado su título, don Gaspar? se llama *Consejos de la ambicion*: pero su majestad ayudado por su alteza y por mi amado hermano, ha empezado á dar á estampar otro libro que os aconsejó leais con atención segun vayan saliendo á luz los pliegos.

—¿Y se sabe ya el título de ese libro?

—Escribele la justicia, y llámase *Ejemplo para privado*; pero adios, conde; se me han puesto frias las manos y voy á calentármelas.

Y se fué al brasero donde estaban la señora de la Nestosa y la marquesa de la Fávara.

El conde de Olivares se fué á las damas, á las camaristas y á las meninas de servicio, las dijo algunas galanterías, y se acercó naturalmente, como sin intencion, á doña Ana de Contreras que continuaba golpeando distraidamente los cristales con sus rosados dedos.

—De seguro, diosa, la dijo don Gaspar de Guzman, que si tenéis el cuerpo aquí, vuestra alma anda por otra parte.

Miró doña Ana de una manera fija al conde de Olivares, y en silencio por algunos segundos, y le dijo:

—¿Os envia su alteza?

Esta salida desconcertó á Olivares.

Doña Ana le ponía bruscamente en una muy mala posicion; en la de agente de amores del príncipe.

—En efecto, dijo tragando saliva, el príncipe me envia.

—Esto quiere decir, dijo doña Ana, que el duque sube á rey y vos subís á príncipe. ¿Le teneis ya armado el proceso á Uceda?

—Pero señor, dijo ligeramente Olivares; hoy todo el mundo conspira, hasta la hermosura.

—Y qué quereis, señor conde: al que no conspira le conspiran en cuanto pisa las antecámaras, y es necesario andar muy de prisa para que no nos ganen por la mano.

—¿Y vos no conspirais?

—A la fuerza, puesto que estoy aquí.

—¿Y de qué partido sois, hermosa doña Ana?

—Del mio, como todos.

—Pues me voy á vuestro partido, señora.

—¡Ah! ¿tanto me estima su alteza?

—¡Oh! podeis ser una omnipotencia en la córte.

—Mirad que tengo la cabeza firme, y no me desvanezco fácilmente.

—Pues es necesario que os desvanezcais.

—No os entiendo.

—Quiero decir, que como no se puede conspirar en público, y yo necesito hablaros cuanto antes de cosas muy graves y estais de servicio, os pongais mala, pero muy mala; de tal manera, que antes de dos horas os tengan que llevar en una silla de manos á vuestra casa. ¿Sabeis vos ponerlos mala?

—Antes de dos horas no estaré de servicio.

—Pues bien, á las tres iré á besaros los pies á vuestra casa.

El conde se separó de doña Ana, y fué á sentarse al brasero, junto á la condesa de Lemus, la marquesa de la Fávara y la señora de la Nestosa.

Doña Ana permaneció junto á la vidriera, mirando distraida al Campo del Moro.

Las otras señoras de servicio hablaban con algunos jóvenes hidalgos palaciegos.

La conversacion de todos era el gravísimo acontecimiento del dia.

A cada uno que entraba se le preguntaba:

—¿Han preso al marqués de Siete Iglesias?

—¿Ha sido depuesto el duque de Lerma?

De repente se oyó un grito agudo, y luego un golpe sordo.

Todos los que estaban en la cámara acudieron.

Doña Ana estaba por tierra sin sentido.

—¡Admirable! ¡admirable! ¡admirable! dijo el conde de Olivares examinando con atención el estado aparente en que se encontraba doña Ana.

—¿Y qué es lo admirable? saltó sin poderse contener la marquesa de la Fávara.

—El corazón de esta jóven, dijo el conde de Olivares: bien dicen, que por desdichada que sea una criatura, siempre tiene alguien que parta con ella sus penas.

Todos y todas las que rodeaban á doña Ana, mientras algunos la levantaban, al oír las palabras del conde, murmuraron el nombre del marqués de Siete Iglesias; pero nadie hizo el menor comentario.

Sacóse á doña Ana sin sentido, y al pasar por la puerta de la cámara entró un caballero entrecano, de talante noble y grave, y de fisonomía dulce y seria.

Era don Baltasar de Zúñiga.

—El diablo está en Cantillana, señores, dijo; no me he levantado hoy sino para recibir grandes sorpresas; la córte está perturbada: encuéntrome aquí con un desmayo cuando acabo de ver en la antecámara de su majestad, algo que nos ha dejado á todos maravillados.

—¿Y qué habeis visto? ¿qué habeis visto? dijeron todos y todas.

—He visto entrar una púrpura y un capelo en la cámara de su majestad.

—¡Cómo! dijo Olivares con alguna inquietud; ¿el cardenal arzobispo de Toledo ha sido llamado por su majestad?

—El buen don Bernardo de Sandoval y Rojas, dijo don Baltasar de Zúñiga, no se ha movido de su casa.

—¡Cómo! ¿se entromete á Roma en las cosas de su majestad? dijo el conde de Oropesa que pertenecía al bando de Olivares.

—No señor, contestó Zúñiga como quien se complace en prolongar un acertijo: el nuncio de su santidad no ha venido aun á palacio.

—¿Pues entonces, qué cardenal es ese? dijo llena de curiosidad la vieja señora de la Nestosa.

—Un cardenal nuevo con que ha aumentado Roma el número de

sus cardenales, sin decirnos allá va eso; echándolo de repente encima.

—¿Pero quién es ese cardenal? preguntaron algunos.

—Oid, dijo Zúñiga.

Todos avanzaron su cabeza hácia el viejo diplomático.

—Se llama, monseñor el cardenal duque de Lerma.

Nadie contestó por el momento: á todos les habia sorprendido esta noticia.

Olivares hizo un movimiento de despecho, no pudo contener estas palabras:

—Pues entonces estamos como nos estábamos: si el Santo Padre ha cubierto con la púrpura cardenalicia al duque de Lerma, el rey no le depondrá.

—Se irá el cardenal-duque antes de que le echen, dijo don Baltasar de Zúñiga.

Y para dar más efecto á sus últimas palabras, se escurrió de la cámara.

---

## CAPÍTULO LIV.

---

Amor y odio en un corazón de mujer.

Poco después de haber sido llevada á su casa doña Ana de Contreras, y de haber sido entregada al cuidado de su padre y de su servidumbre, volvió en sí.

El desmayo que habia sufrido no habia sido fingido, sino provocado.

Doña Ana estaba sobreescitada, y no tuvo necesidad de otra cosa que de esforzar su sobrescitacion dando vuelo á su fantasia.

Sobrevino un síncope.

Esto era lo que habia parecido admirable al conde de Olivares, y sospechoso á la experimentada marquesa de la Fávara.

—Sí, entiendo lo que sucede: que viene sobre mí una desgracia, dijo don Francisco de Contreras á su hija: de lo que ha sobrevenido tu desmayo.

—Espero al conde de Olivares, contestó doña Ana, que habla con su padre con una franqueza repugnante.

—¿Ya no es Uceda? contestó el no menos repugnante consejero de Estado.

—Uceda se ha cansado de esperar, dijo doña Ana, y ha vendido como Esaul su primogenitura por un plato de lentejas.

Esta cita de la Historia Sagrada hubiera podido parecer extraña

en otra mujer: pero ya sabemos que doña Ana era medio literata, y hacia versos buenos ó malos.

Verdad es que entonces era el apojeio de nuestro siglo de oro literario, y que todo el mundo hacia versos.

—Uceda, continuó doña Ana, durará lo que dure el rey, que durará poco; porque si no se muere le abreviarán la vida.

—¡Oh! dijo don Francisco: solo hay un hombre en España que se atreva á tales crímenes, y esa fiera se encuentra ya sin garras y sin dientes.

—Todos son iguales, padre, dijo doña Ana; ¿creeis que el conde de Olivares vale menos que el marqués de Siete Iglesias?

—El conde de Olivares no pasa de ser un pequeño favorito, un amigo privado del príncipe don Felipe; nunca se ha entremetido en nada.

—Pues peor, mucho peor; porque ha tenido y tiene bastante talento para ocultar su ambicion; pero ya vereis, ya vereis á donde llega don Gaspar de Guzman, si es que vivimos para verlo.

—¿Y por qué no hemos de vivir, mediante Dios? dijo con algun cuidado don Francisco de Contreras; ¿qué peligro nos amenaza?

—No lo sé; pero lo temo todo: por más que queramos ser indiferentes á estos sucesos, no podemos.

—¿Pero qué ha sucedido que tenga referencia á nosotros? ¿por qué te has desmayado?

—Porque el conde de Olivares me ha pedido en nombre del príncipe don Felipe que me ponga mala.

—¿Y á qué efecto?

—Para poder hablarme de un asunto muy grave y cuanto antes, dijo doña Ana.

—¡Y tú has sabido ponerte mala!

—Lo estaba ya; me hacia fuerte, disimulaba: no he tenido necesidad más que de entregarme á mis propios sentimientos: estoy irritada, desesperada.

—¿Y por qué eso?

—Vos teneis la culpa.

—¿Yo la culpa? ¿y por qué?

—Porque me habeis sacado del convento para meterme en la córte, mirando solo vuestra ambicion.

—Y apenas has entrado en la córte, has resultado más ambiciosa que yo.

—¡Y cuán duro es el precio de ese engrandecimiento infame!

¿sabeis cómo está el corazón de vuestra hija, cuánto ama, cuánto odia, cuánto sufre? pero no hablemos, no hablemos más de eso: ya no tiene remedio: dejadme descansar; he pasado toda la noche en vela; porque el tiempo que he dormido, no he dormido, sino que he estado aletargada sufriendo muy malos sueños.

—¡Cómo!

—Nada, nada: os suplico que me dejéis reposar: el conde de Olivares vendrá á las tres; que en llegando me despierten, si es que duermo.

Y doña Ana se metió en su dormitorio.

—¡Ah! tiene más ingenio, más ambicion y más corazón que lo que yo creía, dijo don Francisco de Contreras saliendo pensativo y contrariado del cuarto de su hija.

Aun no se había echado en la cama doña Ana, cuando le entregaron una carta.

El corazón de la joven latió de una manera violenta.

Aquella carta no tenía sobreescrito.

Al abrirla había reconocido la letra de don Rodrigo Calderón.

«Si me amais aun, si como todos no me habeis abandonado, en el momento que leais estas letras, encubriós, salid por el postigo de vuestro jardín, donde os esperan una silla de manos y un hombre de confianza. De este modo podreis verme.—Vuestro don Rodrigo.»

—¿Quién ha traído esta carta? dijo doña Ana.

—Un hombre que parece menestral, que ha pedido con insistencia se os entregue, afirmando que esta carta os importaba mucho.

—¿Dónde está ese hombre?

—Se ha ido apenas ha entregado la carta.

—Pues bien; pronto, un traje oscuro y un manto.

Doña Ana mudó de traje en muy pocos minutos; pidió la llave del jardín, y cuando la tuvo dijo á la doncella:

—Si cuando viniere el conde de Olivares no he vuelto, que le digan que estoy tan enferma que no puedo recibirle.

Y doña Ana bajó al jardín y abrió su postigo, junto al cual encontró á un hombre que esperaba junto á una silla de manos.

Aquel hombre era el espadero Cecilio, el hermano de leche del mayordomo de don Rodrigo, en cuya casa estaba escondido este.

—¿Sois vos la señora doña Ana de Contreras? dijo.

—Sí, yo soy, contestó la joven: ¿quién os envía?

—Quien me ha dado una carta para vos: si habeis de venir, aprovechemos los momentos: nadie ha pasado por la Priora desde

que vos habeis aparecido, y bueno seria que nadie os viera entrar en la silla.

Doña Ana vaciló un momento temiendo un lazo; pero al fin entró.

Se cerró la silla y marchó.

A la media hora se detuvo en la Cava-Baja de San Miguel, delante de la tienda del espadero.

Este abrió la silla de manos, y dijo á doña Ana:

—Cubrios bien, señora, con el manto para salir, que importa.

Doña Ana se rebozó, salió, y siguiendo al espadero, empezó á trepar por unas pendientes y estrechísimas escaleras.

Al fin Cecilio introdujo á doña Ana en un reducido y pobre aposento, en el cual, echado sobre un lecho modesto, estaba don Rodrigo.

El espadero dejó sola con él á doña Ana.

—Creí que no iba á volver á veros, dijo don Rodrigo dejando el lecho, y de todas mis desgracias esta era la que más desgraciado me hacia.

—¿Y qué os importo yo? dijo doña Ana.

—Vos sois mi vida.

—Créolo; porque estimais tan en poco vuestra vida, que la habeis estado jugando continuamente, y que al fin la habeis perdido.

—¿Lo creéis así?

—Sí, porque vuestra vida es vuestro valimiento y no le reco-brareis.

—¡Quién sabe! si vos me ayudarais...

—Yo no puedo ayudaros.

—¿Sois mi enemiga?

—Sí, y no: sí, porque debo serlo: y no, porque estoy aquí acudiendo á vuestro llamamiento.

—Tal vez para gozaros en mi desgracia, ó tal vez para entregarme á mis enemigos.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pues entonces, doña Ana, me acusais.

—Sí, no lo puedo negar; os amo con toda mi alma; pero sabedlo tambien; con toda mi alma os aborrezco.

—¡Amor y ódio! dijo don Rodrigo.

—Sí, amor involuntario que no puedo vencer, y aborrecimiento que habeis causado vos.

—¡Yo! ¡yo que os adoro!

—Me habeis causado celos.

—¡Celos de mi hermana!

—¡Y qué se yo si es ó no vuestra hermana esa mujer!

—¡Ah! ¡no me creéis! ¡no veis que muero por vos! ¡que no puedo amar á otra!..

—Mentís; vos no me amais; es que os enamoré, como he enamorado á tantos otros: si me amárais, no hubiérais consentido que yo fuese favorita del príncipe.

—Sabeis que mi desgracia viene de haber arrojado como pude al príncipe de vuestra casa.

—Entonces ví amor en vos y os amé: pero recordad lo que me deciais anoche: «Es necesario para que yo me salve que nos envilezcamos, que manchemos nuestro amor.» Me herísteis en el corazón; porque os amaba: sentí contra vos ódio y venganza, y os aletargué y os robé los papeles que os han perdido.

—No, no, eso no es verdad, dijo don Rodrigo: no sé por qué quereis aparecer la autora de aquella iniquidad. Cuando desperté, cuando me encontré robado, vos estábais aletargada.

—No, despierta como ahora, fingiéndome vencida por un letargo.

—Vos bebisteis á par mio, lo recuerdo bien.

—Yo habia tomado una medicina para que no me hiciese efecto el ópio.

—¿Y por qué os finjais aletargada?

—Porque tenia sobre mí aquellos papeles, y queria que no lo sospecháseis.

—¡Ah, no, doña Ana, no! dijo don Rodrigo; vos no me habeis vendido; vos no me habeis hecho traicion: antes de que volviéseis en vos ya habia ido la justicia á mi casa, ya habia sido yo depuesto por el rey, y nombrado en mi lugar el duque de Uceda; vos bebisteis y me disteis á beber, creyendo que bebiamos un filtro amatorio; no habeis pues podido hacerme traicion, no: vos no me habeis robado aquellos papeles.

—¡Ah, cuánto engaña la soberbia! dijo doña Ana: los robó otra por mí.

—¿Y quién? dijo don Rodrigo.

—¿Qué me importa que lo sepais? la marquesa de la Fávara.

—¡Ah! ¡la marquesa! si, es verdad; la he arrebatado su amante... le he casado con mi hermana...

—¿Pero insistís en que esa doña Inés es vuestra hermana?

—Sí, dijo don Rodrigo: insisto con toda mi alma: es como yo hija del duque de Lerma.

Doña Ana no sabia esto, no lo habia oido decir, porque era un secreto que andaba muy reservado, y se maravilló.

—¡Que sois vos, exclamó, hijo del de duque de Lerma!

—Sí.

—Entonces es vuestro hermano el duque de Uceda.

—Sí.

—Y hermana vuestra la condesa de Lemus.

—Sí.

—¿Y esa doña Inés, hermana de los dos?

—Sí.

—Pero esto es horrible, dijo doña Ana: he aquí un padre y unos hermanos que se despedazan.

—Y vos habeis ayudado á despedazar á su hermano y á su padre al duque de Uceda.

—¿Y no me habeis vos despedazado el alma? ¿no me habeis vos hecho sentir unos celos horribles? ¿no me habeis obligado á pensar en la venganza? Si esa mujer es vuestra hermana, ¿por qué no me lo habeis dicho?

—Era un secreto de familia.

—¿Pero no visteis que yo estaba celosa?

—Esperaba que me creyérais.

—El amor no cree en palabras.

—¡Ah, no, vos no me amais! dijo don Rodrigo; si me amárais me hubiérais salvado.

—¿Y cómo he de salvar yo á un hombre que no me ama?

—¿Que no os amo, Dios mio? exclamó don Rodrigo, ¿pues por quién me veo yo así?

—Por vuestros delitos.

—No; si el principe no hubiera tomado parte contra mí, Uceda no hubiera podido vencerme; y solo por vos se ha irritado contra mí el príncipe, de tal manera que ha logrado arrastrar á su padre: pero eso tiene remedio.

—¿Y qué remedio tiene?

—Ayudad al duque de Lerma.

—¿Y cómo?

—Engañad al príncipe.

—¡Que le engañe!

—Sí, sí, yo tampoco quiero que seais suya, dijo don Rodrigo

que habia comprendido por fin á doña Ana; no; antes mil veces la muerte que yo vea eso, que yo lo sepa: pero qué digo; al saberlo moriria, se romperia mi corazon, porque yo os adoro.

—¡Ah! ¡no! ¡mentis! dijo doña Ana turbada.

—¿Qué, no veis que por vos me muero? ¿que á pesar de la desesperada situacion en que me encuentro os miran con ánsia mis ojos?

—Porque esperais de mí vuestra salvacion.

—Sí, espero de vos la salvacion de mi cuerpo y la de mi alma; el logro de mi amor y la venganza de mi soberbia; todo cuanto puedo ser, aun lo espero de vos, y solo de vos.

—¡Ah, si me amárais como decis!

—¡Os lo juro por la ira del terrible Dios que me castiga! ¡os lo juro por vuestra vida, por vuestro corazon, por vuestra felicidad, que es lo que más amo en el mundo!

—No puedo ser ya feliz, dijo doña Ana, me habeis envenenado el alma.

—¡Oh! ayudadme, volvedme mi poder, y os juro haceros la criatura más venturosa de la tierra.

—¿Y cómo puedo yo ayudaros?

—Oid y no os irriteis, porque lo que voy á pedir, no es que seais del príncipe, no, no lo he querido yo eso nunca, no podia quererlo: lo que os pido es que le engañeis: oid. El príncipe está loco por vos, enamorado, contrariado. Si yo no hubiera impedido el que extraviada por vuestra ambicion hubiérais caido en su brazos, el príncipe se hubiera olvidado ya de vos: ¿ni cómo podeis creer que yo quisiera perteneciérais al príncipe, si esto era y es contrario á mi amor y á mi conciencia? No, doña Ana, no: seducidle, irritadle, hacedle creer que le amais, pero que al par es tanta vuestra pureza, que no podeis deshonraros: sed para el príncipe una dificultad invencible, y llegará á amaros de pronto de tal modo, que hareis de él todo lo que querais, cómo si fuera vuestro esclavo. ¿Os pido demasiado, doña Ana?

—¿Ha sido siempre esa vuestra intencion cuando me habeis dicho que escuche al príncipe?

—Sí, dijo don Rodrigo; ¿y como podia ser otra adorándoos yo, siendo vos mi alma?

—¡Me han dicho de vos tantas infamias!...

—Mis enemigos, mis calumniadores; he sido enérgico, terrible, sí; pero no he hecho más que defenderme: ¿no veis que hasta mi hermano es mi enemigo?

—Dicen que matasteis á la reina.

—Si no la mato, muero.

—Pero eso es muy terrible, dijo doña Ana.

—Oid, dijo don Rodrigo asiéndola las manos y atrayéndola á sí: vos sois tan soberbia, por lo menos, como yo.

—Sí, contestó doña Ana.

—Vos sois, por lo menos, tan ambiciosa como yo.

—Sí.

—Vos hubiérais dado vuestro cuerpo y vuestra alma por llegar á dominarlo todo.

—Es verdad; siento dentro de mí algo terrible, algo que me irrita, porque todo no se rinde á mis piés, porque mi voluntad no es soberana; porque hay una mujer á quien me veo obligada á llamar señora: conozco que este es un grave pecado de soberbia, y no puedo vencerle: por eso, yo que tenia el alma pura y soberbia, consentí en escuchar al príncipe; porque me dijeron: tú llegarás á ser reina; tú lo dominarás todo; los propios y los extraños se rendirán á tus piés.

—¿Y no os dijeron, preguntó don Rodrigo fijando en doña Ana una penetrante mirada, la princesa de Astúrias no vivirá mucho tiempo, el príncipe será viudo, y vos llegareis á ser reina?

—Sí, contestó doña Ana bajando turbada los ojos.

—¡Oh, y cómo os he comprendido yo, doña Ana, y cómo os he amado, porque os he comprendido!

—¿Y por qué entonces me habeis causado estos funestos celos que nos han perdido á los dos?

—¡Ah, no, no! creo que vos me amais como yo os amo, y que por vuestro amor, lo que sucede, no es otra cosa que una terrible prueba, vencida la cual nos alegraremos; porque nos hemos explicado y nos hemos comprendido.

—¿Y cómo vencer esta prueba?

—Ayudad á Lerma, lo cual no es difícil; porque el rey le ama, y ayudándole me salvais; porque Lerma y yo somos una misma persona: yo no puedo subir al cadalso sin que suba Lerma también.

—¡Oh, y cuánto os han engañado, don Rodrigo! exclamó doña Ana: ¡cuánto y cuánto se han servido de vos, y cuán abandonado os dejan! ¿creeis que vos no podeis perecer sin que perezca Lerma? os engañáis: Lerma está salvado: Roma le protege.

—¡Cómo!

—Sí; vuestro padre no es ya solo el duque de Lerma, es algo más que eso.

—¿Y qué más?

—Es el cardenal duque de Lerma: el rey no puede juzgarle, porque él no depende de otro poder más que del del papa.

—¡Oh! ¡una traicion más! ¡y la traicion más dolorosa de que he sido víctima! ¡ah! sí, es verdad, yo soy casado, yo no puedo vestir la púrpura; yo me hubiera opuesto á que el duque de Lerma lo vistiese, para obligarle á luchar conmigo: él se ha entendido secretamente con Roma, y el pliego enviado ayer con el teniente Mazarredo, no era otra cosa que una artimaña para confiarme; porque Lerma debía tener más seguridad de que yo me apoderaria de aquel pliego para conocer su contenido: ¡oh, sí! teneis razon, doña Ana, todos me han hecho traicion, todos me han vendido, todos me han dejado solo y abandonado: pero si vos no me abandonais tambien, nada me importa; porque si vos me ayudais, triunfaré.

—Instruidme; decidme qué debo hacer.

—Respondedme á algunas preguntas: ¿Se vale aun de vos el duque de Uceda?

—No lo sé, no le he visto hoy aunque he estado en palacio; pero se ha acercado á mí una nueva persona.

—¿Quién?

—El conde de Olivares.

—¡Ah! ¡el conde de Olivares! ese sagaz ambicioso que aun no ha dejado conocer su ambicion: ¿y os ha hablado?

—Sí.

—¿En nombre suyo?

—No, en nombre del príncipe.

—¡Ah! sí es verdad: Uceda ha subido al rey, y Olivares sube al príncipe: es natural que quiera tener para con el príncipe algun fuerte asidero, y os busca á vos.

—No, quien me busca es el príncipe.

—Bien; pero cuando Olivares solicita vuestro favor, es porque está seguro de que vos sois la mejor persona de que podía valerse para asegurar su privanza con el príncipe don Felipe.

—Nada me ha dicho aun el conde de Olivares, sino que desea hablarme donde de nadie podamos ser vistos ni oidos.

—Pues bien, oidle, sed sagaz, procurad descubrir su ánimo sin que él descubra el vuestro; y cuando le hayais visto, cuando le hayais hablado, venid á decírmelo todo; yo os instruiré de lo que

debeis hacer: pero no vengais por vos misma, podriais ser espiada; yo os enviaré á las doce persona que os conduzca donde vos me encontréis.

—Pues si he de hablar al conde de Olivares, dijo doña Ana, necesito separarme de vos; á las tres debo recibir en mi casa al conde.

—Ya son las dos, dijo don Rodrigo consultando su reló: atavíaos, embelleceos, apareced serena, que el conde de Olivares crea que os importa muy poco ó nada de mi desgracia: estas gentes están acostumbradas á la traicion, y Olivares no extrañará el que vos os hayais olvidado completamente de mí, en el momento en que me habeis visto caido; importa mucho que no se sepa que existe nada de comun entre vos y yo; no sereis espiada por mis enemigos, y podremos vernos sin peligro: id, doña Ana, id: en vos consiste, en vuestro ingenio, en vuestro amor, mi perdicion completa ó mi triunfo decisivo.

Don Rodrigo llamó al espadero, y este, metiendo de nuevo á doña Ana en la silla de manos, la condujo á su casa.

---

## CAPITULO LV.

---

De cómo doña Ana tenía la intuición de la intriga de corte.

Doña Ana se atavió de una manera bella, pero sencilla.

Cuidó tanto de realzar su hermosura con el adorno, que se puso hermosísima.

Habia vuelto locamente enamorada de don Rodrigo, porque habia visto á don Rodrigo frenéticamente enamorado de ella.

Doña Ana se alegraba de lo que acontecia.

Porque encontrándose en un gravísimo peligro don Rodrigo, y viéndose salvado por ella, don Rodrigo debia convertirse en su esclavo, y doña Ana tenía grandes, casi seguras esperanzas de devolver á don Rodrigo su prepotencia, sirviéndose de su ingenio, de su grande hermosura, de la posición que tenía en la corte, y del empeño que por ella sentia el príncipe don Felipe.

Doña Ana hizo en pocos minutos su plan de campaña.

Debía empezar por interesar al conde de Olivares; por hacerle creer que el engrandecimiento de Olivares y el suyo debian ser una causa comun, ayudándose mutuamente entrambos á engañar al príncipe.

Debía tambien doña Ana hacer soñar á Olivares en sus amores.

Cuando el conde llegó á las tres, la ratonera estaba perfectamente armada.

Doña Ana aparecía tranquila, contenta, como una persona á quien le importaba muy poco lo que sucedía en la córte.

Vestia un sencillo traje blanco. Estaba peinada en grandes rizos sueltos que aumentaban imponderablemente su belleza.

Olivares, el frio cortesano, el ambicioso calculador, el hombre sin corazón, se asombró al verla y se estremeció.

—En verdad, en verdad, señora, dijo, que nada hay de extraño en que su alteza esté loca por vos.

—¡Ah! yo creí que veníais á otra cosa, don Gaspar, dijo doña Ana sonriendo con una encantadora malicia.

—¿A otra cosa, señora?

—Sí.

—Me explicareis...

—¿Y porqué no? pero venid, sentaos junto á la chimenea; hace frio.

—Pues yo no le siento, señora.

—¿No?

—¿Cómo sentirle junto al volcan?

—¿Por volcan me teneis?

—Vuestra mirada es de fuego, señora.

—Cuidado no tropeceis y caigais.

—En verdad, ¿por qué ocultarlo? sois la primera mujer que me ha desconcertado.

—Pues hace tiempo que os conozco, y no lo he conocido.

—Mi desconcierto ha sido de ahora.

—¡Cómo pues!

—Estais convertida en una tentacion.

—Lisonjero venis, señor conde.

—La verdad os digo.

—Dejad vuestro sombrero, tratadme con confianza.

Olivares puso su sombrero sobre un sillón, y se sentó junto á la chimenea delante de doña Ana.

Por algunos momentos guardó silencio.

Miraba estasiado, asombrado á doña Ana.

—Permitidme que os diga una cosa, señora, dijo al fin.

—Decid cuantas querais, contestó doña Ana.

—Me parece que me recibís en guardia.

—Sería extraño que una dama recurriese á la esgrima.

—Hay esgrima de esgrimas, señora, y no es ciertamente la más peligrosa la de la espada.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque en cuanto me he puesto frente á vos, me habeis herido en el corazon.

—¡Ah! no os creo.

—Menos creo yo en la acogida que me haceis.

—¡Oh! ¡qué decís!

—Creo que quereis hacerme vuestro esclavo, señora.

—¿Y para qué he de querer yo haceros mi esclavo?

—Uceda se ha ido al lado del rey, dejándome á mi al lado del príncipe.

—Lo que quiere decir que Uceda se ha cansado de esperar á que el rey se muera.

—No, no es eso; es que en el camino de la ambicion nos vemos obligados á hacer lo que no quisiéramos.

—¿Lo decís por mí?

—¿Y por qué he de decirlo por vos?

—Me ha parecido que habia intencion en vuestras palabras.

—¿Sois ambiciosa?

—¡Y quién no lo es en estos tiempos!

—Teneis razon, señora, somos ambiciosos á la fuerza; porque si no mandamos, porque si nada podemos dar ó quitar, nadie hace caso de nosotros, aunque seamos los mejores del mundo: y en prueba de ello, ahí teneis el ejemplo de don Rodrigo: ayer todos le adulaban, todos le defendian: hoy todos son á atacarle, á vilipendiarle, á escarnecerle: ya se vé, ha perdido su favor, está amenazado por la justicia, huye, se oculta...

—No encuentro nada más miserable que los miserables que han servido á ese hombre.

—Pues no es ni más ni ménos que lo que fueron don Ruy Gomez de Silva, el señor Antonio Perez y el cardenal Granvela: solo que como el uno sirvió al gran emperador Cárlos V, y los otros dos al gran rey don Felipe II, no llegaron á los excesos á que se han atrevido á llegar Lerma y Calderon bajo el cetro inútil del pobre Felipe III.

—¿Y creéis que valdrá mucho más que su padre el príncipe don Felipe?

—¡Oh, señora! el príncipe don Felipe será lo que quiera que sea quien sepa halagar sus torpes aficiones.

—¡Ah, conde, conde! dijo doña Ana; cometeis tal vez una imprudencia hablando conmigo de tal modo de su alteza.

—Esplicadme eso, señora, dijo sonriendo el astuto Olivares.

—Supongamos que yo ame al príncipe.

—No podeis amarle más que lo que yo le amo: como que le sufro; como que por contentarle hago el sacrificio de venir á decir: doña Ana, el príncipe de Astúrias me envia á vos para ofreceros todo su amor y todo su poder, á trueque de que le améis.

—¿Y eso es para vos un sacrificio, conde?

—No lo era cuando os pedí esta mañana una entrevista secreta; pero lo es ahora, y terrible; porque estoy seguro de que si os trato mucho, voy á acabar por volverme loco.

—Locura por locura, conde.

—¿Qué quereis decir?

—Nada, que procureis si os hace mucha falta, que yo me vuelva loca por vos.

—¿Y es eso posible?

—¡Quién sabe! si vos y yo partiéramos mañana el reino, si hiciéramos nuestro al señor rey don Felipe IV, ¿cómo no habia yo de enloquecer por el grande hombre de Estado que me ayudase á mi engrandecimiento?

—¿Hablais sinceramente, señora?

—Con toda la lealtad de mi corazon.

—Se murmura en la córte que entre vos y don Rodrigo ha habido galanteos; que el príncipe ha tenido celos, y que esta ha sido una de las causas de la caída de don Rodrigo.

—¿Y creéis que si yo amara al marqués de Siete Iglesias estaria tan tranquila? ¿es amar valerse de un hombre? ¿tengo yo la culpa de que ese hombre se haya enamorado de mí y haya cometido una tras otra imprudencia? ¿y tendria yo tambien la culpa de lo que os sucediese mañana, si enamorado de mí fuéreis imprudente?

—¿Sabeis que me dais miedo, señora? dijo Olivares.

—¿Por qué? ¿qué encontráis en mí de espantoso?

—Sabeis lo que valeis, y os vais en derechura á vuestro objeto.

—Pero no soy tan soberbia que no conozca que nada puedo sin la ayuda de un hombre tal como don Rodrigo ó tal como vos: don Rodrigo ha caído por sus torpezas; es ya inútil, hay que abandonarle, so pena de perderse con él; ¿qué tiene, pues, de extraño que yo me vuelva á vos que sois el heredero de Uceda en el favor del príncipe? ¿ni para qué se necesita en esto el amor? desengañaos; el amor insensato que, en mal hora para él, contrajo conmigo don Rodrigo, le ha perdido, haciéndole cometer incalificables imprudencias.

Desengaños, Olivares; no hablemos de amor, dejémoslo; si él viene, en buen hora; pero entretanto alegrémonos de estar libres de ese inconveniente; porque ni vos me amais, ni yo puedo sentir por vos el amor: me alegro mucho de conservar mi corazón virgen; así me costará menos el dominar al príncipe.

—Hay que envidiar á su alteza, dijo Olivares contrariado.

—No le envidieis; hariais muy mal; porque envidiariais un dolor, una desesperacion.

—¿Qué decís?

—La verdad: parezco al príncipe tan hermosa, ha enloquecido de tal manera por mí, que si no logra su amor, se desesperará: y no lo logrará, os lo aseguro, no lo logrará.

—¿Habeis pensado lo que habeis dicho, señora?

—Demasiado.

—¿Es decir, que rechazais las solicitudes de su alteza?

—No, no por cierto; yo acepto esas solicitudes; yo acepto el amor del príncipe; pero tal como yo puedo aceptar; un amor digno y puro; porque, entendedlo bien; yo sufriré que por las apariencias me crean amiga de su alteza; pero á mis propios ojos, á los ojos del príncipe, como á los vuestros, conservaré mi dignidad.

—¿Quién os ha aconsejado, señora? dijo Olivares mirando profundamente á doña Ana.

—¿Creeis que yo necesito que me aconsejen que guarde mi dignidad y mi pureza?

—Me alegro de no haber tenido que aconsejároslo: conoceis mejor que yo á su alteza, y sereis todo lo que querais ser.

—No os comprendo.

—Pues es muy fácil comprenderme: si os sometierais á la voluntad del príncipe como una esclava, su alteza se desencantaria á los cuatro dias; le causaríais un hastio mayor que su muerto deseo; iria en pos de otra dificultad, y os dejaria deshonorada, desesperada, reducida á encerraros en un convento.

—Eso no será, dijo doña Ana sonriendo; el desesperado será el príncipe.

—Entonces, señora, lo sereis todo, y yo me alegraré mucho de que querais que os ayude.

—Desde que me hablásteis esta mañana he contado con vos, señor conde.

—Os doy las gracias, señora, y os prometo ayudaros tanto, que acabareis por amarme.

—¿Quién sabe si os amo algo ya? dijo doña Ana dejando ver al conde una sonrisa ambigua de doble esplicacion, que acabó de aturdir á Olivares: ¿qué os sucede, conde, que no me contestais? añadió doña Ana.

—Me sucede que se me os vais subiendo á la cabeza.

—Pues cuenta con la embriaguez, amigo mio.

—Una embriaguez por vos debe ser deliciosa.

—Esperad, esperad, don Gaspar; demos al tiempo lo que es suyo; por ahora pensemos en lo que importa: en hacernos dueños del príncipe: empezad, pues, el mensaje de que venis encargado.

—Le conoceis ya, señora; el príncipe pone su corazon á vuestros pies.

—Pues decidle que no le ponga tan bajo, que me basta con que le traiga en la mano.

—El príncipe solicita una entrevista con vos.

—Decidle que por ahora no ha lugar.

—Bien, perfectamente, dijo Olivares: empezamos por dificultades; esta es la cuestion.

—Si el príncipe se queja, decidle que salí muy escarmentada de una entrevista suya en la que fui sorprendida por su alteza la princesa: que temo las imprudencias, y que solo cuando no pueda temer ser sorprendida, es decir, cuando no ande por el mundo un Uceda traidor, que cubriéndose con el pretexto de haber sido preso por la inquisicion nos venda, podré atreverme á recibirle.

—¡Ah, doña Ana! habeis puesto la punteria á Uceda.

—Naturalmente; Uceda es á la fuerza nuestro enemigo; la salud del rey está muy quebrantada; de un momento á otro puede sucumbir su majestad, y es seguro que Uceda evitará que haya al lado del príncipe nadie que pueda impedirle ser el favorito del rey: vos y yo debemos inspirarle serios recelos, y debemos suponer que Uceda nos hará una guerra tan terrible como esté en su poder hacerla: adelantémonos, don Gaspar, ataquemos á Uceda.

—Le favorece la fortuna: Lerma está desarmado, y tan mal herido, que se ha puesto por vendaje la púrpura y el capelo.

—Pero el rey ama á Lerma, está acostumbrado á él: ¿os parece inoportuno que con Lerma nos entendamos?

—Entendeos en buen hora, dijo Olivares; pero á mi me es imposible entenderme con él; somos enemigos.

—Si estuviere Lerma en el colmo de su privanza, comprenderia vuestro inconveniente; pero estando vencido y siendo vos su anti-

guo enemigo, no puede dudar de vuestra lealtad al ir á buscarle.

—Teneis razon, doña Ana, y habeis encontrado un gran medio; teneis un ingenio que espanta; habeis nacido para la córte: ¡ah, y cuánto os estimé yo esta mañana, cuánto me enamoré! os aconsejé que os pusiéseis mala, y os encontrásteis con un accidente que parecia gravísimo en el hueco de la mano: estoy seguro que en este momento os creen en la corte gravemente enferma.

—Para dominar, señor conde, no hay cosa como saber engañar.

—Os suplico, señora, que no pretendais engañarme á mí.

—¿Quiere eso decir que no lo conseguiria?

—No, no señora, lo conseguiríais demasiado fácilmente, y no teneis necesidad de ello, porque me teneis fascinado, y soy todo vuestro.

—Aquí del proverbio, dijo doña Ana: obras son amores y no buenas razones: veamos si os facino; porque si esto es cierto, me obedecereis.

—Mandad.

—Id á entenderos, sin que lo sienta la tierra, con el duque de Lerma, y con lo que haya venid á verme al oscurecer.

—Bien, señora, no quiero que tengais razon en los principios de nuestra alianza; ¿pero qué diré al príncipe?

—Que espere; conque hasta el oscurecer, señor conde.

—Hasta el oscurecer, señora.

Olivares besó la mano á doña Ana y salió.

—¡Oh! se salvará, dijo: sí, sostendré á Lerma en el favor del rey, y Lerma no abandonará á don Rodrigo; á lo menos no peligrará su vida ni su libertad.

Y se recogió al lecho.

Estaba verdaderamente enferma del cuerpo y del alma, y locamente enamorada de don Rodrigo.

---

## CAPITULO LVI.

---

De las malas noticias que oyó en el Mentidero el alférez Mendavia.

Cristóbal de Mendavia habia pasado muy buena noche.

La casa de la indiana que el bachiller habia comprado en muy pocas horas, era en su interior un verdadero aunque pequeño palacio.

Aquella noche los albañiles habian abierto en muy poco tiempo la pared medianera de entrambas casas por la galeria principal.

Al derribar el tabique habian encontrado el marco de una puerta, lo que demostraba que en otro tiempo aquellas dos casas habian sido una sola.

El bachiller, que era investigador, al cabo de algunas observaciones, descubrió que en lo antiguo solo habia habido una puerta y un zaguan, y que el zaguan y la puerta que existian en la casa habitada por don Guillen, eran muy posteriores al zaguan y la puerta de la otra casa.

El jardin se habia tambien partido, y se conocia que esta tapia divisoria era más moderna y de tierra, mientras que la tapia general que separaba los dos jardines, del de la casa del marqués de la Fávara, era de ladrillo y más alta que la otra.

El bachiller era un estrafalario, y como tenia en la casa albañiles bastantes y habian perforado en pocos minutos la pared de la galería, hizo que aquella noche derribasen la tapia que separaba los dos jardines.

—¿Qué están haciendo esos hombres con esas hachas de viento? dijo poco antes de la media noche la marquesa de la Fávara á Calixta.

—Ya lo vé vucencia, contestó la muchacha; echan abajo la tapia que separa los jardines de esas dos casas que dan á la calle Mayor.

—¡Ah! pues le queda una magnífica habitacion á los dos esposos, dijo con una rabia reconcentrada la marquesa: se conoce que don Guillen ama mucho á esa muchacha: ven á acostarme, Calixta: poco tiempo te queda de servirme, porque dentro de tres dias serás una honrada dama, madrastra de Guillen.

—Seguiré sirviéndoos, señora; porque á la verdad, si me caso con don Cristóbal á vos os lo debo.

—¿Has hablado con él esta noche?

—Sí señora; poco tiempo; desde las once hasta hace poco, y aun no son las once y media: está loco por mí.

—¿Y tú le amas?

—Es feo y viejo; pero á mi me parece hermoso y jóven; tiene un no sé qué ese hombre que me enamora.

—Pues cuenta, no te enamores tanto que te olvides de lo que me debes.

—Descuidad, señora, que bien puedo contentar á vucencia y contentar á mi marido.

Entretanto los albañiles seguian trabajando.

Al amanecer apareció en la calle Mayor un largo monton de tierra y escombro, y en el jardin de don Guillen considerablemente aumentado, no se conocia ni aun la señal de la tapia.

El bachiller dijo contemplando su obra:

—Ya se puede decir que tenemos jardin; antes apenas teniamos un pequeño corral con cuatro árboles ruines: tenemos tambien agua por el pozo de la otra casa: está situado en lugar que no estorba, y yo haré una noria: ¿para qué es rico Guillen? pondremos árboles frutales, bancos de piedra y bancales de hortalizas rodeados de flores: un bello huerto en fin, si no tan bueno como el de las Hespérides, uno de los mejores, sin disputa, de Madrid, por su extension; pero no hay que levantar mano; lo que se ha de hacer, hacerlo: necesitamos jardineros; voy á buscarlos: dentro de quince dias hemos de

tener aquí verdura, y antes de un mes grandes árboles trasplantedos; ¿pero por dónde los metemos aquí? por el aire, por encima del tejado: con dinero largo se hacen maravillas: el viejo de la montaña no sabe lo que tiene, y todo lo que tiene es de Guillen, y cuando el viejo vea á doña Inés, ¡qué ángel! dan deseos de ser bueno para ir al cielo á estar en compañía de criaturas como ella: y será aprension, pero se va poniendo gorda y está mucho más hermosa que cuando se casó, aunque solo hace dos dias: y eso que Guillen aun no puede valerse, que cuando cure... vamos me alegro de su buena fortuna; es para mí más que un hermano.

Por supuesto que el bachiller decia ya esto en la calle dando trancadas hácia la plazuela de Santa Cruz, donde por la mañana se reunían por cientos los jornaleros de toda especie; albañiles, jardineros, hortelanos y peones de campo, para buscar ocupacion.

El bachiller eligió los veinte y cinco más fornidos que encontró, los metió en una taberna, bebió con ellos aguardiente, les nombró su capataz y se los llevó al trabajo.

Cada cual de ellos llevaba su correspondiente herramienta.

Cuando don Cristóbal se levantó y abrió para renovar el aire el balcon de su dormitorio que daba al jardin, se encontró con los veinte y cinco hombres que trabajan á destajo.

—Me parece bien, dijo don Cristóbal; este yerno mio es hombre que lo entiende, y que á lo que parece debe ser muy rico, porque no perdona gasto alguno: un buen jardin es un bello recreo, la frescura y la alegría de una casa; y su tapia es baja, y da al jardin del marqués, lo que me viene muy bien para mantener el secreto de mi casamiento con Calixta. ¿Pero por qué me caso yo con esa muchacha? No nos engañemos, Cristóbal; tú, estás enamorado como un bobo: ya se vé, el diablo de la muchacha tiene unos ojos y unos cabellos de oro, y una garganta de marfil, y unos hombros, y una gallardia... y es dura de pelar... no, si no me caso puedo contarla con los muertos, y yo no me quedo sin ella: además, mi yerno me pone muy mala cara, no me traga bien; mi hija sabe que no es mi hija; tiene muchos motivos para estar quejosa de mí: su dinero le tendré por las nubes, y tendré que atenerme para mis gastos particulares á mi sueldo de teniente de la guardia tudesca, y esto es muy poco tratándose de un caballero de hábito. Calixta tiene tres mil ducados, sin otros tantos que la darán sus señores; esto vendrá á mi poder, y seis mil ducados ya son algo: con lo que yo sé menear los dados, así lo hubiera sabido cuando era rico, que á buen seguro

que me hubiera quedado pobre, puedo hacer en poco tiempo una gran fortuna, desplumando algunos indianos, para lo que me servirá mi cruz, que me dejará entrar en todas partes: entonces declaro mi casamiento con Calixta, envío á paseo á mi hija y á mi yerno, y me echo á vivir á lo gran señor: á más de esto, que don Rodrigo está empeñado en que yo me case, no sé por qué, y me hará tambien buenos regalos. Vámonos á saber noticias al Mentidero.

Nuestros abuelos de aquel tiempo eran muy madrugadores, y y á la salida del sol, las gradas de san Felipe el Real estaban llenas de noticieros ociosos y gente brava, como ahora la Puerta del Sol á las doce del día.

Don Cristóbal había llegado aquel día demasiado tarde, porque todo le salía muy bien: había tenido una cama muy blanda, le habían dado una gran cena, y se había dormido como un prior de Gerónimos.

Encontró alborotados á los cotidianos concurrentes del Mentidero con una tremenda noticia que corría de boca en boca.

El marqués de Siete Iglesias había sido depuesto y mandado prender, y andaba escondido.

El duque de Uceda había subido al puesto de don Rodrigo, y se suponía que el duque de Lerma anduviese huido tambien.

Aquello era equivalente á una revolucion.

Un cambio completo en la gobernacion del reino, cuya trascendencia alcanzaba á todos.

Preguntaban los soldados si Uceda continuaria las guerras que tenia España en Flandes contra los naturales y contra los franceses: en Italia contra los franceses y contra los naturales: con Holanda y con Inglaterra por razones más que de política de tráfico: temblaban los empleados por sus destinos, los vagos y la gente maleante, por si á Uceda se le ponía, para acreditarse con la buena gente, sentarles la mano: hablaba en fin cada cual de aquello que le convenia, sin exceptuarse algunos frailes cuidadosos, no fuese que á Uceda se le ocurriese una nueva reforma de los regulares que andaban algo y aun más de un algo irregularizados.

Los en días antes enemigos de los amigos de Uceda, iban á encontrarlos saludándolos afablemente, estrechándoles con cariño las manos, y haciéndose lenguas del buen ingenio, de las grandes cualidades y de los inapreciables servicios de Uceda á su magestad.

Se vituperaba á Calderon y á Lerma por los mismos que el día antes los deificaban.

Todo era en fin, cambios, adulaciones, temores, inquietudes, ansiedad; no faltando quien señalase próximamente el día cercano en que debían ser degollados en la plaza pública Lerma y Calderon, por ladrones, traidores, concusionarios y asesinos.

Habia, sin embargo, mucha gente prudente que al saber estas noticias se aguantaba, se escurria y no tomaba parte en la murmuracion; porque aquellas noticias les parecían muy graves para ser recibidas sin exámen.

A muchos les parecía aquello una conspiracion audaz, peligrosísima y de todo punto sin fundamento. Guardaban, pues, por cálculo la mayor reserva.

Pero al medio día ya no pudo haber duda.

Se habían hecho algunas prisiones, se habían llevado á cabo muchos destierros de amigos de Calderon y de Lerma, y se sabía que este último había ido al despacho vistiendo la púrpura cardenalicia, y provisto de un documento en forma que le autorizaba para ello, emanado del Nuncio de su santidad.

Sabiase además que este, el arzobispo de Toledo y el duque de Lerma habían estado largo tiempo en conciliábulo encerrados en una cámara de la nunciatura.

Por lo pronto, el duque de Lerma no había sido depuesto, lo que hizo arrepentirse á muchos de haber hablado mal de él y de don Rodrigo.

Porque no habiendo caído el duque de Lerma, era evidente que la caída de don Rodrigo no era una cosa consumada, y que volvería á su anterior poder tal vez con más fuerza que nunca.

Es cierto que se había preso y desterrado á muchos amigos de entrambos; pero se decía: Esto es que la sogá se ha roto por lo más delgado. Como había que decir algo para explicar estas singularidades, se aseguraba que había habido una reconciliacion entre Lerma, Ucedá y Siete Iglesias, y que para hacerla posible se había sacrificado á algunas personas.

Una nueva noticia vino á causar una nueva oscilacion, y por consecuencia nuevas suposiciones en el Mentidero.

Corrió la voz de que había sido acusado don Rodrigo ante el rey del asesinato de Agustín de Avila y de su ayuda de cámara Francisco de Juara, y que el rey había mandado que sin levantar mano se entablase el proceso, nombrando para formarle y llevarle adelante al consejero de Estado don Francisco de Contreras, al cual cuando el proceso estuviese en situacion de vista se adjuntarian otros dos

jueces, no de los de oficio, sino nombrados por comision especial de su magestad en vista de la alta calidad del acusado, que en aquella época de privilegios no permitia se encargase su causa á jueces ordinarios: quedábase esto para los pelones, y no de ningun modo para las personas de fuero, y de tantos fueros como los que gozaba don Rodrigo.

Esta nueva noticia causó una gran perplejidad; y todo el mundo dedujo, que cuando el rey se echaba con tal peso y de una manera tan airada sobre don Rodrigo, no habia para él salvacion posible.

Lo que no se comprendia, era que á pesar de todo esto y siendo como eran una misma persona, dos cuerpos y un alma Calderon y Lerma, este último no hubiese sido depuesto.

No sabia nadie ya qué hacerse, ni nadie sabia qué pensar; porque en efecto, lo que sucedia era demasiado extraordinario.

Deciase: se han reconciliado el padre y el hijo sacrificando á Calderon; y para librarse de este matándole, no se hablará en el proceso de cohechos ni de traiciones, sino solamente de delitos comunes: á don Rodrigo se le juzgará como malhechor y no como ministro: le cortarán la cabeza, se quedarán tranquilos los dos duques, y harán arzobispo de Toledo en cuanto muera don Bernardo de Sandoval y Rojas, que es ya muy viejo, al duque de Lerma, y todo se quedará en casa. El rey no puede vivir mucho, y el duque de Uceda será el secretario universal del señor rey don Felipe IV, como el duque de Lerma lo ha sido del señor rey don Felipe III.

Esta herencia parecia á todos muy natural; pero perjudicaba á los intereses de muchos y se murmuraba de ella.

Además de esto, Uceda era un ministro nuevo que necesitaba hacer peculio, y esto era un motivo de espanto para todo aquel que habia comprado un empleo: porque podia tener la seguridad de que si no volvia á comprarlo, tal vez en doble precio de lo que le habia costado, le buscarian el flanco, le prenderian, le formarían proceso, y le enviarian si era necesario á galeras, con el único objeto de quitarle su oficio por confiscacion y á causa de delitos, para vendérselo á otro: porque; ¿cómo de distinta manera enriquecerse un ministro, ni cómo comprender que un ministro no quisiese enriquecerse?

Todo esto traia revuelto y efervescente, murmurador, nervioso, por decirlo así, al Mentidero.

Cristóbal de Mendavia habia sentido caer sobre sí aquellas noticias como un aluvion de granizo: se habia aturdido, se habia desconcertado.

—¿Qué diablos he de hacer yo? decia para sí á cada una de aquellas noticias que escuchaba; mis pies y mis manos son don Rodrigo; su prision me coje á mí de cabo á rabo; porque si el marqués ha hecho lo que ha hecho por mí, ha sido sin duda por Inés: ahí han cogido á ese pobre de estudiante que afortunadamente es bastante rico para no necesitar del apoyo de don Rodrigo, ni el de nadie; pero estando preso don Rodrigo y tan de cuidado, como que segun parece el verdugo anda afilando ya el cuchillo, ¿de qué me vale á mí ser padre de Inés (Cristóbal de Mendavia habia acabado por creer que Inés era su hija), si nadie tiene empeño por ella más que su marido, y su marido no tiene necesidad de contentarme? y sobre todo, que el tal don Guillen á pesar de que me trata muy cortesmente, se conoce que no puede pasarme ni con almibar, y que si en vez de ponerme redondamente en la calle me ha puesto en buena casa y con buena servidumbre, por Inés lo ha hecho: esto es depender, no tener nunca un maravedí más que el sueldo de teniente de la guardia tudesca; y Dios sabe lo que esto durará; porque habiendo caido don Rodrigo, es muy posible que el capitán que nombren en lugar suyo, me encuentre feo ó bonito, me ponga en la puerta del cuartel, y me diga: hágame vuesa merced el favor de no volver á acercarse, ni aun en la calle, á un soldado de la guardia tudesca; antes bien en tropezando con uno haga como si hubiera visto al diablo. Si eso sucede me encontraré peor, mucho peor que antes, porque un hábito de Santiago estorba como un diablo para buscarse la vida: verdad es que don Guillen, porque no se diga que si el padre de su mujer hizo ó no hizo, acudirá á mi bolsa; pero es siempre fastidioso: no me queda, pues, más recurso que mi Calixta: valiente moza, eso sí, y que todavía no ha tropezado; pero puede tropezar mañana, no nos hagamos imaginaciones que serian simplezas; yo la tengo medio aturdida á fuerza de ser un atun de Almadraba; pero á la fin y á la postre tengo yo veinticinco en cada pierna mientras ella no tiene más de diez: y naturalmente, con tal peso no se puede correr tanto nunca como seria menester para que su mujer no le cogiese á uno la delantera; ¡válgame Dios, y qué vida la mia! tres mil ducados tiene la muchacha, y otros tres mil me ofreció darla el marqués de la Fávara; pero esto era sin duda contando con el favor que yo gozaba de don Rodrigo, y pensando en lo que yo podia servir á su excelencia; pero habiendo caido don Rodrigo, es muy posible que su excelencia se haga atrás y cierre la bolsa, y aun me niegue los tres mil prometidos ó se olvide de

que ha hecho tal promesa, como si se tratara del día en que nació. ¡Si yo pudiera ayudar á don Rodrigo! ¿y cómo diablos? yo no sé si le quiere ó no le quiere su compañía: otras veces, allá en Flandes he levantado yo la tropa, y ha sucedido que han ahorcado ó arcabuceado á algunos; pero al fin y al cabo nos hemos salido con la nuestra: es verdad que allí se trataba de pagas que no se recibían; pero aquí los soldados de su majestad están bien mantenidos y con buenas armas y buenas galas para que su majestad crea que todos sus soldados están lo mismo: vamos, vamos, en este punto es menester andarse despacio, porque yo no sé el terreno que piso; y sería gran lástima que despues de haber yo escapado de tanta y tanta mala aventura viniese á morir de mala muerte: andemos, pues, con calma, no sea que demos en algun atolladero del cual no nos puedan sacar ni con tenazas.

En esto el alférez, ó mejor dicho, el teniente, sintió que le ponían pesadamente una mano sobre el hombro, y antes de volverse dió un estiron y tomó distancia como para huir, temeroso de encontrarse con algun alguacil que le quisiera meter preso por el delito de ser favorecido de don Rodrigo.

Pero se encontró con el bachiller Algarroba, que le dijo con su voz ronca:

—Vuestra hija desea, solicita y espera ver á vuesa merced: que os busque me ha mandado, y yo sin más ni más me he venido al Mentidero, donde es menester buscar á los ociosos.

—Muchas gracias, señor bachiller, dijo Mendavia poniéndose en marcha.

—No os ofendais por nada de lo que yo os dijere mientras no os toque á la honra, dijo el bachiller; porque yo he dicho siempre todo aquello que se me ha venido á la cabeza sin reparar en si tenía que sostener ó no lo que dijese, con la espada.

—Vaya un sesgo que estais dando á la conversacion, dijo el alférez Mendavia todo receloso.

—¡Ah, diablo! así se me han atravesado las palabras, y así las he soltado; pero no lo he dicho por ofenderos; nada me habeis hecho para que yo me incomode.

—¡Hola! ¡con que vos os incomodais!

—Muy fácilmente; y cuando me incomodo arrastro de espadas si la llevo al cinto, y si no apelo á los puños; pero ahora que tratamos de espadas, me han dicho que vos la meneais que no hay más que pedir.

—No hay quien me meta á mí una estocada ni un tajo, ni en la córte ni fuera de ella, ni en estos reinos ni en los extraños, ni en cuanto alumbra el sol, exclamó Mendavia.

—De prisa lo habeis dicho, caballero, dijo el bachiller; porque yo sé de uno y aun de dos, y no quiero decir más, que os cortarían á botonazos los herretes del colete y las hevillas del talabarte y los ojos y las narices y la punta de la lengua aunque cerrárais mucho la boca.

—Quisiera yo saber dónde estaban esos dos, dijo Mendavia picado.

—Pues mirad; el uno, el que no os deja resollar en cuanto os pongais delante de él, es mi amo, si queda fuerte de la herida, que creo quedará: y lo que es yo os doy una estocada de ventaja para jugarme con vos cualquier cosa; como por ejemplo, un par de doblones á cinco botonazos.

—Vos quereis sangrarme la bolsa, señor bachiller, y os creéis que esto sea fácil; pues ya os lo contaré yo, y dentro de poco: id preparando los ahorros, porque os vais á quedar sin ellos.

—Eso lo veremos: pero no os metais por la puerta de la casa de don Guillen, aunque sería lo mismo; entrad por la vuestra que para eso es vuestra casa.

Mendavia siguió adelante y se metió por la puerta de su casa, mientras el bachiller entraba en la de don Guillen.

Mendavia se encontró en el estrado con Inés que le esperaba.

—Y bien, la dijo, gracias á Dios que puedo verte sin testigos: ¿eres feliz, hija mia?

—Muy feliz por una parte, dijo Inés, y por otra muy desgraciada; pero no perdamos el tiempo, padre: leed esta carta que acaba de traerme un desconocido.

Mendavia abrió la carta y vió que decia:

«Hermana.»

Mendavia se detuvo al leer esta palabra.

—¿Y quién es tu hermano? dijo.

—Seguid, seguid leyendo, padre, contestó Inés.

Mendavia continuó.

«Hermana; ya sabreis que se me ha mandado prender y formar proceso; estoy escondido en sitio donde no darán conmigo, pero importa mucho que yo no tenga necesidad de esconderme: decid á don Cristóbal de Mendavia que ha llegado la hora de que muestre su agradecimiento por los favores que le he hecho: que teniente es de la compañía alemana, y puede ir á tentar si la compañía quiere re-

presentar al rey en mí favor, y aun pasar más adelante si necesario fuese: que bien pudiera suceder que los de la compañía flamenca se entendiesen con las otras tres guardias, en las cuales hay hombres que me deben mucho. Que no pierda el tiempo, y con lo que resultare escribidme; que esta noche irá por vuestra carta el hombre que os habrá entregado esta. Tanto confío en vos, que espero de vuestro afecto y del de vuestro esposo más que de nadie.—Don Rodrigo.

—¿Y por qué don Rodrigo te llama hermana? dijo Mendavia.

—Es una palabra de afecto como otra cualquiera, dijo Inés; pero lo que importa es que cuanto antes vayais á hacer lo que quiere que hagais don Rodrigo.

—Pues á la hora, dijo el alferez Mendavia: y adios, hija, que es necesario que me vaya para volver cuanto antes: aunque te aseguro que poco hay que esperar; porque cuando se cae en la córte, es muy raro que nadie se meta á dar la mano al caído.

Y Mendavia salió.

Media hora despues, bizarro, galano, fanfarron, soldado, en toda la estension de la palabra, se entraba por el cuerpo de guardia de la compañía flamenca.

Los soldados se levantaron al verle y le saludaron; pero con tiesura, como quien cumple de mala gana un deber.

—¡Malo! dijo para sí Mendavia: esta gente me tiene entre ojos: la he tratado muy duro, ya se vé; yo tenia el padre alcalde, ¿quién habia de creer ayer que don Rodrigo diese de bruces? pero en fin, vamos á ver.

Y se entró en un aposentillo donde estaba el jefe de la guardia del cuartel.

Se encontró faz á faz con el teniente Alvareda que le miró con extrañeza.

—¿Sois vos, le dijo, el que ha ocupado en la guardia alemana el lugar que dejado mi amigo don Juan de Mazarredo?

—Yo soy, señor mio, contestó Mendavia que se habia quitado cortesmente el sombrero: yo, que vengo á haceros una visita y á ponerme á vuestra disposicion.

—Sentaos, dijo Alvareda; tratémonos como camaradas: ¿quereis beber?

—¿Y por qué no? dos amigos hablan mucho mejor teniendo entre sí una botella.

—Pues ved que podemos tener dos, dijo Alvareda yendo á un

armario, sacando dos botellas que puso sobre la mesa, y despues dos grandes vasos de vidrio verdoso.

—¡Ah! provisto estais, dijo Mendavia.

—Es costumbre en la guardia: cuando se entra de servicio en el cuartel ó en el alcázar, se tiene algo con que obsequiar á los amigos.

—Pues mirad: ayer estuve yo de guardia en el alcázar desde las doce hasta el oscurecer, y no tuve nada.

—No conocíais las costumbres.

—Es verdad; y ahora que me acuerdo, encontré dos botellas vacias sobre la mesa, que hice se llevaran de alli.

—Las vaciaria Mazarredo antes de ser relevado.

—Os agradezco el que me hayais dado á conocer esa costumbre, para no faltar á ella en lo sucesivo.

—Bueno será, dijo Alvareda, que aprendais muchas cosas: esta no es una compañía de gente maleante como las que andan por esos mundos de Dios, compuesta de gente cruda, á la cual hay que tratar duramente: bajo la bandera de la compañía alemana no hay más que hidalgos muy mirados y muy puestos en todo lo que atañe al honor, y muy quisquillosos y muy dignos de ser tratados como lo que son.

—¿Por qué me decís eso?

—Francamente, camarada; porque se me han quejado de lo que hicisteis ayer con ellos.

—¡Diablo, diablo! pues mirad, no me agrada mucho el que me haya tomado entre ojos la compañía.

—Habeis tratado como á un criado al sargento inválido que está en el almacén, y ya sabeis que un sargento de nuestra guardia es un teniente en cualquier compañía de infanteria; como vos y yo, tenientes de la guardia, somos coroneles de los reales ejércitos; los de la compañía se quejan de que les habeis hablado muy récio, y respetando poco su decoro, como si fuera gente allegadiza y cobarde y mal enseñada al servicio: esto hubiera sido funestísimo si yo no les hubiera dicho que no lo extrañasen, porque vos érais un viejo soldado de las guerras de Flandes y de Italia, acostumbrado á tener metida en un puño á la mala gente que por allá anda: en cambio, compañero, os han hecho justicia, porque dicen que quitando lo destemplado que hablais, y que lo quereis meter todo á fuero, teneis traza de ser un soldado de los buenos, y que en tratándose de echarse á la cara los mosquetes y calar las picas delante del enemigo, irian ellos con vos hasta el infierno.

—Vaya, pues me alegro de haberles parecido bien en alguna manera, dijo Mendavia, con marcadas muestras de mal humor; no sabía yo que era necesario tratar con tantos miramientos á soldados.

—¡Qué quereis! dijo Alvareda; hay soldados de soldados.

—Pues yo creo que todos son unos, con la sola diferencia de que los que no se ofenden porque se les trate duro, son mucho mejores que esos otros á quienes hay que empezar por decirles: bésoos las manos, señores: pero en fin, no disputemos acerca de esto: yo sé muy bien que en cada casa hay sus costumbres, y no me meteré en si son buenas ó malas las que encuentro en la compañía tudesca; para mí todo está bien con tal de que todos se conformen con ello y no me venga á mí mal el conformarme: espero que no será menester que yo dé satisfacciones á nadie por lo pasado, porque eso no lo haré nunca aunque me hicieran pedazos.

—Ni lo pedirán ellos, ni dejarían de tomarlo muy á mal si vos lo hiciérais sin que ellos lo pidiesen: dejad marchar las cosas naturalmente; aquí no hace falta la dureza del mando que es necesaria en campaña y sobrè gente advenediza: estos son todos buenos hidalgos y muy mirados.

—Pues ved ahí: yo creía que eran gente dispuesta para todo.

—En casos de honra y para cualquier empeño ó peligro, no ten-gais duda de ello: podeis contar con estos soldados hasta lo increíble.

—¡Sí, eh!

—Como que todos han servido por lo menos una campaña: no han tenido jamás cuentas con la justicia como no haya sido por algun galanteo.

—Bien, bien, dijo Mendavia: me alegro de saber que tenemos tan buena gente. ¿Y qué dice esa buena gente de la prision de nuestro capitan?

—Nuestro capitan no está preso, amigo mio, dijo Alvareda: por cierto que le estamos esperando; por lo que habreis visto que los soldados están más bizarros que de costumbre, con más plumas y más preseas.

—¡Qué me decís, camarada! dijo Mendavia, ¡con que está libre nuestro capitan! ¡bah! ya lo decia yo: la prision del marqués de Siete Iglesias no puede durar mucho: acabarán por soltarle... pero es verdad, no sé lo que me digo; no está preso si no mandado prender, lo que no es ciertamente lo mismo.

—¡Ah! estais muy atrasado de noticias, amigo mio; dijo Alvare-

da tomando un sorbo de vino del vaso que tenia delante de sí: nuestro capitan es el señor duque de Uceda.

—¡Ah! exclamó Mendavia: ¿y el marqués de Siete Iglesias?

—El marqués de Siete Iglesias era ayer nuestro capitan: por tal le teniamos aun hoy, aunque sabiamos que habia sido depuesto por su magestad de su empleo de secretario de Estado y mandado prender; pero no ha tres horas me encontré con esta orden de su magestad que enviaba con un portero de secretaria al señor duque de Uceda: tomad, leed.

Alvareda dió á Mendavia una orden que habia sacado del bolsillo de sus gregüescos.

Mendavia leyó:

«El rey nuestro señor me dice con fecha de hoy lo siguiente:

El rey.—He venido en deponer de su empleo de capitan de la compañía de mi guardia alemana á don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, y en nombraros á vos, duque de Uceda, capitan de dicha compañía.—Lo que de real orden comunico á usía para que lo haga así entender á esos soldados, á los cuales me presentaré hoy mismo, por lo cual, no se dará licencia para salir del cuartel.—Dios guarde á usía.—El duque de Uceda.—Al teniente de la compañía alemana del rey nuestro señor, don Pedro de Alvareda.»

—Perfectamente, dijo Mendavia devolviendo la orden á su compañero, que la guardó.

—Poco antes de haber venido vos, dijo este, habia yo enviado á vuestra casa un soldado para que os avisase de que debiais presentaros en el cuartel con armas, para asistir á la presentacion del nuevo capitan: lo mismo he avisado al alférez don Guillen de Vargas Machuca á pesar de que sé que guarda el lecho porque está enfermo; pero cumplo con mi obligacion avisándole.

—Sabeis que lo que pasa es muy grande, dijo Mendavia.

—Así parece, contestó Alvareda.

—Yo creo que el duque de Uceda se ha ido muy adelante, y que confia mucho en su buena fortuna.

—¿Y por qué decis eso?

—Porque el marqués de Siete Iglesias, á más de que es muy querido del rey, tiene muchos y muy buenos amigos que le deben lo que son, y no es en la guardia del rey donde menos amigos cuenta.

—Vamos claros, camarada, dijo Alvareda; vos no habeis venido al cuartel á humo de pajas.

—Habeis de saber que cuando yo estoy en el servicio, donde

más me gusta ir es donde hay soldados, y mejor que á ninguna parte donde están los míos.

—Vamos, sed franco; os envia don Rodrigo, ¿no es esto?

—No me envia don Rodrigo, porque ni aun sé donde está; pero enviome yo en su nombre; le debo tanto, que no puedo menos de arriesgar mi vida por él, á fuer de agradecido y de hidalgo.

—¡Ah! ¡no menos que arriesgar la vida!

—Si por cierto: me espongo á ser arcabuceado si me sale mal lo que intento.

—¡Ah, diablo! exclamó Alvareda; ¿pretendereis acaso que nos sublevemos por don Rodrigo Calderon?

—No digo tanto, contestó Mendavia; pero podia muy bien representar la compañía á su magestad en favor de don Rodrigo.

—¿Sabeis lo que intentais, camarada? dijo seriamente Alvareda: una representacion de soldados por su capitan, depuesto por el rey, es una rebeldia indigna de que son incapaces desde el primero hasta el último de los soldados de cualquiera de las cuatro compañías de la guardia de su magestad. ¿Habeis hablado de esto con alguien?

—No, dijo con algun cuidado Mendavia; vos sois el primero á quien lo he dicho.

—Pues bien, tenedlo por no hablado, y creedme: dejad á cada cual que corra su fortuna, sin exponeros por nadie de una manera tan grave: ¡bah! yo no se lo que seria de vos si á vuestro primer paso en vuestro empeño no hubiéseis tropezado con un caballero: por otra parte, os habeis engañado como se engaña don Rodrigo si cree que puede contar para nada con esta compañía: nos tenia muy disgustados: su soberbia nos le hacia aparecer más que como nuestro capitan, como nuestro amo; se sucedian una tras otra las injusticias; á aquel favorecia que más le lisonjeaba y que mejor le servia, fuese cual fuese el servicio; y últimamente ha llegado hasta el caso de entregar nuestra valiente bandera á un mancebo de veinte años, que podrá valer todo lo que se quiera, pero que ocupá por la sola voluntad de don Rodrigo, un puesto que hasta ahora solo se ha dado á soldados viejos, acreditados en honra y en valor: y no hablo de vos, porque aunque se os ha hecho subir de un salto, teneis los merecimientos de algunas campañas, cuyas certificaciones llevais en las heridas que se ven en vuestro rostro, y que como soldado habeis sido muy bien acogido por la compañía, aunque esta se queje de que la habeis tratado con poco miramiento y como á gente menuda y acostumbrada á los malos tratos: podrá suceder, y si sucede lo sen-

tiré, porque don Guillen me parece un bravo muchacho, y vos un militar bastante para el empleo que se os ha dado, que por lo mismo que habeis entrado en la guardia por favor del marqués de Siete Iglesias, os saque de ella el duque de Uceda; pero si esto no sucede, si continuais en la guardia, creedme, la guardia no sirve á nadie más que á su majestad: todo lo que huela á traicion es aquí imposible, y nadie hasta ahora, á excepcion del marqués de Siete Iglesias que se atreve á todo, ha pensado en servirse de la guardia para rebeldias: no lleveis vuestro agradecimiento ó vuestras obligaciones por don Rodrigo hasta el punto de perderos y de arriesgar lo cierto por lo dudoso: Mazarredo, mi buen amigo, ha servido cuatro años de teniente en la compañía tedesca, y ya le teneis como coronel mandando un tercio en Nápoles: dentro de algunos años será cuartel-maestre, y no tardará en presentársele una ocasion para ganar el baston de general: os lo repito: dejad á los demás que se compongan como puedan, y pensad en vos mismo, que cosas son estas tan graves, que un mal entendido agradecimiento podria costaros muy caro; yo no me he indignado contra vos, porque comprendo hasta qué punto pueden llevar á un hombre obligaciones por otro; pero olvidaos de que hemos hablado de esto, y por vuestra parte procurad olvidaros aun de que lo habeis pensado. Ahora id, poneos la coraza y el capacete, montad á caballo, y venid para estar presente cuando venga nuestro capitán el señor duque de Uceda.

—Habeisme obligado, compañero, dijo un tanto contrariado Mendavia, y no olvidaré nunca la obligacion en que me poneis.

—Hubiérais hecho vos lo mismo por mí, dijo Alvareda, dado caso de que yo me hubiese puesto en el peligro que vos: no teneis, pues, nada que agradecerme: id, id pues y volved cuanto antes, que el duque de Uceda puede venir de un momento á otro, y como capitán nuevo, es prudente no descuidarse.

Mendavia salió verdaderamente asustado, porque no sabia si debia creer en la lealtad de Alvareda.

Apenas habia salido Mendavia, cuando Alvareda hizo tocar llamada.

A poco, la compañía estaba formada en el patio del cuartel.

Alvareda les hizo doblar las filas y formar el circulo, y en medio de ellos les dijo con voz no muy alta, cuanto bastaba para que le oyesen:

—Amigos y compañeros: Ya sé yo bien que teneis puestos tan altos los puntos de vuestra honra, que no hay temor de que por

nada la abatais para mancharla en lodo; pero quiero advertiros para que vivais prevenidos, que estais buscados por traidores, y que el primero á quien se presente la traicion, échela mano sin miramientos de hidalguía; que nuestro primer miramiento debe ser por el mejor servicio del rey nuestro señor: y si no fuera porque sé que los que os buscan son gente allégada del marqués de Siete Iglesias y pueden valerse de malas artes para haceros creer que no es traicion la traicion que os propondrian, yo no os diria nada, porque tengo una ciega confianza en vuestra honra: conque, alerta, amigos, y no os dejeis seducir; porque desgraciado de aquel que dé oidos sin castigarla á la traicion: ea, amigos, á deshacer el círculo.

Apenas se habia hecho esta maniobra, quando se oyó un redoble del tambor de la guardia del cuartel, lo que significaba que acababa de llegar el capitán.

A poco entró en el patio rodeado de pajes y servidores, el duque de Uceda, vestido noblemente de terciopelo negro, llevando sobre el pecho, esmaltada en una placa el distintivo de comendador de la órden de Santiago.

—Buenos dias, caballero, dijo á Alvareda, que con la espada desnuda y despues de haber hecho afianzar las armas á la compañía, adelantaba hácia él: ¿por qué razon no veó entre esos valientes su noble bandera? He tardado porque he esperado en vano fuese á mi casa por ella el alférez.

—El alférez, excelentísimo señor, está enfermo, dijo Alvareda: no hay en la compañía más cabos útiles que el teniente Mendavia y yo.

—¿Y dónde está ese teniente?

—Como la presentación de vucencia ha sido casi improvisa, aunque le he avisado no ha tenido tiempo de venir.

—Bien, bien, caballero; supongo que habreis comunicado á la compañía el real decreto, por el que su majestad depone de esta capitania al marqués de Siete Iglesias, y me la dá á mi.

—Si, excelentísimo señor.

—Pues bien, dadme á conocer á esos hidalgos.

—Tudescos, dijo Alvareda: né aquí á nuestro capitán, el excelentísimo señor don Francisco de Sandoval, duque de Uceda, secretario de Estado del rey nuestro señor, á quien su majestad ha confiado esta capitania por deposicion del señor marqués de Siete Iglesias: tudescos, ¡viva nuestro capitán!

—¡Viva! respondió en un grito unánime la compañía.

El duque de Uceda les dirigió algunas afectuosas palabras, les anunció una paga extraordinaria de su bolsillo particular para que festejasen su nombramiento, y los envió á paseo, al que se fueron todos muy contentos despues de soltar las armas.

—¿Teneis algo que representarme, caballero? dijo el duque á Alvareda.

—Tengo que manifestar á vucencia algo que es muy grave, contestó Alvareda.

—Decid.

—Permitame vucencia; si vucencia quiere honrar mi aposento en el cuerpo de guardia, será conveniente.

—Vamos, vamos allá, caballero; me parece adivinar de lo que se trata.

Cuando estuvieron encerrados, el duque continuó:

—¿Habeis sorprendido algun intento de sublevacion de la compañía, nacido del marqués de Siete Iglesias?

—Cabalmente, excelentísimo señor: pero como yo adivinando el intento para descubrirle he dado mi palabra de que guardaria el secreto, suplico á vucencia obre de manera que no se pueda creer que yo he faltado á mi palabra; esto me seria muy doloroso; sin embargo, antes que todo es el buen servicio de su majestad.

—Hablad, hablad sin temor, caballero, dijo el duque de Uceda: yo sé el respeto que se debe guardar al hábito que vestis: ¿de qué encomienda sois?

—De la de Uclés, excelentísimo señor.

—Estamos solos y podeis dejar el tratamientó.

—Gracias, señor duque.

—¿Teneis el hábito por merced del rey?

—No señor, aunque me honrara de ello: le tengo por pruebas de abolengo.

—¿De dónde venís?

—De la montaña de Santander.

—Buena tierra de hidalgos: ¿cómo os llamis?

—Pedro de Alvareda.

—Pues bien, don Pedro; decidme lo que teneis que decirme en servicio del rey nuestro señor.

—Hace poco vino á buscarme el otro teniente don Cristóbal de Mendavia, alférez viejo de la campaña de Flandes y de Italia, nombrado ayer teniente de la compañía y con hábito de Santiago por merced.

—¿Y ese hombre sirve al marqués de Siete Iglesias?

—Le está agradecido.

—Su apellido me suena; ¿habeis dicho Mendavia?

—Sí señor.

—Yo conozco una dama muy principal á quien ha apadrinado recientemente el rey en sus bodas, que se llama doña Inés de Mendavia.

—Hija de don Cristóbal de Mendavia, mi compañero.

—¿Cómo sabeis que son padre é hija?

—He sido testigo del casamiento de esa señora, porque así lo quiso el marqués de Siete Iglesias.

—Esa señora casó...

El duque se detuvo dando á su detencion el tono de una pregunta.

—Con el alferez nuevo de la guardia tud esca, señor duque, dijo tranquilamente Alvareda, como si nada le importase lo novel de don Guillen para un empleo que siempre habia sido servido por veteranos, como que se les confiaba la bandera de una brava compañía, ó lo que es lo mismo, su honor.

—¿Conoceis á ese hidalgo? dijo el duque de Uceda.

—No, no señor: sé que era estudiante y que fué herido hace algunas noches en la calle del Arenal.

—¿Se ha dado tambien á ese alferez el hábito de Santiago?

—Sí señor, aunque segun se dice, bien pudiera tenerlo por pruebas.

—Todo esto ha sido tambien cosa de don Rodrigo; ¿no es verdad?

—Sí señor.

—¿Y cómo ha tomado la compañía estos dos nombramientos? porque aunque como buenos soldados, y buenos vasallos acaten como deben la voluntad del rey nuestro señor, sin dejar de ser leales pueden muy bien demostrar disgusto.

—Se ha murmurado á pesar mio del marqués de Siete Iglesias: ha parecido muy bien como soldado el teniente Mendavia; es arrogante y bravo: ha reñido tres campañas: está acuchillado terriblemente, y lleva muy bien las galas de la compañía. Pero acostumbrado á mandar á otra clase de gente, ha maltratado de palabra á nuestros buenos hidalgos, y esto ha sentado muy mal, hasta el punto de que si yo no me interpongo, en el primer momento en que se hubiera presentado en el cuartel don Cristobal, se le vienen al frente para retarle algunos de los más bravos de la compañía. Pero eso

está evitado: ya he advertido yo por mi parte á Mendavia, y con que los trate bien estarán contentos con él más que con otro. En cuanto al alferez don Guillen de Vargas Machuca, cuando venga á la compañía será necesario que pruebe su valor, metiéndose en algunos empeños de honra á espaldas de las pragmáticas: que si él acuchilla uno tras otro, tres ó cuatro de los buenos esgrimidores que aquí se conocen, tendrás esto por una campaña, y no habrá nada que decir.

—Pues mirad, deseo que se restablezca don Guillen para ver lo que sucederá: le mirará de soslayo el primer tudesco á quien se acerque, y el buen cachorro de leon le cruzará la cara.

—¡Jesucristo! dijo Alvareda dándose ya por ofendido.

—Os aconsejo, don Pedro, que no seais vos el primero que le mire de alto á bajo; porque si eso haceis, os mata.

—¡Ah, señor duque! contestó Alvareda sin insolencia y de la mejor manera del mundo; creo tener probado que no es tan fácil matarme.

—Teneis una justa fama de gran corazon y grande espada; pero amigo mio, ese chico de veinte años es un prodigio en esgrima: no hay remedio; su contrario tiene la estocada encima en cuanto entra en los medios de proporcion: es un rayo: no hay maestro á quien no cruce ó vuelva loco á botonazos.

—¡Ah! ¿le conoceis, señor duque?

—He oido hablar mucho de él; por lo mismo decid á la compañía que le tenga por bueno, le reciba bien, y sin embargo, le pruebe. Ahí está el señor Pánfilo de Ariza que se nos ha venido con algunas invenciones en la esgrima, y que la verdad sea dicha, ha llevado grandes ventajas á los más diestros: ha malherido á unos cuantos hasta que ha puesto en respeto á los demás; y por su respeto campea, y no hay quien le aguante. Alborotados andan con él los valientes sin atreverse á nada, y seria de desear que hubiera quien cortase los espolones á ese gallo.

—Yo creo que Pánfilo de Ariza tiene hecho pacto con el diablo, dijo Alvareda.

—Pues con diablo y todo, echadle vuestro alferez para que le deje manco.

—Muy bien, señor duque; de ese modo en vez de perder la compañía con su jóven alferez, habrá ganado; porque el difunto don Luis de Aranda, no tenia de valiente más que lo fanfarron: era uno de esos hombres que asustan no se sabe por qué, y sin que hayan metido debajo de tierra á nadie.

—Vengamos á otra cosa, don Pedro: ¿estais seguro que el alferez Mendavia trataba de sublevar la compañía?

—He estado hablando con él, y no le he dejado ganas de intentar una sublevacion.

—Mandadle que se me presente.

—Debe estar en el cuartel; porque yo le mandé que fuese á ceñirse la coraza, y viniese. Si me permitis, veré si ha llegado.

—En buen hora, dijo el duque.

Alvareda abrió la puerta, y en una habitacion inmediata encontró paseándose á Mendavia.

—Entrad, amigo mio, dijo; aquí tenemos á su excelencia.

—¿A qué excelencia? dijo Mendavia.

—A nuestro capitan.

—¡Ah! ¡al señor duque de Uceda! dijo con algun cuidado Mendavia.

—Sí, entrad, contestó Alvareda.

Mendavia entró.

—Hacedme la merced de dejarnos solos, don Pedro, dijo el duque, y cerrad la puerta.

Alvareda salió y cerró.

Esto puso grandemente en cuidado á Mendavia, que se quitó el capacete y miró con ansiedad al duque.

—Paréceme que no estais muy tranquilo, caballero, dijo el duque.

Mendavia llevaba ya pintada sobre la coraza la cruz de Santiago.

—No se puede estar tranquilo donde hay calumniadores, dijo Mendavia.

—Si no dejais ese tono, contestó el duque, dejaré yo de hablaros blandamente.

Esto alentó á Mendavia.

—Vuestra excelencia sabe, dijo cambiando de tono, que es más fácil dar en la corte con una mala voluntad que con un buen amigo.

—Pues creo que habeis dado con una muy buena ayuda en don Rodrigo Calderon; por ejemplo: ayer érais alferez inválido, sentenciado á moriros de hambre, y hoy sois teniente de la guardia tudescica y caballero del hábito de Santiago; todo esto segun creo á causa de una mal llamada hija vuestra.

—¡Mal llamada hija mia! pues qué, ¿no es mi hija doña Inés?

—Vos sabeis que no, y lo sabe el duque de Lerma, y yo lo sé

tambien, y si no os venis á la razon, dareis lugar á que ella tambien lo sepa.

— ¡El duque de Lerma ha debido callar! dijo Mendavia con irritacion.

— ¡Ah! ¿os enojais?

— Aborrezco de muerte al duque de Lerma.

— Lo comprendo: hay entre vosotros una mujer.

— Una desventurada.

— Cuya desventura aumentásteis vos.

— Harto lo siento.

— Sois un mal hombre: matásteis á disgustos y de miseria á vuestra esposa, que era tan rica que solo un desastrado como vos pudo reducirla á la miseria.

— ¡Señor duque! exclamó conteniendo mal su cólera Mendavia.

— En el momento en que os propaseis, os encierro, y sin detenerme en nada, os mando arcabucear mañana por la mañana.

— Y bien, ¿por qué? dijo Mendavia.

— Ya vendremos á eso; entretanto respondedme: ¿Por qué no habeis presentado á su hija, á mi hermana, al duque de Lerma?

— Porque no queria dar un placer al hombre que me habia casado con su madre: sobre todo, no queria que Inés dejara de creerme su padre.

— La vendísteis, sin embargo, á don Rodrigo Calderon; y si este no la deshonoró, se debe á la misericordia de Dios que hizo que don Rodrigo supiese que doña Inés era hija del duque de Lerma.

— Y hermana suya, ¿no es verdad? dijo sonriendo de una manera sesgada Mendavia.

— ¿Quién os ha dicho eso? preguntó con algun cuidado el duque de Uceda.

— Lo dice todo el mundo; porque todo el mundo sabe que hace algunos años don Rodrigo decia que era hijo natural del duque, y casi casi hubo un pleito entre el padre aparente y el padre verdadero.

— Bien; pero doña Inés ignora todo eso, y es necesario que lo ignore siempre.

Esto, como sabemos, no era verdad; pero convenia á la familia de Inés que esta apareciese como hija legitima de un hidalgo.

— Yo el primero, deseo que se guarde ese secreto, dijo Mendavia.

— Se guardará, y porque nos interesa mucho la tranquilidad de

doña Inés, se os ha ennoblecido, se os ha levantado; y esto no lo ha hecho el marqués de Siete Iglesias, sino el duque de Lerma, y yo, que pudiendo haberlo impedido lo he consentido, y lo he ayudado: sin embargo, vos que habeis nacido para ser mal hombre é ingrato, me pagais este beneficio ayudando á don Rodrigo Calderon y pretendiendo sublevar en su favor, no solo á la compañía tudésca, sino tambien á las otras tres compañías de la guardia del rey nuestro señor.

—Don Rodrigo Calderon me ha favorecido.

—Ya os he dicho que no.

—Al menos yo lo he creido así.

—Ya os he probado que no es cierto: don Rodrigo Calderon es un traidor, un mal nacido, un asesino, un infame: ¿por qué le servis?

—Por agradecimiento; pero puesto que vos me decís, y yo lo creo, que nada tengo que agradecer al marqués de Siete Iglesias, me arrepiento de ello, y me paso á vos con armas y bagajes.

—No esperaba menos; y si con tal consideracion os trato; si no os he dejado obrar, para cojeros en delito de alta traicion y castigaros á sangre, á doña Inés lo debeis: sed, pues, digno de la indulgencia con que se os trata.

—¿Y qué he de hacer, señor duque?

—Firmad una declaracion en la que manifesteis que don Rodrigo os ha incitado á rebeldía.

—Pero eso seria infame.

—Eso seria cumplir vos con vuestra obligacion.

—Y esponerme á que libre mañana don Rodrigo, me haga pedazos.

—No llegará el caso de que don Rodrigo se vea libre, á lo menos en estos reinos; y podeis tener por seguro, de que quien os hará pedazos si no obedecis seré yo.

—Me rindo, señor duque, me rindo.

—Bien, sobre esa mesa hay papel y recado de escribir: poned lo que yo os diga.

Mendavia se sentó, y Uceda le dictó una larga declaracion, por la que don Rodrigo resultaba reo de alta traicion y de lesa majestad.

Cuando hubo concluido, firmó Mendavia y dió el papel á Uceda.

—Ahí teneis, le dijo, la cabeza de don Rodrigo.

—Yo no quiero su cabeza, contestó Uceda; y en prueba de ello, no os pregunto donde don Rodrigo se oculta.

—Lo sabreis demasiado.

—No quiero saberlo; basta con que se diga por algunos maldicientes que es mi hermano, para que yo le deje escapar: decidsele así; que no tema; que se vaya á Francia ó á Inglaterra; que nos evite compromisos; que no se obstine, porque no volverá á alcanzar el favor de su magestad. En cuanto á vos, vivid descuidado; servidme bien y esperadlo todo: id esta tarde por mi casa y os daré cartas de recomendacion para que el Capítulo de la Órden de Santiago os dé la administracion de la Encomienda de Manzanares.

—¡Ah, excelentísimo señor! ¡mi vida es vuestra!

—Basta, basta: otro consejo más; tratad como buenos hidalgos y como á gente brava y veterana á los soldados de la compañía tudésca, y enmendad, viviendo como buen caballero, vuestra mala vida anterior. Dad gracias á doña Inés de esto que por vos se hace: id con Dios, y hasta la tarde.

Mendavia salió, estrechó con efusion la mano á Alvareda que estaba fuera, tomó de uno de los soldados de la guardia su caballo, se fué á su casa, tiró el capacete y la coraza, se puso una gorra y un capotillo, y se fué al Mentidero, que estaba todavia efervescente por las grandes noticias del dia.

Al primero á quien encontró le dijo:

—¿Cuánto renta la administracion de la Encomienda de Manzanares de la Órden de Santiago?

—Yono lo sé, contestó el preguntado; pero allí está hablando con dos padres dominicos don Silvestre Ordoñez de Caparrosa que lo sabe todo.

Mendavia se fué al don Silvestre.

—Perdonad, caballero, le dijo, si aunque no os conozco vengo á haceros una pregunta á que me han afirmado podeis contestarme.

—¿Y qué es ello, señor mio? decidlo, que tendré mucho gusto en contestaros.

—¿Cuánto renta la administracion de la Encomienda de la Órden de Santiago de Manzanares?

—Verdad es que está vacante, dijo el don Silvestre: pues si os la dan, hombre os hacen: no bajará de diez mil ducados lo que os rinda, sin contar con los emolumentos, gajes, jurisdicciones y todo lo demás, que dan otro tanto: es una de las mejores Encomiendas de la Órden, á la que solo puede compararse la de Uclés: y vamos, pregunta por pregunta: ¿qué sabeis del marqués de Siete Iglesias?

—Es un hombre completamente perdido, contestó con la autoridad de quien está seguro de lo que responde, Mendavia.

—¿De modo que le veremos ajusticiar en la Plaza Mayor?

—No tanto, no tanto como eso, contestó Mendavia atusándose el bigote izquierdo: se le deja escapar; ya veis, se dice que existe cierto parentesco entre Uceda y Siete Iglesias; y como lo que importa es quitarle de enmedio...

—Sí, los lobos se contentan con apoderarse de la presa, dijo don Silvestre.

—¡Válgame Dios y qué desengaños del mundo! dijo uno de los religiosos dominicos: ayer don Rodrigo lo podía todo, y hoy se vé obligado á huir para no ser ajusticiado: los adorables juicios de Dios son incomprensibles.

—Y luego, padre, dijo Mendavia, cada cosa tiene su precio, y no sé yo que nadie hasta ahora haya cogido truchas á bragas enjutas. Pero adios, señores míos, que voy á ver lo que por ahí se miente.

Y Mendavia fué á perderse entre un grupo de embusteros en que tenia algunos conocidos.

---

---

## CAPITULO LVII.

---

De cómo Anastasia Picazo acabó de alzar el patibulo á don Rodrigo.

Corrió la noticia de la prision de don Rodrigo por todas partes y llegó hasta la calle de la Inquisicion donde vivía Anastasia Picazo. Su criada Petra habia traído aquella noticia del mercado.

Anastasia no se fió de las noticias de Petra; le parecia imposible que don Rodrigo Calderon hubiese sido depuesto y mandado prender.

Se vistió metiéndose á todo evento en el seno los dos papeles que conocemos, que contenian el uno la órden que don Rodrigo Calderon la habia dado para envenenar á Francisco de Juara, y el otro la declaracion de Francisco de Juara de haber dado muerte á Agustin de Avila de órden de don Rodrigo Calderon.

Anastasia se fué casa de doña Práxedes, donde se sabia todo, y donde aquella mala vieja la confirmó la noticia de la desgracia de don Rodrigo.

No satisfecha aun Anastasia, hizo que un compadre de doña Práxedes se fuese al Mentidero á tomar lenguas, y al cabo de una hora volvió el compadre confirmándolo todo.

Entonces Anastasia se despidió de doña Práxedes y se fué á casa del duque de Uceda.

Al ver el portero á una mujer tan hermosa, que parecia tan dama, y que habia salido de una buena silla de manos, la trató con

suma consideracion por miedo de enojar á su amo si la trataba de otro modo.

—Siento mucho, la dijo, no poder servir á vuesa merced, señora mia, avisando á su excelencia de que vuesa merced quiere verle, porque su excelencia no está en casa.

—Pues urge lo que no podeis creer que yo vea al momento á su excelencia, dijo Anastasia.

—Su excelencia está en el alcázar, en su secretaria de Estado, contestó el portero.

—Allí no me conocen, dijo Anastasia; me van á hacer esperar en la antecámara, y tardaré en ver al señor duque más de lo que conviene. ¿No podria ir un criado á decir á su excelencia que la viuda de Francisco de Juara, que fué de la casa del señor marqués de Siete Iglesias, necesita verle para un asunto que interesa mucho al servicio del rey nuestro señor?

Al oír envuelto en estas palabras el nombre del marqués de Siete Iglesias, el portero introdujo á Anastasia en una sala baja, llamó á un ayuda de cámara del duque, y este se presentó á Anastasia, recibió su mensaje y se fué al alcázar.

Era cerca de la hora del despacho del rey, cuando uno de los secretarios de Uceda, le dijo:

—Excelentísimo señor; un Pedro Fontana, que se dice ayuda de cámara de vucencia, solicita hablar á vucencia al momento para un asunto, segun me ha dicho, muy importante.

Fontana entró, y poco despues el duque de Uceda entraba en su carroza, y volvía á su casa, donde encontró á Anastasia.

Al ver á una mujer tan hermosa, el duque frunció el gesto temiendo fuese Anastasia una buscona que se valia de un pretexto para llegar hasta él.

—Sois, segun me han dicho, viuda de uno de los ayudas de cámara del marqués de Siete Iglesias; de una especie de asesino, segun noticias mias, que servia demasiado bien al marqués.

—Teneis razon, señor duque, dijo Anastasia, suprimiendo el tratamiento: mi marido era un malvado, y tal muerte tuvo.

—¡Cómo! ¿pues de qué murió?

—Envenenado con arsénico de orden de don Rodrigo Calderon.

—¿Y quién sabe eso? se apresuró á decir el duque.

—Don Rodrigo escribió de su propio puño y letra la orden de envenenar á mi marido.

—¿Y quién tiene esa orden?

- Poco á poco, señor duque: quien tiene esa órden la vende.
- ¿Y cuánto quiere por ella?
- Muchos miles de ducados.
- No importa; quanto quiera, si en efecto esa órden es de don Rodrigo Calderon.
- Tan suya, como que no podeis dudar de ello en cuanto la veais.
- Pues bien: ¿os satisfareis, ó la persona que esa órden posee, con veinte mil ducados?
- No es mucho; pero me satisfago.
- ¡Ah! ¿sois vos quien poseeis ese escrito?
- Sí señor.
- Pues dádmelo, y contad con los veinte mil ducados.
- Aun falta.
- ¿Quereis más? Hablad; pero concluyamos.
- No, no señor; no quiero más dinero; pero quiero que se me deje tiempo para huir, para salir de España con mis hijos.
- ¿Y por qué habeis de huir? ¿por miedo acaso á don Rodrigo?
- No, no señor; yo sé que don Rodrigo está perdido, que nadie le sirve ya, y que la prueba que voy á entregaros acabará de perderle. Pero yo tambien estoy perdida, porque quien envenenó á Francisco de Juara de órden de don Rodrigo Calderon, fui yo.
- ¡Cómo! ¡vos! ¡su mujer!...
- Yo no era su mujer cuando le maté, sino su querida. Despues, cuando agonizaba, don Rodrigo Calderon me casó con él: era un infame, tan infame como su amo: yo no le amaba, ni podria amarle; le maté por adquirir hacienda para mis hijos; y si ahora vendo á vucencia la órden que me dió don Rodrigo por escrito para matar á Francisco de Juara, por mis hijos tambien lo hago.
- Pero dadme, dadme si teneis esa órden con vos.
- Me pareceis tan buen caballero, señor duque, que confio completamente en vos. Tomad.
- Y sacando del seno los dos papeles, los examinó y dió uno de ellos á Uceda.
- ¿Qué otro papel es ese? dijo el duque.
- Este es otro papel que se vende.
- ¿Y es importante?
- ¡Ya lo creo! dijo Anastasia; como que es la confesion de Francisco de Juara.
- Confesion, ¿de qué?

—De haber matado de una estocada por la espalda en la esquina izquierda de la calle del Rollo á la del Sacramento, y de orden del marqués de Siete Iglesias, al teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustín de Avila.

—Lo que queráis por esa prueba, dijo el duque.

—Bien; quiero doble de lo que me habeis ofrecido por esa otra, y la seguridad de que me pondreis sin tropiezo en Francia con mis hijos y mi hacienda.

—Os lo juro á fé de caballero y de cristiano, dijo Uceda; dadme.

Anastasia le dió el otro papel.

El duque le devoró.

—¿Cuándo quereis partir, señora? la dijo.

—Al momento: hoy mismo, si es posible.

—Pues bien, preparaos para marchar: un coche de camino irá á buscaros dentro de una hora: os acompañará uno de mis ayudas de cámara, y os escoltarán diez lacayos míos. Además de esto llevaréis cambiado el nombre; ¿cómo quereis llamaros?

—Cualquier cosa.

—Pues bien: doña María de la Cerda.

—¡Noble apellido!

—El primero que se me ha venido á las mientes: no nos entregamos más. Doña María de la Cerda sois: bajo ese nombre os buscarán: ¿dónde vivís?

—En la calle de la Inquisición, número...

—Adios, pues, señora.

El duque salió rápidamente.

Anastasia salió también, entró en la silla de manos, se volvió á su casa, envió por los niños á la escuela, mandó á Petra cargase con su ropa y se fuese, esto es, la despidió, y se quedó sola con sus hijos en su casa esperando, y con algo de miedo, no fuese que Uceda, por no darla los sesenta mil ducados, la mandase prender.

Esto era á las once del día.

Antes de las doce oyó el ruido de un carruaje que paraba á la puerta de su casa, á la que llamaron poco despues.

—¿Vive aquí doña María de la Cerda? la dijo un jóven buen mozo.

—Sí, contestó Anastasia; yo soy. ¿Quién os envía?

—Mi amo el señor duque de Uceda, contestó el jóven.

—Y vos ¿quién sois?

—Pedro Fontana, ayuda de cámara de su excelencia.

—¿Y qué os ha dicho el señor duque?

—Que os acompañe á Francia.

—¿Y qué os ha dado el señor duque para mí?

—Algunos talegos en oro, que están en el cajon del coche. Me ha dicho, además, que os sirva en cuanto querais.

—Pues bien; ayudadme á sacar mis cofres.

—Eso, señora, lo harán los lacayos que vienen conmigo, y que han de escoltarnos.

—Pues bien, que entren dos; con dos basta: yo entretanto voy á acabar de vestirme de una manera propia para un viaje. Pero subid, no habeis de esperar en el patio.

—En cualquier parte estoy bien, si os sirvo, señora, dijo Pedro Fontana.

—Pero no quiero que me sirvais molestándoos; subid.

Una hora despues, el coche, muy cargada la zaga, llevando en su interior á Anastasia, á sus dos hijos y á Pedro Fontana, y escoltados por diez lacayos armados á la gineta, con lanzas y mosquetes, salia de Madrid por la puerta de Alcalá.

---

## CAPITULO LVIII.

---

Dos aduladores.

El duque de Uceda comprendió que si bien el marqués de Siete Iglesias estaba completamente derrotado, no lo estaba el duque de Lerma; lo que queria decir, que don Rodrigo no estaba completamente vencido.

En vano el príncipe, excitado por Uceda, habia insistido con el rey para que depusiese á Lerma y encargase del Despacho Universal á Uceda.

El rey se escusaba siempre, y cuando no podia escusarse se escapaba.

Uceda estaba desesperado.

Aquel mismo dia no habia podido entrar al despacho, porque estaba despachando el cardenal duque de Lerma.

Se fué á buscar al príncipe, sobre el cual tenia una grande influencia, y le encontró charlando con don Gaspar de Guzman, conde de Olivares.

Esto sentó muy mal á Uceda; porque detrás del jóven conde veia al viejo cortesano don Baltasar de Zúñiga.

Sin embargo, Olivares conspiraba con Uceda y con el príncipe, contra Lerma.

Asi es, que se podia hablar con confianza.

—De muy mal humor venís, primo duque, dijo el príncipe á Uceda; y no está de mejor humor su alteza la señora princesa de Astúrias, ni de muy buen humor tampoco su majestad el rey nuestro señor, mi augusto padre. ¿Qué se dice por ahí? ¿qué se miente?

—Se extraña, señor, que habiendo caído el marqués de Siete Iglesias no haya caído el señor duque de Lerma; porque todos saben que el marqués y el duque son una misma persona.

—Ya se vé, dijo el príncipe; como ese bribon de Lerma tenia guardado para cuando le hiciese falta un capelo, y nada podemos hacer contra él, porque á un cardenal solo puede juzgarle el papa, y á más de eso, el rey mi augusto padre respeta tanto á las gentes de Iglesia, á las cuales en ciertos casos no debe respetarse, estamos atados de piés y manos.

—Pues yo creo, dijo Olivares, que si esto sigue, nos veremos obligados á huir los servidores de su alteza, y no tendrá nada de extraño que vuestra alteza misma se vea perseguido.

—¿Y qué hacer? ¿qué hacer? El rey me responde:—Dejadme en paz, bastante he hecho ya, no me pidais más, estoy acostumbrado al duque de Lerma; yo sé que me sirve bien, y que si me ha deservido ha sido á causa de los maleficios de Siete Iglesias.—Y no hay medio de sacar de esto á su majestad.

—¿Y si su majestad supiera que los asesinatos de que se acusa al marqués de Siete Iglesias están probados, y que estos asesinatos han servido para sostener al duque de Lerma? exclamó Uceda.

—¿Y dónde están esas pruebas? dijo el príncipe.

—En estos papeles, contestó el duque; pero estos papeles es necesario que no se pierdan, porque deben formar parte del proceso de don Rodrigo Calderon.

—¿Y qué vamos á adelantar con esto contra el duque de Lerma? dijo el príncipe.

—Que el rey acabe de desengañarse; que conozca que Lerma protegiendo á don Rodrigo, haciendo creer al rey que todo lo de que se acusa á don Rodrigo son calumnias de sus enemigos por perderle, se convenza de que don Rodrigo es un asesinó, y que muy comprometido debe estar en sus negocios Lerma cuando le protege.

—¡Ah! ¡ah! dijo el príncipe, en cuyos ojos brilló una chispa de repugnante alegría, ¿y podeis vos hacer, duque, que su majestad se convenza de que Lerma es tan traidor y tan miserable como Siete Iglesias?

—Sí, señor, contestó Uceda; conmigo tengo pruebas bastantes de dos asesinatos de Calderon.

—¡Dos asesinatos!

—Sí, señor, y muy recientes.

—¡Ya! ¡ese Agustin de Avila!

—Si, señor.

—¿Y el otro?

—Un ayuda de cámara de don Rodrigo.

—¡Ah! ¡ah! ¿y por qué mató don Rodrigo á su ayuda de cámara?

—Porque este habia matado á Agustin de Avila.

—¡Oh! buena manera de sepultar un secreto.

—Don Rodrigo es muy prudente.

—¿Y cómo mató á su criado?

—Con veneno.

—¿De quién se valió?

—De la querida de su criado, que es á fé una mujer hermosísima.

—¡Hermosísima! dijo el príncipe, cuyas narices se dilataron y se contrajeron como las de un animal carnívoro que olfatea una presa, al par que brillaba en sus ojos una mirada ardiente, y se contraía su boca de una manera particular y repugnante.

—Sí, sí, señor, hermosísima, repitió el duque cargando el acento.

—¡Ya! ¡alguna *ilustre fregona!* observó su alteza.

—Dama parece, y de las mejores en el vestir y en el hablar, y en tratar á las gentes.

—Pues no entiendo cómo una dama ha podido prendarse de su criado; aunque bien es verdad que nuestras damas de hoy andan dadas al diablo.

—Tal ejemplo les dan sus maridos.

—Pero sepamos; esa querida del criado de Siete Iglesias ¿es dama ó no lo es?

—Ha estado á punto de serlo de comedias; pero no ha pasado de bailarina, porque no servia para más.

—¡Cómo! ¿esa mujer ha andado en el teatro?

—Sí, señor, hasta que la sacó de él el conde de Frias.

—¿Y quién la entró?

—La Camila, que era su ama.

—Verdad es que la Camila ha tenido siempre hermosísimas

dóncellas; cuando yo iba á verla pedía siempre agua, solo por ver á la criada que traía á la Camila la batea para que me sirviese; yo debo conocer á esa muchacha.

—No, señor, la Anastasia, que así se llama, era ya muy mujer cuando vuestra alteza era muy niño, y dejó de servir á la Camila ha más de diez años.

—¿Qué estais diciendo, duque? Pues si ha más de diez años que esa mujer servía á la Camila, ¿cuántos tiene esta?

—¿Quién sabe los años que tiene la Camila? pero deben ser muchos, porque se acuerda de aquel famoso comediante Agustín de Cisneros, que floreció por los tiempos del señor rey don Felipe II, y que fué tan amigo del señor príncipe don Carlos.

—Imposible, dijo el príncipe don Felipe; la Camila tiene á lo más veinte y cuatro años.

—Ella se adoba, se pinta, se compone, señor, y logra pasar por muchacha; es además de esa casta de mujeres que nunca se ponen viejas, y por esto hay quien la llama la *dama jóven perpétua*.

—¡Oh, oh! pues yo la creía muy jóven, dijo el príncipe, á quien gustaba mucho más hablar de mujeres que de negocios.

—La Anastasia parece mucho más jóven que ella, y sin embargo, pasa ya de treinta años.

—¡La Anastasia! ¿y quién es la Anastasia?

—La querida, la envenenadora de Francisco de Juara, ayuda de cámara de don Rodrigo Calderon, y de quien este se había valido para matar á Agustín de Avila, dijo el duque volviendo á meter al príncipe en el terreno que le convenia.

—¡Ah! ¡sí! dijo don Felipe: ¿pero dónde están las pruebas de todo eso?

—Aquí, señor, dijo Uceda, dando al príncipe los dos papeles que aquella mañana le había vendido Anastasia.

—Esto es terrible, dijo el príncipe; cuando Dios quiere perder á un hombre, le vuelve loco.

—Don Rodrigo ha confiado siempre en su fortuna, y mucho más en el favor que su magestad concede al duque de Lerma.

—Mi augusto padre ignora todo esto; pero lo sabrá, sabrá quiénes son los hombres á quienes ha concedido su confianza, y os aseguro, Uceda, que mañana no despachará el cardenal duque de Lerma con su magestad.

Uceda tuvo bastante dominio sobre sí para no demostrar su alegría.

—Siento en el alma, dijo, tener que hacer daño á mi padre para servir lealmente á su majestad.

—¿Ahora os acordais de que Lerma es vuestro padre? dijo con una involuntaria, pero marcada grosería, el príncipe: pues hace un momento hablabáis de él ni más ni ménos que si hubiérais hablado de un extraño.

—Y en verdad, señor, respondió sin alterarse Uceda, es completamente extraño para mí quién desirve á su majestad.

—Y decidme, duque: ¿está presa esa mujer, esa Anastasia?

—No, señor.

—Sin embargo, estos papeles la acusan.

—Ciertamente.

—¿Y por qué no la habeis mandado prender? ante todo es la justicia.

—Indudablemente, señor, pero...

—¡Ya! os ha parecido demasiado hermosa para entregarla al verdugo: ¿no es verdad?

—Yo no miro la hermosura, señor, cuando se trata de la justicia.

—Es verdad; pero en fin...

—No he podido haberla á las manos.

—¿Pues no os ha vendido esos papeles?

—Sí, señor, por tercera persona.

—¿Y por qué no habeis echado mano á esa tercera persona?

—Habia empeñado mi palabra de dejarla libre.

—¿De modo que?...

—Anastasia Picazo se ha perdido llevándose algunos talegos llenos de oro.

El príncipe suspiró.

—Es lástima, dijo.

—Si vuestra alteza quiere que se la busque, se la buscará; pero creo que todo será inútil.

—No, no; que se vaya: así como así el que roba á un ladrón tiene seis años de perdon, y al que mata á un asesino, en vez de castigo debiera dársele premio: ¿qué decís á esto, Olivares? Estais callado como un muerto.

—Oigo, señor, y digo que vuestra alteza tiene mucha razon; así como que, mi amigo Uceda es uno de los más leales vasallos de su magestad.

—¿Habeis conocido á esa Anastasia Picazo, conde?

—Sí, señor.

—¿Y cómo la habeis conocido?

—Soy grande amigo del conde de Frias, que la mantenía, y con este he ido muchas veces á la casa de ella.

—¿Y nunca habeis ido solo?

—Algunas veces, señor.

—¡Ah! ¡ah! ¿y es muy hermosa esa mujer?

—Mucho.

—¿Mucho más que doña Ana de Contreras?

—Mucho ménos, señor.

—Vamos: será tan hermosa como la marquesa de la Fávara.

—No tanto, señor, no tanto.

—Pues entonces, ¿dónde está esa encantadora hermosura, si doña Ana y la marquesa le aventajan?

—Es que vuestra alteza la ha puesto en punto de comparacion con las dos más hermosas damas de la córte, y tal vez de España.

—¡Oh! en verdad, en verdad, que es una diosa doña Ana de Contreras, dijo el príncipe con entusiasmo; y ¡oh! ¡oh! no hay que despreciar á la marquesa de la Fávara, es una magnífica bacante: ¿no es verdad, duque, no es verdad, conde, que el hombre que se vea amado á un tiempo por esas dos mujeres, debe considerarse dichoso?

—Indudablemente, señor, dijo Uceda.

—Y si además es amado por un ángel encarnado en una princesa, debe considerársele el mortal más feliz de los mortales.

—¡Adulador! dijo el príncipe dando un golpecito en el hombro á Olivares: pero voy, voy á llevar estos papeles á su magestad; todavia debe estar despachando Lerma: delante de él, ¿no es esto? Así evitaremos el que luego á solas con el rey haga de modo que quede bien: su magestad quiere tanto á Lerma, que no parece sino que Lerma le ha embriagado.

—La costumbre, señor, dijo Olivares: su magestad ha visto á su lado desde que tiene uso de razon á Lerma, y es muy natural el afecto que le profesa.

—Pero ante todo el rey es rey, representacion de la justicia de Dios en la tierra, dijo con énfasis Felipe IV.

—Por supuesto, señor, dijo Uceda; ¿quién puede dudarlo?

—Pues bien: voy á ver á su magestad, contando con la justicia de su magestad: esperadme aquí, señores.

Y el príncipe salió.

—¿Qué decis de esto, don Gaspar? preguntó Uceda á Olivares

—Digo, don Francisco, que ya podeis contaros secretario del Despacho Universal, contestó Olivares.

—Lo siento.

—Bien lo creo.

—Al fin es mi padre.

—Os veis obligado.

—Teneis razon: ese don Rodrigo...

—¿Y qué quereis? Al fin es hijo de vuestro padre, é hijo...

—Nada importaria si fuera buen hombre.

—Le ha desvanecido la soberbia.

—Y la codicia y la lujuria: creo que mi buen hermano tiene sobre sí los siete pecados mortales, y una iglesia por asilo para cada uno de ellos.

—¿Y qué pensais hacer? digo, si me tratais con bastante confianza.

—¿Con don Rodrigo?

—Si.

—Al fin y aunque no lo sepa todo el mundo, es mi hermano.

—Habeis echado sin embargo sobre él bastante peso.

—Para que no pueda levantarse; pero no echaré sobre él la tierra de la sepultura.

—Dicen que no han podido prenderle.

—Sabia yo donde estaba cuando el rey firmó la orden de prision, y envié á prenderle á su casa; pude hacer embargar las grandes riquezas que en su casa tenia, y no lo he hecho: esas riquezas han salido ya de Madrid y nadie lo ha estorbado, ni nadie las detendrá en el camino; se á donde está escondido don Rodrigo, y no se le prenderá: ¿qué mas quereis?

—Quiero que no os veais obligado á arrostrar por todo.

—No será mia la culpa.

—Lerma puede mucho con el rey, y mucho con Lerma don Rodrigo.

—Suya será la culpa de lo que suceda.

Y los dos cortesanos siguieron hablando largamente del asunto en cuestion.

Al cabo de una hora volvió el príncipe rebosándole la mirada alegría.

—Duque, dijo, sois secretario del Despacho Universal; id al momento á presentaros á su magestad: tomad esos papeles que me disteis y que ya han producido su efecto, y haced que se unan al pro-

ceso de don Rodrigo: id, id; vos, Olivares, quedaos; tengo que hablaros.

Uceda salió aturdido por aquel resultado que no esperaba tan fácil.

—¡Ah! murmuró para sí Olivares viéndole alejarse; tú has echado de una manera terrible de lo alto á los que te estorbaban; ¿quién sabe cómo caerás mañana tú?

—¡Eh! ¿qué tal? dijo el príncipe lleno de vanidad; me parece que ya soy algo rey: trabajo me ha costado; agarradillo estaba el favorito á mi augusto padre; pero he vencido.

—No podía esperarse menos.

—Estoy de muy buen humor y quisiera aprovecharle; creo que ha de soplarme bien la musa: vamos á hacer un madrigal á la hermosa doña Ana de Contreras.

---

## CAPITULO LIX.

---

De lo que pasó entre el rey, el príncipe y Lerma.

El rey estaba gravísimamente resentido con Lerma por aquello de la púrpura.

Aunque no era muy largo de entendimiento Felipe III, alcanzaba lo bastante para comprender que si Lerma se habia puesto fuera del alcance de su poder, era sin duda porque tenia motivos para temer el poder del rey.

Felipe III, que era hombre de bien, no podia comprender que Lerma le temiese no siendo un pícaro.

Y esto de que un pícaro se le escapase vestido de cardenal, era cosa que irritaba al bueno de Felipe III, que no se irritaba nunca.

Habia en lo de haberse vestido de cardenal el duque de Lerma otra cosa que incomodaba mucho á Felipe III, que era un monarca muy rígido en materia de etiqueta, como todos los de la casa de Austria.

Lo que incomodaba á Felipe III, era que Lerma desde que se habia vestido de encarnado, no se arrodillaba en un cojin sobre un escabel para dar cuenta en el despacho.

Como cardenal, no podia arrodillarse ante ningun poder humano que no fuese el papa.

Y esto de que Lerma le diese cuenta de pié, molestaba, quemaba-

ba la sangre al rey, mucho más que lo que nos molestaría que nuestro aguador se metiese en nuestro gabinete y nos hablase con su sombrero puesto.

*Vanitas, vanitatem*, que dijo un sabio.

Pero la verdad es, que Felipe III no podía pasar aquello, y ponía á Lerma toda la peor cara que podía.

Sin embargo, no se atrevía á despedirle, ni pensaba en ello.

Estaba acostumbrado á Lerma, y para Felipe III la costumbre era una gran cosa.

Lerma, á quien algunos dias antes hubiera causado un pavor mortal la seriedad del rey, no se aterraba entonces por si mismo; porque como cardenal, era inviolable para todos los poderes, menos para el poder del papa, que de la misma manera que hace un cardenal, lo deshace.

Pero se aterraba por don Rodrigo Calderon, á quien amaba sobre todo en la tierra.

Sin don Rodrigo Calderon, Lerma hubiera sido menos rapaz, menos infame, menos traidor al rey y á la patria.

Don Rodrigo habia sido su demonio: siempre insaciable, no le habian bastado honores, ni poder, ni riquezas.

Ya lo hemos visto: don Rodrigo habia sido el verdadero rey de España, gracias al dominio que ejercia sobre Lerma, y á la influencia que Lerma habia ejercido sobre el rey.

A no existir ambiciosos como Uceda, como Olivares, Zúñiga y otros, sabe Dios hasta qué punto hubiera llegado la rapacidad, la injusticia, los desórdenes, los escándalos y los crímenes bajo el reinado de Felipe III.

Pero la ambicion de los unos reprime la de los otros, y cuando la voz de la lealtad, del honor y de la justicia están mudas, la ambicion y la infamia hablan en nombre de lo justo, de lo digno y de lo conveniente, en la guerra á muerte que se hacen los ambiciosos.

Así es muy frecuente que hablen como santos para acusar á sus enemigos que están en el poder, los mismos que cuando los vencen y los sustituyen, se muestran peores que lo que los vencidos lo fueron.

Los reyes están aislados de su pueblo por múltiples y espesas barreras: no ven, no pueden ver, y reyes tan honrados y tan buenos como Felipe III, pueden ser muy bien, y lo son, una calamidad para su pueblo; porque todo lo ven alterado y desfigurado por sus favoritos.

Hemos dicho que Felipe III estaba sério con el duque de Lerma, y como Felipe III se enojaba difícilmente, como no tenia costumbre de enojarse, su enojo cuando aparecia era formidable; se comprendia claro por él que queria reprender, castigar, y que no se atrevia porque le costaba mucho trabajo creer en la infamia y en la deslealtad de los que tanto habia favorecido: ó más claro: que no queria creer que hombres tan favorecidos por él le hiciesen traicion.

Además de esto, aunque anegada por su buen carácter, tenia toda la soberbia de la casa de Austria, de que tan terribles muestras dieron su padre Felipe II y su abuelo Cárlos V, y la soberbia en los séres débiles es mucho más temible que en los fuertes.

Se sublevaba en Felipe III un no se qué, que él mismo no comprendia cuando pensaba que se habia abusado del poder real y que á su nombre se habian cometido infamias. Esto desesperaba á Felipe III, porque le violentaba, porque le obligaba á obrar para no ponerse en lucha con su conciencia, y Felipe III era indolente hasta un grado extremo en el cuerpo y en el alma.

Así es, que tal cara tenia puesta el rey, con tal empacho hablaba con Lerma, que este, que le conocia demasiado, temblaba, no por sí, porque en los momentos precisos se habia amparado de un poder fuerte puesto fuera del alcance del poder real, sino por don Rodrigo, que como hombre casado no habia podido encajarse tambien en la púrpura, y estaba completamente y sin defensa bajo el poder del rey.

Felipe III despachó de muy mala gana los pocos y sencillos negocios, que cauto Lerma le habia-llevado al despacho, y cuando el cardenal duque haciendo una profunda reverencia, pidió permiso al rey para retirarse, este haciendo un penoso esfuerzo, como aquel á quien cuesta gran trabajo decidirse á una cosa necesaria que le contraria, le dijo:

—Esperad, cardenal.

Pronunció de tal manera, con tal acento de reproche, y aun de indignacion la palabra cardenal el rey, que Lerma se estremeció de los piés á la cabeza y tuvo miedo aun por sí mismo.

Temió que Felipe III fuese un sér fuerte cuya, fortaleza habia dormido hasta entonces, desconocida hasta de él mismo: temió que la sangre de raza se sublevase de improviso en el rey y apareciese de repente ante él el terrible emperador Cárlos V, que llegó hasta el punto en sus diferencias con al papa de enviar á Roma un ejército con órden de tomar á escala franca la ciudad eterna, y de pren-

der al sombrío Clemente VII y encerrarle en el castillo de Sant Angelo.

Para reyes emperadores como Cárlos V, no habia poder inferior á ellos, más que el de Dios.

Si Cárlos se sublevaba en Felipe III, la púrpura no era más que un traje inútil para el duque de Lerma.

Por esto se habia estremecido.

Habia en los ojos del rey algo que él no habia visto nunca; la mirada del leon furioso.

—¿Por qué, dijo el rey con el acento lleno, con algo de airado aunque un poco trémulo; por qué sin mi consentimiento habeis impetrado de nuestro santísimo padre el capelo?

—Mis pecados, señor, me llamaban á la Iglesia, contestó sosteniendo á duras penas la firmeza de su voz, el cardenal-duque.

—¿Y para hacer penitencia no habeis encontrado en la Iglesia otro puesto que el de cardenal, teniendo tan cerca de vos conventos de capuchinos? ¡Siempre la soberbia, duque!

—Me parece que vuestra magestad está disgustado de mí, dijo Lerma, cuya soberbia sobrepujó á su miedo.

—¿Disgustado, decís? eso es poco; más que disgustado, irritado, ofendido, lastimado; porque me habeis obligado á irritarme contra vos; á ofenderme de vuestras acciones.

Y habia algo de cariño en el acento del rey.

Lerma alentó un tanto.

El rey parecia ablandarse.

—Culpad á mis enemigos, señor, de lo que he hecho.

—¡A vuestros enemigos!

—Sí, sí, señor; á mis enemigos.

—¿Pues qué parte han tenido ellos en lo que habeis hecho?

—Me han rodeado de asechanzas; me han calumniado ante vuestra magestad: he tenido miedo de verme tratado como el marqués de Siete Iglesias.

—¿Pues qué, dijo el rey volviendo á su entereza, habeis sido vos tan desleal, tan criminal, tan mal hombre como don Rodrigo Calderon? Dejadme que lo dude; yo no puedo creer sino que don Rodrigo os ha engañado como me ha engañado.

—A don Rodrigo le han perdido los fáciles oídos que vuestra magestad ha dado á nuestros enemigos.

—¿Cuántas son las personas que caben en ese *vuestros*? dijo severamente el rey.

—En ese *vuestros*, señor, perdonadme, la primera persona es su alteza.

—¿De modo que vos creéis que nuestro muy querido hijo el señor príncipe de Astúrias es vuestro enemigo?

—Su alteza ha sido engañado, señor.

—¿Y las pruebas, las pruebas de la rapacidad, de la deslealtad, de los crímenes del marqués de Siete Iglesias?

—Calumnias de sus enemigos.

—¿Y le calumniaba también la pobre mujer que con sus hijos huérfanos vino ayer á arrojarle á nuestros pies, la viuda de ese Agustín de Avila horriblemente asesinado?

—¿Y por qué había de pesarle la vida de ese hombre á don Rodrigo Calderón? Pero se cometió el asesinato, su autor no ha aparecido, y los enemigos del marqués de Siete Iglesias no han encontrado otra persona á quien atribuir ese crimen que al marqués de Siete Iglesias: lo han dicho á la viuda, á no dudarle; esta lo ha creído, porque el dolor lo cree todo, y ha venido á traer su queja á los pies de vuestra majestad; pero esto no es creíble: si se hubiese encontrado muerto ayer al duque de Uceda, á don Baltasar de Zúñiga ó á cualquiera otro de los grandes señores de la corte que nos han hecho y nos hacen tenazmente la guerra, se comprendería el interés que don Rodrigo hubiera podido tener en su muerte.

—¿Y la alevé carta al duque de Buckingham firmada por vos y por don Rodrigo? dijo el rey.

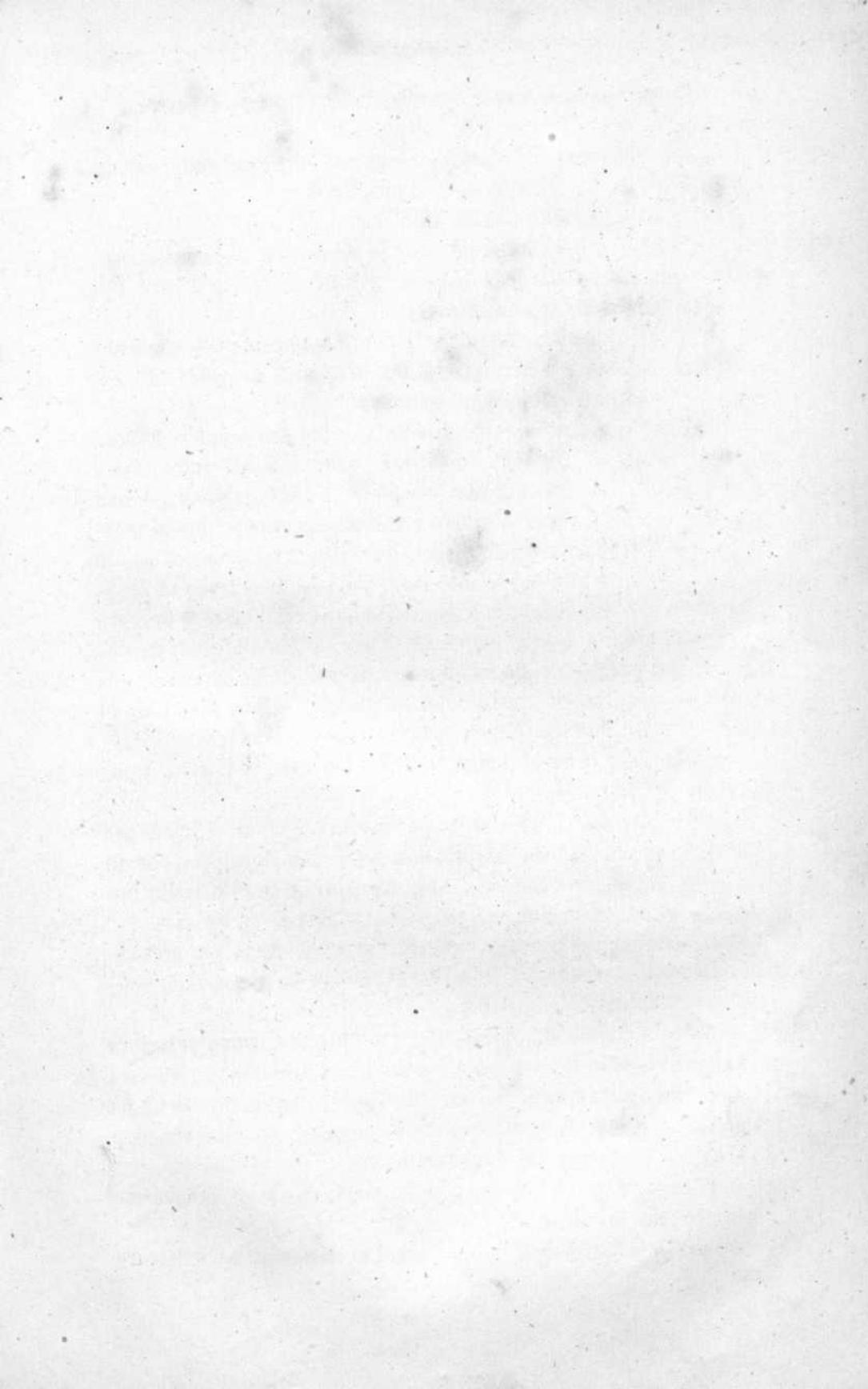
—Firmada también por el duque de Uceda; por el único por quien esa carta se supuso: carta firmada por don Rodrigo y por mí para que el duque de Uceda confiase, afirmase, y de este modo nos procurase para con vuestra majestad una prueba de su traición.

—¿Y cómo es, dijo el rey, que en vez de haberme vos presentado esa carta acusando á Uceda, Uceda me la ha presentado acusandoos á vosotros?

—No lo comprendo, señor, sino por un audaz golpe de mano: esa carta ha debido ser robada á don Rodrigo, presentada á vuestra majestad inmediatamente: y como don Rodrigo ha huido, yo no he podido saber cómo esa carta, que existía en poder de don Rodrigo, á ido á dar en las manos del duque de Uceda.

—Todo es oscuro é infame, y yo no puedo menos de indignarme al conocer tales manejos.

—Don Rodrigo tiene sin duda pruebas bastantes para descargarse.





Suplico á V. M. lea estos dos papeles.

—Y entonces, ¿por qué huye?

—Por miedo á la implacable ira de nuestros enemigos.

—Creo que he estado muchos años durmiendo, y cuando despierto me encuentro mis reinos mal gobernados, entronizadas las injusticias, á don Rodrigo huido, y á vos que se me os escapais metiéndoos en la Iglesia: sin embargo, teneis aun el Despacho Universal.

—Si á vuestra majestad le pesa... dijo Lerma, volviendo á su soberbia.

—No, no es eso: lo que quiero es que seais una vez leal conmigo: que os acordeis de que todo lo que sois me lo debeis.

—¿Y qué, señor, no he sacrificado yo mi vida á vuestra majestad? ¿Tengo más que lo que tenia?

—En cambio, don Rodrigo Calderon es marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, comendador de Santiago; tiene uno y otro regimiento perpétuo; uno y otro oficio lucrativo; ha llegado á reunir riquezas, que no ha tenido jamás ningun vasallo, y que aventajan á nuestra hacienda; vive á lo gran señor con un lujo escandaloso, y todos ayer le respetaban más que á nuestra persona, y mandado hoy prender y fugitivo aun le temen: ved, ved ahí que él ha cogido el fruto de vuestras traiciones y de mi confianza en vos.

—La calumnia nos mata, dijo completamente aterrado el duque de Lerma sintiéndose poco seguro dentro de su púrpura, que como sabemos, llevaba audazmente cuando aun todavia no se la habia concedido el papa, gracias á los buenos oficios de su tío el cardenal arzobispo de Toledo.

—En aquel momento un ugiere dijo á la puerta de la cámara anunciando:

—Señor, su alteza el señor principe de Asturias.

Poco despues entró el principe, aterrando al duque de Lerma. Adelantó, hincó una rodilla en tierra, se levantó y dijo al rey:

—Suplico á vuestra majestad haga permanecer aquí al cardenal-duque.

—¿Y á qué propósito? dijo el rey.

—Suplico á vuestra majestad lea estos dos papeles, dijo dando al rey dos que sacó de su bolsillo.

Era el uno la orden de don Rodrigo á Anastasia Picazo, en que la mandaba envenenar á Francisco de Juara: el otro la declaracion de este mismo, de que don Rodrigo le habia mandado matar á Agustin de Avila.

El rey palideció de indignacion, como hubieran palidecido en igual caso el emperador ó el rey Felipe II: solo que como en Felipe III estaba degenerada su raza, la explosion no fué tan terrible como lo hubiera sido la de aquellos dos tremendos monarcas.

Cárlos V hubiera hecho degollar á Lerma en la plaza pública, á pesar del capelo, y Felipe II, un poco más prudente, le hubiera mandado dar garrote á Montigni en el fondo de un calabozo, sin más testigos que un fraile agonizante, el verdugo y un escribano para dar fé. Felipe III se contentó con decir á Lerma:

—Idos y no volvais á aparecer en mi presencia, porque os pudiera pesar.

Esto, sin embargo, y teniendo en cuenta que el rey se llamaba Felipe III, y el ministro Lerma, era cuanto podia esperarse.

El duque se apresuró á salir.

—Y bien, dijo el rey; ¿á quién confío yo ahora mi Despacho Universal? ¿de quién podré fiarme, cuando veo claro que ese hombre á quien yo amaba, por quien tanto he hecho, en quien tanto he confiado, me ha sido traidor?

—Hay un vasallo leal, señor, á quien debemos la prueba de las traiciones de esos miserables: el duque de Uceda.

—Bien, bien, dijo el indolente Felipe III; vos teneis tanto interés como yo en la buena gobernacion de nuestros reinos; ¿os inspira confianza el duque de Uceda? pues bien, que venga el duque de Uceda cuanto antes, y concluyamos: estoy cansado; y todavía no he rezado mis horas: id, hijo mio, id.

El principe salió contentisimo y fué á llevar, como sabemos, esta gran noticia al duque de Uceda.

---

---

## CAPITULO LVI.

---

De cómo el príncipe de Astúrias cambió como una veleta, al soplo de doña Ana.

Aquella noche don Rodrigo salió disfrazado y á caballo, acompañado de algunos criados fieles para Valladolid.

Doña Ana le habia prometido ir á reunirsele si no lograba poner de parte suya al príncipe de Astúrias.

«Iré á buscaros, le habia dicho en una carta, aunque para ello me vea obligada á escaparme de casa de mi padre: sois mi vida.»

Don Rodrigo que estaba locamente enamorado de doña Ana, besó esta carta, y con ella sobre el corazon, se puso en camino, como se lo suplicaba doña Ana.

Aquella noche fué á visitar á esta el príncipe don Felipe.

La encontró seria y triste.

El príncipe iba muy galanamente vestido.

Doña Ana estaba hermosísima con su estudiado desaliño.

Don Felipe se acercó á ella y pretendió asirla una mano para besársela.

—¡Ah! ¡no! dijo doña Ana retirando vivamente su hermosa mano.

—¡Ah! dijo el príncipe: ¿no quereis, señora que, rinda homenaje á vuestra hermosura?

—Aun no, dijo doña Ana; necesito tener antes la seguridad de que me amais.

—¿Pues si no os amara me encontraría aqui?

—Creo valer lo bastante para que un rey por poderoso que se me busque y se crea feliz con encontrarme.

—Pues ved ahí, dijo el príncipe: yo os busco y no os encuentro.

—Sí, sí, pardiez, señor; pero me encontráis enojada.

—¿Contra quién?

—Contra vos.

—¡Contra mí!

—Sí por cierto: me habeis ofendido.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Pero cómo, señora, si os adoro he podido ofenderos?

—Dicen que ha sido depuesto por su magestad el duque de Lerma.

—Y qué os importa á vos de eso?

—Mi padre lo debe todo al duque.

—Pero el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias son una misma persona, y me temo mucho que no sea por Lerma sino por don Rodrigo, por quien vos os interesais.

—¿Qué me importa don Rodrigo?

—Hánme dicho que le amais y os ama.

—Eso os lo habrá dicho sin duda el duque de Uceda.

—El duque de Uceda es uno de mis más leales servidores.

—Que dió lugar dejándose sorprender hace algunas noches, á que penetrase en mi aposento la princesa, mi señora, buscándoos, y me afrentase.

—¿Y habeis tomado por eso ojeriza al duque?

—Más que ojeriza: odio de todó corazón.

—¡Pobre duque!

—No tan pobre, cuando se vé elevado á todo lo que ambicionaba: á secretario del Despacho Universal.

—Merece serlo.

—Pues yo no quiero que lo sea.

—¡Señora!

—No, no quiero que lo sea.

Miró el príncipe con un creciente asombro á doña Ana, en quien habia visto levantarse de repente un poder que pretendia hacerse respetar y obedecer.

—Al rey corresponde nombrar sus ministros, señora, dijo el príncipe aturdido.

—Y á mí el aceptar vuestro amor ó no aceptarlo.

—¿Pero por qué me ha de perseguir hasta aquí la política?

—Porque sois rey.

—Aun no.

—El rey está muy enfermo.

—Dios guarde la vida de su magestad muchos años.

—Amen. Pero es casi seguro que dentro de muy poco tiempo sereis rey.

—El rey es aun jóven señora: ya veis, cuarenta años.

—La edad no hace al caso; hay jóvenes viejos: por ejemplo, vos teneis quince años; ¿no es esto? y sin embargo pensais y hablais como un hombre de treinta: yo tengo veinte años, y soy mucho más jóven que vos.

—La hermosura siempre es jóven.

—No, no es eso: yo tengo el corazon vírgen, y vos le teneis estragado: esto ha sido la obra de infames favoritos: sois niño y pareceis viejo; teneis poca edad, pero os han enseñado mucho.

—Han debido instruirme.

—Pero no han debido instruiros en lo malo.

—¿Sabeis, señora, que me hablais con una lisura que espanta?

—Con mucha más lisura me habeis pedido vos que sea vuestra amiga.

—Creo que habeis convenido en ello.

—Sí, pero con el firme propósito de ser vuestra señora.

—¡Ah! ¡ah! ¡mi señora! ¿pues qué, no sois señora de mi alma?

—No basta, no basta aun: de vuestros reinos.

—¡Oh! exclamó el príncipe en el colmo del asombro.

—Pues qué, ¿habia yo de resignarme á ser vuestro juguete por algun tiempo, para quedar despues deshonorada, despreciada y reducida á encerrarme con mi vergüenza en un convento? no señor, no: yo no seré vuestra sino para ser vuestra señora; de otro modo salid y no volvais á acordaros de mí.

—¿Pero quién os aconseja, señora? exclamó desconcertado el príncipe.

—Mi altivez, exclamó con una gran energia doña Ana; mi altivez y mi amor.

—¡Vuestro amor! ¡vuestro amor! ¿por quién? se apresuró á exclamar el príncipe.

—Mi amor por vos, contestó doña Ana mirándole lánguidamente.

—¡Por mí, y me desesperais!

—Quiero saber si soy verdaderamente amada.

—¿Y podeis dudarlo?

—Sí; mientras no tenga pruebas.

—¿Y qué pruebas quereis?

—Ya os lo he dicho, quiero ser reina.

—Esa es una locura, doña Ana; al amo le asustan los negocios.

—Es que yo soy ambiciosa.

—¡Vos!

—Sí, yo: ¿qué tiene esto de extraño? ¿no es ambicioso Uceda, que vale bien poco? ¿no es ambicioso Olivares, que vale menos? ¿No son ambiciosos todos los que andan en la córte? ¿creeis que no podria yo aconsejaros mejor que ninguno de ellos?

—Sí, sí, dijo el príncipe; ya sé que sois sábia, que sabeis gramática, que haceis versos; y á propósito: ¿qué os ha parecido el madrigal que en nombre mio ha debido traeros Olivares?

—Que ha debido componerlo Olivares; porque es muy malo.

—Cruel estais conmigo, doña Ana, dijo contrariado el príncipe: recuerdo que en otra ocasion dijisteis de unas octavas mias, que eran reales tan solo porque las habia escrito yo.

—¿Quereis que os engañe y que os lisonjee?

—No por mi vida: decidme siempre la verdad, pero decidme que me amais.

—Que os amo ya os lo he dicho.

—Pues bien, señora, no me desesperéis.

—No os desespero.

—Me pedis imposibles.

—Imposibles habeis de hacer si quereis que yo premie vuestro amor.

—Los imposibles solo los hace Dios, señora, contestó el príncipe impacientándose.

—Y el hombre á quien yo amo.

—¿Pero qué deseais, señora?

—Que el rey vuelva á su favor al duque de Lerma.

—Eso no puede ser, señora; el duque de Lerma es enemigo mio; y á más de eso, yo he sido quien más ha contribuido para que el duque de Lerma caiga de su privanza.

—Contribuid á que vuelva á ella.

—¿Pero qué os vá en esto?

—A más de lo que mi padre y yo debemos al duque de Lerma, saber qué por mi habeis hecho un gran sacrificio.

—Acabareis por desesperarme.

—Pues ved cómo ha de ser, señor; porque si os negais á complacerme, creeré que no me amais.

—Yo os juro...

—No creo en juramentos.

—¿Es decir que me creéis traidor? dijo ofendido el príncipe.

—No, no señor; creo que ahora estais enamorado de mí; pero veo que no lo estais tanto que por mí hagais un sacrificio, y no quiero sentenciarme á ser abandonada: todo lo que no sea contar con vuestro amor para toda mi vida, lo rechazo, me ofende: quiero ser para vos lo que fué para vuestro grande abuelo la princesa de Eboli.

—Doña Ana de Mendoza y de la Cerda engañaba á mi grande abuelo el rey don Felipe II, amando con toda su alma á Antonio Perez, lo cual trajo grandes trastornos á estos reinos, y grandes disgustos á mi augusto abuelo.

—Yo no amaré á nadie más que á vos.

—Pues dicen que andais enamorada de don Rodrigo Calderon.

—Dícelo eso Uceda porque quiere indisponeros conmigo; por lo mismo yo no seré vuestra hasta que Uceda haya sido desterrado por lo menos: tengo empeñado un duelo á muerte con ese hombre: vos no quereis ayudarme en ese duelo; pues bien, separémonos; olvidémonos de que nos hemos conocido.

El príncipe sudaba: se ponía pálido y encendido alternativamente: estaba asustado.

Pero doña Ana le dominaba; y no sabia separarse de ella.

—¿Es decir que quereis partir mi poder?

—Sí señor, quiero que lo partamos todo; el alma, la vida, el poder, hasta la salvacion: de otro modo no conteis conmigo.

—¿Estais enteramente decidida?

—De todo punto, señor.

—¿Y si yo no os ayudase contra Uceda ni favoreciese á Lerma? dijo el príncipe.

—Comprenderia que no me amábais, y todo quedaria terminado entre nosotros: no volveriais á verme.

—¡Oh, sí! os veria, porque iria á buscaros hasta el centro de la tierra.

—Pero no iriais á buscarme hasta el fondo del claustro.

—¿Quién sabe, señora?

—Es decir, que os atreveriais por mi contra Dios, cuando no os atreveis por mi contra Uceda.

Esta respuesta causó una grande impresion en el principe.

—Teneis razon, la dijo: os adoro; por vos me atrevo á todo; y bien mirado, ¿qué más dá Uceda ó Lerma? tan malo es el uno como el otro; porque podemos cambiar de ministros, pero no cambiaremos de traidores: hace mucho tiempo que el rey está siendo el pretesto para el engrandecimiento de ambiciosos, y en vano es buscar hombres leales, porque no se les encuentra ni para un remedio: ¿tendreis compasion de mí, doña Ana, premiareis mi amor si os ayudo en vuestro duelo contra Uceda?

—Seré vuestra alma, vuestra vida, vuestro amor, el dia en que el duque de Lerma vuelva á la gracia del rey.

—¿Pero por qué ese empeño, doña Ana, por qué ese empeño?

—Porque quiero saber cuánto me amais, cuánto sois capaz de sacrificar por mí: por eso os pido lo que es muy difícil; porque tendreis que luchar con grandes intrigas: no importa: si no os cansais de la lucha, si triunfais, sabré que puedo confiar completamente en vos.

—Os doy mi palabra de que haré por vos imposibles.

—Pues bien, hacedlos, señor, y cuando los hayais hecho volved.

—¿Es decir que me echais á la calle?

—Ya os he dicho cuanto tenia que deciros: todo lo que hablásemos más, seria repetir lo que ya os he dicho. Además, estoy cansada y quiero recogerme.

—Pues adios, señora, dijo fuertemente contrariado el principe: ¿cuándo volveré á veros?

—Cuando el rey vuelva á dar al duque de Lerma el Despacho Universal.

El principe asió una mano de doña Ana que esta no retiró, se la besó, y salió irritado.

Era la eterna historia de siempre: la favorita que dominaba al rey é influia gravemente en los negocios públicos: esto es, las pasiones humanas sobreponiéndose á la justicia.

Olivares, que como ambicioso que empezaba su carrera, era audaz, porque quien no es audaz no medra en la córte, donde valen más audacia y astucia que merecimientos, habia adelantado hasta la puerta del camarín de doña Ana, y habia oido toda la conversacion de esta y del principe.

—¡Diablo! dijo retirándose á tiempo para que al salir el prin-

cipe no le sorprendiese escuchando; me parece que le buscan seriamente el bulto á mi buen amigo Uceda: ¿me conviene avisarle ó no? ¿por qué es esta mujer enemiga de Uceda, y por qué se pone tan de parte de Lerma? Sin duda porque ama á don Rodrigo: bien, poseemos un secreto más de su alteza, guardémosle: calma y paciencia, y veamos por donde sale esto.

Olivares era enemigo de Uceda, aunque en la apariencia le ayudaba, por la única razon de que Uceda ocupaba el puesto que él deseaba ocupar.

El príncipe se fué al alcázar, y se metió de muy mal humor en la cama.

Pasóse la noche en vela, viendo de qué manera acometeria al dia siguiente á su padre en daño de Uceda y en favor de Lerma.

Entretanto, don Rodrigo, causa de los apuros en que el príncipe se encontraba, hacia rápidamente el camino de Madrid á Valladolid, seguro de que no seria detenido.

Uceda dormia tranquilamente con el sueño de la ambicion satisfecha.

Lerma se revolvia en su lecho, y cualquier ruido pasajero le asaltaba, porque lo creia el de los pasos de los que iban á prenderle de órden del rey.

El bueno de Felipe III dormia muy bien, con la conciencia tranquila, satisfecho de sí mismo, porque creia haber hecho una gran cosa en pró de sus reinos y de la justicia, echando abajo á Lerma y poniendo en su lugar á Uceda.

Apenas se habia levantado el rey por la mañana, bastante temprano, segun su costumbre, cuando le anunciaron una visita de su hijo.

—¿Por qué se habrá levantado don Felipe tan temprano? dijo el rey, que no reconocia imperio mayor que el de la costumbre: ¿qué sucederá?

A poco entró el príncipe, le besó la mano, le preguntó cariñosamente por la salud, y se mostró con él como el hijo más apasionado de su padre.

El bueno de Felipe III se alegró mucho con las demostraciones de cariño de su hijo.

Felipe III era un alma huérfana: estaba solo en el mundo sobre un trono.

El príncipe le habló del sermon que habia predicado el dia antes en Santo Tomás el padre maestro T... de la plática que habia he-

cho en los capuchinos de la Paciencia el virtuoso padre C...; de una escopeta de dos cañones que le habian traído de Bruselas; de una partida de montería que proyectaba en Balsain, y de otra infinidad de cosas de poco monta, antes de hablarle de negocios públicos, á los que trajo con maña la conversacion. Porque el príncipe don Felipe no carecia de talento, aunque este fuese superficial.

—Es ciertamente una pérdida cuando se trata de montería, dijo, el duque de Lerma: es muy entendido en todo lo que corresponde á la caza de las fieras mayores: tira muy bien, y nadie como él sabe preparar un ojeo.

—Es ciertamente una gran lástima, dijo el rey, que nos hayamos visto obligados á despedir al duque: es un grande hombre de Estado: y la verdad es que yo he tenido que pensar muy poco en la gobernacion de mis reinos, cuyo peso ha gravitado enteramente sobre sus hombros.

El príncipe callaba y escuchaba con el semblante placentero al rey.

Esto animó á Felipe III que amaba, aunque no fuese más que con un amor de costumbre, á Lerma.

El príncipe habia sido la causa más grave de la caída de Lerma.

—Y todo consiste, dijo el rey, en el mucho cariño que el duque profesaba y profesaba á ese insensato marqués de Siete Iglesias; pero no puedo creer que Lerma me haya sido desleal.

—¿Y quién puede creer eso? dijo el príncipe con el alma llena del candente recuerdo de doña Ana: desleal no; todo consiste en que ha sido alucinado por don Rodrigo.

—Ya lo creía yo así, dijo el rey; pero tanto y tanto se me ha dicho contra Lerma...

—Bien, sí, sí señor, dijo el príncipe; no digo que no haya sido conveniente la separacion del duque del despacho; pero de cierto modo, sin demostrarle una gran severidad; sin alejarle de la corte; puede alegarse que al tomar la púrpura el duque, parecia indicar que queria retirarse de las cosas del mundo, y que por esto...

—La verdad es, dijo el rey que aprovechaba aquella ocasion para volver por Lerma, la verdad es que á mí se me ha ostigado; se me ha obligado, se me ha violentado.

—Yo no he pretendido violentar á vuestra majestad.

—Lo habeis hecho con la mejor intencion del mundo; pero no con tan buena intencion el duque de Uceda: en fin, hay mucho de

malo, de perverso en esta guerra de un hijo contra un padre: yo no puedo desconocer esto: un hijo debe respetar siempre á su padre, aun dado el caso de que su padre sea un mal hombre, ó de que obcecado favorezca á pícaros.

—El duque de Uceda estaba impaciente por servir á vuestra majestad, dijo el príncipe que hasta entonces habia ayudado á Uceda contra Lerma, y que desde que Uceda habia subido, habia empezado á conspirar contra él en favor de Olivares; esto es, del hombre que más le adulaba y más satisfacía sus vicios.

—Pues no quiero, dijo el rey, tales impaciencias; tan bien pueden querer servirme que lo echen todo á perder: estoy cansado, en fin, de esta guerra palaciega que me han hecho sufrir desde antes de haber empezado á reinar: vos tambien, antes de reinar, os veis metido en esa guerra: os aconsejo que no fieis mucho de los que parecen teneros más afecto; de los que siempre estén á vuestro lado previniendo vuestros deseos: fiaos más bien de los hombres severos, que más bien que adularos pretenderán haceros conocer la verdad que tan lejos anda siempre de los príncipes: allá por Nápoles, tenemos secretario del duque de Osuna á un tal don Francisco de Quevedo, de quien puede decirse que es boca de verdades y que á todo se atreve: dos veces he hablado con él, y las dos veces me ha dicho tales cosas, que me ha puesto en confusiones y no he podido olvidarle: Lerma queria meterle en palacio á todo trance; pero él anda encariñado con el duque de Osuna: allá se fué con él á Nápoles, y allí está; y como ando yo muy disgustado con don Pedro Tellez Giron, y es muy posible que le ponga preso, y con él á su secretario, porque de ambos y del marqués de Bedmar se me queja la señoría de Venecia, haced vos como que favoreceis á don Francisco, y que por ello le sueltan, á ver si os le haceis amigo; que yo os aseguro que buen amigo es don Francisco y de grande ingenio y cordura, y de gran valor y merecimientos: esto, si no es que lo que han hecho por allá y están haciendo, haya sido ó sea de tal manera que mis oidores encuentren que es conveniente y justo cortarles la cabeza á don Pedro Tellez Giron, al marqués de Bedmar y á don Francisco de Quevedo: Lerma andaba sobre este negocio que es muy importante, porque nos conviene mucho estar bien con la señoría de Venecia; y á causa de la caída de Lerma, no sé, no sé cómo andaremos en lo de Italia, ni si Uceda será bastante hombre para hacerse temer de los parciales, amigos y parientes de Osuna y de Bedmar.

—De modo que, dijo el príncipe, como hemos echado abajo á Lerma, echaríamos á Uceda.

—Siempre que cae un ministro, dijo tristemente Felipe III, se lleva consigo un pedazo de la monarquía: y una de dos, ó hay que tenerlos muy en la mano y no darles ni la más pequeña parte del poder real, lo que no es posible, porque el rey no puede hacérselo todo, ó si se les otorga una gran confianza hay que evitar los cambios frecuentes: por eso he tolerado yo á Lerma cosas que estaba seguro habia de tener otro cualquiera tal vez en mayor grado que él; pero en fin, cuando se me ha hablado de traiciones, cuando se me ha dicho que Lerma y Siete Iglesias no son más que un libro en dos partes, de las cuales la primera era don Rodrigo, y sobre todo, cuando de la noche á la mañana me he encontrado á Lerma metido en la Iglesia, y no menos que como príncipe, y fuera de mi jurisdicción real sin que nada nos hubiera dicho, ya que para hacer lo que ha hecho no nos hubiera pedido venia, he llegado á creer que en efecto podia haber algo de verdad en lo que de Lerma se me decia, y por lo tanto me he apresurado á deponerle; porque más vale pecar de prudente que de confiado.

Felipe III, hablando así con su hijo, se creía un gran rey que daba grandes consejos á su heredero.

Entre tanto el príncipe iba á su negocio; porque el bueno de Felipe III habia nacido para ser engañado.

Su alteza pensaba en doña Ana que se habia hecho para él una dificultad, y que le habia vuuelto del lado de Lerma.

Aquello era inicuo: el pobre don Felipe rey hablaba con toda su buena fé con el don Felipe príncipe, que no tenia otro pensamiento que explotar á su padre en pró de sus vicios.

—De modo, dijo el príncipe, que puede templarse la caída de Lerma.

—¿Y de qué modo, hijo mio? pregunto alegrándose el rey, porque le permitian dulcificar la amargura de su favorito, á quien no habia perdido su cariño de costumbre.

—Vuestra magestad puede traerle á su Consejo de Estado, para el que le vendrán muy bien sus hábitos de cardenal; esto alentará á Lerma, estimulándole para servir á vuestra magestad lealmente, y será un aviso para Uceda, á fin de que no se ensoberbezca demasiado.

—Decis bien, decis bien, contestó el rey; á más de eso, así cumpliremos con Dios y con el mundo, evitando el espectáculo de un decisivo triunfo de un hijo contra su padre.

—Pues bien, señor, hoy en el despacho puede vuestra magestad decretar la entrada del duque de Lerma en el Consejo de Estado. ¿Quién sabe, quién sabe si será conveniente volver dentro de algun tiempo á Lerma su cargo de secretario del Despacho Universal? veremos cómo cumple Uceda, cómo nos saca de los grandes empeños en que nos encontramos metidos: siempre es bueno tener á mano un hombre envejecido en los negocios públicos, por lo que pueda suceder.

—Os encuentro hoy mucho más prudente que ayer, dijo el rey, y me alegro de ello; porque dentro de poco caerá sobre vos todo el grave peso de nuestros inmensos dominios: estamos obligados á mantener intacta la grande herencia de gloria que nos legaron nuestros inclitos abuelos. Id, id, hijo mio: que Dios os bendiga porque habeis dado un buen dia á vuestro padre haciéndole comprender que sereis un gran rey.

Desgraciadamente se equivocaba Felipe III. Él era un pobre hombre, y Felipe IV debia ser hinchazon pura, hinchazon de padre, que debia producir en Cárlos II un semi-cadáver coronado.

Recordando la deplorable decadencia de la casa de Austria, cuyos funestos efectos estamos experimentado hoy, podemos repetir oportunamente el adagio vulgar:

«Aquellos polvos han traído estos lodos.»

El príncipe besó la mano á su padre y salió de la cámara real contentísimo, no porque habia servido al rey ni al reino, sino porque creia haberse servido á sí mismo sirviendo á doña Ana de Contreras.

---

## CAPITULO LXI.

---

De cómo Uceda demostró que sabia más que sus enemigos, y que no era fácil arrancarle la carne que tenia entre los dientes.

Una hora despues entró Uceda en la cámara real.

Iba severa y sencillamente vestido de negro.

Sabia que al rey le agradaba mucho la simplicidad del traje.

En esto se parecia á su padre Felipe II, que hacia recomponer sus ropillas.

Es verdad que al mismo tiempo desangraba á sus reinos para erigir esa montaña de mármol labrado que se llama El Escorial.

Humilde el nombre, ascético; soberbia la fábrica por su volumen, más que por su valor artistico.

Pero se trataba de Dios y de las sepulturas del rey fundador y de sus descendientes.

Para Dios todo era poco.

Y en cuanto á su tumba, el rey no queria fuese necesario recomponerla como recomponian sus ropillas.

Uceda llevaba bajo el brazo una abultada cartera.

Se inclinó dos veces profundamente; una á la puerta de la cámara; otra algunos pasos adelante.

Por último, llegó junto al rey, se arrodilló y le besó la mano.

Luego se puso de rodillas en un almohadon sobre un escabel, á un extremo de la gran mesa de despacho.

Sabia que al rey le satisfacian mucho estas exterioridades.

Felipe III no hubiera podido sufrir á un ministro que hubiera tenido un poco rígidas las rodillas y la espina dorsal.

Hubiera importado poco que este ministro hubiera sido un grande hombre y un leal vasallo: una providencia, en fin, del rey y del reino.

Felipe III le hubiera depuesto por una simple cuestion de forma.

—Veamos lo que nos traeis, dijo Felipe III que habia puesto en guardia á Uceda, porque habia encontrado el aspecto de su majestad muy afable.

Uceda desembuchó de la cartera un gran número de papeles, y empezó á dar cuenta.

Todos eran deposiciones de unos, nombramientos de otros, y recargos de impuestos.

—Pero me revolveis el reino de alto á bajo, duque, dijo el rey sin dejar de ser afable.

—Como que me encuentro ocupados, señor, todos los cargos por satélites de Lerma y de Siete Iglesias; las alcabalas, los impuestos, todas las rentas reales en fin, en poder de hombres rapaces, y sin un solo maravedí el Erario público: sin pagas los ejércitos de vuestra majestad, sin armas, sin vituallas, pudriéndose en los puertos los navíos, desmanteladas y sin defensa las fortalezas, y todo tan en ruina, que necesario serán extraordinarios esfuerzos para levantar de su postracion á los inmensos dominios de vuestra majestad.

—Me asustais, duque, me asustais: ¿pues qué tan mal nos encontramos?

—Nos han dejado, como suele decirse, por puertas, señor.

—Pues qué, ¿tanto ha chupado ese marqués de Siete Iglesias mis reinos que los ha dejado sin sangre?

—Para que un ministro chupe, señor, dijo Uceda aceptando la frase del rey, es necesario que deje chupar á todas sus lechuzas: de modo que cada ducado que ha robado al real Erario el marqués de Siete Iglesias, ha producido el robo de muchos miles de ducados por muchos miles de manos; porque, permítame vuestra majestad se lo diga, un ministro concusionario y rapaz, no es otra cosa que el general de un ejército de sanguijuelas voraces: á todas estas personas cuya deposicion propongo á vuestra majestad, es necesario procesarlas.

—Pues entonces es necesario procesar á todos mis reinos, por-

que cada uno de estos procesados producirá un número infinito de procesos; porque nadie roba la cosa pública sin que otros muchos le ayuden á robar. Dejaos, dejaos de procesos, no sea que nos veamos obligados á echar á media España á galeras; evitemos los escándalos; basta con las deposiciones. Vida nueva, duque, y Dios quiera que los que ponemos en el lugar de los depuestos no sean peores que ellos.

—Tengo la honra de presentar á la aprobacion de vuestra magestad un decreto para la reforma de los regulares.

—¡Cómo! ¿con los frailes tambien os meteis, duque?

—Es necesario, señor; son insaciables, se apoderan de todo: las órdenes mendicantes no lo son ya; porque cada una de ellas posee inmensos territorios, y estos bienes en manos muertas son muy perjudiciales al Estado: además, las órdenes ricas se abrogan privilegios que no tienen, y aumentan su riqueza influyendo sobre las conciencias: el número de frailes y de monjas es excesivo, hasta el punto de constituir la quinta parte de la poblacion de España, arrancando brazos útiles á la agricultura y á los artefactos, y madres á las familias.

—Algo hereje se me os venis hoy, dijo el rey sin perder su afebilidad, y algó enemigo mio.

—¡Cómo, señor! lo que yo propongo á vuestra magestad es una medida no solo útil sino necesaria, si ha de atajarse el empobrecimiento y la creciente merma de la poblacion de los reinos de vuestra magestad. Aun no hace ciento sesenta años España, sin las Américas, contaba veinticuatro millones de habitantes: hoy apenas cuenta diez.

—Las Américas nos quitan mucha gente, dijo Felipe III.

—Nos quitan más los conventos.

—No me metais en guerra con los frailes, dijo el rey; les temo como á la ira de Dios: no quiero que levanten contra mí alaridos y me descomulguen y me llamen impío; los sufrió mi padre, y no sé por qué no los he de sufrir yo.

—Permitame vuestra magestad le diga que en los tiempos de su augusto padre no habia ñi la cuarta parte de frailes y de monjas que hoy existen.

—Es que la semilla del Señor se multiplica y da ciento por uno: dejadlo, dejadlo estar, duque, que así vá bien; lo que perdemos en la tierra lo ganamos en el cielo: sobre todo, en puntos de religion no me toqueis; no me creo con bastante poder para ello, y se inquieta-

ria mi conciencia; lo más que puedo hacer es sujetar este asunto al juicio infalible de nuestro santísimo padre el pontífice romano: su santidad es el único poder legítimo cuando se trata de los sacerdotes y de las esposas del Señor.

Uceda apartó el decreto relativo á la reforma de los regulares.

Habia concluido el despacho, porque Uceda habia dejado para el último aquel grave decreto.

—¿Y no teneis más que proponernos, duque? dijo el rey.

—Sí, sí señor, muchísimo; las secretarias de vuestra magestad trabajan cuanto pueden.

—Sí, sí, ya veo; me habeis traído hoy una carga de papeles.

—Mañana traeré más á vuestra magestad.

—Pero extraño que entre estos papeles no haya venido uno importante.

—Siento mucho haber padecido un olvido, que nada tiene de extraño, cuando tal es el cúmulo de los negocios.

—Me refiero, duque, á un negocio muy preferente para mí y para vos: se trata de vuestro padre.

—¡De mi padre, señor! ¿pues qué su deposicion no es bastante?

—Tan bastante, que creo debiera endulzársele.

—¡Ah! exclamó Uceda: doy las gracias en nombre de mi padre á vuestra magestad: yo, por más que desease mejorar la situacion del duque de Lerma, no me he atrevido á proponer nada á vuestra magestad acerca de su eminencia.

—Pues bien, duque, estended un decreto por el cual nombremos nuestro consejero de Estado del consejo privado al duque de Lerma, y traédnosle al momento al despacho: id.

Uceda se puso bajo el brazo la cartera, se levantó del escabel, se arrodilló, besó la mano al rey, y salió de la cámara andando para atrás y haciendo dos profundas reverencias antes de desaparecer.

Al pasar por la antecámara, saludó afablemente aunque de paso á los que en ella se encontraban, y en la antecámara donde esperaban los pretendientes tomó algunos memoriales.

Uceda se mostraba tan sencillo y tan afable, cuanto se habia mostrado siempre hinchado y soberbio el duque de Lerma.

Cuando estuvo encerrado en su despacho, la afabilidad de su semblante se cambió en una expresion lúgubre, sombría, terrible.

—¡Ah! exclamó; ellos lo quieren, sea: yo me habia propuesto ser humano cuanto me fuera posible serlo; respetar los vinculos de la sangre: pero ellos me obligan; que no se quejen, porque ellos son

los que me obligan á obrar de una manera enérgica y decisiva.

Luego tomó un papel, escribió un decreto por el cual el rey nombraba su consejero de Estado del alto consejo privado, al duque de Lerma, y por una escalerilla de comunicacion, subió á la cámara y presentó el decreto al rey, que le rubricó.

Volvióse á su despacho Uceda, refrendó el decreto, le mandó á sellar á la cancillería, y cuando le tuvo sellado, le puso un sobre en el que escribió lo siguiente:

«Al eminentísimo y excelentísimo señor cardenal duque de Lerma.—Del rey.»

En seguida envió el pliego á su padre con uno de sus secretarios, y se fué á su casa.

—Que llamen á Estébanez, dijo.

A poco se le presentó un alto criado, que tenia en su semblante todos los signos fisonómicos del truhan de alto contorno.

—Y bien, le dijo Uceda: me estás sirviendo muy mal: algo ha sucedido de que no me has dado cuenta.

—No pude ver á vucencia anoche: vucencia estaba en el alcázar y encerrado en la secretaría, con orden de que no dejasen pasar á nadie: hoy tampoco he podido ver á vucencia.

—Pero tienes sin duda mucho que decirme.

—Si señor: la marquesa de la Fávara estuvo ayer casa de doña Ana de Contreras.

—¿Permaneció mucho tiempo en su casa?

—Cerca de una hora: luego, doña Ana de Contreras fué en silla de manos á la calle de Cuchilleros á la casa del espadero donde estaba el marqués de Siete Iglesias.

—¿Hasta qué hora estuvo allí doña Ana?

—Hasta cerca de las dos que se volvió á su casa: poco despues fué á casa de doña Ana el conde de Olivares: anoche despues de oscurecido salió de Madrid, disfrazado, á caballo, y acompañado de cuatro criados disfrazados tambien el marqués de Siete Iglesias, y tomó el camino de Valladolid. Anoche á las doce entró por el postigo de la casa de don Francisco de Contreras, que dá al jardin de la Priora, el príncipe de Astúrias, acompañado del conde de Olivares.

—¿Y cuánto tiempo estuvo el príncipe casa de doña Ana?

—Dos horas.

—Bien, vete.

—Aun tengo que decir más á vucencia, si es que quiere oirlo.

—Habla.

—Yo tengo tambien espías dentro del alcázar: esta mañana temprano, á la hora de levantarse el rey, entró el principe en la cámara, y permaneció en ella más de una hora.

—Bien, dijo el duque: que se prepare para marchar dentro de media hora un correo: vete.

Estébanez salió.

Uceda escribió lo siguiente:

«Señor don Pedro Nuñez de Campillo: Muy señor mio y dueño: Anoche se nos escapó de Madrid el marqués de Siete Iglesias, y es más que seguro que irá á parar á Valladolid. Echad mano de los alguaciles de más confianza y más diestros que haya en esa chancilleria: que averiguen donde ha ido á parar el marqués de Siete Iglesias, y que le acechen; pero de tal manera, que ni él ni sus amigos, que ahí tiene muchos, puedan notar que es acechado. No hagais más hasta nuevo aviso mio; pero si el marqués sale de Valladolid, que le atajen el camino, le prendan y le encierren; pero decorosamente en la casa que mejor os pareciere. Guárdeos Dios, y os prospere, como lo desea vuestro mayor amigo.—El duque de Uceda.»

Cerró el duque esta carta, y escribió en su nombre:

«A don Pedro Nuñez del Campillo, oidor en la real Chancilleria de Valladolid.—Del duque de Uceda.—En propia mano.

El correo partió con esta carta á tiempo que el duque de Lerma recibia el decreto por el que el rey le nombraba de su consejo privado.

Lerma se asustó.

—Temen que me vaya, dijo, y pretenden con esta añagaza que me quede aquí.

De tal manera impresionó este pensamiento á Lerma, que mandó lo dispusiesen todo para marchar aquella misma noche.

## CAPITULO LXII.

De cómo el duque de Lerma creyó que podía quedarse en la corte.

Aun no estaban acabadas de hacer las maletas á la ligera, como equipaje de quien se fuga, cuando el duque de Lerma recibió una carta cuya letra, es decir, la de su sobrescrito, no conocia, y parecia ser de mujer.

En la situacion en que el duque de Lerma se encontraba, aquel incidente tenia un interés que no hubiera tenido en otra ocasion.

El duque se apresuró á abrir la carta, y se encontró que decia así:

«Eminentísimo y excelentísimo señor cardenal duque de Lerma. — Sé que acaban de nombraros del consejo privado de su magestad, lo que aunque os parezca extraño se lo debéis á esta vuestra humilde servidora. Es posible creáis que esto no sea más que una añagaza de vuestros enemigos para reteneros en la corte, y que por lo mismo os apesureis á salir de ella. No desconfieis: está de vuestra parte una mujer enamorada de don Rodrigo que puede mucho en la corte. Os espero: venid esta noche á las doce por el postigo de mi casa que da al jardin de la Priora, donde os esperará un criado. — Guárdeos Dios. — Vuestra servidora. — Doña Ana de Contreras.»

El duque no mandó deshacer las maletas; pero mandó se retirase el coche de camino que ya estaba á la puerta de la casa.

Poco despues el duque recibió una órden del rey en que le mandaba ir á palacio.

Esto alteró algun tanto á Lerma.

Temió que la carta que habia recibido antes hubiese sido un lazo.

Pero no habia medio de negarse.

Pidió una carroza, y armado de la púrpura y del capelo se fué á palacio.

Encontró al rey complaciente: más que complaciente, cariñoso, y esto le alentó, porque conocia demasiado á Felipe III.

—Creo que os escapábais, duque, dijo el rey, y no sé por qué os arrojábais á tanto.

—Nunca hubiera salido de la córte, señor, sin pedir licencia á vuestra majestad, contestó Lerma.

—Pues mirad, dijo el rey: mi secretario que os llevó mi órden de que viniérais, encontró á la puerta de vuestra casa un gran coche de viaje, en el cual estaban cargando cofres y maletas: preguntó qué era aquello, y le respondieron que vos os poniais en camino: quiso saber á donde, y le contestaron que no sabian.

—Y bien, señor, dijo Lerma cada vez más alentado; ¿qué tiene de extraño el temor en quien de tal manera se vé perseguido y vilipendiado por su propia sangre?

—A causa de vuestra sangre, duque, dijo el rey; porque si el duque de Uceda es vuestro hijo, no lo es ménos el marqués de Siete Iglesias: y lo digo, porque en otro tiempo me hablásteis vos de esto, y me asegurásteis que el marqués de Siete Iglesias era un vuestro hijo bastardo, que habiais tenido en una muy noble señora flamenca, y á quien habiais comprado padre legitimo: por cierto que quisisteis deshacer esto, y que como vuestro hijo, aunque bastardo, pasase don Rodrigo, y yo fui el primero que os aconsejé que dejáseis estar las cosas; que más valia que don Rodrigo pareciese hijo legitimo de un buen hidalgo, que bastardo de un prócer, engrandecido sobre las grandezas de su casa por el favor de un rey; en lo que vos consentisteis, dándome en ello placer y honra á vuestro hijo.

—Cierto es eso, señor, y que de don Rodrigo me vienen todas mis desgracias; pero crea vuestra majestad que no es tan grande el daño como se dice; que de mala fé se abulta, y sin la mala sangre y sin la ambicion mortal de mi hijo legitimo el duque de Uceda, don Rodrigo permaneceria al lado de vuestra majestad, sin que en ello el servicio de vuestra majestad padeciese.

—¿Y esos asesinatos? dijo el rey.

—Calumnias, señor.

—¿Y las letras que yo he visto de don Rodrigo en que esos asesinatos se prueban?

—Falsificaciones, señor: claro lo dirá el proceso; estoy seguro de ello: pero cuando el proceso se sustancie y se quiera hacer justicia, será ya tarde: esto sin contar con que si vuestra majestad nos abandona, nuestros enemigos se ensoberbecerán y se valdrán de todas las malas artes posibles para perdernos.

—Yo haré, dijo el rey, que el proceso se vea bien, y por personas de probidad y ciencia, y nada teneis que temer de injusticias; tanto más, que estando vos á mi lado, participacion tendreis en la gobernacion del reino, y vuestro hijo estará más puesto en temor, y cuidar podreis por vos mismo de que el proceso del otro vuestro hijo no se altere. Ahora, duque, acompañadme al monasterio de nuestra Señora de Atocha, á la que he mandado se cante una salve solemne, á la que asistiré yo con el fin de que la Santísima Virgen interceda con su divino Hijo para que me ilumine en la gobernacion dificilísima de mis reinos.

Uceda supo, no sin sobresalto, que su padre habia asistido con el rey á la salve en Atocha, y que su majestad se mostraba muy amable con el duque: que despues de la salve el rey habia aceptado una merienda que le habia ofrecido el prior, y que el duque de Lerma, convidado por el rey, habia participado de la merienda; que los cortesanos del acompañamiento creian, por lo que habian visto, que el cardenal-duque estaba, más que nunca, favorecido por el rey: que la merienda habia concluido á las nueve de la noche: que el rey habia vuelto á palacio llevando en su propia carroza á Lerma; que este habia permanecido dos horas en la cámara; que se habia escrito mucho, y que á las once, en una carroza de la casa real, el duque de Lerma habia sido conducido con escolta como un príncipe á su casa.

Uceda sintió más miedo que el que por la mañana habia sentido su padre, y no pudo menos de exclamar delante de Estébarez, que le habia contado todo esto:

—¡Maldito sea el que se vé obligado á servir á reyes imbéciles!

Uceda mandó á Estébarez siguiese observando, y se acostó de muy mal humor, no para dormir, sino para entregarse á sus cavilaciones.

A las tres de la mañana un camarero entró en su dormitorio y le dijo:

—¿Duerme vucencia?

—No, contestó el duque incorporándose vivamente. ¿Qué sucede? ¿qué hay?

—Ahí está Estébanez que quiere hablar con vucencia: yo le he dicho que vucencia dormia; pero me ha replicado que de órden de vucencia á vucencia avise.

—Que entre, que entre al instante Estébanez, dijo Uceda.

Poco despues entró Estébanez en el dormitorio.

—¿Qué hay de nuevo que á estas horas vienes? dijo Uceda.

—Cosas gordas y muchas, señor, dijo Estébanez: yo estoy rendido, pero no importa; que aunque pierda la piel por vucencia no hago más que lo que debo.

—Yo te recompensaré sobradamente; pero habla.

—Los que estaban acechando la casa del señor duque de Lerma han visto que por el postigo que dá sobre el barranco de Segovia, ha salido á las doce un hombre muy embozado, en quien han reconocido por el andar y por la estatura al señor duque de Lerma, y á quien acompañaban dos criados muy rebozados tambien.

—¿Y ha ido á palacio el duque?

—No señor; en palacio no se mueve ni una mosca: el rey duerme, y su alteza el príncipe de Astúrias pasa la noche en el cuarto de la princesa.

—¿Pues á dónde ha ido mi señor padre?

—A donde menos vucencia puede figurarse: á casa de don Francisco de Contreras, en la que ha entrado por el postigo.

—¡Ah! exclamó el duque: ¡esa mujer!... ¿y ha permanecido mucho tiempo en casa de doña Ana mi padre?

—Hasta hace media hora, señor.

—¿Y qué hora es?

—Acaban de dar las tres y media en el reló del alcázar.

—¿Y á dónde ha ido despues el duque?

—A su casa.

—¿Y qué más tienes que decirme?

—Esta noche á las ocho se ha casado el señor Cristóbal de Mendavia, en secreto, en la capilla de la casa del señor marqués de la Fávara, con Calixta, doncella de la marquesa.

—¡Ah! dijo el duque: ¿y qué más?

—La marquesa ha entrado por las tapias del jardin en la casa de don Guillen de Vargas Machuca, y ha robado á la esposa de este.

—¿Dónde la ha conducido?

—No lo sé aun, porque esto acaba de suceder; pero dos de mis hombres han ido siguiendo á los que se llevaban á doña Inés.

—Llueven los acontecimientos graves, dijo el duque como hablando consigo mismo: pero no nos apresuremos: vete, Estébanez, y continúa observando.

Estébanez salió.

El duque se rebujó en sus ropas murmurando:

—Tal vez el robo de mi hermana me favorece proporcionándome un agente más en mi lucha. La marquesa de la Fávara me servirá con toda su alma.

El duque, rendido de la vela, se durmió.

Veamos á lo que habia sucumbido Lerma.

Cuando llegó al postigo del jardin de la casa de Contreras, adelantó un bulto y le dijo:

—¿Venís aquí, señor?

—Sí, contestó el duque.

—¿A dónde?

—A ese postigo.

—¿Habeis recibido esta tarde una carta?

—Sí.

—¿De quién era esa carta?

—De una dama.

—¿El nombre de esa dama?

—Doña Ana de Contreras.

—¿Vuestro nombre?

—¡Ah! ¿se necesita tambien mi nombre?

—De todo punto: estamos rodeados de intrigas.

—Yo soy el duque de Lerma.

—¿Quiénes son esos que os acompañan?

—Criados míos de toda mi confianza.

—Venga vuecencia.

El hombre que con el duque habia hablado, se acercó al postigo y le abrió.

—Pase vuecencia, dijo, y que pasen tambien vuestros criados.

Entró el duque, sus criados le siguieron, y el otro cerró el postigo.

—Sigame vuecencia, dijo tomando por una de las calles del jardin.

Le siguió el duque, y á este le siguieron sus criados.

Llegó aquel hombre á la galeria de la casa que daba al jardin, abrió la puerta de un aposento en que habia luz, y dijo á Lerma:

—Pase vucencia. Vosotros no, añadió dirigiéndose á los criados; esperad ahí.

Y entró en el aposento donde antes habia entrado el duque.

—¿Para qué me habeis traído aquí? dijo Lerma, viendo lo desnudo y húmedo de aquel aposento, en el cual solo habia algunos muebles viejos.

—Para conoceros: porque si sois el duque de Lerma, alterais la voz.

—Creo que vos la alterais tambien, dijo el duque hablando naturalmente.

—En efecto, dijo el otro: casos son estos tales, que se teme ser conocidos por quien no debe conocernos.

—Vos sois don Francisco de Contreras, dijo Lerma reconociéndole, porque habia hablado con su voz natural.

—Como vos sois el duque de Lerma.

—Echemos pues, fuera los antifaces, dijo el duque quitándose el suyo.

—En buen hora, dijo don Francisco imitando al duque.

—¿Con quién es con quien vengo á entenderme? dijo Lerma; ¿con vos ó con vuestra hija?

—Mi hija exige hablar con vos. Cuando nos hemos vendido al diablo, señor duque, tenemos que pasar por todo: hoy, el que usa de buenas armas es vencido; y quien se detiene en la honra, no dará dos pasos en el camino del favor real; demasiado lo sabeis: mi hija es mi martirio: más ambiciosa que vos y que yo, ha acabado por ser infeliz y por empeñar su corazon; ¡qué quereis! cuando nos empeñamos en la intriga de córte, no reparamos en nada; todo por vencer á nuestros enemigos, por sobreponernos á ellos: pero cada triunfo por pequeño que sea, nos cuesta muy caro: mi hija se ha enamorado locamente del marqués de Siete Iglesias.

—Y ved qué singularidad: á vos, padre de una mujer enamorada del marqués de Siete Iglesias, os encargan el proceso de este.

—Proceso terrible, señor duque, en el que sobran pruebas para llevar á don Rodrigo al patibulo.

—Pero don Rodrigo no ha sido preso.

—Me temo mucho que por sobra de soberbia y de confianza cometa una imprudencia y dé en manos de la justicia.

—El duque de Uceda le dejará escapar: no le creo tan malva-

do, que pudiendo evitarlo lleve al marqués de Siete Iglesias al patíbulo.

—Creedme: lo mejor será hacer de modo que vos volvais á la secretaria del Despacho Universal; que ahogueis con vuestro poder este proceso; porque si el proceso sigue adelante, aunque don Rodrigo esté en seguridad en Francia ó en Inglaterra, caerá sobre su nombre una sentencia infamante, cuya infamia pasará á sus hijos, y una confiscacion sobre sus bienes: en el poco tiempo que tengo entre mis manos este negocio, le conozco ya demasiado: puede embrollarse lo del envenenamiento de la reina, del padre Suarez y del padre Aliaga; pero en lo tocante á Agustin de Avila, Francisco de Juara y Alonso del Camino, no hay embrollo posible: la sentencia de muerte y la confiscacion de bienes se cae de su peso.

—¿Creeis vos, don Francisco, que la reina fué envenenada?

—Como lo creeis vos, señor duque: la reina estorbaba; el padre Aliaga y el padre Suarez estorbaban tambien: no en vano murió el sargento mayor don Juan de Guzman, que podia haber dado grandes noticias de estos envenenamientos, y que murió sin intervencion de don Rodrigo, aunque de ello se le acusa, sin duda por completar los siete asesinatos que dicen representan su título de marqués de Siete Iglesias: por último, señor duque; habeis hecho muy bien en tomar asilo en la Iglesia procurándoos la púrpura, que hace que solo tenga jurisdiccion sobre vos el santo Padre; porque tal es el proceso, que bien pudiera alcanzar á vuestra garganta el cuchillo.

—¡Cómo! ¿yo tambien estoy envuelto en el proceso del marqués de Siete Iglesias?

—Harto lo sabiais cuando habeis impetrado de su Santidad el capelo.

—Cansado del mundo y de los negocios: ¿pero en realidad es tan grave la situacion en que me encuentro?

—Habeis confiado demasiado en don Rodrigo; le habeis amado mucho, y don Rodrigo todo lo ha atropellado por su ambicion: habeis sido demasiado débil ó demasiado soberbio, y os habeis dejado arrastrar por él. En el secuestro de los papeles de don Rodrigo, se han encontrado cartas y documentos firmados por vos los unos; escritos de vuestro puño, aunque sin firma, los otros; por los que se prueba, primero, que habeis tenido conocimiento, aunque no parte, en el asesinato de la reina y de los dos religiosos; segundo, que habeis autorizado cohechos, prevaricaciones y desfalcos; y

tercero, que habeis recibido grandes sumas de los ingleses y de los portugueses, haciendo traicion al rey.

—Yo creia que don Rodrigo habria destruido esos papeles.

—Don Rodrigo ha sido más cauto que vos: desconfiando de todo, tambien de vos ha desconfiado: habeis sido su juguete. Desgraciadamente mi hija adolece de una pasion mortal por ese hombre; la amo, y no quiero matarla matando á don Rodrigo; pero nada puedo hacer si vos no me ayudais.

—¡Un tesoro por esos papeles que me comprometen! ¿Los teneis originales?

—Sí, pero no puedo disponer de ellos; he dado de ellos recibo circunstanciado con los extractos de cada uno de esos papeles; y á más, señor duque, aunque pudiera disponer de esos papeles, no os los entregaria; porque amo más á mi hija que á todos los tesoros del mundo, y no me fio de vos.

—¿Pues qué, no sabeis que don Rodrigo es mi hijo, y que le amo?

—Vos no teneis hijos ni parientes: vuestro hijo es el duque de Uceda y le habeis tirado á muerte: vos no amais nada, no podeis amar nada en el mundo más que á vos mismo; si yo os entregara esos papeles, si os viérais libre de todo empeño, abandonaríais á don Rodrigo, y yo no quiero que le abandoneis.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—¿Pues qué, no os ha llamado su majestad? ¿no os ha nombrado consejero de su consejo privado? ¿no ha ido con vos esta tarde á Atocha? ¿no teneis sobre su majestad un predominio que en vano ha pretendido haceros perder el duque de Uceda? ¿Y á quién creis que debeis todo esto? á mi hija que ha puesto de vuestra parte á su alteza el principe de Astúrias que puede mucho con su majestad.

—¡Ah! exclamó el duque, ¡y confiais en el principe de Asturias!

—Ya habeis visto lo que ha hecho.

—Un empeño de niño por una mujer que le irrita.

—El principe se ha adelantado á su edad; es ya un hombre.

—Sí, habla grave, en todo entiende, tiene pretensiones de ser un gran político: le hemos enseñado bien; traduce á los clásicos; sabe de memoria las Catilnarias de Ciceron y los Comentarios de César: niño aun, andaba en manos de mujeres que le han enseñado muchas picardias: su alteza además es muy malicioso; se hace el hombre, y como es grande de estatura y ha perdido lo fresco de sus verdes años entre bribonas compradas, puede parecer mucho más de lo que es á quien no le conozca: el principe es cieno puro.

—Pero esa es vuestra obra, dijo Contreras.

—A los reyes es necesario podrirlos para dominarlos.

—Sí, pero la podredumbre de los reyes cae sobre sus reinos: todos estamos podridos, y cuando queremos asirnos á algo que nos sostenga, lo que asimos se nos queda entra las manos.

—Pues aplicad eso al príncipe: es un asidero muy falso, y Dios quiera que vuestra hija no haga un sacrificio.

—Id, id á hablar con ella; os está esperando: por lo demás, y en cuanto al proceso, si vos no volveis á dominar al rey, yo no puedo hacer nada. Venid conmigo.

El cardenal duque de Lerma fué llevado por aquel padre absurdo, por aquella nueva especie de miserable, á través de una escalera de ojo, de un estrecho pasadizo y de algunas habitaciones, al bello camarín donde en otras ocasiones hemos encontrado á doña Ana de Contreras.

Cuando Contreras abrió la puerta, doña Ana estaba sentada junta á la chimenea, escribiendo sobre una pequeña mesa.

Lo que escribía entonces no eran versos, sino una larga carta.

Al sentir el ruido de la puerta, levantó la cabeza y permaneció inmóvil mientras no vió más que á su padre.

Pero cuando tras él apareció el duque de Lerma, apartó de sí la mesa y se puso de pié.

—¿Por qué os levantais al verme, señora? dijo el duque de Lerma con una forma refinadamente cortés, inclinándose con galantería.

—Como dama, contestó sonriendo doña Ana, no me levantaria ante el duque de Lerma; pero como cristiana, me levanto ante un príncipe de la Iglesia, é inclino mi cabeza esperando su bendicion.

Doña Ana cruzó las manos sobre su pecho, é inclinó sobre él su hermosa cabeza enriquecida por magníficos rizos.

—Aun no he aprendido á echar bendiciones, señora: tengo el capelo, pero aun no soy sacerdote: aun estoy muy dentro del pecado; pero confio en la infinita misericordia de Dios, y espero que me saque de él por un sincero arrepentimiento.

Don Francisco de Contreras salió, obedeciendo una rápida mirada de su hija.

Ella y Lerma quedaron solos.

—Siéntese vuestra eminencia aquí cerca del fuego; debe hacer frio, porque la leña se consume con rapidez: pasa por nosotros un mal invierno.

—Malísimo, señora; pero dejaos de eminencias y de excelencias; todo tratamiento en vuestra hermosa boca me hace daño.

—Gracias, señor duqué.

—Dejad también, os suplico, á un lado lo de señor duque: tratadme lisa y llanamente como á un amigo: así creeré en la lealtad de vuestras palabras.

—¡Cómo! ¿pues qué, don Francisco, desconfiais de mí?

—Sentaos, señora, sentaos; me está lastimando el veros de pié: os suplico no me obligueis á que yo también me levante.

Doña Ana se sentó.

—Una galantería, dijo, no es siempre una respuesta: os he preguntado por qué desconfiais de mí.

—Porque francamente, señora: vais á vuestro negocio, y creo, perdonadme, y que Dios me perdone si me engaño, creo que si para hacer vuestro negocio os conviniese perderme y pudiéseis, me perderiais.

—Es el caso, don Francisco, que por una igualdad de circunstancias, mi negocio es también el vuestro; porque mi negocio, no tengo inconveniente en deciroslo, es un hombre á quien amo, y ese hombre es don Rodrigo Calderón.

—Muy afortunado es el marqués de Siete Iglesias.

—Os engañais; porque mi amor le ha perdido: ya se vé, hay tales misterios en su historia y en la vuestra, que nada ha tenido de extraño, que yo, engañándome, haya tenido celos de su hermana.

—¡De su hermana! exclamó alarmado el duque de Lerma.

—Sí, ó me ha engañado don Rodrigo, ó esa doña Inés de Mendavia, esposa de un don Guillen de Vargas Machuca, es hermana suya.

—¿Y cómo puede ser hermana de don Rodrigo Calderón esa doña Inés de Mendavia?

—Siendo los dos hijos vuestros, aunque no lleven vuestro apellido; aunque aparezcan los dos hijos legítimos, el uno de don Francisco Calderón, la otra de don Cristóbal de Mendavia: ya se vé, habeis sido tan poderoso, que habeis podido comprar padres á vuestros hijos bastardos: peor hubiera sido que los hubiérais abandonado: ó quién sabe si hubiera sido mejor, especialmente para don Rodrigo: sería un cualquiera, y la ambición no le hubiera perdido.

—Pero habeis dicho que por celos habeis sido vos la primera causa de su perdición.

—Es cierto; le amaba tanto y soy tan soberbia, que no pude

resistir á los celos y á la cólera al creer que don Rodrigo amaba á otra y me posponia á ella.

—¿Pero cómo le habeis perdido, señora? exclamó disimulando mal lo duro de su acento el duque.

—Una noche vino aquí don Rodrigo enamorado: yo sabia, porque me lo habian dicho, que don Rodrigo llevaba sobre sí un papel que podia perderle con vos: una carta al duque de Buringam firmada por vos y por vuestros dos hijos: es decir, por el duque de Uceda y el marqués de Siete Iglesias: ahí (doña Ana señaló el centro del camarín), habia una mesa servida con fiambres, conservas y vinos generosos: una botella estaba preparada; don Rodrigo creia aquello una cena de amor con una mujer adorada; pero esta mujer estaba celosa, irritada, ofendida: la habian envenenado el alma: llenó dos copas con el vino preparado, y bebió; bebió tambien don Rodrigo: volvimos á beber: poco despues los dos dormíamos, y una mujer arrebatada á don Rodrigo la carta á Buringam, que aquella misma noche fué presentada al rey por el duque de Uceda, mediando la ayuda del principe de Asturias.

—¿Y qué mujer fué la que arrebató aquel funesto documento á don Rodrigo? dijo con voz trémula el duque.

—La marquesa de la Fávara.

—¿Y qué interés tenia esa mujer en perder á don Rodrigo, á quien tanto deben ella y su marido?

—Celos, exclamó doña Ana.

—¿Amaba tambien la marquesa á don Rodrigo?

—No, pero amaba y ama á un hombre con quien don Rodrigo ha casado á su hermana doña Inés; á don Guillen de Vargas Matruca.

—¡De cuán mezquinas cosas resultan grandes catástrofes! exclamó el duque: ¡cómo creer que de los empeños amorosos de una mujer puede venir la ruina de una monarquía!

—Por Eva se perdió el mundo, don Francisco, dijo doña Ana; y por último, para una mujer, el universo entero es sombra: ¿por qué despreciais á las mujeres y pretendéis hacerlas vuestras esclavas, si tanto pueden y de tal modo se vengán, que su venganza puede hacerse sentir en todo un reino?

—Pero en fin, señora...

—En fin, es necesario deshacer lo hecho: ya veis: yo que os eché al suelo desde lo alto de vuestro poder, he vuelto á ponerlos donde si teneis fê y valor, podreis conquistar lo perdido: y teneis

razon; lo que he hecho antes, como lo que hago ahora, no ha sido por vos, sino por él: tan unido estábais á él, tan atado, que al caer él os ha arrebatado consigo; y por la misma razon, cuando vos os levanteis, él se levantará.

—¿Y creéis fácil la enmienda del mal que habeis hecho, señora? dijo disimulando á duras penas su irritacion el duque.

—Podeis juzgar por vos mismo: ayer el rey os depuso, y no os prendió, porque os protegía la púrpura de que tan á tiempo os habeis amparado: hoy, el rey os ha nombrado consejero de su consejo privado, os ha llamado, os ha hablado con cariño, le habeis acompañado á Atocha, habeis merendado con él, honra que pocas veces os ha dispensado, aun en los tiempos de vuestra mayor privanza: porque ya sabeis que su magestad cree que un rey es ya bastante rey con estar sério, tieso y grave: de vuelta de Atocha, el rey ha estado encerrado con vos tres horas largas en su cámara.

—Pero todo esto puede causar grandes recelos al duque de Uceda y hacer que obre contra don Rodrigo con mucho más encono del que hasta ahora ha demostrado; porque no se os oculta que si don Rodrigo no ha sido preso, ha sido porque no ha querido que se le prenda el duque de Uceda.

—Pues bien, adelantaos, imposibilidad al duque.

—¿Y cómo?

—Influid cuanto podais sobre el rey; servid al príncipe de Asturias, servidle lealmente; es decir, deblegaos á sus exigencias.

—¿Y qué puede exigirme su alteza?

—Tengo un proyecto audaz.

—¿Y cuál, señora?

—Domino al príncipe, no tengais duda de ello: el príncipe no ama á la princesa: pienso proponer al príncipe una cosa enorme; porque no se os oculta, que para salvar á don Rodrigo en la desesperada situacion en que se encuentra, se necesita una grande audacia.

—¿Y qué habeis pensado, señora?

—¡Crímenes!

—¡Ah! exclamó Lerma levantándose.

—¿De cuándo acá os espanta el crimen, señor duque de Lerma? dijo doña Ana; ¿qué habeis hecho del recuerdo de vuestras victimas?

—¡Señora!

—Sí, ¿qué más dá un rey más ó un rey ménos sobre la con-

ciencia? ¿qué hicisteis de vuestra enemiga la reina doña Margarita de Austria?

—Murió de sobreparto.

—A consecuencia de la acción lenta de un veneno sábiamente administrado, como murieron el padre Aliaga y el padre Suarez.

—Yo no he tenido parte en esos crímenes, si esos crímenes han existido,

—Hay casi pruebas: mi padre las tiene en su poder; la púrpura os salvará del patíbulo, al que subirá vuestro hijo; pero no salvará vuestro nombre de la mancha de haber sido su cómplice: os tengo en mi poder; perdonadme que os lo diga, porque estoy desesperada.

—Habeis acudido tarde.

—¡Tardel!

—Sí, creo que no hay poder humano que salve á don Rodrigo.

—¿Y por qué?

—Porque el duque de Uceda no se dejará sorprender.

—¡Matadle!

—¡Señora!

—Sí, elegid entre vuestros dos hijos: ó muere el uno ó muere el otro.

—¿Y era ese vuestro proyecto?

—Ese era y es un recurso extremo.

—¿Y qué habeis proyectado, señora?

—Ser reina.

—¡Cómo!

—Sí, ser reina.

—¿Pero estais loca, doña Ana?

—El príncipe me adora.

—Pero es príncipe.

—Que será rey árbitro de su voluntad: ¿creeis que se revelaria nadie contra él porque se casase con una dama?

—Las Córtes...

—Las Córtes se compran.

—Pero el príncipe es casado.

—Vos podeis hacer con vuestra influencia que se anule el matrimonio.

—El rey no consentiria jamás.

—Lo que quiere decir que seria un estorbo; y ya sabeis vos de qué manera se matan los estorbos.

- Me está hablando el infierno por vuestra boca.
- ¿Pero por qué os asustais, duque? ya debéis estar acostumbrado á la voz del infierno.
- Pero señora, ¿pretendeis serviros de mí para satisfacer vuestra ambicion, ó para salvar á un hombre á quien amais?
- Para las dos cosas.
- ¡Dios mio!
- ¿Por qué invocais á Dios, dijo doña Ana, si Dios no puede oiros?
- Pero en fin, explicaos, explicaos mejor: lo que pretendeis es irrealizable: hay que hacer tres víctimas: el rey, la princesa de Asturias, el duque de Uceda.
- Tres eran tambien, la reina, el padre Aliaga, el padre Suarez, á los que hay que añadir la servidumbre que les habeis dado para que no anden solos por el otro mundo: á saber, el sargento mayor don Juan de Guzman, el camarero del rey Alonso del Camino, el teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustin de Avila, y el ayuda de cámara de don Rodrigo Francisco de Juara: ¿tres víctimas más ó ménos, qué importan?
- Tengo miedo de que nos oigan estas paredes.
- Nadie nos oye, don Francisco; nadie más que nuestro interés que nos habla muy alto, y nuestra conciencia, á la que hace ya tiempo entrambos hemos impuesto silencio: os lo repito: estoy desesperada, y antes que morir prefiero matar.
- ¿Y contaís con su alteza?
- Cuento con él, aunque nada le he dicho, para lo que únicamente necesito contar: esto es, para que consienta en la anulacion de su casamiento con la princesa, y en su union conmigo.
- Os engañaís: el príncipe es ante todo soberbio; porque ha heredado la soberbia entera de la casa de Austria, aumentada por una vanidad infinita.
- Ayudadme, que yo me ayudaré: procurad dominar de nuevo al rey: mi padre dará largas al proceso: el duque de Uceda está engañado: como por mi medio obtuvo el documento que os perdió á vos y á don Rodrigo, cree que le aborrecemos, y por esta razon ha encargado del proceso á mi padre: ganaremos tiempo: apoderémonos, vos del rey y yo del príncipe, y triunfaremos.
- ¡Oh, las mujeres, las mujeres! exclamó el duque.
- ¿Qué quereis decir con esa exclamacion? dijo doña Ana.
- Que una mujer vale para el bien ó para el mal, más que cien hombres, santos ó demonios.

—Eso quiere decir que tenemos más corazon y más valor que vosotros.

—¿Me permitis que me retire, señora? estoy aturrido, enfermo; me habeis metido un infierno en la cabeza: os habeis convertido para mí en una tentacion terrible.

—Id con Dios, don Francisco, id con Dios, porque nada más tengo que deciros; pero no olvidéis lo que os he dicho.

—Adios, señora.

—Esperad, voy á buscar á mi padre para que os guie, á la salida de la casa.

—¡Cómo! ¿está vuestro padre lejos?

—Ya os he dicho que no nos escuchaba nadie, y vais á convenceros de ello. Venid conmigo.

El duque la siguió, y doña Ana, atravesando algunas habitaciones y algunas comunicaciones interiores, le llevó al cuarto de su padre, en el cual éste se paseaba agitado.

—El señor duque y yo, dijo doña Ana, hemos convenido en un magnífico proyecto: ahora, padre mio, llevad á su excelencia á donde le esperan sus criados.

Y doña Ana se perdió como un fantasma blanco por el oscuro fondo de una puerta.

Media hora despues, el duque de Lerma se metia calenturiento en la cama.

---

## CAPITULO LXIII.

---

De cómo la marquesa de la Fávara robó á Inés.

Al oscurecer de aquella noche, Calixta, servida por otras doncellas de la marquesa, se vestía de boda con un magnífico traje blanco que su señora le había regalado.

Al mismo tiempo, el bachiller que iba á entrar en la casa de don Guillen, se detenía asombrado al ver que el teniente Mendavia, vestido con un lujo excesivo, entraba en una carroza que estaba á la puerta de su casa.

—¿A dónde irá ese perdigon? dijo el bachiller: pues no, yo he de saber dónde se mete: es necesario no descuidarse con este tuno.

Y se fué tras la carroza que se habia dirigido hácia la Puerta del Sol, que torció luego por la calle del Arenal, y se detuvo al fin, delante del palacio del marqués de la Fávara, en el cual entró Mendavia.

La carroza quedó esperando.

—¿A qué diablos viene ese hombre casa del marido de la amante del marido de su hija? ¡ah! esperemos, puesto que la carroza espera: y ¡hace frio! pues bien, metámonos en la hosteria del Ciervo Azul, y mientras nos bebemos una botella y charlamos con nuestro antiguo conocido Gil Diaz, observaremos la puerta del palacio desde detrás de una reja.

Y el bachiller se zambulló, por decirlo así, en la hosteria.

La boda de Calixta y de Mendavia se anticipaba, porque así le habia parecido bien á la marquesa.

La cosa se hacia secretísimamente.

Nadie debia ver vestida de boda á Calixta más que las doncellas que la vestian, el capellan que debia casarla, el monaguillo y los testigos, todos los cuales sabian que estaban obligados á guardar el secreto por algun tiempo, á causa de la diferencia de condicion de los dos contrayentes.

Pero antes de que se celebrase la ceremonia, la marquesa se encerró con Cristóbal de Mendavia.

—A los tres mil ducados de dote que tiene Calixta, dijo la marquesa, añadimos mi marido y yo como padrinos, una donacion de tres mil ducados, sin contar con el valor de las joyas que llevará sobre sí Calixta para la ceremonia, y que yo la regalo.

—Gracias, señora, dijo con una hinchada vanidad Cristóbal de Mendavia: ayer, eso para mí era algo: hoy, ya veis; soy del hábito de Santiago, teniente de la compañía alemana de la guardia de su magestad.

—Por lo cual recibireis un sueldo de veinte ducados al mes.

—Eso no me alcanza á mí para gajes á mis criados, respondió Mendavia: debeis tener presente, señora, que mi yerno es riquísimo.

—Pero no os quiere.

—¿Que no me quiere y me ha comprado una magnífica casa riquísimamente entapizada y amueblada?

—Por decoro: al fin sois ó pasais por padre de su mujer.

—¡Cómo que paso yo por padre de mi hija!

—Todo el mundo sabe ó va sabiendo que vuestra hija es hija natural del duque de Lerma.

—¿Cómo que todo el mundo lo sabe ó está en camino de saberlo? dijo Mendavia fuertemente contrariado.

—Hay cosas que pasan por secretas en la córte, y sin embargo todo el mundo las sabe.

—¿Y lo sabe eso tambien Inés?

—Pues ya lo creo, ¿por qué la salvó el duque de Uceda sino porque era su hermana? ¿y cómo no habian de decirselo? estad seguro de ello: doña Inés sabe que no es vuestra hija, y guarda el secreto y continúa tratándoos como padre, por decoro.

—¡Ah! dijo Mendavia: pues mirad, señora, no creia yo capaz de tanto disimulo á Inés.

—Desengañaos, Mendavia: las mujeres somos capaces de todo, y la que parece mejor.....

—¡Diablo! murmuró Mendavia rascándose una oreja.

—Podeis, pues, contar muy poco con los dos jóvenes esposos.

—Y bien, vos ignorais sin duda que dentro de muy poco seré por la proteccion del duque de Uceda, comendador de Manzanares, lo cual supone una renta de diez mil ducados anuales: ya veis, señora, que no me caso con Calixta por lo que Calixta traiga, sino porque me enamora, y estoy seguro, segurísimo, de que si no la hago mi esposa me quedo sin ella: cierto es que hay desigualdad de condiciones, porque al fin, un comendador de Santiago... pero no es el primer gran señor que se ha casado con una fregona, que no lo es Calixta, y aun con cosa peor. Ahí está el conde de Medianos, que se casó con una lavandera polaca que habia venido de Coima, de un paisano suyo sargento, huido de su tierra, y la tal que anduvo rodando como una pelota entre la soldadesca, es hoy tan grande de España como la primera, y todos la reverencian y la acatan; así es, que importa poco.....

—Pero estais soñando, Mendavia: no veis que yo puedo hacer que lo de la encomienda se vuelva aire; que os echen de la compañía alemana, que os quiten el hábito por indigno de él, lo que no me seria difícil probar, y dejaros tan pelon como lo estábais hace algunos días; esto es, si no se me pone enviaros á galeras, que todo puede ser.

—¿Pero qué os he hecho yo, señora? dijo verdaderamente asustado Mendavia, porque sabia que la marquesa podía hacer muy bien lo que amenazaba.

—¿Que qué me habeis hecho? que os estais rebelando contra mí, aunque sea mala é impía comparacion, como Satanás contra Dios. ¿Conque á mí que puedo deshaceros se me os venís con soberbias?

—Perdonad, señora, y tenedme por no rebelado, dijo rindiéndose á discrecion Mendavia.

—Bien, continuemos: me habeis hablado de vuestra casa: ¿no está unida á la de don Guillen?

—Sí señora.

—¿No se ha abierto una comunicacion?

—Sí señora; por los corredores del primer piso.

—Bien, continuemos: además de los seis mil ducados que recibireis como dote de Calixta, añadiré yo veinte mil de vos para mí, y sin que nadie lo sepa.

—Pero vos me dareis por algo esos veinte mil ducados, señora.

—Indudablemente: os los doy porque en el momento en que os hayais casado con Calixta, os vayais á vuestra casa.

—¿Y no más que por eso, señora?

—Esperad aun: allá á las doce, cuando todos estén recogidos... ¿teneis muchos criados, Mendavia?

—Dos soldados de la compañía, dijo Mendavia: aun no he montado mi servidumbre.

—¿Y dónde duermen esos soldados?

—En el piso bajo, en un aposentillo junto á la caballeriza.

—¿Y podeis vos bajar al jardin sin que os sientan?

—Si señora, contestó con extrañeza Mendavia.

—Pues bien, á las once y media bajareis al jardin, y os acercareis á la tapia que le separa del mio, por el lugar donde hay en mi jardin pegado á la tapia un pequeño ciprés.

—Bajaré, señora.

—En mi jardin estaré yo: la tapia es baja y podeis saltarla.

—¿Y cómo sabré si estais ó no, señora? dijo Mendavia.

—Arrojad una piedrecilla á mi jardin, y yo contestaré arrojando otra al vuestro.

—Muy bien, señora.

En aquel momento el marqués de la Fávara asomó la cabeza por entre los cortinajes de la puerta, y dijo:

—Calixta está ya completamente vestida y espera. Llevad vos, señora, al novio, que yo llevaré á la novia: concluyamos cuanto antes. Ya sabeis qué impacientes nos encontrábamos los dos el dia en que nos casamos.

—Indudablemente, amigo mio, dijo la marquesa. Id, id vos á acompañar á la novia que yo voy allá con el novio.

En la ceremonia apenas se invirtió media hora.

Calixta estaba hermosísima, fresca, resplandeciente.

Mendavia sentia una especie de mareo inesplicable.

Cuando concluyó la ceremonia, el marqués se llevó á Calixta, y la marquesa á Mendavia.

Cuando estuvieron en su cámara, la marquesa le dijo:

—Conque adios, amigo mio; hasta las once y media.

—¡Cómo! dijo Mendavia, ¿no permitis que vaya á hablar un momento con mi mujer?

—No señor; ganadla.

—Pero...

—Nada, soy inflexible: Calixta está todavía bajo mi dominio, y mientras dure el secreto de vuestro casamiento, lo estará; con la diferencia de que ha dejado ya de servirme: será mi dama de compañía; iré con ella á todas partes; la sientan muy bien las ropas de dama. Id, id, y os lo repito, servidme para que yo os deje visitar á vuestra mujer.

—¡Oh, señora! esta es una crueldad que yo no esperaba, dijo Mendavia, y contra la cual tengo tentaciones de sublevarme.

—Bien, Mendavia, bien; vuestra mujer es; si quereis, lleváosla ahora mismo; pero para que yo os la deje sacar de mi casa, será necesario que todo el mundo sepa que es vuestra mujer: lleváosla; pero no conteis entonces, ni con el aumento de tres mil ducados al dote de Calixta, ni con los diez mil que yo os he ofrecido, ni con la encomienda de Manzanares, que yo haré que no os den, ni con el hábito de Santiago, ni con la tenencia de la compañía tudisca, que yo haré que os quiten. Id, id por vuestra mujer y lleváosla.

—A ese precio, no señora; es demasiado cara, dijo Mendavia: tendremos paciencia; pero os repito que esta es una crueldad.

—Id, id con Dios que me estais robando el tiempo.

—Adios, pues, señora.

—Hasta las once y media, ya sabeis.

Mendavia salió dado á los diablos, y se metió renegando en su casa, porque no tenia otro lugar á donde ir.

El bachiller Algarroba que le vió salir, se despidió de Gil Diaz, que le habia estado dando conversacion, y salió murmurando:

—Pues señor, se ha estado dentro hora y media, durante la cual me he bebido yo tres botellas, lo que me ha puesto los ojos algo turbios, y la lengua algo gorda: si me presento así á Guillen, me vá á echar un sermon como para mí solo; y el caso es, que yo debía avisarle de que el tal Mendavia ha estado hora y media en casa de esa intriganta marquesa de ia Fávara: y bien, se lo diré mañana: ¿qué diablos habrá venido á hacer aquí ese soldadote tan cubierto de galas, y tan en carroza?.. y la carroza era del marqués. Pues señor, bien; mañana lo sabrá Guillen.

Y con paso no muy seguro, porque le pesaba demasiado la cabeza, echó hácia el pasadizo de San Ginés, dió la vuelta á la calle Mayor, se metió casa de Guillen, y luego en su cuarto, y se acostó.

Por efecto de los vapores que le andaban en la cabeza, no reparó en dos hombres que estaban parados en la esquina del pasadizo de San Ginés, y que hablaban en voz baja y con calor.

El uno de ellos era uno de los espiones de Estébanez, ayuda de cámara, á quien el duque de Uceda habia hecho su jefe de policia.

El otro era uno de los criados del marqués de la Fávara, que habian asistido al casamiento de Mendavia y de Calixta.

Este criado se llamaba Porcel.

—Os aseguro, señor Sobrado, decia Porcel, que me es de todo punto imposible deciros por qué ha entrado en casa ese don Cristóbal de Mendavia: imposible de todo punto; y cuando os diga la razon, os convencereis.

—¿Y qué razon es esa?

—Que no sé á qué ha venido ese caballero.

—Eso es escaparse, pero de mala manera, dijo Sobrado; porque se os coje en seguida, señor Porcel; vos sois el criado de más confianza del señor marqués, lo sabeis todo, y por eso se os paga, y se os tiene presente para haceros hombre. El teniente Mendavia no ha venido aquí para cualquier cosa; porque ha venido muy bizarro, y en una carroza de su excelencia.

—¡Ay, señor Sobrado, dijo Porcel; y en qué aprieto me poneis! yo no quiero quedar mal con el señor duque de Uceda, y para no quedar mal, tengo que faltar á un secreto que he jurado guardar profundamente.

—Ya sabeis, dijo Sobrado, que confiándomele queda guardadísimo el secreto.

—Pues bien, aunque creo que nada importe esto al señor duque de Uceda, allá vá: don Cristóbal de Mendavia ha venido tan ricamente ataviado, porque ha venido á casarse.

—¡A casarse!

—Si señor, á casarse secretamente.

—¿Y con quién?

—Con Calixta, la doncella favorita de la señora.

—¡Ay señor Porcel, dijo Sobrado; que me habeis partido por la mitad!

—¿Cómo es eso?

—¿Pues no sabeis que andaba yo perdido, bebiendo los vientos por la Calixta?

—Pues se conoce que ella no os queria mucho.

—Siempre me ha enviado á paseo.

—Pues alegraos; puede ser que despues de casada os quiera.

—¿Habiéndose casado con un gran señor?..

—Pero el gran señor es viejo y feo, y vos sois jóven y buen mozo.

—Quedad, quedad con Dios, señor Porcel, que me voy á ahogar la pena á la tabernilla de aquí al lado. Si quereis venir conmigo...

—No hay inconveniente.

Y los dos criados fueron á empozarse en una taberna que habia en el ángulo del pasadizo de San Ginés.

Mendavia por entretener el tiempo, puesto que eran las nueve de la noche, se fué á hacer una visita á Guillen, y pasó á su casa por la puerta de comunicacion que se habia abierto el dia antes, y á la que todavia no se habia puesto la madera.

Por de contado cuidó de quitarse su traje de gala, poniéndose uno sencillísimo.

—¿Cómo os encontrais, mi buen hijo? preguntó á don Guillen, á quien encontró incorporado en el lecho, teniendo junto á sí á Inés.

—Me encuentro mucho mejor, dijo Guillen, y creo que dentro de cuatro dias podré dejar el lecho. La herida no ha interesado ninguna parte importante, y yo tengo muy buena encarnadura: respiro bien, duermo bien, como algo más de lo que me permiten los médicos, y con muy buen apetito: no puedo ir mejor.

—Pues no hagais disparates, hijo mio, dijo Mendavia.

—¿Qué teneis, padre, dijo Inés, que estais muy encendido?

—Qué se yo, algo que me se ha subido á la cabeza; no estoy bueno; me suceden cosas extraordinarias, oposiciones irritantes que yo no esperaba, que no podia esperar.

—¡Cómo! dijo don Guillen; ¿pues qué os sucede?

—La compañía... el duque de Uceda... qué se yo: ved aquí con qué razon dicen esos soldados de pastaflora de la guardia del rey, la mayor parte de los cuales no han olido la pólvora, que están descontentos porque me han hecho teniente de su compañía.

—¿Pues entonces qué dirán de mí, dijo Guillen, que no he sido nunca soldado?

—¡Bah!... dicen pestes, y murmuran que van á buscar una nodriza para que acabe de criaros, á fin de que podais con la bandera de la compañía, que dicen que es muy pesada.

—¿Sí? dijo ofendido don Guillen; ¡conque una nodriza!... pues mirad; yo habia pensado hacer dejacion de ese empleo; pero ya que eso dicen, no lo hago: dejad, dejad que yo me ponga bueno, que yo os aseguro que esos fanfarrones han de comerse cruda la nodriza que me busquen.

—¡Ah, no te irrites por Dios! dijo tiernamente Inés: podria empeorártese la herida.

—Sí, tienes razon, dijo don Guillen; mejor es reirse de esos habladores, porque no saben lo que dicen.

—Pero, padre, me parece que estais verdaderamente malo, dijo Inés.

—¿Que si estoy malo? dijo Mendavia; no lo sabes tú muy bien; por lo menos tan malo como tu marido.

—Id, id á recogeros, sosegaos, que eso tal vez se os pase durmiendo. Pero si os empeorais avisadme.

—Sí, hija, sí; me parece que lo mejor será irme á la cama; con que buenas noches. Adios Guillen, hijo mio; adios, Inés.

Y salió murmurando para sí:

—No sabia yo que se me conocia la desazon que tengo en el cuerpo: ¡por vida de cien legiones de demonios y de la marquesa de la Fávara! ¿y qué hora será? ¡eh! ¡Vazquecillo! dijo á un soldado de la guardia tudésca que se paseaba en el corredor: ¿sabeis qué hora es?

—Mi teniente, dijo el soldado; acaban de dar las diez en el Buen Suceso.

—Pues buena hora es de acostarse, dijo Mendavia: recojeos, y que ni vos ni Agüero me andeis por la casa como duendes al olor de las doncellas de mi hija, gracias á que en ese boqueron todavía no hay puerta.

—Descuidad, mi teniente.

—No, no me fio; sois jóvenes y ellas un poco cari-alegres; no quiero disgustos con mi hija y os voy á encerrar.

—Como querais, mi teniente, dijo algo contrariado el tudesco, porque sin duda él y Agüero habian proyectado una buena mano de conversacion nocturna con las doncellas de Inés, en el momento en que todo estuviese en silencio y apagadas las luces en la casa.

Vazquecillo encendió una bugia y echó delante de su teniente un poco mohino y contrariado hácia el piso bajo.

Torció por un callejon que empezaba en el zaguan, y al comedio de él se entró por una puerta.

Aquella puerta era la de escape de la caballeriza.

—Pues vaya, buenas noches, mi teniente, dijo el tudesco, que por su acento y su manera particular de decir era manchego.

Y dió la bugia á Mendavia.

—Buenas noches, amigo, y hasta mañana temprano, que os abriré.

Y echó la llave á la puerta, la quitó y la dejó en el suelo junto á ella.

—Miren que es bueno, dijo, llamarse Vazquecillo un jastialon que puede tocar con la mano desde la plazuela las campanas de la torre de Santa Cruz, y tudesco un manchegazo, y de los de enmedio de la Mancha: pues á cualquiera pueden dárselo á buscar sin más señas que el nombre y la patria, y lo encuentra á la hora: y el redomado se entraba de muy mala gana en el encierro: paréceme á mí que le hago yo tan mal negocio como á mí me lo ha hecho la marquesa; pues que tenga paciencia como la tengo yo.

A esto, Mendavia se encontraba ya en el piso principal, y abría la puerta de la antecámara.

Atravesó esta y la cámara, y se metió en un gabinete ó camarín, del que había hecho su cuarto de dormir.

Estas habitaciones estaban amuebladas y entapizadas, y alfombradas con gran lujo.

Como que la indiana que había puesto la casa era muy rica y muy ostentosa.

Mendavia pasó hora y media contrariado, hablando consigo mismo, dominado por una inquietud vaga, por una especie de mal presentimiento que no podía explicarse.

Suprimimos el largo monólogo de Mendavia, porque dado su carácter y la situación en que se encontraba, pueden suponer nuestros lectores cómo sería este monólogo.

Dieron al fin las once y media.

Aquellas dos campanadas produjeron en Mendavia un efecto lúgubre.

Salió del camarín, atravesó la cámara y la antecámara, y bajó al jardín, dejando la luz en su entrada.

La noche era entre clara.

Mendavia atravesó el jardín, llegó á la tapia, y buscó y encontró el pequeño ciprés que le había indicado la marquesa.

Miró á las ventanas de su casa y á las de don Guillen, y las vió completamente á oscuras. Todo dormía.

Entonces, Mendavia cogió una piedrecilla y la echó al otro lado.

A seguida, del otro lado cayó otra piedrecilla á sus piés.

Mendavia salvó entonces la tapia, que era muy baja.

Al otro lado de la tapia encontró puesta una escalera, y al pié de la escalera á la marquesa inmóvil.

—Gracias, Mendavia, dijo esta; habeis sido puntual.

—¿Y cómo no había de ser puntual, dijo Mendavia, si me esperábais vos?

- Aprovechemos el tiempo.
- ¿Y para qué, señora?
- Veamos: ¿no hay abierta una comunicacion entre vuestra casa y la de vuestra hija?
- Si señora.
- De modo que si os pusiérais gravemente enfermo de noche, podriais avisar á vuestra hija.
- Indudablemente, señora.
- Pues bien, os vais á poner gravemente enfermo.
- ¡Yo!
- Necesito que os pongais muy enfermo.
- Pues mirad, señora, lo estoy bastante; porque paso muy mal rato.
- Pues poneos peor, de modo que sea necesario que aviseis á vuestra hija.
- ¿Y para qué eso, señora?
- Voy á llamar á cuatro criados míos, que conmigo pasarán á vuestra casa.
- ¿A mi casa?
- Sí, Mendavia, porque solo pasando á vuestra casa podemos escondernos en vuestro dormitorio.
- ¿Pero qué es lo que intentais hacer, señora?
- ¿Qué? apartar á esa mujer de don Guillen, á quien amo.
- Yo no puedo hacer eso con mi hija, contestó enérgicamente Mendavia.
- No es vuestra hija.
- Como si lo fuera; porque la he criado y la amo.
- Y amándola mucho la vendisteis á don Rodrigo Calderon, que por una casualidad supo que era su hermana.
- Sea como quiera, señora; si en un momento de horrible miseria, la vendí, más por ella que por mí, porque no pereziese, hoy que es rica y feliz no la venderé.
- Os estoy viendo en galeras con un grillete al pié y agarrado á un remo, dijo la marquesa.
- ¿A mí, señora?
- Sí; puedo probar que habeis sido amigo y compañero de un tal Belludo, de un bribon, de un asesino, que fué quien, sirviendo á mi marido malhirió á don Guillen. Vos habeis ayudado en ciertos hurtos y en muchas malas cosas á Belludo.
- Pero señora, me pedis una cosa demasiado dura.

—Os mando, porque vuestra mala conducta y vuestros delitos me permiten mandaros: si no os tuviese cogido, si no dispudiese de vos, si me fuera de todo punto imposible separar á doña Inés de don Guillén, echaria mano del último y más terrible recurso: compraría á peso de oro la conciencia de uno de sus criados, y la envenenaria: todo, antes de que esa mujer sea de don Guillén.

—Pero señora, dijo cubierto de sudor frio Mendavia; vos teneis á Satanás en el cuerpo.

—Puede ser; pero vamos al negocio, que el tiempo se pasa: voy á haceros la cuenta: diez y seis mil ducados entre el dote de Calixta y lo que yo os daré; vuestra tenencia en la compañía alemana, y tal vez su capitania, y la encomienda de Manzanares. Por otro lado, si os negais, la despedida ignominiosa del servicio por delitos, y la degradacion del hábito de Santiago al frente de la compañía formada y con bandera. Despues el remo y el grillete, y puede ser que la horca.

—Decís bien, señora; me teneis cogido y atado de piés y manos, á no ser que os ahogue y me vaya por donde he venido, y adivina quien te dió.

—Cuatro criados míos están detrás de esa espesura, dijo tranquilamente la marquesa: atreveos, pues á mi.

—Haced lo que querais, señora.

La marquesa dió una pequeña palmada.

Inmediatamente, de detrás de la enramada que antes habia señalado la marquesa, salieron cuatro criados.

Uno de ellos traia una pequeña escalera.

Otro de ellos era Porcel, el que al principio de la noche hemos visto hablando con uno de los espiones de Estébanez, al servicio de Uceda.

Como todo entonces estaba corrompido hasta las raices, no habia negocio que tuviese alguna gravedad, que no fuese un tejido de traiciones.

La marquesa no sabia que Porcel, uno de sus criados, en quien tenia más confianza, y del que se valia para todos sus manejos desde muy antiguo, estaba vendido á Uceda.

—¿Está completamente libre vuestra casa, Mendavia? dijo la marquesa.

—Sí señora, contestó Mendavia como el reo que llevan á ahorcar contestando á las exhortaciones del agonizante: he encerrado á mis dos asistentes en la caballeriza.

—Poned esa escalera del otro lado, dijo la marquesa.

Los criados pusieron la escalera.

—Id delante, Mendavia, y dadme la mano, dijo la marquesa.

Poco despues, ellos y los criados estaban en el otro jardin.

Algunos minutos adelante, los cuatro criados de la marquesa estaban escondidos tras una puerta que daba al dormitorio de Mendavia, en el sentido de la cabecera del lecho,

—Os vais á poner gravemente enfermo, dijo la marquesa; de tal modo, que sea necesario acuda doña Inés. Don Guillen no puede aun dejar el lecho, y por consecuencia no acudirá. Doña Inés traerá consigo alguna de sus doncellas y algun criado: decidla cuando venga, que quereis quedaros á solas con ella.

—Sí, dijo Mendavia; me dejarán solo con mi hija; pero los criados se quedarán en la antecámara.

—Estas casas grandes se andan al rededor, dijo la marquesa: por ese aposento donde están escondidos mis criados se podrá indudablemente bajar al jardin.

—Sí, sí señora.

—Pues bien, apresurémonos: yo voy á esconderme tambien: empezad á poneros malo, y haced que llamen á vuestra hija.

Y la marquesa fué á la puerta, tras la cual estaban sus criados, la abrió y desapareció por ella.

Mendavia no tenia que ponerse malo, lo estaba bastante.

Sentia en la cabeza una vaguedad que apenas le permitia tenerse de pié.

Vaciló un momento: lo que iba á hacer era enorme.

Se le ponian delante, el poder de la marquesa que bastaba para reducirle á una condicion de todo punto miserable, y Calixta, de quien estaba locamente enamorado.

—Y bien, dijo decididamente; todo esto se reduce á que yo me vea obligado á matar á don Guillen.

Y tomó una bugía, y con paso vacilante se encaminó al piso bajo; llegó á la puerta de la caballeriza recogió del suelo la llave y abrió.

A seguida empezó á dar voces.

—¡Eh! ¡á mí! ¡Vazquecillo! ¡Agüero! ¡despertad! ¡me estoy muriendo! ¿no ois? ¡Agüero! ¡Vazquecillo!

Poco despues, acudieron en ropas menores y alarmados los dos asistentes.

—Sostenedme, dijo Mendavia; me estoy muriendo; apenas he

podido llegar hasta aquí: sostenedme vos, Agüero: llevadme á mi dormitorio: vos, Vazquecillo, vestios; no habeis de ir en calzones blancos á casa de mi hija: avisad, decid que estoy muy malo: vamos, vamos, Agüero.

Y echó á andar vacilante, pesando sobre el tudesco, que afortunadamente era fuerte y soportaba bien la aventajada humanidad de Mendavia.

Vazquecillo se vistió en dos minutos, y se trasladó rápidamente á casa de don Guillen, en la que entró por la puerta de comunicacion.

Al pasar de ella se detuvo de improviso: habia visto delante de sí una jóven morena, bastante linda, al parecer, por su traje, criada, á beneficio de la candileja que llevaba en la mano.

—¡Ah! ¿eres tú, Floreta? dijo.

—Vaya, si señor, contestó la jóven; y estoy esperando hecha un granizo de frio hace ya más de media hora.

—Qué quieres, mujer; suceden cosas muy grandes; el teniente se ha puesto muy malo; y me alegro de encontrarte: anda y dí á tu señora que don Cristóbal se está muriendo, y que quiere verla; ¿oyes?

—Sí, hombre, sí; voy á avisar á la señora: nos veremos luego, ¿no es verdad?

—Por supuesto: á rio revuelto, ganancia de pescadores.

Floreta y Vazquecillo se separaron: ella se fué á avisar á doña Inés, y él al dormitorio de Mendavia.

Agüero le estaba desnudando.

—¿Voy á buscar un médico? dijo Vazquecillo.

—No, hombre, no, dijo con voz apagada Mendavia: esperemos á que venga la señora.

Y como hubiese acabado de desnudarle Agüero, se metió temblando en la cama y se rebujó.

Agüero se fué á vestirse.

Vazquecillo permaneció de pié junto al lecho de Mendavia.

Doña Inés que dormia en un aposento inmediato al de don Guillen, cuando la despertó Floreta y la dijo la causa, no lo extrañó.

Ya sabemos que al principio de la noche le habia parecido enfermo Mendavia.

No amaba á este Inés; no tenia motivos para amarle, y mucho menos desde que sabia que no era su padre.

Pero Inés tenia un gran corazon, un corazon magnánimo, y se apresuró á vestirse.

Cuando lo estuvo, entró en el dormitorio de don Guillen, que dormía.

Le despertó suavemente y le dijo:

—Mendavia se ha puesto muy malo; me llama y acudo, porque debo acudir.

—¡Oh! ¡eres un ángel, Inés mia! dijo don Guillen: vé, no debemos negar ni á nuestros enemigos la caridad.

Inés besó en la frente á Guillen, y se separó de él inquieta: segun ella, por el estado en que se encontraba Mendavia: segun nosotros, por ese presentimiento misterioso que precede á las grandes desgracias, y que no nos esplicamos sino cuando la desgracia ha acontecido.

Se llevó solo á Floreta por no incomodar á ningun criado, puesto que Mendavia tenia sus asistentes.

Floreta se quedó en la cámara.

En el dormitorio estaban Vazquecillo y Agüero.

—¿Qué esto, padre mio? exclamó doña Inés acercándose vivamente al lecho de su padre.

—Esto es, hija mia, que sobre mí ha caido la ira de Dios, contestó pudiendo hablar apenas Mendavia; pero necesito quedarme solo contigo, necesito hablarte: idos fuera vosotros.

Los dos soldados salieron.

—Pero, ¿qué es esto? repitió Inés.

—Anda, hija, anda, cierra aquella puerta: es necesario que nadie nos escuche, que nadie nos interrumpa.

Creció la inquietud de Inés, que sin embargo fué á la puerta por donde habian salido los dos asistentes y la cerró.

Enfrente de aquella puerta estaba la del aposento que escondia á la marquesa y á sus criados.

Inés volvió al lecho de Mendavia, cuidadosa, anhelante.

Mendavia la asió con fuerza las manos; es decir, la sujetó.

Inés creyó que la fuerza que hacia Mendavia, era por efecto de sus padecimientos.

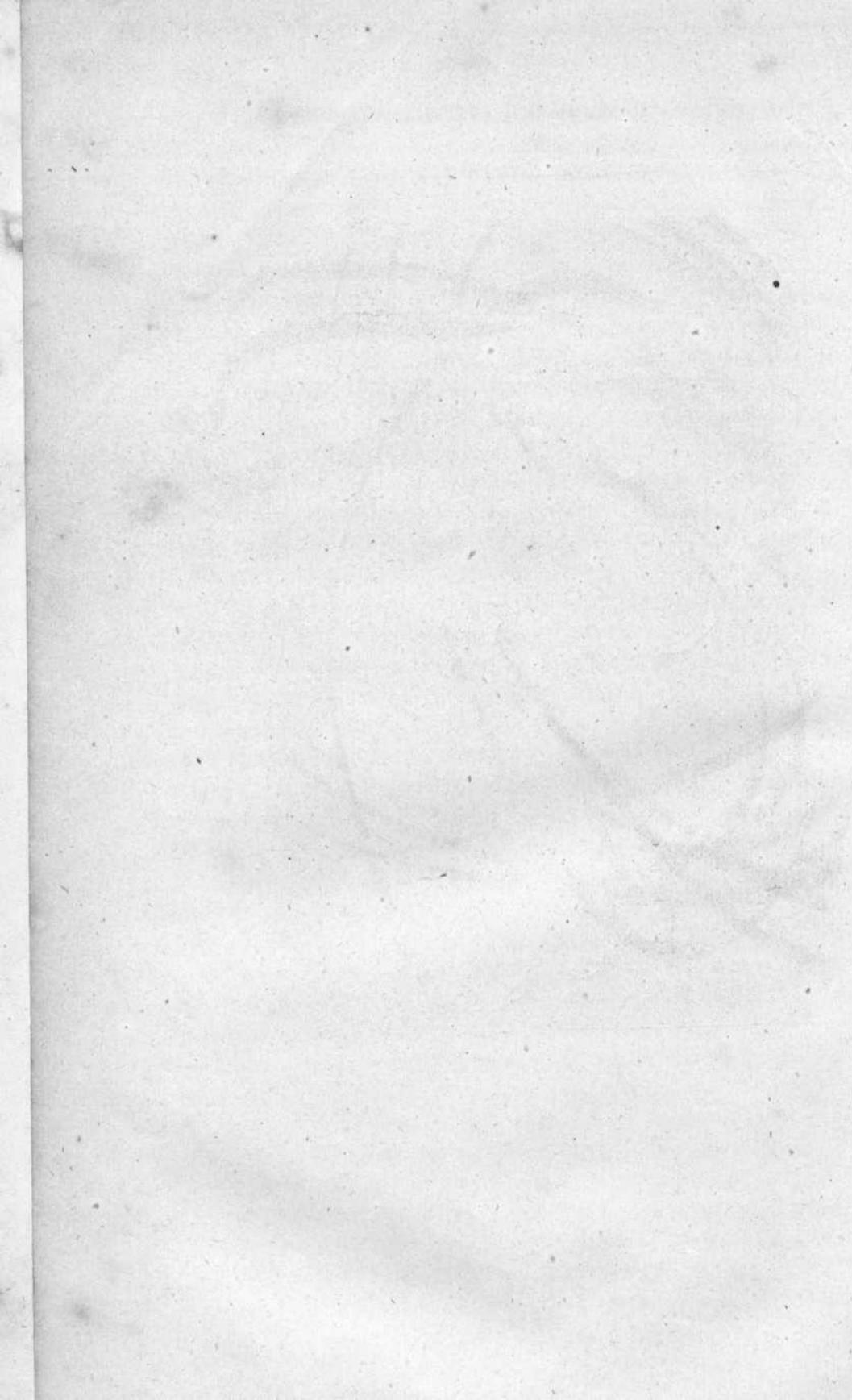
—¿Sufrís mucho, padre mio? le dijo.

—¡Oh! mucho, muchísimo, hija mia, dijo Mendavia: no puedes figurarte lo que sufro.

En aquel momento, Porcel y otro de los criados que habian salido silenciosamente al dormitorio sin que reparase en ellos Inés, que estaba de espaldas á la puerta, se arrojaron sobre ella y la taparon la boca con un pañuelo.



...se arrojaron sobre ella y la taparon la boca con un pañuelo.



Pero no tan rápidamente que Inés no pudiese lanzar un agudo grito.

—¿No oyes? dijo Vazquecillo á Floreta, con la cual se habia escurrido hácia la antecámara; tu señora ha gritado.

—¿Se habrá muerto tu amo?

—No, vive Dios, exclamó Agüero que golpeaba furioso la puerta: es que se llevan á la señora; lo estoy viendo por el ojo de la cerradura.

Y seguia golpeando.

Mendavia que se apercibió de la situacion, gritó:

—¡Favor! ¡socorro! ¡Vazquecillo! ¡Agüero! ¡que me roban á mi hija!

Tal vez Mendavia se arrepentia tarde.

Floreta dió á correr hácia la casa de su señor dando gritos.

Agüero y Vazquecillo, viendo que no podian forzar la puerta, dieron á correr hácia el piso bajo. Y como no tenian armas y era de suponer que los ladrones estuviesen bien armados, se entretuvieron en ir por sus espadas y sus pedreñales á su cuarto.

Cuando acudieron el uno al jardin y el otro á la calle, único sitio por donde podian haber escapado los ladrones, nada hallaron, ni el más leve vestigio.

Entre tanto, un coche de camino en que habia entrado la marquesa de la Fávara, Inés sujeta y con la boca tapada, y dos criados, se ponía en marcha.

La casa de don Guillen habia sido puesta en alarma por Floreta.

A las voces de esta, de han robado á mi señora, dejaron todos los lechos, incluso don Guillen, á pesar de que estaba todavía en mal estado.

Se registró todo y nada se encontró.

—¡Qué es esto! exclamó Guillen desesperado encarándose á Mendavia: ¿quién ha robado en vuestra casa á mi esposa?

—¡Ah! ¡yo lo sabré! dijo Mendavia: ¡yo lo sabré, y desgraciados de los que han cometido este crimen!

Guillen no replicó, porque no pudo replicar.

El dolor, la rabia y el grave estado en que se encontraba, le habian desvanecido.

Sus criados se lo llevaron sin conocimiento.

Fué necesario buscar un médico para Mendavia, porque realmente estaba enfermo.

Entretanto Sobrado decía á Estébanez:

—Porcel, el criado de confianza de la marquesa de la Fávara, acaba de avisarme de que su señora ha robado de casa de su padre á doña Inés de Mendavia.

Así fué como el duque de Uceda supo que la marquesa de la Fávara habia robado á Inés.

—No, vive Dios, exclamó Agüero que tal es que se llevan á la señora; lo estoy viendo por el ojo de la cerradura.

Y sacó el golpe de ojo.

Mendavia que se apercibió de la situación, gritó:

—¡Favor! ¡favor! ¡Vaxpedillo! ¡Agüero! ¡que me roban á mi hija!

—

Tal voz Mendavia se arrojaba tarde.

Flores dio á correr hacia la casa de su señor dando gritos.

Agüero y Vaxpedillo, viendo que no podían forzar la puerta,

dieron á correr hacia el patio bajo. Y como no tenían armas y era de suponer que los ladrones estuviesen bien armados, se entraron

en un por sus espaldas y sus pedañales á su cuarto.

Cuando descubrieron el uno al jardín y el otro á la calle, ántico sí, no por donde podían haber escapado los ladrones, nada hallaron

ni el mas leve vestigio.

Entre tanto, un coche de camino en que había entrado la marquesa de la Fávara, iba sigla y con la boca tapada, y dos criados,

se ponía en marcha.

La casa de don Guillen habia sido puesta en alarma por Flo-

res.

A las voces de esta, de han robado á mi señora, dejaron todos los techos, incluso don Guillen, á pesar de que estaba trabado en

mal estado.

Se registró todo y nada se encontró.

—¡Qué es esto! exclamó Guillen desesperado dirigiéndose á Mendavia: ¿quién ha robado en vuestra casa á mi esposa?

—¡Ah! ¡yo lo sé! dijo Mendavia: ¡yo lo sé! y desgraciadamente de los que han cometido este crimen!

Guillen no replicó, porque no pudo replicar.

El dolor, la ira y el grave estado en que se encontraba, le daban desvanecido.

Sus criados se lo llevaron sin conocimiento.

Fue necesario buscar un médico para Mendavia, porque tenía

muerte estaba enfermo.

## CAPITULO LXIV.

De cómo Inés se perdió para la marquesa de la Fávara.

Al día siguiente cuando se levantó el duque, no muy temprano para aquellos tiempos, porque eran ya las diez de la mañana, llamó á Estébanez, y le dijo:

—A estas horas debes saber á dónde se ha llevado la marquesa de la Fávara á doña Inés de Mendavia.

—Sí, señor, dijo Estébanez; Porcel, que es todo mío, y por lo tanto todo de vucencia, se ha llevado esta mañana á la taberna al cochero de la marquesa de la Fávara, que la sirvió anoche, y le ha sacado del cuerpo, parte con oro y parte con vino, que son dos muy buenos sacatrapos, lo siguiente: «La marquesa con dos criados, que se llaman Juan Soto y Antonio Pardo, se metió en un coche, llevando consigo á doña Inés de Mendavia tapada la boca y atadas las manos.»

—¡Vive Dios! exclamó el duque de Uceda; ¿y á dónde se ha llevado la marquesa á doña Inés?

—A Pozuelo de Alarcon, á un palacio que allí tiene.

—¿Y á qué hora?

—Antes de la una.

—¿Y cómo han abierto á la marquesa la puerta de Segovia?

—Se la ha abierto ella con llave de oro.

—¿Y cómo ha dejado la marquesa á doña Inés en ese su palacio de Pozuelo de Alarcon?

—Encerrada en un aposento con Soto y Pardo de guardia en una habitacion inmediata, de la cual no puede faltar uno de ellos. Nadie sabe en el pueblo que en el palacio hay una prisionera.

—Sí; pero lo sé yo y basta: escribe, Estébanez.

Estébanez se sentó y escribió lo siguiente, que le dictó el duque:

«De orden del rey, el alcalde de Casa y Córte don Bernabé Cienfuegos, se trasladará al pueblo de Pozuelo de Alarcon con su ronda de alguaciles, y en dicho pueblo y en el palacio del marqués de la Fávara prenderá á Pedro Soto y Antonio Pardo, criados del marqués de la Fávara, y á doña Inés de Mendavia; y sin oír reclamacion alguna, traerá á esas tres personas á Madrid, y esperará en el puente de Segovia, donde recibirá nuevas órdenes. Dios guarde á usía. El secretario del Despacho Universal, duque de Uceda.»

—Toma otro papel y escribe, dijo el duque.

«Señor don Bernabé Cienfuegos: Muy señor mio y de toda mi estimacion: Para cumplir la adjunta real orden, os envio dos coches: en el uno irá mi mayordomo Estébanez, que os acompañará: en ese mismo carruage os traereis á doña Inés de Mendavia: en el otro á los dos criados de la marquesa de la Fávara, guardados de vista por dos alguaciles. Os ruego que despacheis esta diligencia en dos horas cuando más: para hacer posible lo que, he mandado poner buenos tiros á los coches. Guárdeos Dios. —Vuestro servidor: el duque de Uceda.»

Firmó el duque, cerró, selló y sobrescribió el pliego Estébanez, y el duque le dijo:

—Al momento; pero antes haz que vayan á llamarme al teniente de la guardia tudisca don Cristóbal de Mendavia, que ó mucho me engaño, ó habiéndose casado este con una doncella de la marquesa, debe saber cómo ha sido el robo de doña Inés.

Estébanez salió, mandó poner dos coches tirados por ocho mulas cada uno, en que fuesen á la zaga dos lacayos armados con espadas y pedreñales, y cuando estuvieron dispuestos se metió en uno, y se fué á Puerta Cerrada á casa de nuestro antiguo conocido el perinclito alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos.

Estábase éste embutido en su loba y en su golilla, con su birrete negro y un brasero debajo de la mesa y de los piés, despachando á más despachar un proceso en colaboracion de su secretario Damian Sierra, que con las antiparras puestas sudaba y trasnochaba

para seguir con la pluma la rápida palabra del alcalde, que hojeando un proceso enorme le dictaba auto tras auto.

Asomó la cabeza á la puerta del despacho un alguacil, y dijo respetuosísimamente:

—Señor, aquí hay uno que parece hidalgo con una carta que dice ser del excelentísimo señor duque de Uceda, y que, añade, tiene encargo de entregar á usía en propia mano.

Dobló el alcalde el proceso y dijo:

—Que pase al instante ese hidalgo.

Damian Sierra se puso la pluma tras de la oreja, se quitó las antiparras, y se limpió con un pañuelo de algodón los ojos, que le lagrimeaban.

Entró Estébanez, saludó bizarramente al alcalde, y le entregó el pliego.

Sacó don Bernabé una caja de plata, y de ella unas antiparras, abrió el pliego, retiró hácia atrás la cabeza y levantó tenida por sus dos manos la carta, y á distancia, como hacen los que tienen la vista cansada cuando se ponen espejuelos, y durante la lectura de la carta y de la real orden, hizo dos ó tres gestos incalificables.

Dobló despues los dos papeles, los guardó en un bolsillo de su loba, y dijo á su escribano:

—Hacedme la merced, señor Damian, de darme mi espada, mi vara, mi capa y mi sombrero.

El escribano tomó estos objetos que estaban en el mismo aposento, y los dió al alcalde.

—Durante dos horas ó dos horas y media que tardaré en volver podeis iros á evacuar esas diligencias. Quedad con Dios, hasta luego.

Y al pasar por la antecámara donde estaba la mitad de su ronda de servicio, dijo:

—A ver, conmigo dos ministros.

Levantáronse dos de los alguaciles, y siguieron al alcalde y á Estébanez.

Al salir de la casa el alcalde, vió dos grandes coches junto á ella tirados cada cual por ocho mulas, con cocheros y zagales, y en cada zaga dos lacayos armados.

—Supongo que los alguaciles no irán á pié, dijo el alcalde.

—No señor, contestó Estébanez: pueden entrar en aquel coche.

—Entren ahí, y vayan bien alguna vez en su vida, dijo el alcalde á los dos ministros, que se apresuraron á entrar en el segun-

do coche, que porque Uceda no los tenia peores, estaba forrado de terciopelo con blandísimos cojines.

Un lacayo abrió la portezuela del otro coche.

—Entre usía, dijo Estébanez con gran comedimiento.

El alcalde sin escusarse entró tieso y grave, y se arrellanó en medio del testero, manteniendo tiesa su vara de justicia.

—Ya sabes Tadeo, dijo Estébanez al cocheró; al pueblo de Pozuelo de Alarcon, á un palacio aislado que hay á la derecha del camino á un tiro de arcabuz del pueblo y antes de llegar á él.

Despues entró en el coche, y se sentó en la parte de delante; es decir, en el segundo puesto.

Los dos carruages se pusieron en marcha, el uno detrás del otro por la calle de Segovia.

El alcalde iba visiblemente contrariado: no sabia hasta qué punto estaba autorizado el duque de Uceda para ponerle en alternativa con su mayordomo.

Asi es que se espetó, encerró su dignidad dentro de la mayor reserva, y no dijo una palabra á Estébanez en todo el camino, permaneciendo tieso y grave como una estatua que hubiera representado á un tiempo la soberbia y el disgusto.

Aquel pequeño viaje duró una hora, porque aunque solo hay una legua de Madrid á Pozuelo de Alarcon, el camino que corria á lo largo de la tapia de la Real Casa de Campo era malo, fuertemente accidentado, y lleno de baches.

La portezuela se abrió.

El alcalde salió en silencio.

Tras él salió Estébanez.

En la puerta del palacio, que de tal no tenia más que el nombre, porque no era otra cosa que un gran caseron de ladrillo rojizo sin revocar, de un solo piso, con grandes balcones y una planta baja con grandes rejas; en la puerta del palacio, repetimos, estaba sentado un viejo criado con la librea de la casa de la Fávara tomando el sol y cascando piñones: un mastinazo enorme estaba echado á sus piés.

Al acercarse el largo, delgado y negro alcalde con su vara enristrada, el perro se puso sobre sus manos, castañeteó los dientes, y tomó una actitud de acometer tan espantable, que el alcalde se hizo atrás, y Estébanez echó mano á su espada.

El viejo criado se habia puesto de pié, y reconociendo en Cienfuegos un alcaldé por su traje y por su vara, se quitó la gorra.

—¡Vive Dios! exclamó acelerado don Bernabé, si no apaciguais á ese descomunal perro, os meto en la cárcel, y os tengo en ella quince años.

El criado se lanzó sobre el perro, le asió por el collar, y lo sujetó; ó mejor dicho, el perro se dejó sujetar.

—Estos son burros disfrazados de perros, dijo el alcalde; enormes hasta el punto que bien cabemos por su boca los dos coches y los que en ellos venimos: estos animalotés debian estar prohibidos.

—Descuide usía, señor alcalde, dijo el criado, que Palomo es un animal muy manso.

—¡Buena mansedumbre nos dé Dios, y si no acudis pronto nos devora!

—Ya vé usía, cumple su obligacion guardando la casa: ¿qué se le ofrece á usía por ella?

—¿Quién sois vos?

—Yo soy un mayordomo del señor marqués de la Fávara, encargado de este palacio, al que su excelencia viene á pasar algunas temporadas.

—¿Quién habita con vos en este palacio?

—Dos criados para la limpieza, y una mujer anciana que nos hace la comida.

—¿Y en el presente no hay nadie más en este palacio?

—No, señor alcalde.

—¿Cómo que no? A ver, á cercar el palacio: pero es el caso que yo no traigo más que dos ministros.

—Ya se habia pensado en esto, dijo Estébenez: los dos zagales y los cuatro lacayos pueden muy bien cercar el palacio.

—Pues que le cerquen, y que no dejen salir á nadie por ninguna parte.

—A ver, muchachos, los dos zagales aquí á la puerta; cada uno de vosotros á una esquina del palacio: si alguien se descuelga por algun balcon, ó sale por algun postigo, le mandais detenerse, y si no quiere detenerse, fuere quien fuere, disparais sobre él.

—¿Cómo es eso? ¿qué órdenes son esas de disparar sobre nadie? dijo el alcalde viendo que Estébenez se entrometia á dar órdenes graves.

—Cumpló, dijo Estébenez tan sério y tan grave como el alcalde, con lo que se me ha mandado en nombre de su magestad.

—Y entonces ¿para qué he venido yo? dijo todo ágrío don Bernabé.

—Diré á su excelencia el señor duque de Uceda, contestó con un tonillo intencionado Estébanez, que usía se ha disgustado, y su excelencia sabrá lo que tiene que decir á usía.

Aterróse el alcalde y cambió de tono.

—Yo no me he disgustado, hidalgo, dijo; de ningun modo; ha sido una observacion que no ha pasado de ser una observacion.

—A ver, dijo Estébanez al mayordomo del palacio; encerrad ese perro, y volved con las llaves: se va á hacer un registro.

El alcalde estaba ya en segundo lugar; no pasaba de ser una persona autorizante de un registro y de una prision, como funcionario de justicia.

Don Bernabé lo comprendió así, y se resignó por no ofender con nuevas observaciones al duque de Uceda, que podia hacerle mucho daño.

El viejo mayordomo que mantenía al perro asido por el collar, no se movió.

—¿Por qué no haceis lo que se os manda? dijo Estébanez.

—Porque tengo que hacer una advertencia: he dicho que en el palacio no habia más personas que dos criados, una criada y yo, porque se me habia mandado callase acerca de otras personas que están en el palacio desde anoche. Pero si por callar ha de sobrevenirme algun mal, no callo: en el palacio hay una dama guardada por dos criados de los de allá.

—Pues guiad á donde está esa señora, y de paso encerrad el perro, que no deja de enseñarnos los dientes.

En efecto, el mansísimo Palomo se hubiera alegrado mucho de que le dejaran libre, para probar su mansedumbre á los forasteros.

El mayordomo entró en el palacio, abrió una puerta en el zaguán, y encerró á Palomo, que ya que no podia hacer otra cosa, se puso á ladrar de una manera formidable.

—¡Hermoso animal! dijo el alcalde.

Y pasó lo más lejos que pudo junto á la puerta, tras la cual estaba encerrado Palomo.

Subieron por unas anchas escaleras de mármol, con rica balastrada gótica, paredes pintadas y artesonado labrado y dorado.

En el interior aparecia el palacio.

El mayordomo llegó hasta una antecámara, donde sentados en un brasero y asando castañas, estaban Juan Soto y Antonio Pardo.

Al ver al alcalde se levantaron, y le miraron con extrañeza.

—A ver, ministros, dijo el alcalde; atad á esos dos hombres.

—¿Y por qué han de atarnos? dijo Juan Soto.

—De orden del rey, nuestro señor, dijo el alcalde.

Los criados se amilanaron, se agobiaron, y pusieron el semblante más compungido del mundo.

Cada uno de los alguaciles sacó de sus gregüescos una cuerda de que siempre iban provistos los pájaros de esta clase, habiendo algunos de ellos que llevaban cinco ó seis por no encontrarse desprevénidos en un caso dado.

Soto y Pardo fueron perfectamente atados en dos minutos.

—¿Dónde está doña Inés de Mendavia? dijo severamente el alcalde.

—Nosotros no tenemos la culpa, dijo con voz dolorida Soto; eso á nuestra señora; nosotros somos mandados.

—¿Y si os mandaran matar un hombre, picaros, obedeceríais? dijo el alcalde; ó si obedecíais, ¿dejaríais de ser ahorcados con la persona ó personas que os lo hubiesen mandado?

—Pero nosotros no hemos matado á nadie, dijo Pardo.

—No, contestó el alcalde con la crueldad de un ave rapiña que de un picotazo arranca un pedazo de entraña; pero con lo que habeis hecho, hay causa bastante para sentenciaros á diez años de galeras.

—¡Ay Dios mio, y qué desventura! exclamó Soto echándose á llorar.

—¡Si ya te lo decia yo! que nos esponiamos á mucho, dijo Pardo soltando tambien el trapo.

—¿A mí, qué me harán, señor alcalde? dijo todo temeroso el mayordomo.

—A vos, contestó el alcalde mirándole de alto á bajo; á vos por encubridor y ayudador de secuestro de persona, no se os hará una cuenta menor que de doscientos azotes públicos y cuatro años al remo.

—¡Ay Jesús de mi alma! exclamó el mayordomo; pues buenas fuerzas tengo yo para recibir ni cinco: ¡su excelencia nos ha perdido!

—Pero sepamos dónde está doña Inés, dijo el alcalde, mientras Estébanez se reia con las mejores ganas del mundo al ver las feas cataduras de los tres criados de la marquesa.

Los alguaciles no se reian, porque estaban ya tan acostumbrados á cosas como aquellas, que no les hizo impresion.

—Esa señora está en esa cámara inmediata, dijo Soto, y aquí tengo yo la llave, en el bolsillo izquierdo de mis gregüescos.

—A ver, ministros; sáquenle esa llave que dice, y abran la puerta.

Sacósele la llave á Soto, se abrió la puerta, entraron el alcalde y Estébanez, y se encontraron con doña Inés, que les salió al encuentro anhelante.

—¡Ah! gracias á Dios que veo ministros de justicia, dijo doña Inés; venis á salvarme ¿no es verdad?

—Señora, dijo gravemente, aunque sin acritud el alcalde: vengo á prenderos de orden del rey.

—¿A prenderme? dijo Inés.

—Tranquilizaos, señora, exclamó Estébanez: el señor duque de Uceda es quien de orden del rey os prende.

—¡Ah! pues si me prende el duque de Uceda, dijo Inés, me alegro; me entrego presa á vos, señor alcalde.

—Abajo hay un coche, dijo Estébanez, en el que vais á ser trasladada á Madrid.

—¡Ah! pues cuanto antes, dijo doña Inés.

Y salió sin manto; con el mismo traje con que se encontraba cuando entró en el dormitorio de Mendavia.

El alcalde metió en el segundo coche, como si hubieran sido arenques siete personas, á saber: el mayordomo del palacio, los dos mozos de la limpieza, la vieja que los asistia, Juan Soto y Antonio Pardo, y un alguacil para que los guardase de vista: el otro alguacil montó á la zaga.

El alcalde de Casa y Corte llamó al alcalde de Pozuelo de Alarcón, le dió la llave de la casa, y le dijo:

—Cuando vinieren los dueños ó persona encargada de ella entregádsela.

—Muy bien, señor alcalde, dijo el alcalde del ayuntamiento.

El de Casa y Corte se metió en el coche donde ya estaba doña Inés, á la que el alcalde del pueblo no habia visto, porque Estébanez habia echado los visillos de seda de los cristales, y habia cerrado el coche.

Como don Bernabé oyese aun dentro del coche el robusto ladrido de Palomo, exclamó:

—A ver si tardan en venir, maldito, y te mueres de hambre: ¡qué perrazo! nos ha dado un susto de los buenos, señora; no solamente á mí, sino tambien á este hidalgo.

Estébanez habia tomado su lugar en la parte delantera.

Doña Inés iba en el testero á la derecha del alcalde.

Los carruajes habian tomado la vuelta de Madrid; pero no estaba escrito que Palomo se muriese de hambre. En cuanto el alcalde de Pozuelo vió algo lejos los carruajes, abrió la puerta del palacio, y dió suelta al perro, que se lanzó á él haciéndole caricias.

Le conocia demasiado.

—De esta hecha, murmuró el alcalde, me quedo contigo para el hato de cabras, ya que te han dejado solo; pues á fè, á fè, que no tenia yo muchas ganas de hacerme contigo.

Hé aquí un alcalde convertido en ladron de perros.

Inés guardó la mayor reserva, y contestó con tales generalidades y de tal manera al alcalde, que este al poco tiempo cesó de hablarla, contrariado.

Al entrar ella en el coche, Estébanez la habia aconsejado que guardase la mayor reserva.

Cuando llegaron al puente de Segovia se detuvieron los dos carruajes.

Junto al puente esperaba á caballo un criado del duque de Uceda que adelantó hácia el carruaje que ocupaba el alcalde; echó pié á tierra, abrió la portezuela, y sombrero en mano, dió al alcalde un pliego, en cuyo sobrescrito se leia:

«Al señor don Bernabé Cienfuegos, alcalde de Casa y Côte. Del duque de Uceda.»

Don Bernabé abrió el pliego.

Decia asi:

«Señor don Bernabé Cienfuegos: Muy estimado señor mio: de orden de su majestad dejareis á doña Inés de Mendavia entregada á mi mayordomo Estébanez. En cuanto á las personas que hayais preso las llevareis á la cárcel de Villa, y las encerrareis con orden de que nadie hable con ellas, y con registro secreto. Vos guardareis así mismo un profundo secreto, que os suplico, y que sentiria mucho no guardáseis, acerca de todo lo que habeis hecho en este negocio. Guárdeos Dios.—Vuestro afectísimo, el duque de Uceda.»

—Quedo enterado, dijo el alcalde guardando de muy mal humor la carta; y ahora bien, ¿he de bajar yo aqui? ¿me he de meter yo en el otro carruaje con la gentualla que le ocupa?

—Juanelo, dijo Estébanez al criado que habia dado la carta al alcalde y que todavia estaba pié á tierra; di á Tadeo que guie hácia Puerta Cerrada.

—No, dijo el alcalde; hácia casa cerrada; quiero decir, hácia la cárcel de Villa, donde echaré yo pié á tierra con toda mi gente.

—A la cárcel de Villa, dijo Juanelo á Tadeo, y cerró la portezuela.

Y montando á caballo, siguió al paso junto á los carruajes que se habian puesto en marcha.

Cuando llegaron á la cárcel de Villa bajó del coche el alcalde, hizo bajar del otro coche á los alguaciles y á los presos, y se entró con todos ellos en la cárcel, despues de haberse despedido cortesmente, por no quedar mal con el duque de Uceda, de Inés y de Estébanez.

Este se asomó á la portezuela.

—Juanelo, dijo: ¿á dónde hemos de ir.

—Casa de la señora condesa de Lemus, por el postigo, dijo Juanelo.

—Pues vamos, contestó Estébanez cerrando la portezuela.

Media hora despues, Inés se arrojaba en los brazos de su hermana la condesa de Lemus.

En el primer momento todo fueron preguntas y respuestas.

Al fin Inés dijo:

—Yo creo que me ha vendido ese hombre, á quien he creído mi padre: ese hombre que fué la desgracia de mi madre, y al que solo debo dolores: ¡y esa infame marquesa de la Fávara! yo creo que tenía la intencion de deshonorarme por vengarse de Guillen que la ha despreciado: tal vez intentaba matarme; pero la Providencia lo ha estorbado.

—El cuidado de nuestro hermano, dijo la de Lemus. Pero es necesario que vivas oculta por algun tiempo hasta que nada tengas que temer de esa infame doña Teresa: no hay de quien fiarse; es muy rica y podria hacer que te envenenasen tus criados: no, no; que no sepa donde estás; se han tomado precauciones para que ni aun pueda sospechar que nuestro hermano don Francisco es quien te ha salvado.

—¿Y Guillen?

—¡Ah! Guillen será valiente: yo le veré y le avisaré: es necesario que cuando se restablezca no venga á casa sino muy de tarde en tarde; y lo mejor será que no venga, que no te vea.

—¿Pero por qué guardar tantos miramientos con la marquesa? ¿por qué no aterrarla haciéndola sufrir el rigor de la justicia?

—Nos importa estar bien con ella: ella está en el centro de una intriga terrible: nos hallamos en una situacion espantosa; padre é hijos en guerra; en guerra hermano contra hermano: es necesario

que todos se salven: que nuestro padre se vaya á Roma, puesto que es cardenal: y puesto que el desgraciado don Rodrigo ha ofendido de tal manera la justicia que no puedè salvarse sino dejándole huir, que se vaya á Francia ó á Inglaterra, ó á Roma con nuestro padre si quiere. Para todo esto, y manejándola hábilmente, puede servirnos la marquesa: ¡oh! cuando nos haya servido, yo te aseguro que la marquesa irá por lo menos á vivir muy lejos de nosotros.

—¿Y entretanto?

—Entretanto tu vivirás oculta en mi casa.

—¡Y el pobre Guillen, enfermo!

—Le cuidaré yo.

—¡Oh! gracias, hermana mia, gracias, exclamó Inés.

Y se echó llorando en brazos de su hermana.

## CAPITULO LXV.

De cómo el duque de Uceda aseguró á Mendavia, y tranquilizó á don Guillen.

Mendavia aunque se encontraba verdaderamente enfermo y acosado, acudió al llamamiento del duque de Uceda, y de gran uniforme, sin olvidar la coraza y el capacete, la banda y el baston de mando; porque Uceda no le habia llamado como al conocido, ya que no amigo, sino como el jefe al subalterno.

—Mala cara traeis, comendador, dijo Uceda tendiendo la mano á Mendavia.

Al oirse llamar comendador, lo que era reiterarle la seguridad de una promesa, Mendavia se sintió mucho más aliviado.

—Me ha sucedido una desgracia, una gran desgracia, dijo; anoche adolecí de un mal repentino; hice que llamasen á vuestra hermana, á mi hija, ya sabeis: cuando de repente unos hombres, unos ladrones me la arrebataron de junto á mi mismo lecho. Su marido que al tener la noticia del robo, á pesar de su herida se levantó, vino á mí furioso, y creo, Dios me perdone, que me hubiera acusado del robo de vuestra hermana si no le hubiera acometido un desmayo.

—Sí, sí, ya sé lo que os ha sucedido, dijo tranquilamente Uceda.

—¿Y no os aflige eso? dijo con extrañeza Mendavia.

—¡Bah! dijo el duque: si quien os la ha robado he sido yo.

—¿Vos, señor duque?

—Sí, yo; es decir, gente pagada por mí.

—Me maravillais, señor duque.

—¡Bah! cosas más difíciles se hacen en este mundo; no paseis pena por Inés, á quien debeis amar, por más que no sea vuestra hija; al fin la habeis criado. Doña Inés está en seguridad: os autorizo para que digais á mi cuñado que yo he sido quien le he quitado su mujer; pero no lo digais á nadie más, ¿lo entendeis? ni á la marquesa de la Fávara, que no gustaría de saber que yo os he dicho que he sido el autor del robo; porque aquí para entre los dos, la marquesa de la Fávara es quien me ha ayudado: vos no sabiais esto, porque la marquesa no habia querido deciroslo; y vamos, Mendavia, sois todo un hombre; nadie dirá que vos habeis servido de intermediario en este negocio.

Mendavia se quedó perplejo; no sabia qué hacer.

El duque se sonrió.

La perplejidad de Mendavia habia sido una confesion para él.

—Nada, nada, continuó el duque; no digais á la marquesa que hemos hablado de esto ni una sola palabra, y manteneos firme con ella si se os queja de que le han quitado á doña Inés; porque esto todo será valor entendido: nada, el más profundo secreto. Estad tranquilo y gozad del amor de vuestra mujer.

—¿Cómo de mi mujer? exclamó Mendavia; pues qué ¿me he casado yo?

—La marquesa no tiene para mí secretos; me ha dicho que os habeis enamorado de Calixta su doncella, y que no pudiendo pasar por otro punto, porque la chica exigia casamiento, os habeis casado secretamente con ella; lo que nada tiene de extraño, porque Calixta es muy hermosa, y en vano pretendemos revelarnos contra la tiranía del corazon. Pero no digais tampoco á la marquesa que yo os he dicho esto, porque se ofenderia conmigo y la pegaría con vos; nada, nada, el más profundo secreto acerca de lo que hemos hablado, y de lo que hablaremos aun.

—Disponed de mí, señor duque, dijo Mendavia completamente dominado.

—Siento mucho deciros que aunque habreis de estar privado de ver á vuestra mujer algunos dias...

—¿Cómo, señor duque?

—Sí; en mi propia casa vais á montar á caballo y á partir sin hablar con nadie á Valladolid. Fuera está esperando el teniente Alvareda, vuestro compañero, que ha de acompañaros.

—Pero esto es prenderme, señor duque.

—No, esto es utilizaros para un encargo de gran desempeño.

—¿Y si teniais la intencion de que yo partiese desde aquí, á qué recomendarme no hablase nada con la marquesa de la Fávara? no comprendo esto: lo que comprendo es que vos nada sabiais acerca del robo de Inés y me habeis engañado.

—¡Vive Dios! exclamó el duque levantándose y dando un puñetazo sobre la mesa.

—Sí, sí, es verdad, dijo Mendavia, yo no entiendo una palabra de astucias cortesanas.

—Oye, pícaro, infame; si vuelves á atreverte á cuestionar conmigo, te hago llevar al cuartel, que te desnuden de cintura arriba, y que te den un trato de cuerda sobre una caja hasta que echés por la boca la malvada alma que te ha dado Satanás.

Mendavia se sintió dominado, aterrado.

—Y bien ¿qué quiere vucencia? dijo.

—Ahora mismo vas á ponerte en camino.

—¿Sin despedirme de nadie?

—¿Y de quién tienes tú que despedirte? tu mujer se consolará, yo te lo aseguro, si es que no está consolada ya.

—¿Y qué voy yo á hacer en Valladolid?

—Volver á tu antiguo oficio.

—¿A mi antiguo oficio?

—Sí, al que tenias cuando te ganabas la vida de noche y á oscuras.

—¡Ah! ¿estorba alguien á vucencia en Valladolid?

—Puede ser que me estorbe dentro de poco; por eso te envío allá.

—Déjeme vucencia á lo menos que vea á mi esposa.

—Tiempo sobrado tendrás para verla: ¡hola, Alvareda!

Se abrió una puerta y apareció el otro teniente de la compañía tudésca.

—Ya sabeis, don Juan, le dijo el duque, que habeis de acompañar á Valladolid á don Cristóbal.

—Muy bien, señor duque.

—Se ha obstinado en permanecer en Madrid, y yo en que no permanezca: hemos empeñado una apuesta que no quiero perder: así, aunque de ningun modo don Cristóbal está preso, tenedlo por tal para no dejarle que retroceda ni se detenga en el camino: y tened entendido que si don Cristóbal se os escapa, os parará el mismo perjuicio que si se os escapara un preso de gran consideracion.

—Pues os ruego que no se me os escapeis, compañero, dijo Alvareda.

—Os doy mi palabra de no escaparme, dijo Mendavia; no me conviene ganar la apuesta al señor duque.

—Más vale así, dijo Uceda; y como los caballos están prevenidos, partid, señores: interesa mucho este viaje al servicio de su majestad: un mayordomo mio os acompañará para cuidar de los aposentos y de los gastos, y cuatro lacayos para serviros.

—¡Ah! dijo Alvareda; esto es distinto.

—Sí, dijo Uceda: os doy los medios para que don Cristóbal no pueda escapárseos.

—Decididamente estoy preso, murmuró Mendavia.

—Y lo estareis en Valladolid, aunque nadie lo conozca, dijo Uceda que habia oido estas palabras.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo Mendavia: lo quiere vucencia, sea: partamos, compañero. Dios guarde á vucencia.

Y salió con Alvareda, contrariado, preso, sin poder evadirse del poder del duque de Uceda.

Este, antes de ir á palacio, fué á casa de don Guillen, á quien encontró muy malo, rodeado de cirujanos y de criados, y al bachiller, soltando por aquella boca sapos y culebras.

—¡Me lo han muerto! exclamaba hablando con un médico escurrido y flaco, con el cual estaba en la antecámara: me lo han muerto, señor Pelegrin; se le han abierto las heridas, y nos hemos visto negros para detenerle la sangre: y luego tiene un calenturon que se lo come; ya se ve, haberle quitado su Inés...

—¿Conque tan malo está mi buen alférez? dijo Uceda sobreviniendo.

—¿Y vos quién sois? dijo el bachiller que era muy poco respetuoso.

—Soy el capitan de la compañía tudesca, contestó afablemente Uceda.

El bachiller, que si no era respetuoso era cortés, se quitó la gorra.

—¡Ah! dijo; ¿conque vucencia es el señor duque de Uceda, secretario de Estado y del Despacho Universal del rey nuestro señor, y hermano de la excelentísima señora condesa de Lemus, madrina de mi amo y amigo don Guillen de Vargas Machuca, licenciado en leyes por la universidad de Alcalá, y alférez flamante de la brava compañía tudesca? Beso las manos á vucencia y me ofrezco á su

servicio, Damian Algarroba, bachiller en leyes, reverente criado de vuecencia.

El médico estaba asustado por tener delante de sí tanta grandeza, aunque el duque de Uceda estaba sencillamente vestido con un traje de terciopelo negro, sin otro distintivo que la venera de comendador de Santiago pendiente de su cuello por un cordon de seda.

—¿Por qué no se ha avisado á mi hermana la condesa de Lemus? dijo con acento de dulce reconvenccion el duque.

—No hemos tenido cabeza para nada, excelentísimo señor, dijo el bachiller; desde anoche entre doce y una ha pasado por esta casa una verdadera tormenta: han robado, no sé cómo, á doña Inés: á las voces de la doncella Floreta, hemos despertado todos: todos nos hemos lanzado fuera de la cama, incluso mi amo, mi pobre amigo, mi hermano; que como no estaba en disposicion de ello y ama tanto á su esposa, se desmayó, se le abrieron las heridas, y fué necesario dejarlo todo por él. ¡El diluvio, excelentísimo señor, el diluvio! y aunque vuecencia me vé de pié, estoy tambien loco y enfermo, y tirando de rábia los treinta dineros; pero ó me borro el nombre que tengo, ó le saco á estocadas á ese picaro de Mendavia el conocimiento de donde está doña Inés; porque él ha sido, el bribon, el que ha favorecido el robo.

—Os doy las gracias por el interés que os tomáis por personas que me interesan mucho. Contad con una vara de alcalde, y con la anticipacion para ello del grado de licenciado; pero vamos á lo que importa: ¿vuestro amo está en estado de que se le hable?

—Sí señor, se atrevió á decir el médico: aunque muy enfermo, ha recobrado el uso de su razon.

—Pues entrad, señor bachiller, y decidle que aqui está el duque de Uceda, que necesita hablarle. Haced que quede yo solo con él.

El bachiller entró, y poco despues salió, trayendo consigo un médico, un cirujano y dos criados.

—Don Guillen está solo, dijo el bachiller, y espera con ánsia á vuestra excelencia.

El duque entró.

Encontró á don Guillen incorporado en el lecho y anhelante.

—Tranquilizaos, hermano, le dijo el duque asiéndole las manos: mi hermana está completamente segura, casa de mi otra hermana la condesa de Lemus.

—¡Cómo! exclamó Guillen, en cuyos ojos ardía la fiebre: ¿pues no ha sido robada Inés?

—Sí, pero como yo tenía rodeada de espías á la marquesa de la Fávara, he sabido á tiempo el robo y he salvado á Inés.

—¡Ah! ¡con que ha sido esa mujer! dijo don Guillen.

—Sí, hermano, sí; teneis la desgracia de que os ame con toda su alma la mujer más voluntariosa, más soberbia y más terrible del mundo.

—¿Y de qué medio se ha valido la marquesa?

—De Mendavia, que es un miserable.

—¡Ah! ¡juro á Dios que si no muero le he de matar!

—Dejad eso para más adelante, hermano, y por ahora cuidad solo de reponeros.

—Quiero ver á Inés.

—¡Oh! sería imprudente: la marquesa de la Fávara no sabe que yo soy quien la ha salvado, ni puede saberlo, porque no hay quien se lo diga; importa mucho que no sepa donde se encuentra Inés.

—¿Y por qué no obrar enérgicamente contra la marquesa de la Fávara?

—Por ahora no conviene; necesitamos á la marquesa; esperad, esperad, que ya llegará la hora de que nos cobremos de nuestros enemigos.

—¿Y he de permanecer sin verla?

—Tened confianza en que nada puede acontecerla: cuidaos y reponeros; mi hermana vendrá á veros todos los dias, y os traerá noticias suyas: pero os ruego no seais imprudente por amor á Inés: la marquesa es una infame capaz de todo, y la aborrece: por ahora nada se puede hacer contra la marquesa, y es necesario tener paciencia.

—La tendré; curaré pronto; me habeis traído la vida; pero tened por seguro, que en cuanto sane busco á ese Mendavia y le mato.

—Esperad, esperad á que yo os diga: dadle de estocadas, satisfacedos.

—Para eso será necesario que se aclare el misterio del nacimiento de Inés; que la reconozca como hija suya bastarda el duque de Lerma.

—Ese es asunto vuestro y de mi padre en que yo no puedo entrometerme; ya sabeis que mi padre y yo somos desgraciadamente enemigos, y ahora más que nunca. Pero adios, hermano: no puedo

detenerme; es la hora del despacho; adios, y sobre todo tranquilizaos; yo volveré; mi hermana la condesa de Lemus no tardará en venir.

—Adios, señor duque, dijo don Guillen.

—Llamadme hermano.

—Pues bien: hermano mio, adios; quedo tranquilo con la noticia que me habeis traído, y espero que pronto me permitais vengarme.

—Por ahora pensad solo en reponeros.

Y el duque salió, entró en su carroza y se fué al alcázar.

## CAPITULO LXVI.

Hasta qué punto conocia el arte de la traicion el duque de Uceda.

Un secretario le avisó de que el duque de Lerma estaba en conferencia con el rey y con el principe, y que su magestad habia avisado que no subiese Uceda; que ya avisaria cuando podia subir.

—Bien, dijo el duque: haced que se disponga un correo.

El secretario salió.

El duque escribió la carta siguiente:

«Señor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa: Muy señor mio y de toda mi consideracion: Debe haber llegado ya á Valladolid el marqués de Siete Iglesias, y vos debeis saber, no solo el lugar donde se oculta, sino tambien donde se han depositado las grandes riquezas que se ha llevado de Madrid. Haced por veros con él, y tranquilizadle: decidle que no se trata de hacerle mal; que basta con que haya salido de Madrid, y que Valladolid será para él un suave destierro: que ni su magestad ni yo queremos ni podemos hacer nada contra él, ni contra el duque de Lerma, y que será muy posible, si él se presta, que todo venga á un buen avenimiento, en lo cual ganará el rey, no menos el reino, y nosotros. Duéleme que habiendo estado tan alto se vea ahora tan bajo, y ande huido y asustado. Nunca he querido yo perderle, ni quiero, aunque hubiera podido; porque para perderle á él seria necesario perder á mi pa-

dre, y esto no puede hacerlo un hijo. Inclínadle á que se ponga en buenos términos de avenimiento, y tierra se echará sobre todos los procesos que se le han levantado, que se harán pasar como efectos de calumnia. A vuestra amistad confío el buen desempeño de este encargo, y espero que me contesteis pronto de una manera satisfactoria. Guárdeos Dios. —El duque de Uceda.»

Despues de esta carta escribió otra á la misma persona que la anterior el duque.

«Os escribo la adjunta, decia, para que la deis á leer al marqués de Siete Iglesias. Despues de que este la haya leído, la quemareis, y juntamente con ella esta que escribo. No perdais de vista al marqués de Siete Iglesias: rodeadle de espías hábiles, hombres de confianza que no hagan á dos juegos y me cobren á mí por vigilar á don Rodrigo, y cobren á don Rodrigo por avisarle y dejarle escapar. Estad muy prevenido, porque podeis recibir de un dia para otro la órden de su prision.»

«Otro sí: poco despues de que hayáis recibido esta, se os presentarán de órden mia dos caballeros de hábito, tenientes de la compañía tudésca de la guardia de su magestad. El uno se llama don Juan de Alvareda, y el otro don Cristóbal de Mendavia. Aposentadlos bien, festejadlos, y ponedme la cuenta del gasto. El don Juan de Alvareda se volverá pronto, y quedarás ahí el don Cristóbal de Mendavia. Tenedle por preso, aunque no se lo digais ni él lo crea, y haced de modo que siempre haya persona que le vigile sin que él lo note, y que si pretendiese salir de la ciudad, le detenga para autorizar lo cual, es adjunta una real órden. No tengo más que decir. Guárdeos Dios. —El duque de Uceda.»

A seguida el duque escribió la real órden citada en su segunda carta, y de la cual el rey no tenia conocimiento, puso estos tres papeles bajo un sobre, le sobrescribió con el nombre del oidor, selló el pliego con las armas reales, y le entregó á un secretario para que le entregase á un correo que debia marchar al momento.

En aquel punto se recibió un recado del rey, que decia que esperaba al duque de Uceda.

Subió este por la escalera de servicio que ponía en comunicacion el despacho del secretario de Estado y del Despacho Universal con la cámara del rey, y encontró á este muy afable.

—La conspiracion que se urde contra mí es mortal, pensó el duque mientras hacia sus tres profundas reverencias: á este pobre señor le traen de acá para allá como un cedazo; pero acuden tarde.

Y doblando la rodilla ante el rey le besó la mano.

—Alzaos, duque, alzaos, dijo Felipe III; tengo que hablaros, y espero que sereis dócil y complacereis á vuestro rey que os ama.

—Todo mi afan, señor, es servir lealmente y de la mejor manera posible á vuestra magestad.

—Lo sé, Uceda, lo sé, y cuento con vuestra lealtad y vuestro amor hácia mi: no quiero ocultaros lo que ya os habrán dicho, porque yo no he querido hacer de ello un misterio; esto es, que acabamos de tener una larga conferencia yo, su alteza el principe don Felipe y vuestro padre. En esta conferencia se ha tratado de un avenimiento necesario para el servicio de la justicia, de la conveniencia y del bien, tanto mios como de mis reinos: es necesario primero, duque, que cada cual cedamos un poco: para todos hay un lugar digno: ¿quereis vos el Despacho Universal? Tenedlo en buen hora: daremos á vuestro padre la presidencia del Consejo de Castilla, y al marqués de Siete Iglesias le repondremos en su secretaria de Estado, ó bien le haremos presidente de nuestro Consejo de Indias.

—¿Pero olvida vuestra magestad, señor, que don Rodrigo Calderon está acusado de gravísimos delitos, á los cuales no puede vuestra magestad cerrar los ojos? Soy demasiado leal, señor, para no sacrificar al servicio de vuestra magestad los intereses de mi familia.

—El principe, que asegura estar muy bien informado, dice que son calumnias los cargos que se fulminan contra don Rodrigo.

—Nadie más que yo se regocijará si el juez encargado del proceso y otros que se le adjunten, declaran la inocencia de don Rodrigo: porque al fin, señor, todo el mundo sabe que don Rodrigo es hermano bastardo mio.

—Por lo mismo, duque, por lo mismo, es necesario activar el proceso, á fin de que la inocencia de don Rodrigo sea proclamada.

—Bien, señor: en ese caso, voy á levantar la órden de prision fulminada por vuestra magestad contra el marqués de Siete Iglesias.

—No, dijo el rey: no puedo hacer eso mientras haya un proceso pendiente contra don Rodrigo: no, primero es que su inocencia se declare públicamente; y por nada del mundo daré yo ocasion para que se me acuse de injusticia y de tiranía. Nombrad á otros dos jueces de vuestra confianza para que ayuden á mi consejero don Francisco de Contreras en la sustanciacion del proceso; pero ven-gamos á lo que importa: ¿consentis de todo corazon en la avenencia que yo deseo, porque la creo benefícosa para mis reinos, entre vos, vuestro padre y vuestro hermano?

—Esa avenencia ha sido mi más ardiente deseo, señor; lo es todavía.

—Pues bien, dijo el rey: pasad á mi recámara; allí está vuestro padre; entendedos con él, y dad todos un buen día á vuestro rey.

—Con la vénia de vuestra magestad, señor, dijo el duque de Uceda.

Y besando la mano al rey, rodilla en tierra, se levantó, y sin volver la espalda á Felipe III, entró en su recámara.

El rey se fué á comer, provisto de un muy buen apetito, con el príncipe y con la princesa de Astúrias.

---

## CAPITULO LXVII.

---

### La buena fé del duque de Uceda.

Entró este con rostro sereno, y se encontró con su padre, encarnado como un cangrejo cocido, y dejando conocer una gran prevención y un gran cuidado.

Fiaba muy poco en el afecto del duque de Uceda, que en verdad tenía muy pocos motivos para amar á su familia.

—Y bien, dijo Uceda; han sido necesarias yo no sé cuántas cosas terribles para que vengamos al fin á una conclusion que yo he deseado tanto, y que ha podido sobrevenir sin escándalo.

—¡Ah! dijo Lerma con extrañeza; ¿no consentís en lo que su magestad os ha propuesto?

—De todo punto, padre y señor.

—Permitidme que dude todavía.

—¿Y por qué dudar? ¿creéis que sea yo tan malvado que no me espante el término terrible á que sin un avenimiento franco y leal vendrian los sucesos? ¿qué habeis visto en mi conducta desde que gozo del favor del rey, que no manifieste que he tenido presente que vos sois mi padre y don Rodrigo mi hermano? ¿pues qué, tan legitimamente vestís la púrpura, que yo no haya podido prenderos formulando contra vos un nuevo cargo, el de haber abusado del respetabilisimo nombre del Santo Padre, y de haber usurpado el capelo? porque ¿dónde está el breve de Su Santidad á nuestro buen tio el

cardenal arzobispo de Toledo, autorizándole para investiros la púrpura contra todo uso, y violentando lo establecido por los sagrados cánones? Habeis engañado á su magestad y yo he consentido el engaño. En cuanto á don Rodrigo, he podido prenderle; y por el contrario, he favorecido la ocultacion de sus riquezas primero, y despues su fuga: ¿podeis negar esto?

—No, no puedo negarlo, dijo confundido Lerma.

—¿Pues entonces, de qué podeis quejaros? ¿de que me he defendido? ¿de que me he visto obligado á herir para no ser muerto? Me he contentado con herir, cuando bien he podido matar. ¿Y qué quiere decir esto? que deseo que salgamos de la mejor manera posible de nuestra lucha: os he dejado reponeros en el favor del rey, y me alegro de que al fin hayais reconocido la necesidad de nuestra union cordial y sincera: verdaderamente hemos ganado: vos sois principe de la Iglesia, á estas horas, sin duda, y dentro de poco Su Santidad os enviará solemnemente el capelo; porque nuestro Santísimo Padre está muy satisfecho de vos, y porque vos sois una buena adquisicion para la Iglesia, puesto que os habeis arrepentido.

—¿Y quereis que yo crea en vuestro leal asentimiento á un acuerdo con nosotros cuando hablais de ese modo?

—Todo consiste en que todavia estoy dolorido y queda en mi acento algo de queja: esto es muy natural: me habeis obligado á mucho: me he violentado; me he lastimado: yo no soy como vosotros creeis, ni un mal hijo ni un mal hermano: pero no queria tampoco estar excluido de la gobernacion del reino, mientras un hermano mio bastardo lo gobernaba todo: esto no era ni conveniente ni decoroso para vos ni para mí. Mientras el hijo bastardo lo dominaba todo, el hijo legitimo se veia obligado á mantener oscuras intrigas, no ya para crecer, sino para defenderse: y ¿qué ha acontecido? que el hijo bastardo ha abusado de vos, como no hubiera abusado, como no abusaria el hijo legitimo. Pero bien, padre; Dios sabe lo que hace: las cosas han venido á término que, vos estais convertido y de don Rodrigo escarmentado; lo que quiere decir que nuestra avenencia, no solo es posible, sino necesaria.

—¿Y en qué términos será esa avenencia?

—Vos sereis presidente del Consejo de Castilla, don Rodrigo del de Indias, y yo continuaré en el Despacho Universal.

—¿Y el proceso de don Rodrigo? ¡ese terrible proceso que vos habeis ennegrecido de tal modo!

—Como lo he ennegrecido lo esclareceré: escribid á don Rodri-

go, que está en Valladolid, las buenas novedades que ocurren; decidle si consiente en esta alianza, y en cuanto tengamos su asentimiento, los jueces encargados del proceso declararán lo que yo quiera que declaren, como otras veces han declarado lo que vos habeis querido.

—Pues bien, me separo de vos para escribir á don Rodrigo. Salid vos por la escalera de comunicacion de la cámara con el despacho, á fin de que no nos vean juntos aun; porque todavia no es conveniente; y adios.

—Adios, padre y señor; espero con ánsia la contestacion de don Rodrigo.

Y Uceda salió de la recámara, atravesó la desierta cámara real, bajó á su despacho, salió de él y del alcazar, y entrando en su carroza se hizo llevar casa de la marquesa de la Fávara.

Encontró á doña Teresa pálida, desencajada, con grandes señales cárdenas al rededor de los ojos, desaliñada; en la situacion en fin de una persona á quien ha acontecido una gran desgracia.

Esta desgracia consistia en que habia mandado á uno de sus criados de confianza, á Porcel, al palacio de Pozuelo de Alarcon, con un coche para trasladar á Inés á la Alcarria, á una de sus posesiones, y Porcel, que habia vuelto á rienda suelta, la habia dicho:

—Señora, en el palacio de Pozuelo de Alarcon no hay más que los muebles: le he preguntado al alcalde, y me ha contestado dándome las llaves del palacio y diciéndome:—Aqui ha estado la justicia y se ha llevado presos á todos los que habia en el palacio; hasta al perro Palomo.

—¿Pero no sabe el alcalde, exclamó pálida de sorpresa y de cólera doña Teresa, quién ha mandado esa prision?

—No señora; dice que fueron dos coches, y en los dos coches un alcalde de Casa y Córte con dos alguaciles y algunos criados; que prendió á todos los que en el palacio habia, que le cerró, y que luego le dió la llave diciéndole que la entregase á los dueños, despues de lo que, se fué con los presos.

—¿Y el alcalde del pueblo no ha conocido al alcalde de Casa y Córte?

—No señora.

—Vete á la cárcel y pregunta por los presos y por el alcalde que ha hecho la prision.

Porcel fué á la cárcel; pero como los presos habian sido entregados bajo partida de registro secreta, el alcaide dijo que no sabia de tales presos ni de tal alcalde.

Porcel se volvió con esta respuesta á la marquesa, que exclamó:

—Ese tío Geromo es un animal (el tío Geromo era el alcalde de Pozuelo de Alarcon); se le ha presentado un cualquiera vestido de alcalde de Casa y Corte, con algunos pícaros vestidos de alguaciles, los ha creído gente de justicia, y los ha dejado hacer. Es necesario averiguar esto.

—¡Pero señora, si no parecen ni aun las señales de los que estaban en el palacio de Pozuelo de Alarcon!

—No importa; averigua.

—Averiguaré, pero desconfío: ¿sabe Dios á dónde estará á estas horas doña Inés!

Demasiado sabia Porcel que quien podia dar razon del paradero de doña Inés era el duque de Uceda; pero se guardó muy bien de decirlo á la marquesa de la Fávara.

Hé aquí por qué esta estaba pálida, desencajada, enferma, desaliñada, cuando entró el duque de Uceda.

—Haced que nadie nos pueda escuchar, señora, la dijo el duque despues de los saludos.

—¿Tan importante es lo que venis á decirme, don Francisco? dijo la marquesa.

—Importantísimo: y como vuestro marido siempre está escuchando.....

—Esperad, dijo la marquesa.

Y se levantó y cerró las puertas.

Despues vino á sentarse junto al duque en el canapé.

—Vengo á aliarme con vos, -de una manera mucho más fuerte que lo estábamos: ¿cómo os trata el príncipe?

—Está enamorado como un loco, dijo con disgusto doña Teresa; pero está tambien locamente enamorado de doña Ana de Contreras.

—Llevad otra vez á la princesa á casa de doña Ana, y que sorprenda allí al príncipe.

—¿Y para qué, don Francisco?

—¿Para qué? para que falte el apoyo del príncipe á don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! dijo la marquesa, como quien ve de una ojeada todo un negocio: pues bien, favor por favor, amigo mio; averiguadme dónde está doña Inés de Mendavia, la esposa de don Guillen de Vargas Machuca, que dicen se ha perdido esta noche.

—Sí, algo he oido de eso, dijo el duque: ¿tan enamorada andais de ese don Guillen?

—¿Si lo sabeis todo, por qué me preguntais?

—Vive Dios que si me empeño os caso con él, doña Teresa, dijo el duque: veamos: si muriera doña Inés y otro día amaneciera muerto el marqués de la Fávara.....

—¡Cómo! ¿mataríais á doña Inés?

—Sí, para no ser muerto yo estoy resuelto á matar; por eso os he dicho que cerrárais las puertas.

—Entonces sabeis vos donde está doña Inés.

—No por cierto; pero la haria buscar, y la encontraria.

—Pues buscadla, duque, buscadla.

—Poco á poco: antes necesito que me sirvais.

—Os serviré.

—Mirad que urge: mirad que me van ganando terreno: que el rey quiere, dominado por Lerma á quien favorece el príncipe, que está fascinado por doña Ana de Contreras, se rompa el proceso de don Rodrigo Calderon.

—Pues si en doña Ana de Contreras consiste que ese proceso se rompa ó no, no se romperá, porque yo romperé á doña Ana.

—He sido tan generoso como he podido serlo; he dejado escapar á don Rodrigo Calderon; pero he comprendido que no puedo estar seguro mientras don Rodrigo viva: y bien, ¿no ha querido él matarme? ¿no me va la vida si triunfa? ¿puedo yo dejarme asesinar por mi hermano por no matar á mi hermano? Esto no es ya cuestion de poder, sino cuestion de ódio, y de ódio á muerte; por su parte, no por la mia: yo aceptaria un avenimiento que se me ha propuesto, si ese avenimiento fuera de buena fé; pero se pretende engañarme, ganar tiempo, destruir las pruebas que pueden y deben llevar al patibulo al marqués de Siete Iglesias, que es un malvado. Despues de roto ese proceso, se quitarian los antifaces, me acometerian de frente; me destruirian sin compasion: yo no puedo, no debo permitir esto: ellos lo quieren; para hacerme fuerte, necesito de vos; vos, para no morir desesperada, necesitais de mi.

—Si Guillen y yo nos encontrásemos viudos, dijo la marquesa, como hablando consigo misma, él volveria á mi amor: sí, él me adoraba: no sé qué fascinacion ha ejercido sobre él esa mujer: pero las fascinaciones y los hechizos pierden su fuerza cuando muere la persona que los ha causado: decidme, duque; ¿si un dia aparece muerto el marqués de la Fávara, me protejereis?

—Sí; el marqués de la Fávara merece morir; ha cometido más

de un asesinato: ¿qué importa que le mate la ley ó un veneno, ó el puñal de un asesino? se habrá hecho justicia.

—¿Y doña Inés?

—Os la entregaré.

—¿Por qué no me la entregais ahora?

—¿Y cómo he de entregárosla, si en estos momentos no sé de ella?

—¿Palabra de honor, don Francisco?

—Palabra de honor.

—Pues entonces, si vos no sabéis de ella; ¿quién la ha sacado de donde yo la tenia oculta?

—¡Ah! ¡con que fuísteis vos, doña Teresa, quien la ha hecho robar!

—Sí; ¡aborrezco de muerte á esa mujer!

—¿Y de quién os habeis valido para robarla de su casa?

—De don Cristóbal de Mendavia.

—¡Ah! os habeis fiado de un miserable á quien engrandeció don Rodrigo; porque los miserables se ayudan los unos á los otros. Pues entonces, doña Teresa, ya teneis un hilo para descubrir el paradero de doña Inés. Mendavia ha hecho sin duda un juego doble: estoy seguro de que os ha engañado: asios á Mendavia.

—¡Pero si Mendavia ha desaparecido y no se sabe por donde anda!

—Eso os probará lo que os he dicho. Mendavia sabe sin duda donde está doña Inés, sí, sin duda alguna; y esto me explica el empeño que tenia en que yo le diese licencia para estar algun tiempo en Valladolid.

—¿Pues qué, Mendavia ha salido de Madrid?

—Sí, con una licencia que yo le he dado, como capitán de la compañía tudesca de la cual es teniente.

—¡Ah! ese hombre es un miserable: habrá sido capaz de hacernos seguir anoche; y sin duda, para hacerse valer más, para imponerme condiciones, se ha apoderado de doña Inés. ¿Pero qué ha hecho de ella? ¿qué ha hecho de mis criados? No es tan fácil hacer que se pierda tanta gente; se necesita mucho más poder que el que tiene Mendavia.

—Con el dinero se hace todo, señora, y más esta gente perdida que conoce á tanto criminal: sabe Dios si doña Inés y vuestros criados estarán escondidos en alguna madriguera de malhechores, y Mendavia al pedirme permiso para irse á Valladolid, no habrá he-

cho otra cosa que escurrir el bulto por lo que pudiera acontecer; además, ¿no está en Valladolid don Rodrigo? ¿no puede estar Mendavia metido en esa conspiracion, que tiene por objeto que don Rodrigo vuelva á la gracia del rey libre de todo proceso y de todo compromiso? pero estamos prevenidos, señora, y no se necesita otra cosa que obrar con energia: es posible que el príncipe vaya esta noche á visitar á doña Ana de Contreras; si no vá esta noche, no tardará en ir, porque está gravemente empeñado por doña Ana: cuando vaya, yo os avisaré: en el momento en que yo os avise, id á buscar á la princesa de Astúrias, llevadla á casa de doña Ana de Contreras; yo habré dispuesto las cosas de modo que la princesa sorprenda al príncipe don Felipe tal vez en los brazos de doña Ana. No háy que dudar de las consecuencias: la princesa prescindirá de las consideraciones que ha tenido hasta ahora, y como yo la ayudaré, doña Ana será desterrada y encerrada en un convento fuera de la córte: dejará de influir sobre el príncipe, al par que vos ganareis en influencia para con su alteza, que dejará de ayudar á Lerma y á Calderon, á quienes solo ayuda por las instigaciones de doña Ana.

—¿Pero y doña Inés?

—Obrad vos como queráis respecto á vuestro marido, y en cuanto á doña Inés, yo os prometo que dejará de ser un obstáculo para vos. Y como hemos convenido en lo que debíamos convenir, adios, doña Teresa, que no es prudente se sepa que he estado yo mucho tiempo en vuestra casa hablando secretamente con vos: no hay que fiarse mucho del marqués.

—Adios, don Francisco, dijo la marquesa; y contad de todo punto conmigo.

El duque salió, se fué á su casa, y media hora despues despidió para Valladolid un correo que llevaba otra carta para don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, cuyo contenido era el siguiente:

«El marqués de Siete Iglesias, el duque de Lerma y yo, estamos en términos de avenimiento: don Rodrigo no tardará en dejarse ver en público: no dejéis de vigilarle; y si sale de Valladolid, prendedle, usando de la real órden que con otro correo os he enviado.»

—Me obligan, me obligan, dijo el duque de Uceda viendo alejarse á este último correo desde un balcon de su casa; pero me favorece la fortuna: morirá el marqués de la Fávara; pero es justo que muera: doña Ana de Contreras será encerrada por toda su vida en un convento: la marquesa de la Fávara no matará á su marido sin dejar algun cabo suelto, y podremos ponerla fuera de combate:

el príncipe dejará de favorecer á Lerma, porque habrá cesado la causa: don Rodrigo será preso, y esto hará que Lerma escape. Después de preso, daremos largas á la sustanciacion criminal, y quando don Rodrigo esté completamente desarmado, le salvaremos la vida, los bienes y la honra hasta donde podamos: ha habido momentos en que desesperado he pensado en matarle; pero esto no puede, no debe ser; sería horrible: es mi hermano, y yo no soy tan infame como él. Sí, sí; todo va bien; y tal está este negocio, que dentro de quince dias todo estará terminado.

## CAPITULO LXVIII.

De cómo empezó á dar resultados la intriga preparada por Uceda.

El bueno del rey estaba muy satisfecho.

Lerma y Uceda se trataban muy cordialmente en la apariencia.

Lerma parecia un buen padre, y Uceda un buen hijo.

El primero habia escrito á don Rodrigo Calderon que no desconfiase, que las cosas iban en buen término, que le ayudaba el principe y que Uceda estaba dominado.

Doña Ana le escribió enamorada, asegurándole que solo con esperanzas habia alcanzado del principe se pusiese de su parte, y que confiaba que sobrevendria muy pronto una buena resolusion: que su padre trabajaba dia y noche en el proceso, é iba tapando lo que podia, confiado en que con un poco que se le ayudase de arriba, podria taparse todo.

Así es, que don Rodrigo se confi6 de tal manera, que no solo apareció en su casa viviendo con su pobre mujer abandonada, doña Inés de Vargas, y con sus hijos, á quienes durante tanto tiempo habia tenido huérfanos, sino que se dejó ver por todas partes; en el paseo, en la iglesia, en el coliseo, con su acostumbrada ostentacion.

La soberbia de don Rodrigo no tenia cura; se escondia durante los momentos de gran peligro; pero aun no pasado el peligro, engañado por sí mismo, volvia á aparecer.

Como es muy comun, don Rodrigo confiaba en quien menos debia confiar; en el oidor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, que como sabemos estaba encargado de vigilarle y tenia la órden de prenderle en el momento en que pretendiese salir de Valladolid.

Habia privado este oidor con don Rodrigo, privaba con Uceda, y tenia grande influencia en la córte, porque era el cauce inmundo por donde pasaban todos los manejos que, consentidos por el favorito, ya fuese Calderon, Lerma ó Uceda, se hacian en la Chancillería de Valladolid en daño de la justicia. —

Estos tales bribones, entonces como ahora, sirven tan fielmente al que manda, que le sirven contra todo el mundo, aun contra aquellos que han mandado antes y á quienes servilmente han complacido.

Don Rodrigo, que debia saber esto demasiado, porque tenia una gran experiencia acerca de estas infamias, no lo veia, porque no se lo dejaba ver su soberbia.

Sabia que don Silvestre era un bribon, que en vez de sentarse en la silla de una sala de oidores, debia estar sentado en el banco de una galera con un grillete al pié y las manos en un remo.

Pero creia, como ha acontecido á muchos grandes hombres que se han encontrado en su situacion, que traidor para todo el mundo, don Silvestre no podia menos de ser leal para él.

Es más, creia que don Silvestre le estimaba tanto, que su estimacion rayaba en amor.

Este infame, adulator y bajo, servia á Uceda admirablemente engañando y confiando de una manera miserable á don Rodrigo.

Un dia se encontró este en la calle de manos á boca con el ilustre señor don Cristóbal de Mendavia que iba muy hinchado, muy engalanado con una cruz de á tercia de Santiago al pecho, pero cejijunto y mal carado, porque no las tenia todas consigo, porque no veia á Calixta, de quien se habia enamorado ciegamente, y en fin, porque la habia escrito una amorosísima carta, á la cual Calixta no habia contestado.

—Pardiez, le dijo don Rodrigo: ¿qué haceis aquí, señor don Cristóbal?

—No hago, me hacen, dijo Mendavia.

—¿Y qué os hacen?

—El hombre más desgraciado del mundo.

—¿Y por qué eso?

—Me tienen aquí de ojos, impidiéndome que mis ojos vean lo que desean ver.

—¿Pero quién os tiene aquí?

—El duque de Uceda, que cuida mucho de mi salud, y me ha dicho que para que no enferme gravemente me venga á tomar los aires de Valladolid.

—¿Pero qué habeis hecho, don Cristóbal?

—Serviros como debia, á fuer de agradecido: soplones hubo en la compañía que dijeron que yo queria rebelarla en favor vuestro, y me desterraron, haciéndome un perjuicio en el alma y en el cuerpo, que usia no sabe bien cuán grande es: y gracias á que no me han arcabuceado.

—Lo hubiera sentido mucho.

—Os aseguro que yo lo hubiera sentido mucho más; pero ya que veis cómo por vos me veo, escribid en favor mio al señor duque de Lerma, que segun dicen ha vuelto á ser mucha cosa, y aun al mismo duque de Uceda; porque aun cuando ha sido enemigo vuestro, dicen que ahora es muy vuestro amigo; lo que se vé en que usia no se tapa para andar por estos paseos de Valladolid; que si usia tuviera algo que temer, á buen seguro que saliera á donde le diese el aire.

—Veremos, veremos lo que puede hacerse, dijo don Rodrigo con el énfasis con que contestaba cuando era ministro á los pretendientes: por lo demás, mi casa es vuestra y podeis disponer de lo que necesiteis.

—Muchas gracias, señor marqués, dijo Mendavía; no esperaba menos de vos.

—¿Y qué noticias teneis de vuestra hija?

—No sé de ella, pero creo que debe estar bien, porque está en buenas manos.

—¿Y vuestro hijastro?

—¡Qué se yo! pero sin duda, rascándose la herida que ya debe picarle; porque tiempo hace bastante para que esté en términos de curacion.

—Pues adios, don Cristóbal, dijo don Rodrigo separándose de él.

Don Cristóbal se alejó murmurando:

—Muy confiado estás, buen mozo: Dios quiera que no me manden meterte una estocada, porque aunque se tomen bien las medidas, estos negocios siempre son malos.

Don Rodrigo preguntó á don Silvestre si sabia, puesto que él sabia todo lo que se comunicaba á la chancilleria, á la sala de alcaldes y al municipio de Valladolid, si estaba recomendado el alférez Mendavia.

Don Silvestre, á quien Uceda habia prevenido lo que debia responder cuando se le hiciese esta pregunta, que era de esperar cuando viese don Rodrigo á Mendavia, dijo:

—Ese caballero tiene la ciudad por cárcel, y hay orden de prenderle en cuanto pase tres tiros de arcabuz más allá de las puertas.

—¿Y por qué eso?

—Segun consta de la orden que se ha comunicado á los alcaldes de Casa y Côte, por imprudencias cometidas en la compañía tedesca, de que es teniente.

Calderon escribió á Lerma intercediendo por Mendavia; pero Lerma le contestó lo que le habia dicho Uceda; esto es, que por asuntos que nada tenian que ver ni con el servicio militar ni con la politica, convenia que Mendavia no estuviese en Madrid; pero que no tuviese cuidado, que aquello pasaria pronto.

Don Rodrigo hizo leer esta carta á Mendavia, que por ella se puso más en cuidado que antes.

Aquella promesa del duque de Uceda dada al duque de Lerma, que escribia, de que pronto pasaria aquello, fué lo mismo que si Uceda hubiese dicho á Mendavia, descuidad que dentro de poco os mandaré despachar á don Rodrigo, y como nada tendreis que hacer ya en Valladolid, podreis volveros.

Despegósele la carne de los huesos á Mendavia, porque como habia engordado y tenia qué perder, ya no le gustaban aquellos negocios; pero no dijo ni una sola palabra que pudiera hacerle sospechar á don Rodrigo.

Entretanto, un legado del papa habia traído solemnemente el capelo á Lerma, que habia sido investido en la dignidad cardenalicia.

Lerma reposó al fin, y Uceda se alarmó:

Su padre estaba fuera de su alcance.

—Las consideraciones que tengo con mi familia, dijo Lerma, acabarán por perderme: ahora más que nunca es menester esforzar todos los medios que tengo en mi mano.

A la concesion del capelo habia venido adjunta una cariñósísima carta del papa á su buen hijo el duque de Lerma, carta que sirvió mucho para que el rey volviese, no solo toda su confianza al carde-

nal-duque, sino tambien para que mirase con veneracion á aquel hijo predilecto de la Iglesia, á aquel ilustre principe romano.

Don Guillen habia sanado completamente, porque no habian pasado menos de veinte dias desde el robo de Inés.

Uceda se veia negro para impedirle que se calzase las botas, montase á caballo y se fuese á Valladolid á darse de estocadas con Mendavia.

—Así os vereis obligado, decia el rebelde jóven, á declarar que mi mujer no es hija de ese malvado, sino bastarda del duque de Lerma: á mí me importa esto muy poco; no elegimos la puerta por donde hemos de entrar en el mundo, y no es culpa nuestra, si en vez de meternos en él por una puerta principal nos metemos por un postigo á tras mano: sobre todo, que el origen más sucio que podia tener Inés, seria ser hija de ese galéote: á más, puedo vengarme y tengo hambre de vengarme.

Decia don Guillen que podia vengarse, porque ya habia hecho las pruebas de sus fuerzas.

El dia en que galan y hermoso fué presentado á la compañía y se le entregó la bandera, concluida esta formalidad, deshecha la formacion, y sueltos, por decirlo así, los guardias tudescos, don Guillen se acercó, como quien no hace la cosa, á un hidalgo de seis piés de altura, que tenia una perfecta cara de perdonavidas, y que en efecto, era el gallo de la compañía, y le dijo sonriéndole y tendiéndole la mano:

—Me habeis gustado desde que os he visto, y quiero ser vuestro amigo.

El tudesco, que era un vizcaino de los buenos, de estos que por nada del mundo dejan de decir lo que sienten y lo dicen de la manera más áspera posible, en vez de dar la mano á don Guillen, se la echó atrás, y le dijo con muy buenos modos, pero con acento seco:

—Mi alferez: en todo lo tocante al servicio, y en lo que os corresponda, os obedeceré, porque obedeciéndoos, cumplo como buen soldado, obedeciendo á su magestad; pero yo no doy mi mano sino á quien con la suya ha hecho más de tres cosas de monta.

—Espero que me la dareis esta noche despues de las ánimas, detrás de las tapias de la huerta de San Gerónimo, contestó don Guillen siempre sonriendo; y como yo soy nuevo en la compañía y no conozco á nadie, hacedme la merced de llevaros para allá cuatro de estos buenos hidalgos; dos para vos y dos para mí.

—Me parece muy bien, dijo el vizcaino; y en prueba de ello,

allá vá mi mano; porque bien lo merece la bizarria de haber citado para las tapias de San Gerónimo á Alejo de Arteaza.

—Eso para despues, dijo don Guillen escondiendo á su vez la mano y alejándose.

El duque de Uceda, que como capitan de la compañía y con arreglo á ordenanza habia asistido á la entrega de la bandera, y que estaba hablando á la entrada del cuerpo de guardia con el teniente Alvareda, vió esto, y dijo á don Guillen cuando se acercó á ellos:

—Adivino lo que habeis dicho á aquel valenton, y me parece bien y conveniente siempre que no se dé escándalo; pero os suplico, que puesto que sois tan excelente espada, no lleveis las cosas á término de sangre: basta con que os hagais respetar de esta gente brava.

—Descuide vucencia, dijo Guillen, que no pasaré de divertirme un poco, lo que me vendrá bien, porque ando muy triste.

—Ya haremos por que os alegreis, amigo, dijo Uceda poniéndole cariñosamente una mano en su hombro.

—Pues si me lo permitís, dijo Alvareda, yo voy con vos: conviene esto, porque á mí por todos conceptos me respetan mucho en la compañía.

—He dicho ya al señor Alejo de Arteaza, respondió Guillen, que acuda con cuatro amigos.

—¿Y qué importa eso? seremos seis, y todos, como quien dice, de la familia.

—¿Dónde y cuándo es la cita? dijo Alvareda.

—En el sitio de costumbre; junto á la tapia de la huerta de san Gerónimo, á las ánimas.

—Cuidado, señores, dijo Uceda, que no tenga yo que echaros encima el rigor de las pragmáticas, que lo sentiria. Y adios, que yo soy todo del tiempo y nada el tiempo mio.

Y dando la mano á los dos oficiales, se salió del cuartel y se metió en las secretarías de Estado.

Al pasar por su antecámara vió á Estébanez, á quien hizo seña de que pasase.

Quando estuvieron solos, Estébanez dió á su amo una carta de la marquesa de la Fávara.

«Todo va bien, decia; al fin aquella persona ha consentido en tener una entrevista con la otra; lo tengo todo minado, y no se nos escapará: os aviso para lo que os parezca, y tengo el sentimiento

de anunciaros, que el cólico de mi pobre marido vá de mal á peor. Guárdeos Dios. —La marquesa de la Fávara.»

—Que se vigile esta noche con más cuidado que nunca la casa de don Francisco de Contreras, dijo Uceda: y en cuanto entre alguien por el postigo, avísame que yo estaré esperando. Enviame un correo.

Estébanez salió.

Uceda escribió la siguiente carta:

«Al honrado señor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa.

»Mi muy estimado amigo: Si dentro de doce horas despues del recibo de esta no recibís orden en contrario, prended al marqués de Siete Iglesias, é incomunicadle con guardias de vista, en una sala de esa real Chancilleria, sirviéndoos de la orden del rey nuestro señor que de antemano teneis.

»Otro sí: y puesto que como me habeis comunicado, sabeis los conventos y casas donde están escondidas las riquezas de don Rodrigo, embargadlas y ponedlas en buen depósito, dándome en seguida cuenta por correo expreso, del cumplimiento de lo que os encargo, fiando en vuestra conocida lealtad al rey nuestro señor. — Guárdeos Dios: de Madrid á 19 de Marzo de 1619. —El duque de Uceda.»

En el sobrescrito de este pliego que el duque selló con las armas reales, escribió bajo el nombre del oidor:

«Ganando tiempo. —Urgente. —En propia mano.»

Media hora despues salia uno de los correos del duque de Uceda, que era tenido por un gran ginete, por un gran corredor, y sobre todo por un hombre bravo y leal.

Despues del despacho, Uceda fué á visitar á su padre, con quien se mostró afectuosísimo, como no menos se mostró con él Lerma.

Los dos se engañaban: los dos confiaban para vencerse en una misma cosa; en la entrevista decisiva que habia de tener aquella noche la astuta doña Ana de Contreras con el débil principe don Felipe.

De aquella entrevista debia nacer toda una situacion.

Entretanto, el marqués de la Fávara estaba en cama pálido y desencajado y dando gritos.

Hacia tres dias que no cesaba de gritar á causa de un cólico que no habian podido hacer desaparecer todos los jaropes que le habian dado los médicos.

El marqués decía que el haber comido con su mujer, cosa que no acostumbraba, le había causado un cólico, porque había comido mucho, especialmente de una empanada de lamprea que le había parecido exquisita.

Empezaba ya á causar murmuraciones entre los médicos y los criados la insistencia con que el marqués hablaba de la tal empanada.

La marquesa había empezado á alejar gente, y se había constituido en enfermera del marqués.

Pero al sonar las ánimas de aquella noche, llamó á Calixta y la dijo en una habitacion inmediata:

—Ya sabes á cuanto me estás obligada: tengo que ir necesariamente al alcázar, y sabe Dios cuántas horas tardaré en volver: quédate asistiendo al marqués y no permitas entrar á nadie: desvaria con el dolor, y dice cosas que no conviene que nadie las oiga: si te ves apurada, llamas á Porcel; pero aunque el marqués muera, que no entre nadie más: Porcel está ya prevenido y sabe lo que debe hacer. No te olvides de que si no me sirves bien no ves nunca á tu don Cristóbal. Adios.

Y la marquesa bajo y entró en una carroza que la llevó al alcázar, donde la esperaba impaciente la princesa de Astúrias.

A aquella hora salian asidos del brazo, de la casa de don Guillen, este y don Juan de Alvareda.

—¿Sabeis, dijo don Guillen, que la noche está como si la hubiéramos pedido de encargo? se puede leer perfectamente una carta á la luz de esa hermosa luna llena.

—Dios nos saque en paz sin que haya necesidad de que hirais; porque habeis de saber que Alejo de Arteaga es hombre de muchos puños, y se jacta de tener suyas é irreparables, tres estocadas.

—¡Bah! contestó don Guillen; yo tengo siempre á mi disposicion un golpe nuevo: descuidad; no se derramará una sola gota de sangre: entremos en el coche.

Entraron en uno que les esperaba cerca de la Puerta del Sol, y que les condujo hasta el prado de San Gerónimo, donde se detuvo.

Salieron del coche, y se encaminaron á las tapias de la huerta de San Gerónimo, á espaldas del Buen Retiro, que aun no era sitio real, ni se llamaba así.

Aquel espacio, entonces de propiedad particular, compuesto de un conjunto de huertas, fué convertido algo más adelante, en una posesion de recreo por el conde-duque de Olivares, y despues pasó

á la corona, cuando aconteció la caída de aquel escandaloso favorito. Al subir por el recuesto Alvareda y don Guillen, se encontraron con que cinco hombres subian á alguna distancia.

Cuando llegaron al sitio acostumbrado para los duelos, sonaron acá y allá en las iglesias y monasterios de Madrid las ánimas.

Todos se habian reunido.

—Amigos, dijo Alvareda: todos hemos sido puntuales, como deben serlo para estas citas todos los hombres de honra. No extrañéis, señor Alejo de Arteaza, que yo tambien venga; porque vengo representando la prudencia, que es una gran virtud: os conozco, hijos míos, como quien tanto tiempo hace os manda, y conozco tambien á mi jóven amigo: por lo mismo, y para que no suceda una desgracia inútil, me he convidado yo á este lance.

—Y decidme, señor don Juan de Alvareda, contestó Arteaza con cierto acento fisgon, como si creyese que se queria convertir el lance en agua de cerrajas, como suele decirse; ¿quereis esplicarme cómo puede ser un lance de estos sin que haya menor ó mayor desgracia?

—Permitidme que responda, señor don Juan de Alvareda, dijo don Guillen.

Y luego con acento reposado como si se hubiese tratado de otro cualquier asunto, añadió:

—Vosotros habeis creído, señores, y hasta cierto punto con razon, que por mis pocos años, y por no haber servido ninguna campaña, la ilustre bandera de nuestra compañía no está dignamente en mis manos: no es mía la culpa de haber nacido quince ó veinte años más tarde que vosotros, y comprendo que os disguste y hasta que os escandalice el verme vuestro alférez: pero la cuestion no es de años sino de valor, y por eso os he citado, señor Alejo de Arteaza, no para probaros, que yo no dudo de vuestra bravura, sino para que me probeis y podais decir á la compañía si soy digno ó no de llevar su bandera: en cuanto á lo que ha dicho mi amigo don Juan de Alvareda, de que viene aquí para procurar de que no haya ninguna desgracia, no quiere decir que esta disputa no haya de remitirse á las espadas, sino que se eviten herida ó mutilacion grave: por mi parte os aseguro que no os sacaré la más mínima parte de sangre, porque dudando de mí, no me habeis ofendido, puesto que soy demasiado jóven, y no me conoceis, y no tengo que vengar ninguna injuria: ¿ni por qué alentar odio contra vosotros? pero vosotros, señores, podeis en buen hora tirarme á matar, que yo haré lo que me parezca conveniente hacer.

—Aquí hay dos cuestiones, dijo Alejo de Arteaza: la primera que no se quiere que haya sangre; y la segunda, ese vosotros, que parece significar que estais seguro de reñir con nosotros cinco, lo cual, señor alférez, es mucha presuncion.

—Por mi parte, yo no hubiera dicho una palabra, contestó con la misma tranquilidad don Guillen; pero he explicado las de mi amigo don Juan, como él mismo las hubiera explicado. En cuanto á lo de presuncion, evitemos palabras ociosas que saben á ofensas, porque no quisiera que se me pusiera demasiado dura la mano: conque así, os suplico, señor Alejo de Arteaza, que troquemos hechos por palabras. Estoy con vos.

Se hizo atrás, saludó cortesmente á Arteaza quitándose por un momento el sombrero, y tiró de la espada.

Los que asistian allí como testigos, se colocaron en sus puestos.

Alvareda, lleno de ansiedad y de curiosidad á un tiempo, se hizo á un lado.

Arteaga, sin saludar con el sombrero á don Guillen, tiró de la espada y tomó distancia.

Se dió señal por los padrinos, y los dos contrarios, como era costumbre, se saludaron con las espadas, midieron la distancia y tomaron la guardia.

Inmediatamente Arteaza acometió con uno de sus golpes inevitables á don Guillen.

Pero este le paró admirablemente, y al pararle dijo:

—Pagadme mi primer saludo, amigo.

Y apenas lo habia dicho, cogió con un revés el ala del sombrero de Arteaza, y se le quitó de la cabeza.

Arteaza lanzó un rugido de cólera, y redobló su ataque.

Alvareda se habia mordido los labios por no reirse.

A los otros cuatro les habia sentado muy mal aquello.

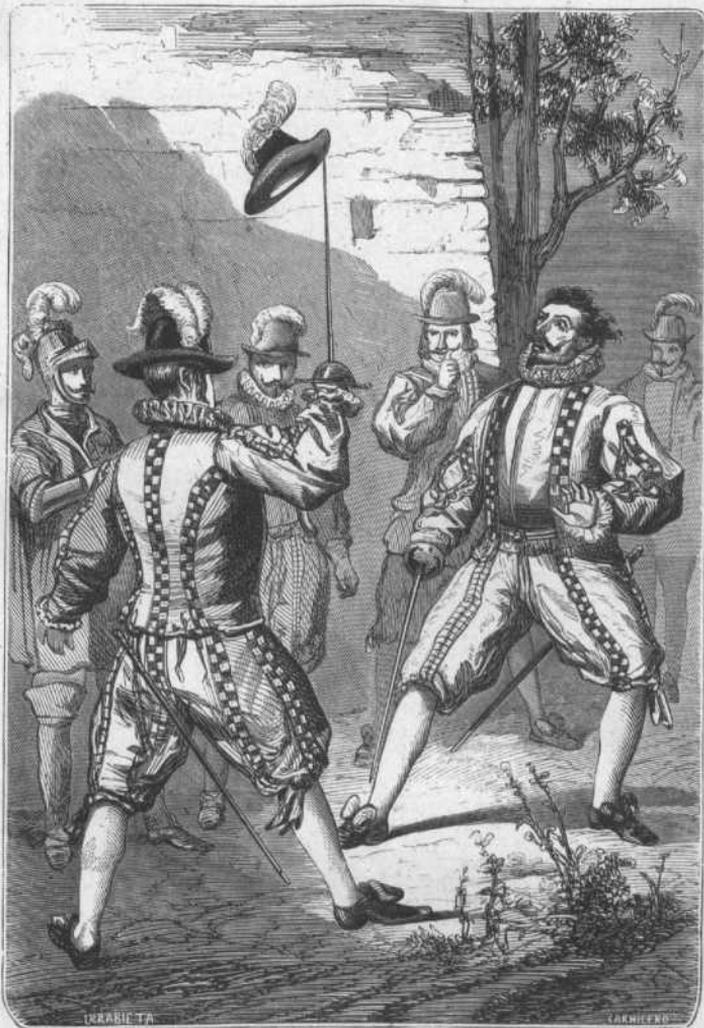
—¿Qué diablos habeis hecho de vuestra espada y de vuestros puños, amigo mio? dijo don Guillen desarmando á Arteaza; id por ella.

La espada habia sido arrancada de la mano del vizcaino por una violenta espulsion y habia caido á algunos pasos de distancia.

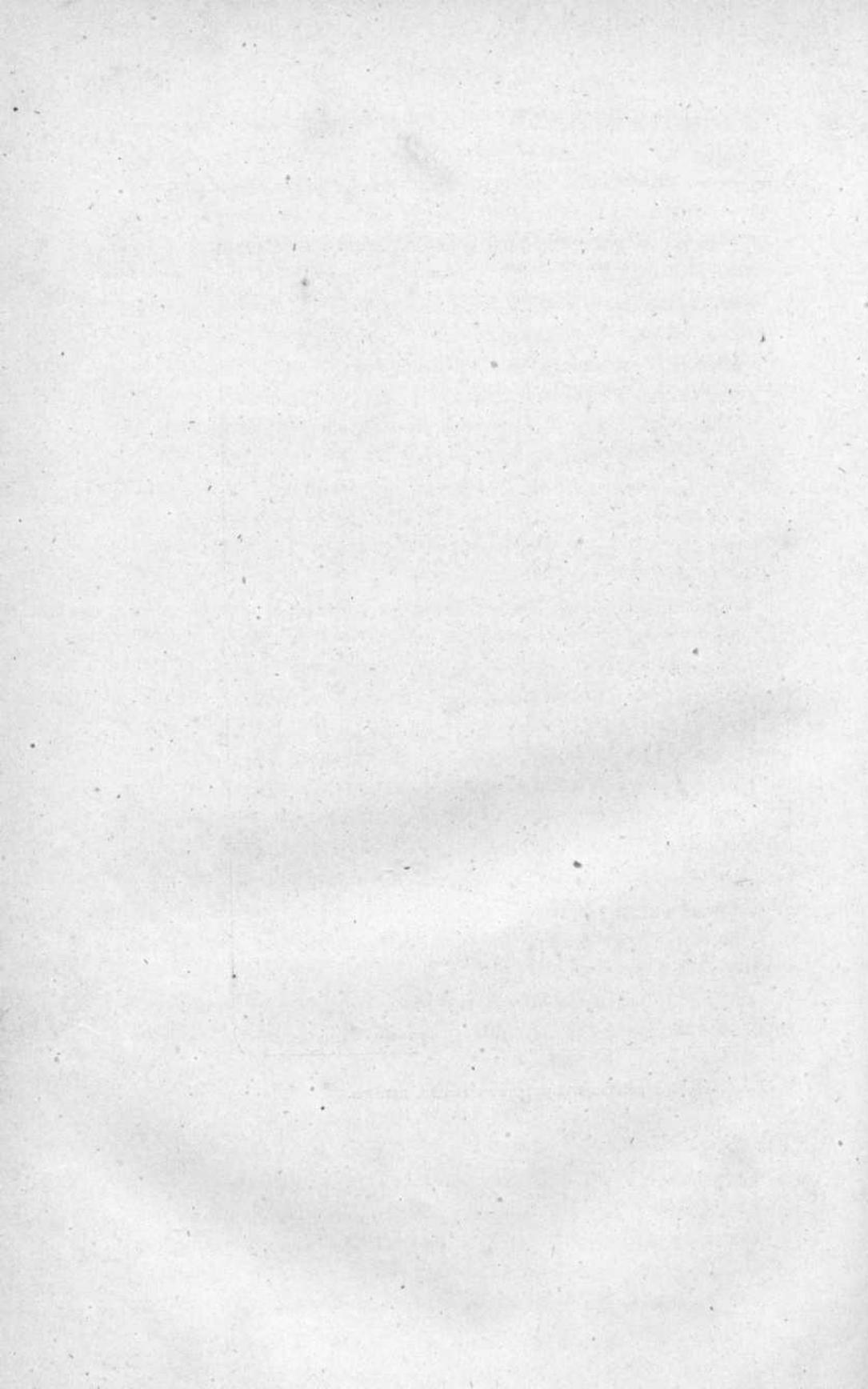
—Matadme, exclamó irritado y avergonzado Arteaza, presentando su pecho á don Guillen.

—Ya os he dicho, contestó este con su eterna calma, que me habia propuesto no verter ni una sola gota de sangre.

—Pues bien, me mataré yo, dijo irritado el vizcaino: yo he tirado á matar, y no recibo de nadie la gracia de la vida.



Págadme mi primer saludo, amigo.



Alvareda intervino.

—Que no os tengamos por loco ni por tozudo, Arteaza, dijo con acento de amistosa reconvencion: donde yeguas hay, potros nacen: á todo hay quien gane, y esto no quiere decir que vos no seais todo un hombre: veamos: ¿con la espada en la mano os llevo yo ventaja? ¿sí ó no?

—Allá nos vamos, señor don Juan, contestó el rebelde vizcaino.

—Pero de cinco os doy tres.

—Eso es verdad.

—Pues bien, os llevo ventaja.

—Oid ahora: don Guillen me ha desarmado hoy tres veces: ¿creéis que yo soy hombre de honor?

—¡Oh, señor don Juan! eso no se pregunta.

—Pues voy á hacer lo posible para que don Guillen no me desarme.

Y tiró de su espada.

—Basta, basta, y aun sobra, dijeron todos los otros cruzándose incluso el vizcaino.

—Pues concluido, señores, dijo Alvareda envainando su espada, y todos amigos y todos buenos compañeros.

Don Guillen envainó su espada, recogió la del vizcaino y su sombrero y se los dió.

Esto desarmó completamente al rudo Arteaza.

—Mi mano, mi alferez, y mi corazon, le dijo.

Y se estrecharon vigorosamente las manos.

Hoy seria inverosimil un lance de tal especie, ó mejor dicho, fuertemente extraño entre jefes y soldados.

Pero aquellos eran otros tiempos: la bravura y la gentileza se sobreponian á todo.

El soldado era más soldado que ahora, porque era considerado como un hidalgo, y esta circunstancia constituia iguales ante el honor á gefes y subordinados.

—Señores, dijo Alvareda; á una hosteria: lances como este deben acabarse sobre manteles, entre botellas y con alguna buena compañía.

—Una beata conozco yo, dijo uno de los soldados, que en cuanto se la envíe un reclamo, 'acude con una bandada de palomas.

—Pues vaya, Paredes, dijo Alvareda al que acababa de hablar; ya podeis estar dando viento á las piernas en busca de esa lechuza.

—¿Y á dónde acudo con la tropa, señor don Juan?

—Adonde, sinó á nuestra hostería.

—Pues hasta la vista, dijo Paredes embozándose de un voleo y tomando á buen paso hácia la Carrera de San Gerónimo.

Los otros emprendieron el camino de la Plazuela de Santo Domingo, donde como sabemos, estaba la hostería de los Tudescos.

Guillen se vió obligado á asistir á una orgía.

Cuando fué á casa por la mañana, se encontró con Inés, cuidadosa é impaciente.

Guillen, que habia bebido poco, que se habia excedido poco, que iba en un estado bastante decente, se maravilló de ver en su casa á Inés, que no lo esperaba.

—¿Qué es esto? dijo: nos habian prohibido que nos viéramos por prudencia, Inés mia.

—Sí, pero ya nada hay que temer.

—¡Cómo!

—La marquesa de la Fávara ha sido presa: doña Ana de Contreras está encerrada en un convento: esta mañana, mi hermano el duque de Uceda ha ido á casa de mi hermana doña Catalina, y me ha dicho: —Tomad, hermana: hé aquí el reconocimiento en forma que de hija suya os hace, habida en doña María de Falces, que fué mujer de Cristóbal de Mendavia, su eminencia el duque de Lerma. Falta que Mendavia lo confirme; pero dentro de poco tendremos una declaracion bastante de ese hombre: ahora vamos á vuestra casa á dar un buen dia á don Guillen: ya no teneis nada que temer, porque la marquesa de la Fávara está presa, tal vez, para toda su vida.

—Habrás pensado muy mal de mí, cuando al venir no me has encontrado.

—¡Ah, no! porque mi hermano me ha dicho que anoche para hacerte respetar de la compañía, habias tenido un lance con ciertos soldados de ella, del cual habias salido muy bien y os habíais ido á una hostería, segun habia avisado á mi hermano un teniente de la compañía que estaba contigo.

—Así es la verdad, dijo don Guillen: y como esa gente alegre en empezando no acaba nunca...

—¿Y bien qué importa? dijo Inés, yo no soy celosa; sé que me amas con toda tu alma, que no volverás á pasar la noche fuera de casa, en ninguna hosteria, ni en ninguna parte, sino cuando el rey te mande ir á campaña.

—Dejaré la bandera; yo no necesito sueldo: mi padre me ha escrito conformándose con lo que he hecho, que el buen viejo dice no

será malo cuando lo he hecho yo, y no tengo necesidad de servir á nadie.

—¡Oh, sí! estás mejor mozo con las galas de soldado; y luego mi hermano quiere que crezcas, que subas, que antes de diez años seas general: eso es muy hermoso, Guillen; yo nada ambiciono; pero todo lo quiero para tí: ¡oh, no sabes! yo que soy tan sencilla, tan acostumbrada á la pobreza, he consentido en un deseo de mi padre y de mis hermanos: quieren hacerme señora de título; seré la marquesa ó la condesa de qué sé yo cuantos: ¡Oh, qué feliz soy, Guillen mio, y cuánto te amo!

En aquel momento Guillen recibió un recado del duque de Uceda en que le llamaba á su casa.

---

## CAPITULO LXIX.

---

De cómo don Guillen partió para Valladolid.

—Ya sé, le dijo Uceda en cuanto le vió, que anoche disteis una buena leccion al perdonavidas Alejo de Arteaza, y que luego os fuisteis á la hostería de los Tudescos, donde habeis pasado una noche alegre y en buena compañía: en fin, esa es cuestion de doña Inés, que bien mirado, aun no tiene derecho; porque vos podiais consideraros anoche como soltero.

—Hubiera sido ridiculo contestar con escrúpulos al convite de aquellos buenos camaradas: y sobre todo, os puedo jurar que estaba deseando verme libre de aquella tarasca enjabelgada oliendo á vinagrillo que me habian puesto al lado, y que ha llegado hasta el punto de ofenderse de mi porque no la enamoraba: nos hemos divertido, porque yo envié á llamar á mi amigo el bachiller Algarroba y alguno que otro licenciado amigo mio desde la universidad, y se armó una buena: á las doce nos quedamos á oscuras; yo me escurri, pedi un aposento en la hostería, y alli me he estado durmiendo hasta ahora que he vuelto á casa y me he encontrado en ella con mi mujer.

—Es decir que estais descansado.

—Sí, señor duque.

—Dejaos de duque y llamadme hermano: ¿no habeis visto un re-

conocimiento en forma, hecho por mi padre y aceptado por nuestra hermana doña Catalina y por mi? Esto era necesario de todo punto: nadie extraña ni acoje mal á los hijos naturales de los grandes señores; de tal modo, que hoy pienso dar cuenta al rey de todo esto, y pedirle un título de Castilla para mi hermana: la llamaremos por lo mucho que nos alegramos de haberla encontrado y de cómo han venido las cosas, condesa del Buen Suceso; para el sostenimiento decoroso de cuyo título, hemos convenido en partir con ella la herencia de nuestro padre, que se vinculará y se entregará en la parte que la corresponda desde el momento. Estoy sorprendido; mi padre, que no tiene corazón, que no creía yo que amase á nadie más que á don Rodrigo, me dijo anoche llorando:—Amé mucho á tu madre; no he olvidado nunca á esa pobre hija mia, y cuando la he encontrado, se me ha alegrado el alma.

—¡Bah, hermano! dijo don Guillen, sois demasiado generoso con mi Inés.

—Dejaos, dejaos de eso, Guillen; somos tan ricos doña Catalina y yo, que ni necesitamos la parte de herencia que por estricta justicia, aunque no por las leyes, corresponde á Inés, que no nos hace mella: de la misma manera que yo no necesito para sostener el esplendor de mi nombre robar al rey ni al reino: mañana dirá la historia de mí lo que quisiere; pero yo procuraré que si me acusa sea sin razón, y solo por las apariencias.

—Sin embargo, dijo Guillen; permitidme que insista en renunciar esa parte que como buenos hermanos regalais á doña Inés.

—Mirad, que tanto ha cuidado de acaudalarse mi padre, que esa parte de Inés renta doscientos mil ducados.

—Sin vanagloria, dijo Guillen con una gran lisura; la mitad de la Montaña de Santander es de mi buen viejo, y por consecuencia, mia; y tanto oro tiene enterrado mi padre, que si le sacamos á luz, habrá pocos en estos reinos que puedan sustentar tales gastos, como yo puedo sin arruinarme.

—Pues vinculad ese tesoro, dijo Uceda; idos un año á campaña, y os haremos grande de Castilla.

—¡Todo por ella! dijo Guillen.

—Me queda que manifestaros en nombre de mi padre, de mi hermana doña Catalina y en el mio, nuestro agradecimiento por haber hecho vuestra esposa á Inés cuando nada poseía, cuando ignorada de nosotros y en poder de un infame, no tenía más amparo que el de Dios.

—¡Ah! Inés es por sí misma un tesoro, dijo suspirando de amor el jóven, y yo me encontraria favorecido con su amor aunque fuese hija de ese hombre, aunque nada tuviese: no hablemos más de esto, hermano, porque me lastima hablar de intereses y de agradecimiento cuando se trata de mi Inés.

—Sí, hablemos de otra cosa, de otra cosa importantísima: necesito que partais al momento á Valladolid: cuando llegueis, ya estará preso don Rodrigo.

—¡Vuestro hermano! exclamó el generoso jóven.

—Me veo obligado á ello: obrando con energia defiendiendo más que mi vida; defiendiendo mi honra: no sabeis cuánto se conspira, cuánta astucia he tenido que emplear, de cuántas personas miserables, por más que aparezcan nobles, ricas y grandes en el mundo, he tenido que valerme para llegar á una situacion definitiva: no entreis nunca por el camino de la ambicion, hermano; porque á poco que adelanteis, no podreis retroceder; se empeñará vuestro amor propio; más que vuestro amor propio, comprometeréis cuanto puede comprometer un hombre honrado: os vereis obligado á muy duras cosas; los reyes se encuentran inevitablemente en el centro de un círculo de cieno, donde se revuelven reptiles asquerosos, que crecen, hasta convertirse en mónstruos: nuestro buen rey don Felipe III es muy débil, y están tan asidas á su manto real manos infames, que para separar del rey sus infames cuerpos, es necesario cortar las manos, para que no se lleven tras sí desgarrada la púrpura: he aquí lo que yo hago; cortar sin compasion; ya he cortado: las manos heladas han caido sin fuerza á los piés del rey, y los cuerpos que las daban fuerza, se han precipitado en el abismo: no es mia la culpa si al cortar esas manos ha corrido sangre mia: pero oid: yo no puedo borrar de la historia los desaciertos, las faltas, y aun puede decirse que la rapacidad y los crímenes de mi padre y de mi hermano: pero el duque de Lerma está amparado por la púrpura.

—¿Y don Rodrigo?

—Yo soy secretario universal de Felipe III: hoy lo reduzco á la impotencia: he querido salvarle, y él se ha obstinado; me ha obligado á prenderle: yo le salvaré: no sé cómo, pero le salvaré: no puedo destruir lo que ha hecho, no puedo volverle su honra; pero mientras el duque de Uceda sea secretario universal de Felipe III, el cadalso no se levantará para el marqués de Siete Iglesias; sé que dilatando su castigo, salvándole, es decir, salvando su vida, falto á la justicia: ¡pero es mi hermano, Señor, es mi hermano! añadió el du-

que como dirigiendo sus palabras á Dios: ¡no importa que el mundo no pueda probarlo; lo sé yo, lo sabes tú, Dios mio! no, no, yo no puedo ser un nuevo Cain, ni yo tengo la culpa: demasiado he hecho: ellos lo han querido; pero le salvaré.

—¡Y me enviáis á mí á que le prendal! ¡á mí, esposo de su hermana! ¡á mí, que le debo la posesion de Inés, el hábito de Santiago, que me honra, la noble bandera de la compañía alemana!

—¿Y si no fuera por mí, dijo Uceda, por mí que la he salvado dos veces, que la he salvado definitivamente, podríais llamaros hoy esposo de Inés?

—Es verdad, dijo don Guillen bajando la cabeza.

—Pues bien, si yo os encargo, no que prendais á don Rodrigo, que le encontrareis preso, sino que le conduzcáis al lugar donde ha de estar detenido, es cabalmente porque por vuestro enlace con doña Inés, perteneceis á nuestra familia; yo no podria decir á otro lo que á vos os digo para que lo digais al marqués de Siete Iglesias; esto es, que le he preso para salvarle; que no desconfie, que no se desespere, que no empeore su situacion conspirando y valiéndose de malas artes; que mi afianzamiento en el favor del rey es su única esperanza, y que tiemble el día en que otro hombre, como por ejemplo, el conde de Olivares, me sustituya en el favor del rey.

—¡Ah! de ese modo, acepto el encargo que me confiais.

—Pues tomad; esta es la real orden para que el oidor de la real Chancilleria de Valladolid, don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, os entregue la persona del marqués de Siete Iglesias; os acompañará una escolta de treinta hombres de la compañía, á caballo, con los cuales y con arreglo á esta otra real orden, conducireis al marqués de Siete Iglesias al castillo de Montanches, donde le esperará ya para guardarle el teniente don Juan de Alvareda, con parte de la compañía.

Don Guillen guardó estos dos pliegos.

—Ahora bien, añadió el duque tomando un papel escrito que estaba sobre la mesa: enteraos de esta minuta.

Don Guillen leyó:

«Yo, Cristóbal de Mendavia, soldado de los tercios de Flandes, natural de Langreo, hoy de edad de cincuenta años, del hábito de Santiago, teniente de la compañía alemana de la real guardia de su majestad, declaro: Que por los años de mil seiscientos uno, el señor duque de Lerma me pidió legitimase una hija suya, hija de doña Maria de Falces, por medio de mi casamiento con la dicha doña Ma-

ria; y como yo era deudor al expresado excelentísimo señor duque de Lerma, de grandes beneficios; y como por otra parte podia considerarse como viuda á la dicha doña María, puesto que inmediatamente que nos casásemos debíamos salir de estos reinos y de Europa para trasladarnos á Méjico, yo no tuve reparo alguno en casarme con doña María de Falces, reconociendo por mia, y legitimando á su hija doña Inés. Pero pidiéndome ahora el eminentísimo y excelentísimo señor cardenal duque de Lerma, declare la verdad, así lo hago, declarando que doña Inés de Mendavia, que hasta ahora ha aparecido como mi hija legítima, no lo es de ningun modo, sino hija natural del eminentísimo y excelentísimo señor duque de Lerma, y de doña María de Falces, difunta. Y para que el eminentísimo y excelentísimo señor cardenal, duque de Lerma, pueda hacerlo constar en derecho, firmo la presente.»

—¿Y será capaz este hombre de declarar tanta vileza? dijo con repugnancia don Guillen.

—Es muy posible que oponga una gran resistencia: esto está previsto. Tomad esta otra real órden de prision contra don Cristóbal de Mendavia, por robo y asesinato.

—¡Ah! exclamó don Guillen.

—Para que no oponga resistencia empezais por prenderle, y por ofrecerle su libertad para que se vaya á donde quiera, á cambio de esa solemne declaracion que se le pide ante testigos y escribano. Consentirá: en cuanto tengais ese documento... Yo creo que os debe algo el tal Mendavia: cobrádselo sin escrúpulo, que por acá no hemos de pedirnos cuenta de lo que hagais.

—Gracias, hermano, dijo don Guillen ¿Y cuándo he de partir?

—Tomaos algunas horas para preparar cómodamente vuestra marcha; pero una vez en el camino, picad largo, cuanto puedan resistir los caballos, á fin de no echar en el camino más de tres dias. ¿A qué hora, pues, quereis que se presente delante de vuestra casa un sargento con veinte y cuatro hombres de la compañía?

—Dentro de dos horas: pienso parar esta noche en Avila.

—Muy poco tiempo os tomais, dijo sonriendo el duque.

—Me basta y me sobra, dijo don Guillen con un poco de disgusto.

—Que no digamos, dijo el duque respondiendo al disgusto de don Guillen, que el bravo alferéz de la compañía alemana tiene cosas de doncella: id, id, hermano, y en cuanto á doña Inés, como lo más que estareis por allá serán ocho ó diez dias, no paseis pena;

por acá cuidaremos de ella; y lo mejor será que para que no se fastidie, se vaya á casa de su hermana doña Catalina.

—Adios, dijo don Guillen.

Y salió.

A las tres de la tarde un brillante grupo de ginetes con corazas, cascos, tabardos encarnados, lanzas y mosquetes á la concha de la silla y magníficos caballos, paraban á la puerta de la casa de don Guillen.

Eran veinte y cinco soldados escogidos de la compañía tudesca, entre los cuales se encontraba un trompeta, que ostentaba en su brillante instrumento un pendoncillo de brocado rojo, en que estaban bordadas las armas reales.

El bravo sargento Pereda, á quien ya conocimos en Montanches, cuando en aquel castillo estaba preso el marqués de la Fávара, echó pié á tierra, dejó su caballo al trompeta, y se metió gentilmente por la casa de don Guillen, que le recibió armado ya, como suele decirse, de punta en blanco.

Le sentaban admirablemente las galas y las armas de soldado.

Dos hermosísimas señoras le acompañaban: la condesa de Lemus, que acababa de llegar, y doña Inés.

Esta se habia repuesto de tal manera de su flacura, que estaba desconocida, brillante, é inútil nos parece decir, que hermosísima.

El sargento Pereda se cuadró, saludó primero con arreglo á ordenanza á su alferez, y luego se quitó momentáneamente el capote para saludar á las señoras.

Luego dijo con su ruda franqueza:

—Aquí me tiene usía á sus órdenes (este tratamiento correspondia á don Guillen por el hábito de Santiago): abajo esperan veinte y cuatro buenos chicos, con los cuales solos, se puede conquistar un reino, y no digo mucho. Y ahora, mi alferez, permítame usía le dé la enhorabuena por cierta cosa que de usía nos ha contado el señor Alejo Arteaza: y crea usía que basta con lo que Arteaza nos ha dicho á todos, para que la compañía entera no tema meterse con usía en el más apretado lance que hayan visto las gentes pasadas y puedan ver las venideras; y concluyo diciendo á usía que yo que no soy manco soy muy su servidor.

Despues de este discurso, el sargento Pereda se quedó completamente lleno de sí mismo.

Contestóle afablemente don Guillen, se despidió de la con-

desa de Lemus y de Inés, y bajó seguido del sargento Pereda.

A la puerta se detuvo éste un poco asombrado.

Junto á los dos asistentes de don Guillen que tenian su caballo, á par de los suyos, porque iban tambien á marchar, montado en una mula, con un gran espadon al costado y un arcabuz á los arzones, con sus bayetas, y su gorra que á nada se parecia más que á un bonete, estaba el bachiller Algarroba.

—Y diga mi alférez, exclamó el sargento Pereda; ¿va á venir con nosotros ese grajo?

Oyólo el bachiller, y volviéndose airado, dijo al sargento:

—Déjese voacé de insolencias y truanerías, ó Dios vive que si echo pié á tierra y echo mano, voacé es quien se queda aquí para que le entierren por no sufrir el hedor.

—Todo sea por Dios, dijo el sargento; que yo no lo habia dicho por nada, y no hay necesidad de que nadie se quede en ninguna parte.

—*Cedant arma toque*, dijo el bachiller muy sobre sí al ver la blandura del soldado.

Afortunadamente el sargento Pereda no sabia latin.

—Cállate tú, Algarroba, dijo don Guillen montando á caballo; y vos, señor sargento, no extrañéis que me acompañe este hidalgo, porque es mi amigo, y no nos hemos separado en toda nuestra vida.

—Pues entonces, dijo el sargento Pereda desarmándose, salud, compañero, y venga esa mano.

A seguida aquella brillante seccion de la compañía tudesca se puso en movimiento.

El trompeta tocaba marcha, floreando el toque, porque iban á pasar por delante del Mentidero, y en la hora en que más lleno estaba de toda clase de buena gente.

El bachiller iba al lado de don Guillen formando un extraño y punzante contraste, lo que al pasar por delante del Mentidero le valió una silba que sentó muy mal al sargento Pereda, que se atusó el bigote, y miró hoscamente á las gradas de San Felipe el Real.

Al fin aquella tropa, y el bachiller adherido á ella, se perdieron á lo largo de la puerta del Sol, por la embocadura de la calle de la Montera.

---

## CAPITULO LXX.

---

De cómo despues de servir la marquesa de la Fávara al duque de Uceda, la dió este muy mal pago.

Cuando la marquesa de la Fávara entró en la cámara de la princesa de Astúrias, encontró á esta pálida, irritada, impaciente.

—¡Conque es decir, exclamó al ver á la marquesa, que de nada ha servido mi paciencia, mi generosidad! ¡conque es decir, que esa mujerzuela á quien he mantenido en mi servicio como si nada supiera, á quien he perdonado, se atreve todavia á ofenderme! ¡conque es decir, que su alteza es un libertino incorregible!

—No tiene su alteza la culpa, dijo la marquesa, sino los malos servidores que le cercan.

—¿Y quiénes son esos servidores? el desvergonzado conde de Olivares sin duda; porque creo que quien ahora priva con su alteza, es el conde de Olivares.

—El mal ejemplo, señora: por estos mediós se ha medrado en la córte, se medra y se medrará.

—¡Ah! pues he de ser muy poco reina, dijo la princesa, si cuando ocupe el trono no acabo con estas vilezas.

—Si no hay estas, habrá otras, señora.

—Pero en fin, ¿no es hora todavia?

—Yo aconsejaria á vuestra alteza que no fuese á sorprender á esa mujer, sino que obrase de otro modo.

—¿Y cómo?

—Conventos hay en Madrid donde encerrar á doña Ana: no creo que el rey se opondría á hacer justicia á vuestra alteza.

—Tendría que luchar con la influencia que el príncipe tiene con su magestad; y sobre todo, esta es una cuestión de mujer á mujer, para la cual me despojo del rango de princesa para quedarme únicamente con el de esposa.

En aquel momento se oyó, viniendo de la calle, el rasguear de una guitarra.

—¿Qué es eso? dijo la princesa.

—Eso es, que un criado mio me avisa de que ya está en casa de doña de Ana de Contreras su alteza.

—¡Ah! exclamó la princesa: mi manto al instante: iremos á pié; sí, la distancia es corta y la noche serena: ¿está preparado todo?

—Sí, si señora: un criado mio abrirá el postigo con una llave maestra: el príncipe ha ido solo, puesto que no han cantado en la calle despues de rasguear con la guitarra: yo conozco la casa de doña Ana, y de seguro vuestra alteza podrá sorprender á su alteza. Pero permitidme, señora, os diga que esto no es muy prudente.

—Estoy decidida, dijo con violencia la princesa, y no quiero perder más tiempo. Dadme mi manto.

La marquesa cobijó á doña Isabel con un cumplido manto de terciopelo.

Despues, por comunicaciones de servicio bajaron al postigo de los Infantes, que abrió uno de los empleados inferiores del cuarto de la princesa que estaba esperando.

Al salir, la marquesa dió una palmada.

Del lado de enfrente se despegaron de la pared seis hombres que siguieron á poca distancia á la princesa y á la marquesa, que se habian puesto en marcha.

Entretanto, el príncipe don Felipe, enardecido de amor, se irritaba por los reparos y las condiciones cada vez más graves que le oponía doña Ana.

El conde de Olivares se paseaba en una cámara, contrariado, porque á la verdad, la posición que ocupaba no era lo más honrosa.

¿Pero qué había de hacer, si pretendía llegar á ser con el tiempo el explotador en grande, del poder del señor rey don Felipe IV?

Cuando llegaron la princesa y la marquesa al postigo de doña Ana, se adelantó uno de los criados de la marquesa y abrió con suma facilidad el postigo.

Apenas se oyó el ruido de la llave en la cerradura, entraron la princesa y la marquesa, y el postigo volvió á cerrarse.

La marquesa, á cuyo brazo se asia doña Isabel, la sintió temblar.

—No, no es de miedo, dijo la princesa, es de cólera: no creí yo que tendria que volver á esta infame casa; pero puesto que sabeis el camino, adelantad, doña Teresa.

Poco despues, la princesa entraba rápidamente, pero con paso silencioso, en la cámara donde se paseaba don Gaspar de Guzman.

Al ver á una tapada que entraba tan decididamente, el conde se detuvo é hizo un movimiento como para ir á la puerta contraria á aquella por donde habia entrado la princesa.

Esta se echó el manto atrás, y dejó ver un juvenil y hermoso semblante, ensombrecido por una altiva y soberbia expresion de severidad, y contuvo como por un efecto magnético á Olivares, con su centelleante mirada.

A seguida se acercó y le dijo en voz baja, opaca, trémula, airada:

—¡Permaneced silencioso é inmóvil como si os hubiéreis convertido en una estátua: yo os lo mando en nombre de Dios, del rey y del honor!

—¡Señora!... exclamó aturdido Olivares.

—¡Ni una palabra más! dijo la princesa; ¡silencio!

Y adelantó dejando á don Gaspar petrificado.

Entre la cámara donde este se encontraba y el camarín donde estaban el príncipe y doña Ana, habia una saleta oscura.

En ella penetró la princesa.

Una línea de claridad que parecia marcar la parte inferior de la puerta de una habitacion en que habia luz, indicó á la princesa, á más del murmullo de dos voces, que tras de aquella puerta estaban el príncipe y doña Ana.

La princesa se acercó á la puerta y escuchó.

Acontece en estas situaciones, como si un espíritu maligno se encargarse de ello, que el que escucha llegue á tiempo de escuchar lo peor.

—No os obstineis, decia doña Ana; mi resolucion es irrevocable: repudiad á la princesa, y hacedme aunque secretamente vuestra esposa: de otro modo jamás seré vuestra.

Doña Ana estaba muy lejos de creer posible lo que pretendia; pero se valia de este pretexto para ganar tiempo á fin de que el du-

que de Lerma se afirmase en el favor del rey por la mediación del príncipe, cayese Uceda y se salvase don Rodrigo.

Doña Ana había llegado á la fidelidad heroica del amor.

Si antes había estado á punto de ser favorita del príncipe y amante de don Rodrigo, entonces se hubiera dejado matar antes que ser infiel á este.

Había pasado tiempo, Doña Ana había pensado mucho en don Rodrigo, y había sufrido y luchado por él.

Pero como la princesa no podía leer en el corazón de doña Ana, enloqueció, sintió un vértigo de ira, de celos, y empujó la puerta, entró, y apareció de repente ante doña Ana, que sorprendida por el momento se quedó inmóvil de espanto, de confusión, al ver ante sí á la princesa.

En cuanto al príncipe, sintió una cosa semejante á la que hubiera sentido si la casa se le hubiese caído encima.

—¡Repetidme esas palabras que acabais de decir á mi esposo! exclamó la princesa pudiendo hablar apenas: ¡y vos, repudiadme! añadió revolviendo sobre don Felipe.

Doña Ana permanecía inmóvil, con la mirada vaga, pálida como una muerta.

Al fin, como si algo hubiese estallado dentro de ella, extendió los brazos, dió un grito y cayó de espaldas.

Don Felipe escapó: no encontró mejor contestación que dar á la princesa, que huir.

Al pasar á escape por la cámara donde estaba Olivares, este le siguió con no menos prisa que él.

La marquesa, que observaba desde la puerta, se apartó.

Ninguno de ellos la vió al pasar, porque no estaban en situación de ver.

Cuando llegaron al postigo, Olivares le abrió maquinalmente con una llave que le habían dado, y se echó fuera dejando el postigo abierto y la llave en la cerradura.

El príncipe salió detrás corriendo también.

—¡Eh! ¡don Gaspar! ¡don Gaspar! dijo: ¡esperad!

Pero don Gaspar siguió corriendo.

Hubo en fin de detenerse para llamar en el postigo de los Infantes, y allí le alcanzó el príncipe.

—¡Qué compromiso! exclamó su alteza: ¡qué cosa! siento los deseos más vehementes de convertirme en humo por algún tiempo. ¿Pero qué digo yo? ¿qué hago?

—Entremos, señor, dijo Olivares, porque habian abierto el postigo: entremos, ó mejor dicho, entre vuestra alteza, porque yo me escapo á donde ni aun con hurones me encuentren.

—¡Cómo que os escapais! dijo el príncipe que estaba á punto de llorar: ¡y me dejais abandonado en las astas del toro!

—¡El diablo está al lado de esa doña Ana! exclamó Olivares.

—¡Y qué hacer! la otra vez á lo menos pude escurrirme sin que me viera la princesa; pero ahora... ¡y doña Ana que ha caido al suelo redonda!... y Dios lo haya querido, pero creo que muerta: ¡oh, qué cosa, qué cosa!.. ¡y lo sabrá el rey y todo se lo llevará el diablo! vos teneis la culpa, por torpe.

—Yo no; yo he sido sorprendido: y sobre todo, señor, adios, no suceda lo que en la fábula de los dos conejos: me marchó antes de que lleguen los galgos.

Y dió á correr.

El príncipe se entró en el alcázar, subió á su cuarto, y no encontró por el momento otro recurso que meterse en la cama y taparse la cabeza.

Hé aquí lo que entre tanto habia sucedido casa de don Francisco Contreras:

La princesa llamó á la marquesa de la Fávara.

—¡Despertad á todo el mundo! dijo temblando todavía de cólera: ¡que vengan todos aquí!

—Pero señora...

—¡Haced lo que os mando! añadió creciendo en cólera la princesa.

—Pero todos no pueden ver á vuestra alteza, dijo la marquesa: basta con que venga don Francisco de Contreras.

—Es verdad; no sé lo que me digo, respondió la princesa jadeante, como si hubiera corrido de una manera violenta durante un largo espacio: que venga ese hombre.

La marquesa salió.

Conocia la habitacion de Contreras, y se dirigió á ella sin encontrar ningun criado.

Sin duda se les habia mandado se recogiesen.

Doña Teresa abrió la mampara, se entró, y encontró á don Francisco cabalmente ocupado con el proceso de don Rodrigo.

La marquesa llegó junto á él sin que reparase en su presencia.

—Siento mucho incomodaros; más aun, daros un mal rato, dijo

la marquesa, porque don Francisco no tenia visos de levantar los ojos del proceso.

Se sorprendió, miró á la marquesa, y al reconocerla se levantó.

—¿Qué es esto? ¿qué sucede? dijo.

—Una gran desgracia que deploro, contestó la marquesa.

—¡Desgracia! ¿que os sucede una desgracia?

—No, á mí no, á vuestra hija.

—¿A mi hija? exclamó el consejero palideciendo.

—No he podido evitarlo: me he visto obligada á obedecer.

—¿Pero qué es lo que sucede? añadió Contreras ya con la voz trémula de miedo.

—Que la princesa ha sorprendido al príncipe en el cuarto de vuestra hija.

—¡Intrigas! ¡miserables intrigas! exclamó completamente aturdido Contreras: ¡nuestros enemigos!... ¡vos!...

—Ya os he dicho, contestó la marquesa, que deploro lo que sucede; que obedezco, y que obedeciendo os mando de orden de la princesa me sigais al cuarto de vuestra hija.

Y echó á andar.

Contreras la siguió maquinalmente.

Cuando llegaron, doña Ana, que habia vuelto en sí, estaba doblada sobre un sillón.

—¡Vuestra hija es una mujer perdida! dijo la princesa acometiendo al consejero en cuanto le vió.

—Indudablemente, señora, dijo el consejero: si mi hija ha tenido la desgracia de disgustar á vuestra alteza, está perdida... para el favor de vuestra alteza.

—No, vuestra hija es una mujer perdida, porque he encontrado aquí con ella á su alteza el príncipe de Astúrias enamorándola, oyéndola la peticion de que me repudiasse para casarse con ella; ¡la infame! ¡la traidora!

Doña Ana estaba replegada; pero no lloraba: habia algo de terrible en su actitud.

—Su alteza se equivoca sin duda, dijo Contreras; porque en mi casa no entra nadie sin que yo lo sepa.

—¿No? ¿y esa espada que está sobre ese sillón? esa espada no puede ser vuestra, porque tiene en su taza las armas reales, y vos no podeis usar las armas reales.

—Juro á vuestra alteza que yo ignoraba... contestó aturdido Contreras viendo que no habia escape.

—Podeis conservar esa espada en memoria de vuestra afrenta, dijo la princesa: otros poseen espadas reales como prendas de honor y en memoria de hazañas; esta es tambien una hazaña; una hazaña del padre y de la hija; pero una hazaña infame, si es que á un hecho infame puede llamarse hazaña.

Doña Ana permaneció agobiada; pero se estremeció de una manera poderosa.

Contreras no contestó; pero inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Mandad poner al momento mi carruaje, dijo la princesa.

Contreras salió.

—Vos, añadió la princesa dirigiéndose á la marquesa de la Fávares, quedaos aquí guardando á esa mujer.

Y salió, llegó á la cámara donde habia estado Olivares, y se puso á pasear por ella, agitada, terrible, murmurando roncas palabras.

Aquella niña de diez y seis años habia tomado una posicion formidable.

Su poca edad y sus celos la disculpaban de la situacion excéntrica en que tan bravamente se habia colocado.

Apenas habia salido la princesa del camarín, cuando doña Ana se levantó como una tempestad, terrible, airada, relampagueando en llamaradas toda su cólera que la salia por los ojos, extendiendo las manos crispadas hácia la marquesa.

—¿Por qué habeis hecho esto? exclamó: ¡ah, si, es verdad, estais vendida á Uceda! ¡maldita yo, que por mis ridículos celos le hice traicion, le perdí, y dí á ese infame Uceda armas para hacer lo que hace! y vos... vos... ¿creeis vos que yo no me vengaré? el príncipe me ama, me adora... ¡oh, sí!... llegará un dia... matadme para que ese dia no llegue, porque si llega... ¡ay de vos... ay de la princesa!

La cólera entrecortaba las palabras de doña Ana.

—Sea lo que quiera, dijo la marquesa; á don Rodrigo debo toda la amargura que tengo en el corazon, y por vengarme de él incendiaria el universo.

—¡Ah! ¿sí? pues habeis hecho bien, muy bien: el lance es vuestro por ahora; quién sabe, quién sabe si tendré yo mañana un buen dia: ¿lo ois? no espereis compasion de mi.

—Ni la pido, ni la tengo, contestó la marquesa: ¡compasion! ¿quién sabe lo que está sucediendo á estas horas?

Y el pensamiento de la marquesa se volvió, como á impulsos del

remordimiento, hácia el lecho donde habia dejado al marqués de la Fávara.

Doña Ana lanzó una mirada de odio y de desprecio á la marquesa, se sentó, y permaneció inmóvil y silenciosa.

Su soberbia no la permitia aterrarse: se encontraba en lucha, y aceptaba la lucha.

La marquesa continuó de pié, abstraída, abismada en su pensamiento.

Poco despues, Contreras entró en la cámara donde estaba la princesa y la dijo:

—El coche está á disposicion de vuestra alteza.

—Pues bien, preparaos para salir.

Contreras, todo asustado, se fué y volvió á poco con capa y espada y el sombrero en la mano.

—Id, le dijo doña Isabel, y traeos á vuestra hija y á la marquesa de la Fávara.

A poco Contreras volvió con ellas.

—Guiad al coche, dijo la princesa.

Cuando todos estuvieron dentro del carruaje, Contreras preguntó temblando:

—¿A dónde quiere vuestra alteza ser conducida?

—Al monasterio de la Concepcion Gerónima.

Contreras dió esta órden al criado, que aun tenia abierta la portezuela, y pocos instantes despues, el carruaje se puso en movimiento.

Ni una palabra se habló hasta que llegaron.

Cuando el carruaje se detuvo, la princesa dijo:

—Bajad, don Francisco, llamad, y cuando pregunten responded que la princesa de Astúrias quiere ver al momento á la madre abadesa.

Contreras bajó y llamó á la portería del convento que hacia ya mucho tiempo que estaba cerrada.

Tardaron en responder, por más que repitió su llamamiento Contreras.

Al fin cuando oyeron que quien queria ver á aquellas horas á la madre abadesa era la princesa de Astúrias, se abrió la portería, y la princesa, la marquesa de la Fávara, doña Ana y su padre, fueron introducidos en un locutorio donde esperaba ya la maravillada abadesa.

—Señora, dijo la princesa apenas entró en el locutorio; he sen-

tenciado á una de mis damas, aquí presente, por liviandades, á vivir reclusa en un convento, de lo cual informaré á su magestad para que determine lo que estimare justo. El padre de esa dama, presente aquí tambien, aprueba esta determinacion. ¿No es cierto que la aprobais, don Francisco de Contreras?

—Sí señora, dijo el consejero que no se atrevia á contestar otra cosa.

—Pero señora, dijo la abadesa que estaba asombrada y escandalizada; yo no puedo abrir el convento á estas horas, ni recibir en él á persona alguna por más que desee obedecer las órdenes de vuestra alteza, sin mediar la licencia de mi diocesano.

—Id, don Francico, y buscad al cardenal arzobispo de Toledo; pero no, esperad, añadió dirigiéndose á la abadesa: haced, señora, que me traigan recado de escribir.

Poco despues por el tornillo daba la abadesa á doña Isabel lo que esta habia pedido.

La princesa escribió una larga carta, la cerró sellándola con el sello particular de la abadesa, porque allí no habia otro, y dió la carta á don Francisco de Contreras que fué á buscar á don Bernardo de Sandoval y Rojas, tio de Lerma, que era, como sabemos, cardenal arzobispo de Toledo.

Doña Ana alentó una esperanza, como la habia alentado su padre; pero aquello era demasiado serio, y asustó al cardenal, que creyó necesario ponerse de acuerdo con su sobrino y compañero cardenal duque de Lerma.

Este lo encontró tambien aquello gravísimo; pero no habia medio; ó se concedia lo que la princesa queria, ó habia que dar cuenta al rey, que necesariamente querria informarse de la causa por la cual habia tomado la princesa la violenta medida de encerrar á doña Ana de Contreras y de llevarla por sí misma y á tal hora al convento de la Concepcion Gerónima.

En la carta expresaba la princesa al arzobispo, que habia tomado aquella medida, porque habia sorprendido á su esposo, el señor príncipe de Astúrias, no menos que en el retrete de doña Ana de Contreras.

Ambos cardenales, tio y sobrino, comprendieron que no habia otro remedio que aguantar la situacion, dar gusto á la princesa y ganar tiempo; sobre todo, conocer la trascendencia que podia tener aquello.

El arzobispo de Toledo en persona se trasladó con sus familiares al convento.

La princesa habia entretenido hora y media que habia tardado en ir el arzobispo, hablando con la abadesa de donaciones y mercedes que pensaba hacer al convento de la Concepcion Gerónima, de las fiestas que se preparaban, del sermón que habia predicado el padre T... y el padre C... hasta que por último, no teniendo ya de qué hablar, habló del tiempo.

Al fin el arzobispo mandó que la abadesa abriese la clausura y se encargase de doña Ana, que fué introducida en el convento.

Don Bernardo quiso, quedándose solo en el locutorio con la princesa, parar el golpe, y hacer que aquello no tuviese consecuencias.

Pero la princesa, con más firmeza que la que era de suponer en sus pocos años, le contestó:

—Reverendo padre, no hablemos más de esto: informaré á su magestad de lo que he hecho, y su magestad determinará lo que tuviere por conveniente.

Don Bernardo de Sandoval y Rojas fué asustado á poner en conocimiento del duque de Lerma lo que habia acontecido.

En todas estas cosas se habian pasado más de tres horas, desde que la marquesa de la Fávara habia salido de su casa hasta que volvió á ella.

Entró agitada: podia muy bien haber sucedido que durante su ausencia hubiese acontecido una catástrofe; esto es, que el marqués de la Fávara hubiese pasado á mejor vida.

Veamos lo que habia acontecido.

Sabemos que se habian quedado exclusivamente encargados del marqués, Porcel y Calixta.

El marqués, como ya hemos dicho, recordaba con insistencia cierta empanada de lamprea de la que habia comido demasiado y de la cual no habia comido la marquesa.

Esta idea y la confianza que el marqués tenia de que doña Teresa le odiaba, la circunstancia de no comer comunmente con ella, de haberle convidado ella aquel dia y de habersele mostrado tierna y cariñosa, empezaron á labrar en el marqués la creencia de que habia sido envenenado.

La marquesa habia visto asomar esta acusacion mal reprimida á los lábios del marqués, se habia aterrado, y habia dado instrucciones á Porcel.

Este, en cuanto salió la marquesa, cumpliendo con sus instrucciones, llamó fuera á Calixta.

—Tú no puedes estar aquí, la dijo; porque el marqués en su delirio dice cosas que no puede buenamente oír una chica como tú.

—¿Pues qué, dijo Calixta, no soy yo una mujer casada?

—Sí; pero porque sea casada una mujer, no ha de esponerse á oír todo lo que diga un enfermo que delira.

—¿Aun con esas? dijo Calixta; lo que aquí sucede, es que la marquesa ha envenenado al marqués porque le aborrece.

—Tú estás loca, muchacha; lo que acabas de decir es una atrocidad, de todo punto peligrosa. ¿Sabes tú lo que puede acontecer si repites eso que has dicho á otra persona menos prudente que yo?

—Y en fin, ¿qué puede acontecer?

—Que el que lo haya oído se lo diga á otro, y este á otro, y así sucesivamente hasta que llegue á conocimiento de la justicia.

—Bien, ¿y entonces qué?

—¿Entonces? que si no pruebas tu acusacion, lo cual no es fácil, la marquesa se querrela de tí, y te encierra para toda la vida.

—¡Ay, Dios mio! dijo Calixta; pero yo no he dicho que la marquesa haya envenenado al señor marqués.

—Por supuesto que no lo has dicho, porque aunque lo has dicho, no lo has dicho á nadie más que á mí, que es lo mismo que si no lo hubieras dicho.

—¡Ay, señor Porcel, que yo no sabía lo que me decia!

—¡Oh! si las mujeres supieran siempre lo que se dicen, y sobre todo lo que se hacen, mejor, mucho mejor andariamos el mundo. Pero, mira, Calixta; el señor se queja y llama. Estáte aquí y no dejes entrar á nadie, á nadie, ¿lo entiendes?

—Sí que lo entiendo, y nadie entrará.

—Eso es lo que debes hacer, que nadie entre: voy á ver lo que quiere el señor.

El marqués se quejaba dolorosísimamente.

—Ven acá, Porcel, le dijo, ¿crees tú que unas inocentes lampreas puedan causar los retortijones que me hacen poner el grito en el cielo?

—Diré á vucencia, contestó Porcel; segun el aliño que tuviesen las tales lampreas.

—Te diré; la marquesa probó la salsa que la empanada tenía dentro, y la encontró sosa; la echó sal; pero es el caso que despues de echarla la sal, y á pesar de que seguia afirmando que la lamprea estaba exquisita, la marquesa no comió.

—¿Está seguro vucencia de que su esposa no le odia? dijo Porcel que estaba vendido al duque de Uceda.

—¡Ah! exclamó con terror el marqués, ¿con que es decir, que tú tambien piensas lo que yo pienso?

—¿Qué piensa vucencia, señor?

— Pienso que mi infame esposa me ha envenenado.

—¡Jesus, Jesus, y qué pensamientos tan horribles, señor! exclamó Porcel: ¡cómo! ¡mi señora la marquesa!...

—Oye, oye, Porcel; por lo que pudiere ser, ve á buscarme un alcalde de Casa y Córte.

—¿Pero cómo, señor? dijo Porcel: ¿vucencia no medita?..

—No medito, sino que he sido asesinado por la marquesa. Escucha, Porcel: si no buscas al momento un alcalde de Casa y Córte, daré gritos, ¿lo oyes? llamaré, acudirán, y te acusaré de complicidad con la marquesa.

—¡Libreme Dios de esto, señor! dijo Porcel: ¡descuide vucencia! no me moveré de aqui, porque no debo abandonar á vucencia; pero enviaré á buscar un alcalde de Casa y Córte.

Como el alcalde que vivía más próximo en Puerta Cerrada, era don Bernabé Cienfuegos, sucedió que por obedecer más pronto y andar menos el criado á quien habian mandado á buscar un alcalde, informado por una ronda, llamó á la casa de don Bernabé, que por ser ya tarde dormia; y ciertamente ageno de que nadie pensase molestarle, cuando le dijeron que el marqués de la Fávara le llamaba para hacerle una declaracion importantísima, exclamó:

—Esa familia me hace la guerra: ya por su causa, ya por su excitacion, no me dejan reposar.

Y tardó bien una hora en personarse casa del marqués de la Fávara.

Y aconteció, que de tal manera habia crecido el mal del marqués, que cuando llegó el alcalde, el marqués estaba tan gravemente enfermo, que apenas tuvo tiempo para hacer sus declaraciones, acusando de envenenamiento sobre su persona á su mujer.

Don Bernabé Cienfuegos no se atrevió á obrar por sí mismo, y para echar fuera de sí toda la responsabilidad, trasladóse casa del duque de Uceda, al que, desgraciadamente para doña Teresa, encontró á punto que iba á recogerse.

Al recibir el anuncio de la intempestiva visita de un alcalde de Casa y Córte, el duque se apresuró á hacerle entrar.

—Supongo, caballero, le dijo el duque, que será gravísimo el

asunto que os trae por esta vuestra casa á deshora, y con insignias de justicia.

—Gravísimo tres veces, excelentísimo señor.

—Dejad el tratamiento.

—Gracias, señor duque.

—¿Con que tan grave es ese asunto?

—De la mayor trascendencia.

—¿Y de qué se trata?

—He sido llamado urgentemente para recibir la declaracion de un moribundo.

—¡Ah! pues en efecto, la cosa es gravísima.

—¡Oh! gravísima en grado superlativo.

—¿Pero qué es ello?

—Un envenenamiento.

—¡Oh! exclamó el duque.

—Sí señor; un esposo acusa á su esposa de haberle envenenado con una empanada de lamprea.

—Pues bien, alcalde, ya sabeis lo que teneis que hacer.

—No, excelentísimo señor, no; perdonad, me he olvidado que me mandásteis no os diese tratamiento; no puedo acostumbrarme á tratar á los grandes sino como les corresponde.

—Bien, bien; pero decíamos...

—Sí, sí señor; os decia yo que un marido...

—Sí, y yo os dije que si no sabiais lo que teniais que hacer.

—No señor, no lo sé; porque se trata de personas que...

—Deben ser presas cuando están acusadas de un parricidio.

—Pero se trata de grandes de España.

—Nuestras leyes alcanzan á los grandes que cometen crímenes lo mismo que á los pequeños.

—En efecto, señor, son las sábias leyes; pero es el caso que se trata de la marquesa de la Fávara.

—Sea quien fuere, alcalde, debíais haberla preso.

—Me ha sido imposible, señor duque.

—¿Y por qué? dijo con severidad Uceda; ¿por miramientos injustos?

—No, no señor, sino porque la señora marquesa no estaba en su casa.

—Pues id al momento, alcalde, y si cuando llegueis la encontráis en su casa, como es posible, prendedla.

—¿Y á dónde la conduzco?

—A su habitacion; pero con guardas de vista. Id, id, no perdais tiempo.

Y tan á tiempo llegó don Bernabé Cienfuegos á casa de doña Teresa, que á punto que esta salia de su carruaje, la echó respetuosamente mano don Bernabé, diciéndola:

—Mucho siento, señora, verme obligado á... pero, en fin, vucencia comprenderá...

—¿Y qué es lo que he de comprender? dijo la marquesa asustada, viéndose rodeada de alguaciles.

—Pues vucencia comprenderá que cuando un marido llama á un alcalde, y el alcalde le encuentra moribundo, y el moribundo le dice que su mujer le ha envenenado, el alcalde por más que lo sienta, no tiene más remedio que prender á la acusada y hacer que los doctores reconozcan el cadáver para ver si es cierta la acusacion de envenenamiento.

—¡Que ha muerto mi marido! exclamó la marquesa.

Y se desmayó, no por la muerte del marido, sino porque se veia en poder de la justicia, ó mejor dicho, porque comprendió que el duque de Uceda la habia hecho traicion.

Doña Teresa fué encerrada en su habitacion, se la pusieron guardas de vista, y al dia siguiente fué llevada presa á un convento.

## CAPITULO LXXI.

De cómo el rey comprendió con grave disgusto y con gravísima lesion de su vanidad que el príncipe don Felipe había usado y aun abusado de él.

Cuando la princesa llegó á palacio, se recogió calenturienta, y no durmió, sino que esperó con impaciencia á que fuese de día.

Entonces, por la comunicacion secreta, que como sabemos, iba á parar desde su cámara, que en otro tiempo habian ocupado dos reinas desgraciadas, Isabel de Valoix, segunda esposa de Felipe II, y Margarita de Austria, única esposa de Felipe III, á la cámara del rey, se trasladó á ella, y llegó á tiempo en que el camarero entraba y decia, segun su costumbre al rey:

— Señor, ya es hora.

— No, no es hora todavía, dijo la princesa; yo despertaré á su majestad: retiraos.

El camarero se inclinó respetuosamente, y salió.

La princesa se acercó al lecho del rey, y le contempló un momento á la luz de la lámpara de alabastro que ardía sobre una magnífica mesa de mosaico colocada en el centro de la cámara.

Felipe III dormía con el sueño de los niños, ó de los justos, que viene á ser un idéntico sueño.

Isabel de Borbon observó profundamente al rey.

— ¡Pobre padre! dijo, es débil; pero al menos ha sido buen esposo.

Y le besó en la frente; pero no de una manera tan blanda que el rey no despertase.

Abrió los ojos, y al ver á doña Isabel exclamó:

—Buen dia: me despierta un ángel.

—Pues el ángel, señor, dijo la princesa, tiene la desgracia de traer á vuestra majestad un grave disgusto.

—¿Cómo es esto, hija mia? exclamó el rey: ¿vos disgustarme? No, eso es imposible.

—Sí, porque disgustará mucho á vuestra magestad el saber que soy tan infeliz que me veo obligada á quejarme.

—¿Y de qué, hija mia, y de qué?

—Yo no me quejaria á vuestra majestad si se tratase solamente de mí; pero más que de mí, de vuestra majestad se trata.

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó alarmándose el rey porque vió que la conversacion tomaba un giro político; ¿que se trata de mí?

—Sí, ciertamente; de vuestra magestad, señor.

—¿A propósito de qué?

—¿A propósito de qué ha de ser, sino de traiciones?

—¡Ah! no, hija mia, no, contestó el rey, pretendiendo eludir la conversacion; las traiciones ya han concluido.

—¡Ah! no, desgraciadamente, señor.

—Lerma, Uceda y Calderon se han avenido: llega por fin un dia de reconciliacion en que mis reinos y yo seremos lealmente servidos por tres grandes hombres.

—Por tres traidores.

—Doña Isabel, vos habeis dormido muy mal esta noche.

—Os engañais, señor, porque no he dormido ni mal, ni bien.

—Pero ¿por qué no habeis dormido ni mal, ni bien? dijo el rey.

—Porque he andado de aventuras, señor.

—¡Vos de aventuras! ¡una princesa!

—Que se vá trás un príncipe aventurero.

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó el rey incorporándose vivamente: ¿un príncipe aventurero, decís?

—Sí, si señor, sin que sea visto que yo falte al respeto, ni á vuestra magestad, ni al príncipe mi esposo. En fin, señor, yo vengo á avisar al rey de una traición.

—¿En que toma tambien parte el príncipe, mi hijo?

—No, no señor; el príncipe, mi esposo, sirve de pretesto.

—¿De pretesto?

—Sí señor.

—Hablad, hablad, doña Isabel.

—Había en mi servidumbre, dijo la princesa, una dama muy hermosa.

—Sí, sí, dijo el rey; doña Ana de Contreras.

—En efecto, señor.

—¿Y ya no está en vuestra servidumbre?

—Yo no puedo tener en mi servidumbre á una miserable, á una mujer sin pudor, que en nada estima su honra y el respeto que debe á los derechos de una mujer casada.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿qué es eso? ¿y á los derechos de qué mujer casada... se ha atrevido doña Ana?

—A los míos, señor.

El rey se incorporó mucho más.

—¡A los vuestros! dijo ensombreciendo su semblante con una expresion de indignacion que salia del fondo de su alma.

—A los míos, repitió con energia la princesa.

—¿Con que es decir, que el principe... exclamó con trabajo y con pena el rey.

—Si señor, contestó la princesa con los ojos llenos de lágrimas.

—Un extravio, hija mia, un extravio indisculpable: es cierto; ni como rey ni como cristiano puedo encontrar disculpa á tal extravio, por más que esa mujer, esa doña Ana, fuerza es confesarlo, sea una hermosura de esas... nunca tan hermosa como vos, pero en fin...

El rey se envolvía.

—La verdad era que hablaba de memoria, porque allá en el fondo de sí mismo, su hijo le inspiraba un tanto de envidia.

—Yo, señor, dijo la princesa, si solo se tratase de mí, no hubiera dado este grave disgusto á vuestra magestad; pero hay mucho de traicion en esto.

—Mi hijo no puede ser traidor, exclamó el rey con voz muy poco segura, como si no hubiera tenido una completa certidumbre de lo que afirmaba.

—No, no ciertamente, señor; pero los traidores usan de su alteza.

—¿Pero quiénes son los traidores?

—El duque de Lerma y don Rodrigo Calderon.

—Pero entonces, doña Isabel, tambien es traidor el duque de Uceda.

—No, no señor; el duque de Uceda se alia con ellos para confiarlos.

—¡Oh, cuánto me duele, doña Isabel, que os engañois!

—No, no me engaño, señor: ¿no he dicho á vuestra majestad que esta noche he ido de aventuras?

—¿Pero á dónde habeis ido, doña Isabel?

—Primero á casa de don Francisco de Contreras, y despues al convento de la Concepcion Gerónima.

—¿Y á qué habeis ido al convento de la Concepcion?

—Para dejar allí presa á doña Ana de Contreras.

—¡Oh! ¿y con qué razon? dijo el rey.

—¿Os parece poca razon, señor, el haberla encontrado al lado del príncipe, el haberle oido decir: «No seré vuestra si no repudiais á vuestra esposa, porque solo siendo yo vuestra esposa puedo ser vuestra?»

—¡Ah! ¿eso decia doña Ana? Pues entonces, hija mia, es una traidora, sí, puesto que atenta contra vos; pero no es una mujer perdida: y el príncipe... yo no creo que vuestro esposo... ¿qué respondia vuestro esposo á esas proposiciones de doña Ana?

—No sé lo que su alteza hubiera respondido; porque al oir estas palabras de doña Ana, me presenté.

—¿Y qué hizo el príncipe?

—Huyó.

—¿Huyó? exclamó el rey.

—Sí, sí señor; huyó, y al huir dejó su espada en el retrete de doña Ana.

—¡Oh! esto es muy grave, gravísimo, exclamó el rey: un príncipe que huye de su esposa que le sorprende en un galanteo... por de contado, doña Isabel, que yo no apruebo el que vos hayais ido á sorprender al príncipe; eso no es digno de vos; ¿qué posicion habeis ocupado casa de esa mujer?

—La de una esposa ofendida; la de una vasalla leal que vela por su rey, que todo lo sacrifica á su rey.

—¡Ah! ¿pero en qué consiste esa traicion?

—Doña Ana es amante del marqués de Siete Iglesias, y viéndose Lerma y Calderon perdidos, han apelado á la influencia que sobre el príncipe tiene doña Ana de Contreras, y han obligado á su alteza, excitando su empeño por doña Ana, á que predisponga á vuestra majestad en favor de Lerma contra Uceda.

—¡Ah! exclamó el rey comprendiendo: sí, sí, es cierto; teneis

razon, hija, mucha razon: habeis hecho muy bien en ir de aventuras; yo haré que no os veais obligada á repetir las. Id, id, reposad: el rey hará justicia á la esposa y castigará á los traidores.

—Un momento, señor; deseo que vuestra majestad apruebe la prision de doña Ana de Contreras, y que mande permanezca en el convento.

—Sí, hija, sí; y tened por seguro que doña Ana no os causará más sobresalto.

La princesa besó al rey y salió.

Felipe III mandó llamar al duque de Uceda, y fué secretamente preso en su cuarto; pero no se dijo que estaba preso, sino enfermo.

Al arzobispo se le dijo, que el rey estimaria mucho fuese á sentarse todos los dias en su silla en el coro de la catedral de Toledo.

En cuanto al duque de Lerma, recibió orden de salir de Madrid, y elegir su residencia.

Lerma se fué á la villa de su titulo, donde tenia un magnifico palacio.

No queria alejarse demasiado por más que supiese que al rey le hubiera gustado mucho verle en Roma: aun no habia perdido la esperanza.

## CAPITULO LXXII.

Lo que hizo don Guillen en Valladolid.

El nunca bien como se debe ponderado, señor oidor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, recibió el último correo del duque de Uceda, en que le mandaba prender al marqués de Siete Iglesias, si á las ocho horas de recibir aquella orden, no habia recibido otra en contrario.

Don Silvestre se metió en sí mismo, y se propuso este problema:

— ¿Debo servir ciegamente al duque de Uceda? Veamos: ¿está tan de todo punto apeado del favor del rey, don Rodrigo, que no pueda volver á coger estribo y cabalgar en el Pegaso de la Fortuna? Acusado le tenemos de horrendos crímenes; pero de otros horrendos se le acusó, y le puso fuera de ellos una carta de liberacion de su magestad. Cierta es que entonces mandaba el duque de Lerma, y que ahora manda el de Uceda. Vamos claro, y no nos embrollemos. Pensemos en lo de hoy, que tiempo nos queda para pensar en lo de mañana. Si no complazco al duque de Uceda, espóngome á que el duque de Uceda se descomponga conmigo, y me descomponga de tal manera, que yo no pueda volver á componerme: que prendo á don Rodrigo, y el rey, que á pesar de todo le quiere, al verle en mal trance se ablanda de entrañas, le suelta y le dá lugar á que conspire, y dé al traste con el duque de Uceda, y vuelva al favor

de su magestad. Entonces don Rodrigo me pedirá cuentas de lo que ahora haga. Este es un verdadero compromiso; pero si no sirvo al duque de Uceda, tengo el apuro encima. Pues señor, viva quien puede. A don Rodrigo prendo, que un dia de vida es vida: aseguremos la prision y veamos si viene contraórden, de lo que mucho me alegraría.

Y tomando la pluma, escribió la siguiente carta:

«Señor marqués: hánme regalado las monjas Franciscas unas empanadillas y otras golosinas que yo sé son muy del gusto de usía, y me atrevo á molestar á usía con un convite para merendar esta tarde en mi huerto, donde podremos pasar un sabroso rato en compañía de ciertos amigos y damas, alguna de ellas muy del gusto de usía: y algo de fiesta tendremos, que no todo en este mundo han de ser penas y cuidados. Hónreme, pues, usía, aceptando mi convite, y me probará una vez más el buen afecto que me tiene. Dios guarde á usía.—De esta su casa á 20 de febrero de 1619.—Silvestre Ordoñez de Caparrosa.»

Cabalmente por la tarde, y á la hora en que debian estar merendando, debian cumplirse las ocho horas marcadas en la última carta de el duque de Uceda á don Silvestre para que prendiese á don Rodrigo, si no recibía orden en contrario.

Don Rodrigo aceptó, y se fué dos horas antes del oscurecer á la huerta, que junto al Pisuerga, y á poca distancia del Puente Largo tenia el oidor.

Este agarró á uno de los alcaldes subalternos, una especie de alcalde pedáneo, diligenciero, carne de cañon, por decirlo así, del género de los que se echaba mano para todas las prisiones peligrosas, un señor Bartolomé Tristan, capaz de prender al mismísimo demonio, y le dijo:

—Venga acá voacé; esta tarde á la entrada de la noche os ireis sobre mi huerta con un buen golpe de alguaciles, preparado y dispuesto para prenderme á mí si es necesario, y yo os diere órden para ello. Cuando llegueis, buscareis á mi mayordomo Beltran, y le preguntareis si tiene algo que daros. Si os responde que no, os volvereis con vuestros alguaciles, como si para nada hubiérais ido; pero si os dá un pliego, abridle, y ejecutad lo que en el pliego se os mande: id con Dios.

—Dios guarde á usía.

El alcalde se fué.

Don Rodrigo asistió muy engalanado al convite; pero se en-

contró con que no habia en la huerta nadie más que el oidor. Este en verdad habia convidado á algunos caballeros principales, y á algunas de las más hermosas damas de Valladolid, parientas suyas; pero para una hora posterior á la en que debia ser preso don Rodrigo.

Antes de que llegara esta hora, el oidor recibió un aviso del alcalde lego, en que le decia por medio de una sobrina suya, no muy mal encarada, que una pecadora anguila que habia comido se le habia indigestado, causándole una revolucion tal y un tal trastorno, que sintiéndose con fiebre, y no pudiendo humanamente tenerse de pié, le era imposible acudir á cumplimentar la órden que le habia dado; pero que le avisaba con tiempo, á su parecer, para que pudiese servirse de otro.

Parecióle al oidor que la enfermedad repentina del alcalde era un aviso que el cielo le daba para que anduviese con tiento en cuanto á la prision de un tan principal y poderoso caballero como el marqués de Siete Iglesias, aunque entonces estuviese caido; y acometióle tal incertidumbre, que aunque pasó la hora prefijada en la carta del duque de Uceda, y no vino aviso en contrario, y aunque en el bolsillo tenia la real órden para prenderle, no se atrevió á ello en todo el tiempo que duró la merienda, que bien fué cuatro horas.

Acudieron las damas y los caballeros: se representó de sobre mesa alguna relacion de comedia, se tañó, se cantó, se danzó y se enamoró, y á punto que daban las nueve de la noche, los convidados salian de la huerta del oidor, y las damas en sillas de mano, y los caballeros á pié sirviéndolas, y criados y pages alumbrando con hachones, fué cada cual á su casa, y don Rodrigo entró en la suya como á las diez de la noche algo caliente de la cena, y necesitado de descanso.

En cuanto se encontró libre don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, lióse en su capa de ronda, tomó hácia las Tenerías, y cerca de ellas se metió en una gran casa en la cual vivia el consejero de Castilla don Fernando Ramirez Fariña, grande amigo de don Silvestre, que se hallaba en Valladolid á causa de un pleito que tenia en aquella Chancillería.

Encontró á don Fernando á punto de meterse en la cama, y le dijo:

--Dispéñseme usía, señor don Fernando, que le retrase por esta noche el necesario descanso; pero asunto tan gravé me trae, que él mismo es mi mejor disculpa.

—No necesita usía, señor don Silvestre, disculparse conmigo de nada, que yo á cualquier hora, y con cualquier trabajo, soy muy contento de servirle.

—Pues oidme en confianza, amigo mio, dijo don Silvestre sentándose, y leyendo toda la correspondencia que del duque de Uceda tenia acerca de don Rodrigo, inclusa la real orden para prenderle; despues de lo cual le pidió consejo.

A ninguna parte peor para don Rodrigo podia haber llegado á pedir consejo don Silvestre.

Don Fernando Ramirez Fariña, á más de ser muy servidor del duque de Uceda, estaba muy resentido con don Rodrigo por ciertos antiguos desagrimientos que le habia tenido y por haberle negado algunas peticiones que el don Fernando habia creído justas.

—Permitidme, dijo á don Silvestre, os diga que este caso no es de consulta, sino de ejecucion; y puesto que el réy manda que se prenda al marqués de Siete Iglesias, préndale; y si vos teneis como decis con el marqués grandes obligaciones, aquí estoy yo que no las tengo, y que de buen grado os quitaré de encima ese compromiso; que con decir que vos estais enfermo, y con darme vos poder para que en vuestro nombre lleve á cumplimiento lo que manda su magestad, vos habeis cumplido en cierta manera con el marqués de Siete Iglesias, habeis obedecido á su magestad, y habeis servido al duque de Uceda.

Agarróse á este ofrecimiento don Silvestre, llamó á un escribano, otorgó poder á don Fernando para que cumplimentase cierta real orden que habia recibido de su magestad, y que él no podia cumplir por encontrarse enfermo; y así armado don Fernando, y con una ronda de veinte alguaciles de la Chancilleria, ocho de ellos á caballo y doce á pié, se fué á unas casas que junto á San Pablo tenia don Rodrigo, y á las que llegó á la una, y cercándola, se entró por ella y prendió á don Rodrigo, que estaba acostado, y bien ageno de aquella desgracia.

Una de las cosas que más en confianza tenia á don Rodrigo, fué que una señora llamada doña Maria Escobar, que estaba en reputacion de santa, y habiéndole preguntado qué haria para librar su persona del enojo del rey, si ausentarse, puesto que estaba en ocasion de ello, la doña Maria le contestó:

—No lo hagais, que mejor os salvareis esperando el fin.

Esta, que era una respuesta profunda, sonó al pié de la letra en los oidos de don Rodrigo, que no creyó que la doña Maria le habla-

ba de la salvacion del alma, sino de la del cuerpo; y alentado además por las buenas esperanzas que desde Madrid le habian dado el duque de Lerma y don Francisco de Contreras y su hija, esperó tranquilamente, sin excusarse de diversiones y de galas como ya hemos visto.

Asombróse, pues, el verse preso, y dijo:

—Cosa debe ser esta de mis enemigos, que no descansan; pero de poco fundamento, y yo espero que esto se deshará muy pronto, como la niebla al sol.

—Holgaréme de ello, dijo con sarcasmo don Fernando; pero mientras la niebla se deshace ó no, vistase usía y sigame para ponerle en seguridad.

—¿Cómo? ¿pues qué, dijo don Rodrigo, no es buena prision mi casa?

—Preparada tiene prision, usía, y tan buena que no habrá de quejarse.

—¿Pues y dónde es, amigo don Fernando? dijo con no menos sarcasmo que su interlocutor, don Rodrigo.

—En las casas del Cordon, que como usía sabe, son del marqués de Avila-Fuente.

Este marqués era uno de los mayores enemigos de Siete Iglesias. Descompúsose este un tanto, y dijo:

—¿Y es el marqués quien ha de guardarme? ¿no ha quedado su señoría más que para oficios de carcelero?

—Tan gran persona es usía, dijo creciendo en sarcasmo don Fernando, que en guardarle no se deshonraría nadie por alto que fuese; pero no ha de ser el guarda de usía el marqués de Avila-Fuente, que ya está prevenida persona de calidad que le guarde.

—¿Y quién? dijo don Rodrigo con la voz siempre alterada por la cólera, temiendo no le soltase el nombre de otro enemigo.

—Don Francisco de Tracaban, del hábito de Santiago, contestó don Fernando.

No se habia engañado Calderon: don Francisco de Tracaban era otro grande enemigo suyo.

Don Rodrigo se doblegó como no podia menos de hacerlo á la situacion, sin pensar en inútiles resistencias, y despidiéndose de su mujer y de sus hijos, salió con don Francisco, y al verse en la calle rodeado de tanto ministro de justicia, exclamó:

—¿A qué es este tumulto de gente? ¿Piensa usía, señor don Fernando, que yo he de volverme aire y escaparme?

—Cuando se trata de personas tales como usía, una grande guardia es una honra y una atencion necesaria.

Callóse don Rodrigo, y siguió adelante rebozado en su capa, porque hacia frio y la niebla era muy espesa y mojaba.

A las dos quedaba asegurado don Rodrigo en la casa del Cordon con guardas de vista, y bajo el cuidado de don Francisco de Tracaban, que tenia á sus órdenes algunos alguaciles y algunos soldados.

Estos se habian quitado los talabartes, y lucian sus corazas y sus brazales, limpios como la plata.

—¿A qué vendrá esa tropa tan galana? decian.

—Es de la guardia del rey nuestro señor, contestaba alguno que habia estado en Madrid.

Y cundiendo esta noticia, corrió la voz por Valladolid de que el rey iba á pasar en la ciudad alguna temporada; cosa que alegró á todos, porque Valladolid no habia perdido aun sus humos de corte.

Don Guillen se fué á parar á la posada Honda, que está en la Carrera de San Francisco, la que tomó toda para sí y para su gente, haciendo de ella cuartel y pagando de su bolsillo el buen tratamiento que mandó se diese á sus soldados.

Don Guillen, que ya se habia acreditado como valiente y diestro, con este rasgo se acreditó de rico y de generoso.

En cuanto llegó, y sin tomar descanso, se fué á ver á don Silvestre Ordoñez de Caparrosa, á quien encontró muy cansado.

Habia ido recogiendo de los conventos y casas donde estaban escondidas las grandes riquezas de don Rodrigo, y que él conocia, porque habia mantenido un hábil y activo espionaje.

Don Guillen no le dijo por el momento que llevaba la orden de que se le entregase don Rodrigo, sino que le preguntó por un cierto don Cristóbal de Mendavia, del hábito de Santiago, teniente de la compañía tudesca, que hacia algunos dias andaba por Valladolid, rogándole le perdonase por haberle buscado para esto.

Extrañó don Silvestre el que para hacerle tal pregunta le hubiese buscado á él, y no á otro, aquel gallardo oficial de la guardia del rey; pero sin mostrarse descontento, respondió:

—Ese caballero vive junto á San Benito, en las casas que son del conde de Atapuerca; pero si quereis encontrarle, idos al Campo Grande, donde á estas horas se entretiene en las palestrillas, haciendo apuestas, porque es un tan grande esgrimador que tiene aquí maravillado á todo el mundo.

—Muchas gracias, don Silvestre, contestó don Guillen; y no

extrañeis el que haya buscado á usía y no á otro, porque para usía traigo cierto encargo de que más adelante le daré conocimiento: entretanto, ya sé, porque todos lo dicen, que anoche fué preso el marqués de Siete Iglesias, por lo cual nada os he preguntado acerca de esto.

Extrañó tambien esta salida don Silvestre; pero sin decir nada de su extrañeza á don Guillen, le ofreció su casa, y despues de mútuos y corteses saludos, don Guillen salió y espoleó su caballo para llegar al Campo Grande antes de que cayese la tarde.

Encontró á Mendavia en una palestrilla, enredado con un maestro que no lo hacia del todo mal; pero que causó lástima á don Guillen, comparándole consigo mismo.

Sin embargo, Mendavia no se averiguaba con el tal maestro: habia ya recibido cinco botonazos, se habia descompuesto, y los hombres de esgrima que estaban al rededor, empezaban á reirse de él.

—Diablo, dijo para sí don Guillen que permanecia á caballo viendo el lance por encima de las cabezas de la multitud que rodeaba la palestrilla; esto es grave: este miserable es hombre muerto en cuanto yo me ponga delante de él, lo que quiere decir que no será duelo, sino asesinato. ¿Quién habla de asesinato, añadió don Guillen reponiéndose, cuando se trata de un infame tal, que merece no una sino mil muertes? Para que nada digan, ya haré yo de modo que los testigos crean y aun él mismo que me lleva ventaja, y que, si le mato, ha sido por casualidad. Empecemos por dejarnos pegar en público: bueno es cubrir la honra para servir á la justicia.

Y echando pié á tierra, y encomendando su caballo á un pelon que allí se encontraba, pidió licencia para que le dejasen pasar, porque habiéndose ya dado por vencido el que con el maestro esgrimia, deseaba él hacer una apuesta.

Hiciéronle calle, y entró en la palestrilla.

—Guardeos Dios, dijo afablemente á Mendavia. Y le dió un abrazo.

—¡Ah, hijo mío! exclamó palideciendo Mendavia, pero procurando disimular: ¿á qué habeis venido aquí?

—Vengo por vos y para buenas intos; pero ya hablaremos de eso: dejadme ahora que yo ajuste una apuesta con el maestro: al ver que habeis salido con él mal parado, me han entrado ganas de vengaros.

Entróle una especie de desazon al maestro al ver que queria entablar con él una apuesta un tan bizarro oficial que llevaba sobre su

coraza la insignia de Santiago, y que tenia cara de sereno, valiente y listo.

—Necesario ha sido, dijo Mendavia, que yo estuviese enfermo para que sucediese lo que habeis visto; pero en fin, dias trae el año, y lo que he perdido hoy, lo cobraré con creces mañana.

—Pues traiga dinero usía, dijo el maestro haciendo contrastar el respeto que representaba el tratamiento, con la grosera ironia de sus palabras; y traiga mucho, que hace tiempo ando yo con ansias de ser rico.

—¡Bah! pues yo os juego, dijo don Guillen, veinte y cinco doblones de á ocho á cinco botonazos.

—No tengo yo alientos para tanto oro, dijo el maestro, ni apuesto con quien no conozco, porque no me gusta andar á ciegas.

—Pues conozcámonos, dijo don Guillen.

Y tomando del suelo una espada, se puso tan mal en guardia, que el maestro le dijo:

—No van los veinte y cinco doblones, porque no quiero robar á usía; pero vayan cuatro, á fin de que á usía le cueste el dinero, el atrevimiento de ponerse delante de Gasparon Periañez.

—Pues vayan ocho, que quiero que me cueste más caro, contestó don Guillen.

Y tiró al suelo uno tras otro ocho brillantes doblones.

—No tengo aquí tanto, dijo el maestro; pero aquí hay mucha gente que me conoce, y que saben que soy honrado, y si por milagro pierdo, yo pagaré.

—Basta con la palabra, dijo don Guillen, que me pareceis buen hombre, y abreviemos: tomad la guardia, tengo que hacer, y quiero acabar pronto.

—Pues tan pronto vamos á acabar, dijo el maestro, que ni visto ni oído.

Y uno tras otro le puso cinco botonazos.

Nunca habia sido tan diestro don Guillen ni tan valiente: tan diestro, porque le habia costado más trabajo dejarse tocar, sin que se conociera, que lo que le hubiera costado volver loco abotonándole y acuchillándole al señor Gaspar Periañez; y más valiente que nunca, porque sufrió resignadamente la risa de los circunstantes.

—No desespere usía, caballero, dijo con tono fisgon el maestro; que para los años que tiene no lo hace del todo mal, y con el tiempo y aplicándose puede ser que lo haga bien.

Y recogia entretanto con una gran fruicion los ocho doblones

—¡Diablo! decía Mendavia: ¡y qué le haya yo tenido miedo á este!

—Vámonos, dijo don Guillen fuertemente contrariado, casi avergonzado del sacrificio que habia hecho, y por prudencia, porque le estaban dando grandes tentaciones de poner negro de una paliza al descortés Gasparon.

—¿Y habeis venido á caballo, hijo mio? dijo Mendavia cuando estuvieron fuera de la palestrilla.

—Si señor, contestó don Guillen: por lo mismo me voy delante á esperaros, y á prevenir algo con que regalaros á la posada Honda, donde paro; ya sabeis, en la Carrera de San Francisco.

—Si, sí, ya sé: id delante y esperadme, que no tardo.

—¡Pues buenos alféreces tiene en su guardia el rey, nuestro señor! dijo un amigote del maestro.

—No tienen más que facha, ni saben más que echar plantas, respondió este.

—Pues mira, Gasparon, cuando yo le vi, me pareció que el tal mozo no cabia en el Campo Grande.

—Y á mi, cuando agarró la espada del suelo, se me figuró que era mucho hombre; pero ¡bah! figuraciones; ya has visto, apariencias; como traen esas corazas y esas plumas y esas galas, y andan y resuellan á lo bravo... ¡bah! pero que me echen á mi de estos á cientos, y que traigan bien llena la bolsa.

Y á este tenor se quedaron hablando mientras Guillen picaba hácia la posada, y Mendavia iba camino de ella.

Poco despues de haber llegado don Guillen, llegó Mendavia.

Iba confiado, más que en el afecto del jóven, con el cual no podia contar, en lo que le parecia el jóven de débil, espada en mano, á juzgar por lo que le habia sucedido con Gasparon.

—Si lo toma á mal y quiere disgusto, habia ido diciéndose Mendavia por el camino, peor para él; porque yo me averiguaba mejor que él se averiguó con el de la palestrilla: en fin, es muy posible que no haya necesidad de ello.

Pero cuando vió en el cuarto de la posada, donde le esperaba don Guillen, que nada habia prevenido más que papel y tintero sobre una mesa, se puso un poco sério.

—Sentaos, don Cristóbal, le dijo don Guillen.

Mendavia se sentó.

—¿Por qué no me llamais ya padre? le dijo.

Don Guillen fué á la puerta y la cerró.

Después sacó de una cartera de seda, según se usaban entonces, un papel que entregó á Mendavia.

—Leed, le dijo:

Era la minuta que ya conocemos de la declaración que Mendavia debía otorgar, acerca del origen de Inés.

—No, no, y cien veces no, dijo Mendavia devolviéndole el papel á don Guillen.

—¿No? dijo don Guillen; pues en ese caso leed este otro papel. Y le enseñó una real orden que llevaba para prenderle.

—¡Ah! dijo Mendavia: ¿con que esas tenemos? ¿con que sois mi enemigo?

—No, ciertamente, dijo don Guillen, sino muy vuestro amigo, puesto que Inés os ama.

—¿Que me ama Inés?

—¡Ya lo creo! pues qué, ¿no la habeis criado? ¿no os ha tenido por su padre hasta hace algunos dias? ¿cómo ha de haber dejado de amaros en tan poco tiempo? sobre todo, ¿cómo no ha de amaros si vos la amais hasta el punto de haberla ocultado al duque de Lerma por temor de que este la revelase el secreto de su nacimiento?

—¿Y quién la ha revelado ese secreto?

—Lo descubrió don Rodrigo Calderon: supolo el duque de Uceda, y por él el de Lerma. Cuando nos casamos, ya sabiamos Inés y yo, de quién era hija.

—¡Ah! ¿por eso el rey fué el padrino de vuestras bodas, y madrina la condesa de Lemus?

—Cabalmente, contestó don Guillen.

—¿Y decis que Inés sabe que es hija del duque de Lerma?

—Sí por cierto.

—¿Y por qué entonces ha seguido llamándome su padre?

—Por afecto; y os lo seguirá llamando siempre, porque os ama, no lo dudeis.

A don Guillen le costaba tanto trabajo mentir como el esgrimir mal; pero mentía á la perfeccion; lo que quiere decir, que habia nacido con muy buenas disposiciones para la diplomacia.

Mendavia se tragó el anzuelo.

El niño engañaba al truan viejo, ejercitado en todas las escuelas de pícaros.

Y es que estos bribones conocen muchas bribonadas y muchas artes; pero no tienen talento: son una especie de académicos de la truanería sin crítica, sin discernimiento.

—Bien, de ese modo, dijo Mendavia, la cuestion varia: si yo no pierdo el afecto de Inés, si Inés continúa amándome como yo la amo, estoy contento. ¡Oh! no sabeis cuánto amo yo á mi hija. Permitidme que siga llamándola así, porque no puedo llamarla de otra manera. ¡Oh! no sabeis con cuánto pesar he salido yo de Madrid; porque me lo mandaron, don Guillen; porque como soldado no podia menos de obedecer á mi capitan, y no menos que á un capitan general (1) que es no menos que duque de Uceda, no menos que secretario de Estado y del Despacho Universal, no menos que el gran señor que todo lo puede hoy en España; ¿qué habia de hacer? A más de eso, vine á Valladolid como preso, guardado por mi compañero don Juan de Alvareda, que es un excelente mozo, y un bravo soldado, que me ha tratado muy bien; pero que no me hubiera dejado escapar, á no ser que rebelándome yo contra el rey, me hubiera dado con él de estocadas, y me hubiera escapado matándole. Eso hubiera sido una locura y una injusticia, porque hubiera sido hacer pagar á Alvareda una culpa que no era suya, como no es vuestra la culpa ó no lo seria si yo me negase á firmar esa declaracion que se me pide, y pretendiese librarme, matándoos, de la prision que os han ordenado. No se trata de eso: yo no puedo dar un dia de luto á mi Inés, que os ama demasiado; digo, que os ama tanto como mereceis; porque francamente, don Guillen, aunque teneis muy buena sangre, sois más estudiante que soldado, y seria un asesinato, un duelo entre vos, que aun no habeis cursado las armas, y yo que he reñido tres campañas, y tengo sobre mí más heridas que años de servicio al rey.

—Gracias, don Cristóbal, dijo sencillamente don Guillen; verdad es que en las armas soy novicio; pero yo procuraré hacer lo que es necesario para llevar con honra la bandera de la compañía.

—Yo os tomo por mi cuenta: no hagais juicio de mí por lo que habeis visto en el Campo Grande; estoy hoy pesado, malo; lo estoy desde que salí de Madrid; por Inés todo: lo que os he dicho anteriormente ha sido á propósito de Inés; porque yo no podia salir de Madrid tranquilo habiéndome robado en mi mismo dormitorio á mi hija, ignorando lo que habia sido de ella, asustado; porque yo no me engaño, estoy seguro de que quien me la robó fué esa infame marquesa de la Fávara: ya se ve, aquel casaron tan destartalado al

---

(1) Los capitanes de las cuatro compañías españolas, italiana, flamenca y alemana ó tudesca de la guardia del rey, eran generalmente altos personajes, y estaban considerados como capitanes generales.

que se puede entrar por la tapia del jardin... ¡Ah! yo le juro á la marquesa de la Fávara que me las ha de pagar; pero en fin, ya sé, porque de allá me han escrito, que Inés pareció al día siguiente sin que le hubiese sucedido ninguna desgracia.

—Gracias al duque de Uceda, dijo don Guillen.

—¡Oh! ¿y qué menos habia de hacer el duque de Uceda siendo hermano de Inés, y secretario del Despacho Universal? En fin, me alegro de que todo haya sucedido bien, y estoy dispuesto á firmar esa declaracion. Dadme ese papel, don Guillen.

—Esperad; lo que habeis leído no es más que una minuta: cuando llegué, despues de haberos encontrado mandé que buscasen un escribano y ya debe haber venido. Esperad; voy á informarme.

Y don Guillen abrió la puerta, y llamó al bachiller Algarroba, que se presentó al momento.

—¿Ha venido ya el escribano? le preguntó.

—Sí, hombre, sí, dijo Algarroba; despáchalo pronto: es un viejo ridículo que me está quemando la sangre, porque se le hace esperar, y si no me le quitas de encima, será cosa de que, para librarme de él, le tire yo por una ventana.

—¿Estás loco, Algarroba? ¡tirar por una ventana á un hombre de justicia! ¡Buena la haríamos! Que entre, que entre. En seguida vete á buscar á tu amigo el sargento Pereda, y entra con él.

Poco despues un hombre alto, seco, cano, cari-largo, de mirada recelosa é inquieta, que tenia algo de la expresion de la mirada de la zorra, avellanado y amarillo, entró y saludó servilmente á los dos militares.

La gente de pluma ha sido siempre muy cortés con la gente de espada, no sabemos si por miedo ó por respeto.

—Se os llama para que tomeis una declaracion y libreis testimonio de ella, le dijo don Guillen.

—Si es declaracion criminal no puedo yo tomarla, dijo el escribano, sino por auto de un señor alcalde de Casa y Corte, y con nombramiento expreso para ello.

—Es un asunto de familia, dijo don Guillen.

—¡Ah! eso es distinto.

—Aquí teneis la minuta, añadió el jóven; hacedme la merced de ponerla en forma.

El escribano plumeó de largo, y á poco estuvo extendida la declaracion en un pliego de papel sellado.

Mientras la escribía entraron el bachiller y el sargento Pereda, cuyos nombres como testigos tomó el escribano.

—Hacedme la merced de leer, dijo don Guillen.

El escribano leyó.

Firmó Medavia, firmaron los testigos, libró testimonio el escribano, sacó una copia, y llevándose el documento original, y sus honorarios, se despidió y salió.

Los testigos salieron también.

Empezaba á oscurecer.

—No pido luz, dijo don Guillen, porque vamos á dar un paseo.

—¡Ah! ya; quereis que nos divirtamos un poco, ¿no es verdad? dijo Mendavia harto ageno de la intencion de don Guillen.

—Sí; vamos á divertirnos, dijo don Guillen; y como las diversiones son tanto mayores, cuanta más y mejor gente asiste á ellas, llevaremos con nosotros al sargento Pereda, y alguno que otro soldado de la compañía. Ya sabeis que todos son hidalgos, y bien criados, y que se puede estar mano á mano con ellos.

—¡Ah! es mucha compañía la compañía tudésca, dijo Mendavia.

—Sargento Pereda, dijo don Guillen desde la puerta.

—¿Qué me manda usía? contestó Pereda entrando en la habitacion contigua á aquella á cuya puerta estaba don Guillen.

—Amigo mio, le dijo éste; buscad tres de los mejores soldados que aquí tenemos, y venios con ellos: nos acompañará don Cristóbal y pasaremos un buen rato.

Algunos minutos despues, cinco hombres con sombreros grises, con plumas negras y rojas, con tabardos rojos, con botas de gamuza, con sonoras espuelas, atravesaban las estrechas calles de Valladolid, envueltos en la neutra luz del crepúsculo.

Aquellos hombres iban en silencio.

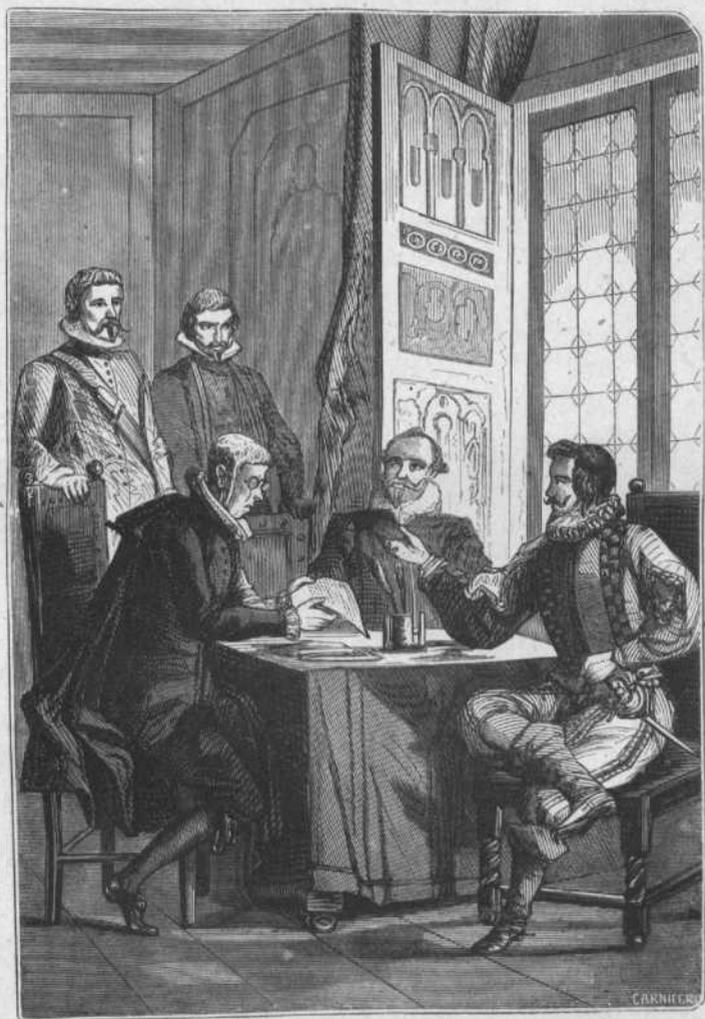
Don Guillen marchaba á la cabeza rápidamente.

Antes de un cuarto de hora, tan de prisa iban, llegaron al paseo de las Moreras, y despues á las solitarias tapias del Verdugo.

Allí, junto á un nicho en que habia un Ecce-Homo, alumbrado por un farol, porque habia cerrado la noche, se detuvo don Guillen.

—¿Y es aquí donde vamos á divertirnos? dijo Mendavia que hasta entonces no habia podido hacer otra cosa que seguir el rápido paso del jóven.

—Vengo á mataros, contestó con su eterna calma don Guillen.



Hacedme la merced de leer, —dijo Don Guillen.



—¡Eh! ¿qué decis? contestó con acento bravucon, Mendavia; vos os chanceáis.

—Pues tomad en muestra de chanza, le dijo don Guillen dándole una bofetada, porque queria ahorrar palabras.

—¡Ah! exclamó rugiendo de cólera Mendavia y echando mano á la espada: necesito toda tu sangre para lavar tal afrenta.

—Poco á poco, dijo el sargento Pereda interviniendo; despues de lo que ha sucedido no hay más remedio sino que se quede aquí un hombre; pero esto es necesario hacerlo en regla; no hay que apresurarse: yo digo esto, porque delante de mi ha sido el lance, y delante de estos tres hidalgos; y porque habiendo aquí cuatro hombres buenos, están cabales los padrinos. Con que dos para cada uno: yo creo que Mendez y Salvatierra os vendrán muy bien, don Cristóbal, porque saben su obligacion, y Sanchez y yo nos arrimaremos al alférez.

—En buen hora, dijo Mendavia; pero pronto.

—No hay que preguntar por qué es este duelo, dijo el sargento Pereda, porque con la bofetada que habeis recibido hay causa bastante: con que espada en mano, señores, y á la buena de Dios.

Mendavia habia ya tirado de la espada.

Don Guillen tiró tranquilamente de ella.

Los padrinos los pusieron á distancia, partiéndoles la luz del Ecce-Homo: ocuparon sus puestos y dieron la señal.

Mendavia, que estaba irritado, y que se creia muy superior á don Guillen, le acometió de una manera brusca.

Don Guillen paró sin contestar.

Mendavia se rehizo, y volvió á acometer.

Don Guillen volvió á parar, y tampoco contestó.

Siguieron batiéndose, y reduciéndose don Guillen á defenderse.

—Pues no sé, no sé, dijo Pereda á Sanchez en voz baja, cómo el alférez ha podido desarmar á Alejo de Arteaza; con la espada en la mano es muy flojo: Dios quiera que no le mate el otro, que es muy bravo.

Guillen se fatigaba procurando hacer aparecer una igualdad que no existia entre él y Mendavia.

Al fin, como era necesario concluir, don Guillen se tendió en guardia, y Mendavia que venia descompuesto, se clavó en la espada de don Guillen.

Dió un grito, y cayó de espaldas.

—Esto es lo que se llama matarse á sí mismo, dijo Pereda.

—¿Pero está muerto? exclamó el otro.

Se acercaron, reconocieron á Mendavia, y le encontraron espirante, arrojando á borbotones sangre por la boca.

—Amigos míos, dijo don Guillen; acabo de hacer una gran justicia: creedme por mi honor: he librado además á la compañía de un mal sugeto; dejadle ahí, que ya le recojerán.

Todos se pusieron en marcha, dejando solo el cadáver de Mendavia.

Con el mismo silencio con que habian llegado desde la posada á las tapias del Verdugo, llegaron desde estas á la posada.

Al entrar en ella, dijo don Guillen á Pereda:

—Mandad ensillar; si no están todos los soldados en la posada, que toquen llamada: para cuando vuelva que todo esté dispuesto para marchar.

Y se alejó.

—¿Qué os parece de lo que ha sucedido? dijo el sargento Pereda á los otros. ¿Si habrá venido á Valladolid el alférez tan solo á matar al teniente?

—Pues no, dijo Sanchez; si se descuida, el teniente le envia al otro lado.

—Yo no sé, yo no sé, dijo Salvatierra, cómo el alférez ha podido, como nos han dicho, jugar con Alejo de Arteaza.

—Aquello debió ser una casualidad, dijo Mendez; cualquiera de nosotros hubiéramos matado á cualquiera de ellos.

—Pues sea como fuere, dijo Pereda, silencio: el muerto no ha de hablar: nadie ha visto el lance: con que así, no demos lugar por habladores á que nos echen encima las pragmáticas.

—A ver, trompeta, salte á la calle y échanos una llamada de las buenas, con aquellos gorgoritos que tú sabes y con todas aquellas cosas, ¿entiendes? que conozcan en Valladolid que la tropa que está aquí es de la guardia tudesca.

—Descuide vuestra merced, señor sargento Pereda, que en media hora no me quito yo el clarín de la boca, y no va á quedar ventana en la plaza á la que no se asome gente. ¡Y vaya si hay una crujía de plaza aquí en Valladolid! ¡pues eche usted, y se puede dar una batalla en ella!

A poco los vecinos escuchaban gratamente una magnífica llamada de ginetes.

Cumpliendo su palabra, la prolongó tanto el trompeta, que aun duraba, cuando á pesar de la distancia, entraba don Guillen en la

casa del Gorden, que está junto á Nuestra Señora de la Antigua, donde don Francisco de Tracaban, del hábito de Santiago, tenia preso en una muy buena cámara, y con guardas de vista, á don Rodrigo.

—Caballero, dijo don Guillen á don Francisco de Tracaban; entérese usía de esta real órden de su majestad el rey nuestro señor.

Don Francisco leyó la órden, y dijo:

—Aquí se me manda entregar á don Guillen de Vargas Machuca, alférez de la compañía tudesca de la guardia del rey nuestro señor, la persona del marqués de Siete Iglesias.

—Así es, caballero.

—Y bien, no se ofenda usía por lo que voy á decirle; ¿es usía en efecto el don Guillen de Vargas Machuca que reza en la real órden?

—Sí, caballero, sí, vuestro servidor.

—¿Teneis quien os conozca en Valladolid?

—Sí por cierto; y una persona muy recomendable, y muy alta: el oidor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa.

—¡Ah! bien; no extrañeis tampoco, el que para una entrega tan importante como la del señor marqués de Siete Iglesias, haga yo venir al señor don Silvestre.

—Estais en vuestro derecho, y en vuestra obligacion: yo haria lo mismo que vos haceis. ¿Entretanto será posible que yo entre donde se encuentra el marqués de Siete Iglesias?

—No, caballero; mientras yo le guarde no hablará con nadie, porque así se me ha encomendado.

—Bien, cumplis con vuestro deber.

—Muy á mi pesar, dijo Tracaban, pero permitidme; voy á enviar á un alguacil en busca de don Silvestre.

Salió Tracaban, y volvió á poco.

—Don Silvestre vive muy cerca, dijo; y no tardará en venir. ¿Y qué se dice por la córte, caballero? porque supongo que vendreis de allá.

—De allá vengo, y nada nuevo ocurre, como no sea que el cardenal duque de Lerma ha sido desterrado.

—¡Qué desgracia! ¡qué caída! ¡tantos años al lado de su majestad, deshacerse en humo! ¡quién ambiciona las grandezas humanas!

—Teneis razon, dijo don Guillen; los reyes en su gran sabiduría hacen y deshacen, y tal que el que ayer estaba en los cuernos de la luna, estará mañana en lo profundo del abismo. Por eso es el más feliz aquel que es ménos ambicioso.

—Harto cara cuesta su ambicion al marqués de Siete Iglesias, dijo Tracaban. ¿Y á dónde le llevais, si puede saberse?

—Al castillo de Montanches, donde pienso llegar pasado mañana.

—Castillo mal seguro, segun noticias que tengo: os aseguro que si podeis excusaros de guardar allí al noble prisionero, os excuseis. Paréceme que al duque de Uceda se le hace ágrío seguir el proceso de don Rodrigo, y desea se le escape. Me librais de un gran sobresalto llevándoos al marqués; porque esta casa no es muy segura, ni cuando se trata de un señor tan rico, como el marqués, se puede fiar mucho en la lealtad de los guardas de vista. Pero alguien se acerca. Veamos si es el señor don Silvestre, aunque muy pronto viene.

Entró á poco el oidor.

—¿Habeis recibido un recado mio, don Silvestre? le dijo Tracaban.

—No, vengo de la salve de los Benitos. Pero ¿á qué propósito me habeis enviado recado?

—¿Conoceis á este caballero?

—Sí por cierto; este caballero es don Guillen de Vargas Machuca, grande amigo, y aun algo pariente del señor duque de Uceda, que me lo ha recomendado.

—¡Ah! yo ignoraba que fuéseis deudo de su excelencia, dijo Tracaban, tratando con mucho más miramiento á don Guillen; en ese caso nada hay que decir. Hacedme la merced de darme recibo de la persona del señor marqués de Siete Iglesias, á fin de que yo pueda responder en todo tiempo.

—Por supuesto, dijo don Guillen escribiendo un recibo en forma, y entregándolo á Tracaban.

—Esta es la llave de aquella cámara, dijo Tracaban señalando una puerta, en la cual está encerrado don Rodrigo. Hacedme la merced de venir, á fin de que os dé á conocer á los alguaciles que le guardan, para evitar dificultades.

Y se dirigió á la puerta.

—Adios, don Silvestre, dijo don Guillen dando la mano al oidor; me despido de vos, porque no sé cuánto tiempo me entretendré con el marqués.

—¿Pero no nos volveremos á ver? dijo el oidor.

—¡Quién sabe! es muy posible que esta misma noche parta yo con el preso.

—Pues si no nos vemos, señor don Guillen, tenedme por muy vuestro amigo, y ofreced mis respetos al señor duque de Uceda.

—Adios, don Silvestre, y para todo lo que os pareciere bien, contad conmigo.

Y despues de un fuerte estrechon de manos, don Guillen se fué hácia don Francisco de Tracaban, que estaba en la puerta con la llave puesta en la cerradura.

Al llegar don Guillen, abrió y le invitó á que pasase.

Despues entró tras él, y cerró por dentro la puerta.

—Bien me guardais, amigo Tracaban, dijo don Rodrigo adelantando desde el fondo de la cámara: pero ¿qué es esto? ¿soldados de la guardia del rey? ¿no se fian ya de los alguaciles, ó me hacen la merced de darme guardia de persona real? Pero ¡ah! ¡sois vos, vos don Guillen, mi querido amigo! ¿quién os envia?

—El duque de Uceda, don Rodrigo, exclamó don Guillen, dándole la mano.

—Al fin y á la postre, aunque me alegro de veros, siento que os hayan enviado, porque una vez en mi vida tengo que agradecer un favor á Uceda.

—Este caballero, señor marqués, dijo Tracaban, viene á quitarme, con mucho contento mio, porque me pesaba de ello, el oficio de guardaros.

—Muy compasivo anda usía, dijo don Rodrigo siempre soberbio, y siempre punzante. Y ved ahí, que yo he nacido para equivocarme: resulta, que cuando yo habia creído haber servido lealmente á su magestad, su magestad me prende como traidor; y que vos, que no sé por qué sois mi enemigo, sentís verme preso. ¡Cosas de mi ceguedad! Quedo enterado, don Francisco de Tracaban, de que ya no me guarda usía, sino mi buen amigo don Guillen de Vargas Machuca, de lo que me alegro mucho. Y si teneis que hacer, no dejéis de hacerlo por darnos compañía, porque me causaria sentimiento el que os perjudicárais por cortés.

—Dios guarde á usía, contestó secamente Tracaban.

Y volviéndose á los alguaciles, que eran dos, y estaban tiesos y sombrero en mano, pegados á un ángulo de la cámara, les dijo:

—Ese caballero, alférez de la guardia de su magestad, se queda custodiando á su señoría: á él y no á otro debeis obedecer.

Y abriendo la puerta, y dejando en ella la llave por la parte de adentro, salió, y atravesó la otra cámara para salir de ella sin reparar en el oidor.

—¿Qué os ha pasado ahí dentro que á lo que parece habeis perdido la vista? dijo don Silvestre.

—Os aconsejo que como yo me voy á mi casa, os vayais vos á la vuestra, y os prepareis para lo que pueda tronar.

—¿Qué decís, don Francisco? exclamó alarmado el oidor.

—Digoos, don Silvestre, que estos señores son como los lobos; no se muerden los unos á los otros, y hacen pedazos al que se mete en medio.

—¿Pero qué ha sucedido? exclamó acreciendo en susto don Silvestre.

—Que don Rodrigo se ha alegrado mucho de ser guardado por ese alferez: le ha dado la mano, le ha llamado su amigo, y me ha echado con cajas destempladas.

—¿Y no es más que eso? dijo respirando al fin don Silvestre.

—¿Y que más quereis que sea?

—Que no seais niño, don Francisco: el marqués ha llamado su amigo al alferez y os ha echado de mala manera, solo por plantaros un rejonazo: ¿no sabeis que la soberbia es el gran pecado de don Rodrigo? Pero puesto que os ha tratado mal, vóime yo, porque no me trate peor. Sin embargo, no querais estar vos en el cuerpo de don Rodrigo.

Y los dos amigos salieron.

Entre tanto don Rodrigo y don Guillen habian cambiado afectuosísimos saludos.

Despues de esto don Guillen dijo á los alguaciles:

—Salid fuera.

Los alguaciles salieron.

Don Guillen cerró la puerta.

—Cierro, dijo don Guillen volviendo junto á Calderon, no por guardaros, sino porque no nos oigan: tenemos que hablar de cosas muy graves.

—Así lo he creido desde que os he visto, dijo don Rodrigo; porque solo por un gravísimo motivo podia haberos dado el duque el disgusto de guardarme.

—Teneis razon, señor marqués; para mí es un pesar intolerable el teneros preso; porque soy bien nacido, y no puedo negar deudas de mi agradecimiento; os debo mi amor, mi vida, mi Inés...

—Mi hermana, dijo don Rodrigo; tratadme como hermano, puesto que nadie nos escucha, y decidme, que estoy ansioso.

—Empezad por tranquilizaros.

—¿Que me tranquilice decís, cuando me veo preso, infamado por acusaciones horrendas, entregado á la burla y á la venganza de mis enemigos? ¡Oh! no sabéis cuánto se me ha hecho sufrir desde anoche que se me prendió. Ese miserable don Francisco de Tracaban... el otro traidor don Silvestre Ordoñez de Caparrosa... ¡infames, que me deben lo que son, y que se vuelven contra mí porque no les he dado todo lo que querían, y me muerden como viles zorros cobardes cuando me ven sin poder, caído, acusado, amenazado, y se vuelven al sol que más calienta!

—Así son todos esos viles instrumentos de la corte, hermano; no conocen más Dios, ni más fê, ni más amigo, que el oro y las dignidades; el que más les dá, aquel dispone de ellos. ¿Cómo ignorais esto, siendo vos tan viejo en los negocios, habiéndoos valido de gentes que habian hecho traicion á otros para serviros? El que se sirve de un traidor, quèjese solo á su imprudencia, cuando el traidor se vuelva contra él.

—¿Y dónde están en la corte los leales? dijo sonriendo con sarcasmo don Rodrigo. Pero dejemos esto, que es ya cosa vieja y sabida: decidme, ¿por qué debo tranquilizarme?

—Porque me veis aquí.

—No os comprendo; explicaos.

—Yo me hubiera excusado á todo mi poder, y á costa de cualquier sacrificio, de vuestra guarda, si el duque de Uceda no me hubiera dicho:

—Nadie mejor que vos, que sois de nuestra familia, ignorándolo todo el mundo, puede ir á guardar á don Rodrigo: á nadie como á vos podria yo encargarle le dijese que no tema por su vida, que yo no seré un nuevo Cain, que mientras yo tenga el Despacho Universal del rey nuestro señor, ningun peligro corre.

—¿Y quién ha dicho á Uceda que no yo preso y caído, sino él libre y poderoso, es quien está en peligro?

—Francamente, hermano: ¿confiais en que vuestro padre vuelva á la gracia del rey?

—Motivos tengo para esperarlo.

—Vuestro padre ha sido desterrado: doña Ana de Contreras y la marquesa de la Fávara están presas: todo se ha deshecho, todo; no os queda más esperanza que la conciencia del duque de Uceda.

Don Rodrigo se desplomó y se puso pálido.

—Entonces el patibulo, dijo.

—No: el duque de Uceda os salvará; yo os lo aseguro, me hablaba de buena fé.

—¿Y quién salvará al duque de Uceda? exclamó con desesperacion don Rodrigo: ha sido demasiado impaciente: el rey se vá, se vá por la posta, está muy enfermo, yo os lo aseguro, un dia se lo encuentran muerto como un pajarito: Olivares crece á la sombra del príncipe, y Olivares es un infame: cuando el príncipe sea rey, tal vez mañana, cuando menos se piense, ¡ay de la familia de Lerma!

—El duque no tiene ódios contra sí, ni tan de repente se le ha de caer el poder de las manos que no pueda salvaros.

—¡Oh, cuánto se conoce que sois jóven é inexperto! cuando un ministro cae es tan duro el golpe, que le aturde y en nada piensa, en nada, ni aun en sí mismo: no, no sabeis esto, no lo habeis probado: verse amenazado un momento despues de encontrarse amenazando; tener tanto miedo por sí como otros le han tenido por él; estar viendo el sol y de repente encontrarse en tinieblas; ensangrentarse los pies y las manos procurando inútilmente salir de un abismo insuperable; escuchar la alegría horrible de nuestros enemigos; sentir sus manos en nuestro rostro y no poder despedazarlos; serlo todo y convertirse en nada; sentir los pasos del verdugo que se acerca; pasar las noches en vela y los dias tristes y sin luz viendo entre las sombras espectros sangrientos que se os rien... no, no, vos no sabeis eso: vos no sabeis lo que es la soberbia humillada, la esperanza perdida, la miseria tras la grandeza, el frio terror á la muerte; sentir asidos á nuestras rodillas, asida á nuestra garganta á nuestros hijos y á nuestra esposa que lloran, porque van á quedar huérfanos, viuda, infamados, pobres, desventurados: escuchar en medio de todo esto la inexorable voz de nuestra conciencia, la voz de Dios entre las tinieblas tronando en nuestros oidos como tronó en los de Satanás precipitado en el caos... ¡ah! no, no lo sabeis, no conoceis hasta dónde pueden llegar la amargura, la desesperacion y la rabia.

Y don Rodrigo rompió á llorar como una mujer.

Don Guillen se estremeció de los pies á la cabeza, se le heló el corazon, y no se le ocurrió nada que decir.

—¡Los reyes! ¡los príncipes! exclamó don Rodrigo, cuyas momentáneas lágrimas se secaron como si las hubiera evaporado el fuego de su alma; ¿quién confía en el favor ni en la proteccion de los reyes? ¡Ah! son veletas de oro que se vuelven al más leve soplo; ¡maldito sea el que se aduerme en el favor de los reyes, olvidando que tiene bajo su lecho de flores un abismo siempre pronto á tragarle!

Y don Rodrigo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y se abismó en un silencio de abatimiento.

—¿Por qué perder la esperanza? dijo don Guillen con voz débil, porque estaba dominado.

—¿La esperanza? exclamó don Rodrigo.

—Sí, no teneis motivo para perderla.

—¿No? exclamó con ánsia don Rodrigo: ¿sois vos acaso mi esperanza?

—¿Yo? exclamó don Guillen levantándose de una manera nerviosa, porque conoció la intencion de don Rodrigo.

—¡Ah! ¡vos tampoco! exclamó este con desaliento; ¡vos tambien desagradecido!

—No me destroceis el alma, hermano, pidiéndome imposibles.

—¡Imposibles! exclamó con acento de reproche don Rodrigo.

—Sí, imposibles, contestó con pena don Guillen; porque es imposible que yo falte á mi honor; porque es imposible que yo mate de vergüenza á mi padre y obligue á sonrojarse á mi esposa; ¡no! yo no os abriré las puertas de vuestra prision, mientras el rey no me mande abriros las.

—¿Y si yo os hubiera dejado mal herido en la calle, en una noche lóbrega y fria?

—Hubiera aparecido muerto por la mañana; pero con honra.

—¡Ah! si yo os hubiera pedido vuestra honra por mi hermana, me la hubiérais dado.

—No, hubiera renunciado á Inés, hubiera muerto; pero conservando mi honra.

—Por mi llevais ese hábito que os enaltece:

—No quiero ni puedo deciros que soy bastante noble y bastante rico para poder vestir este hábito, no; yo no quiero contestaros con la voz de la soberbia: os suplico, os ruego no me despedaceis el alma llamándome ingrato: adivinaba lo que sucede, y solo he venido por traer os un consuelo: he hecho un gran sacrificio; porque yo no hubiera venido de buen grado sino para deciros: sois libre, el rey os perdona.

—¡Que me perdona! es decir que me tratais con la misericordia con que un hombre que no ha cometido ningun delito trata á un gran criminal.

—¡Ah! yo no he tenido esa intencion, dijo poniéndose encendido don Guillen.

—Uceda os ha deslumbrado: sois como todos: empezais ahora,

y empezais bien; apretando las ligaduras de las manos que os han favorecido.

— Vos no creéis lo mismo que decís; no, no lo creéis, y me mortificáis sabiendo que ninguna parte tengo en vuestras desgracias; que no puedo hacer otra cosa que sentir las.

— ¡Ah! ¡quién sabe si vos sois la causa de que yo me vea reducido al último extremo!

— ¿Yo?

— Sí: ¿pues qué no estaba loca por vos, no lo está, esa miserable marquesa de la Fávara? ¿ha podido, ni puede ella perdonarme el que yo os haya casado con mi hermana?

— La marquesa de la Fávara es hoy enemiga á muerte del duque de Uceda, y por el duque de Uceda está presa.

— Porque rodando, rodando la intriga, se ha enmarañado, y ha venido á estas consecuencias: pero ved de cuán pequeñas causas dimanar grandes sucesos: seguro estoy de que si no os hubierais casado con mi hermana, no me encontraría yo donde me encuentro.

— Infamias y miserias de la córte, en las que yo me he visto envuelto; pero en las que no he tomado parte, ni la tomaré jamás; porque jamás descenderé á bajezas: por último, hermano, contad cuanto podáis contar conmigo, dentro del estrecho círculo de la honra; contad con la influencia que mi esposa y yo podamos tener sobre el duque de Uceda: y en un extremo desgraciado, contad, os lo juro por mi alma y por mi honra, por esa honra que no cede ni aun á las grandes obligaciones que os debo, con que vuestra esposa y vuestros hijos no serán pobres, ni les faltará mientras yo viva un brazo que los defienda.

— ¡Ah, corazón de oro! exclamó don Rodrigo asiendo las manos del jóven: ¿por qué no he sido yo como vos sois ahora? pero no hablemos más de esto. ¿A dónde teneis orden de conducirme? porque yo creo que no quieren dejarme en Valladolid.

— Al castillo de Montanches.

— ¿Y habeis de guardarme vos?

— No: allí debe estar ya esperando el teniente Alvareda con parte de la compañía.

— ¡Otra roca! ¡soy hombre muerto! ¿Y cuándo habremos de partir?

— Esta noche, á no ser que pretexteis que estais enfermo.

— No será pretexto, porque me estoy muriendo.

—Entonces, enviaré un correo al duque, y podreis permanecer aqui hasta que venga nueva orden.

—No; partamos cuanto antes: desde Montanches se toca á Madrid con la mano, y quiero estar lo más cerca posible de Madrid: partamos al momento: solo quiero pedir os una gracia.

—Gracia, no; en cuanto me sea posible, mandadme.

—Os habrán mandado sin duda, que me tengais incomunicado.

—Sí.

—Entonces, será una gracia para mí el que permitais á mi mujer, á mis hijos, que se despidan de mí.

—¡Oh! si se me hace un cargo por esto, yo responderé que no soy verdugo, que no puedo impedir que la esposa, los hijos, se despidan de su padre, de su esposo.

—¿Podrá ser tambien que vaya en coche y no á caballo?

—Sí.

—¿Que el coche sea mio, á pesar de la confiscacion y del embargo?

—Haré que lo embarguen para vos.

—Hacedme la merced de dar las órdenes necesarias.

Don Guillen salió y envió un alguacil casa de doña Inés de Vargas, esposa de don Rodrigo, para avisarla que este la esperaba con sus hijos: otro á la Chancillería, para que le facilitase con su tiro, uno de los coches embargados á don Rodrigo: otro en fin, á la posada Honda, para que viniesen su caballo, el bachiller Algarroba y el destacamento de la compañía tudésca.

Media hora despues, tenia lugar una escena conmovedora en la prision de don Rodrigo: doña Inés de Vargas, esposa de este, era una dama como de treinta años, muy hermosa, y en cuya frente resplandecia la virtud.

Don Guillen se vió puesto á prueba.

Las lágrimas y los sollozos de aquella pobre señora, el doloroso asombro de los pequeñuelos, la desesperacion de don Rodrigo, todo le encontraba cobarde.

Ni una reproche, ni una queja salieron de los labios de doña Inés, ni otra cosa que palabras de resignacion y protestas de amor, mezcladas con lágrimas.

Y sin embargo, era una esposa injuriada, ofendida, que habia vivido viuda y apartada de su marido la mayor parte del tiempo pasado desde su union con él.

Por último, llena de vergüenza, porque habia delante un extraño, dijo á don Rodrigo:

—Rogad al rey nuestro señor tenga compasion de vuestra esposa y de vuestros hijos, y no nos deje sin pan: todo nos lo han embargado, todo; hasta mis bienes, y apenas si nos han dejado lechos en que dormir.

—¡Oh, Dios mio! exclamó don Rodrigo: ¡tanta grandeza ayer y tanta miseria hoy!

Y cayó desplomado sobre un sillón como si lo hubiera herido un rayo.

Don Guillen, comovido, con los cabellos erizados de espanto ante aquel tan terrible castigo de la Providencia, se lanzó fuera y dijo al sargento Pereda y al bachiller Agarroba que habian llegado ya y estaban en la habitación inmediata:

—Entra, Algarroba, entra y socorre al marqués que se ha desmayado, á su esposa, á sus hijos. Vos, sargento, tirad de la espada, poneos á esa puerta, y de orden de su majestad no dejeis entrar ni salir á nadie, so pena de alta traicion.

Y escapó, atravesó corriendo las calles, llegó á la Carrera de San Francisco, llamó á grandes golpes á la puerta de una casa, dió su nombre cuando le preguntaron, y debian conocerle mucho, porque le abrieron inmediatamente.

Se encontró, conducido por una criada, delante de un anciano de muy buen aspecto, con todo el tipo del mercader montañés, que es tan comun en las poblaciones de Castilla la Vieja.

—¿Qué es esto, hijo mio? exclamó levantándose azorado: ¿cómo tan de repente, tan deprisa y con tanta turbacion? ¿qué coraza, qué traje militar es ese?

—Soy alferez de la guardia tudesca, y he llegado esta noche á Valladolid á entregarme de la persona del marqués de Siete Iglesias.

—Gran justicia hace el rey nuestro señor, dijo el anciano: Dios quiera que no vuelvan á su majestad, porque hace falta un gran escarmiento; pero hablemos de vos: ¿sabe vuestro padre que habeis cambiado las leyes por las armas?

—Si, y sabe que me he casado, y me ha enviado su bendicion.

—Sea por muchos años y para bien, dijo el anciano: pero á vos os sucede algo; estais pálido como un muerto.

—Sí, estoy espantado, y vengo á pedir os en el nombre de mi padre, en el mio, un gran favor.

—Cuantos querais.